



ciencia ficción  
**nebulæ**

**la ciudad y las estrellas**  
arthur c. clarke

se

Los hombres habían construido antes muchas ciudades, pero nunca una ciudad como Diaspar: porque Diaspar tenía una leyenda. Era la última ciudad construida en la Tierra por el poder de quienes también pudieron conquistar las estrellas.

Pero la grandeza de Diaspar acabó desapareciendo.

Desde los más oscuros límites del Universo los Invasores atacaron el Imperio creado por el hombre y lo confinaron otra vez a la Tierra. Quien fuera que abandonara la Tierra caería bajo la ira de los Invasores.

Ésta era la leyenda de Diaspar, una leyenda de un billón de años...



Arthur C. Clarke

# La ciudad y las estrellas

ePub r1.1  
Titivillus 23.09.18

Título original: *The City and the Stars*  
Arthur C. Clarke, 1956  
Traducción: Norma B. de López & Edith Zilli

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



Diaspar era la última ciudad sobre la Tierra. En el pasado, el Hombre se había expandido por toda la Galaxia, reuniendo más y más mundos bajo su imperio. Pero al presente la Humanidad se escondía. Tales eran las leyendas sobre los Invasores que ningún habitante de Diaspar había osado traspasar los límites de la ciudad. Prisionera del miedo, Diaspar bajaba a la deriva por el río del Tiempo como una burbuja reluciente.

Alvin era un Único, el único hombre nacido en millones de años. Estaba decidido a perforar esa burbuja, a redescubrir el camino hacia las estrellas, y a desafiar el Destino impuesto por los Invasores.

La ciudad se extendía sobre la curva del desierto como una gema resplandeciente. En una época había sufrido alteraciones y cambios, pero ahora el Tiempo pasaba sin tocarla. Aunque las noches y los días se sucedían con rapidez sobre la faz del desierto, la oscuridad nunca llegaba a las calles de Diaspar donde la tarde era eterna. Las noches largas de invierno solían dejar una fina capa de rocío al congelarse la humedad suspendida en el aire, pero la ciudad no conocía el frío ni el calor. Carente de contacto con el mundo exterior, era un universo en sí misma.

El hombre había construido antes otras ciudades, pero ninguna como ésta. Algunas se habían mantenido durante siglos, otras por milenios, antes de que el Tiempo borrara sus nombres. Sólo Diaspar había desafiado la Eternidad, defendiendo su integridad y la de todo cuanto cobijaba contra el lento desgaste de los siglos, el estrago de la decadencia y la corrosión de la herrumbre.

Desde su construcción, los mares de la Tierra se habían extinguido, y el desierto daba la vuelta al mundo. Las últimas montañas yacían convertidas en polvo por los vientos y las lluvias, en un mundo demasiado abatido para levantar nuevas cordilleras. La ciudad permanecía indiferente; aunque la Tierra entera cayera en escombros, Diaspar continuaría protegiendo la prole de sus fundadores y sosteniéndola con sus tesoros sobre la corriente del Tiempo.

Mucho habían olvidado, pero no tenían conciencia de ello. Se ajustaban perfectamente al ambiente y éste a ellos, puesto que habían sido diseñados a la vez. Más allá de los muros de la ciudad nada les concernía, todo aquello quedaba excluido de sus pensamientos. Para ellos sólo existía Diaspar, era todo cuanto necesitaban y el límite de lo imaginable. Nada importaba que el hombre hubiese poseído una vez las estrellas.

Sin embargo, los antiguos mitos a veces solían obsesionarlos y entonces recordaban con inquietud las leyendas del Imperio, cuando Diaspar era joven y destilaba su savia del comercio con muchos soles. Estaban satisfechos con el interminable otoño, y no deseaban revivir los viejos tiempos. No habían olvidado aquel derrumbe del Imperio, y ante el sólo recuerdo de los Invasores el frío del espacio les penetraba hasta la médula.

Entonces se volvían una vez más hacia la vida y el calor de la ciudad, hacia aquella larga edad dorada cuyo comienzo era ya difuso, y cuyo fin se encontraba aún más distante. Otros hombres habían soñado con una edad semejante, y sólo ellos podían disfrutarla.

Porque mientras ellos habitaban la misma ciudad y recorrían las mismas calles milagrosamente intactas, los años se habían ido desgastando por miles de milenios.

# 1

Mucho tiempo y esfuerzo les había demandado el poder salir de la Caverna de los Gusanos Blancos. Aun entonces algunos de aquellos pálidos monstruos podían estar persiguiéndolos, y el poder de sus armas estaba casi agotado. Hacia adelante continuaba la extraña guía de las flechas, que los orientaba por los laberintos de la Montaña de Cristal. Estaban forzados a seguirlas, aunque pudieran conducirlos hacia peligros aún más terribles, como ya ocurriera muchas veces.

Alvin miró hacia atrás para verificar si todos sus compañeros lo seguían. Alystra venía detrás, con la esfera de luz fría pero inextinguible que revelara tantos horrores y tanta belleza desde el comienzo de la aventura. Su blanco resplandor inundaba el corredor angosto y se reflejaba en los muros relucientes; mientras durara su poder podrían detectar la presencia de cualquier peligro visible. Pero en esas cuevas, como Alvin sabía muy bien, los mayores peligros escapaban a la vista.

Detrás de Alystra venían Narilian y Floranus, agobiados por el peso de sus proyectores. Por un momento, Alvin se preguntó por qué no se utilizaban neutralizadores de gravedad para eliminar el peso de los proyectores, cosa tan sencilla. Aun en medio de las aventuras más desesperantes se le ocurrían siempre ideas como ésa. Cuando tales pensamientos le cruzaban la mente, parecía que la estructura de la realidad temblaba por un instante y, más allá del plano de los sentidos, le era posible echar una mirada sobre un mundo completamente distinto...

El corredor terminaba en una pared. ¿Acaso la flecha había vuelto a traicionarlos? No, no era así; aún antes de que llegaran, la roca comenzó a desmoronarse, convirtiéndose en polvo. Una lanza giratoria de metal atravesó la pared, convirtiéndose en una broca gigantesca. Alvin y sus amigos retrocedieron, esperando que la máquina se abriera camino hacia la cueva. Se oyó un chirrido ensordecedor de metal sobre piedra; sus ecos llegarían sin duda a todos los rincones de la Montaña, despertando a su espantosa cría. El barrenador perforó la pared y se detuvo junto a ellos. Se abrió una puerta sólida, y Calistrón apareció instándolos a apresurarse. «¿Por qué Calistrón?», se preguntó Alvin; «¿qué papel juega aquí?» Poco después se encontraban a salvo, mientras la máquina se adelantaba, empezando su viaje por las profundidades de la Tierra.

La aventura había terminado. Como de costumbre, pronto estarían en casa, dejando tras ellos toda la maravilla, el terror y el entusiasmo. Se sentían cansados, pero contentos.

Por la inclinación del suelo, Alvin supuso que el vehículo subterráneo se dirigía hacia abajo. Calistrón debía saber lo que estaba haciendo, y éste sería el camino de regreso. Sin embargo, era una lástima...

—Calistrón —dijo de pronto—. ¿Por qué no subimos? Nadie sabe cómo es la Montaña de Cristal. Sería maravilloso salir en alguna de las cuestas y ver el cielo y las tierras circundantes. Ya hemos estado demasiado bajo tierra.

Aun mientras hablaba sabía que no debía decir esto. Alystra soltó un grito ahogado; el interior del vehículo subterráneo se estremeció como un reflejo en el agua; una vez más, por detrás de las paredes metálicas que lo rodeaban, Alvin echó una mirada a ese otro universo. Los dos mundos parecían en conflicto; a ratos predominaba uno, luego el otro. Súbitamente, todo terminó. Hubo una sensación de desprendimiento, de ruptura y el sueño acabó. Alvin se encontró nuevamente en Diaspar, en su cuarto familiar, flotando a dos palmos del suelo, mientras el campo de gravedad lo protegía del doloroso contacto con la materia bruta.

Era otra vez dueño de sí. Aquélla era la realidad que él conocía bien.

Alystra fue la primera en aparecer; puesto que amaba mucho a Alvin, se sentía más inquieta y preocupada que fastidiada.

—¡Oh, Alvin! —exclamó, mirándolo desde la pared en la que parecía haberse materializado—. Una aventura tan emocionante... ¿Por qué tuviste que arruinarla?

—Lo siento. No era mi intención. Sólo me pareció una buena idea...

Lo interrumpió la simultánea llegada de Calistron y Floranus.

—Escucha bien, Alvin —dijo Calistron—. Ésta es la tercera vez que interrumpes una saga. Ayer quebraste la secuencia cuando quisiste salir del Valle de los Arco-iris. Antes de ayer lo arruinaste todo al intentar volver al Origen mientras explorábamos aquella pista del tiempo. Si no te ajustas a las reglas, lo siento, pero tendrás que ir solo.

Desapareció enfurecido, llevándose consigo a Floranus. Narilian ni siquiera apareció; probablemente estaba cansado de todo el asunto. Sólo quedó la imagen de Alystra, que lo contemplaba con tristeza.

Inclinando el campo de gravedad, Alvin se puso de pie y se dirigió a la mesa que había materializado. Una fuente de frutas exóticas apareció sobre ella; no era justamente la comida que deseaba, pero el incidente había confundido sus pensamientos. Para ocultar su error, tomó la fruta de apariencia más inofensiva, y comenzó a morderla con cuidado.

—Y bien, ¿qué piensas hacer? —le preguntó por último Alystra.

—No puedo evitarlo —contestó, un tanto malhumorado—. Creo que las reglas son estúpidas; y además, ¿cómo puedo recordarlas cuando estoy viviendo una saga? Me comporto de la manera más natural posible. ¿A ti no te habría gustado ver la montaña?

—Para eso habríamos tenido que salir —susurró Alystra, con una mirada de horror.

No tenía sentido seguir discutiendo, y Alvin lo sabía. Ésa era precisamente la barrera que lo separaba de la gente de su mundo, y podía llevarlo a una vida de frustración. Tanto en la realidad como en sueños, siempre sentía el deseo de salir. Y para todo el mundo, en Diaspar, el exterior era una especie de pesadilla que no se atrevían a enfrentar. Nunca lo mencionaban, si podían evitarlo, era algo sucio y pernicioso. Ni siquiera Jeserac, su tutor, le decía por qué...

Alystra lo seguía contemplando con una mirada de asombro, aunque tierna a la vez.

—Eres desdichado, Alvin —le dijo—. Y nadie en Diaspar debe sentirse infeliz. Deja que vaya a charlar contigo.

Alvin, descortés, negó con la cabeza. Sabía bien adonde conduciría *eso* y por el momento deseaba estar solo. Doblemente desilusionada, Alystra desapareció.

En una ciudad de diez millones de habitantes, no había uno con el que pudiera hablar, pensó Alvin. Eriston y Etania lo querían, a su manera, pero ahora que su período de custodia terminaba se sentían contentos de dejarlo en libertad de elegir sus diversiones y su propia vida. Durante los últimos años, mientras se agudizaban sus diferencias con el común de la gente, había sentido a menudo que sus padres estaban doloridos. No por él (contra eso tal vez habría podido luchar), sino por la mala suerte de haber sido designado entre todos los millones de habitantes para recibirlo, veinte años antes, a su salida de la Casa de Creación.

*Veinte años.* Recordaba muy bien los primeros momentos, las primeras palabras que escuchara:

—Bienvenido, Alvin. Yo soy Eriston, el padre que te han asignado, y ésta es Etania, tu madre.

Aunque en ese momento las palabras carecían de significado para él, su mente las había registrado con implacable fidelidad. Recordaba cómo había examinado su cuerpo; ahora era sólo unos cuatro o cinco centímetros más alto, pero había cambiado muy poco desde su nacimiento. Había llegado al mundo casi completamente crecido, y cuando llegara el momento de dejarlo, unos mil años más adelante, habría cambiado muy poco, excepto en estatura.

Antes de aquel primer recuerdo, no había nada. Tal vez algún día ese nada podría volver, pero era una noción muy abstracta para causarle alguna emoción.

Una vez más, concentró sus pensamientos en el misterio de su nacimiento. No le resultaba extraño haber sido creado, en un solo momento, por las mismas fuerzas que materializaran a todos los demás objetos de su vida cotidiana. No, no era ése el misterio. El enigma que no había sido capaz de resolver, y que nadie podía explicarle, era su condición de único.

Único. Era una palabra triste y extraña, y correspondía a una condición también triste y extraña. Cuando la usaban refiriéndose a él (y la había oído muchas veces sin que los demás se enteraran) parecía poseer siniestras connotaciones, que amenazaban algo más que su propia felicidad.

Cuantos conocía, sus padres, su tutor, habían tratado de protegerlo de la verdad, ansiosos por preservar la inocencia de su larga infancia. Pero pronto debían acabar con toda simulación; en pocos días sería un ciudadano cabal de Diaspar, y no podrían ocultarle nada que él quisiera saber.

Se preguntaba, por ejemplo, por qué no se adaptaba a las Sagas. Eran la forma más popular de diversión entre las tantas que había en la ciudad. Al incorporarse a

una Saga no se era simplemente un observador pasivo, como en los entretenimientos de tiempos más primitivos que Alvin había investigado alguna vez, sino un participante activo, que gozaba, o parecía gozar, de libre albedrío. Si bien los hechos y las escenas que formaban la materia prima de las aventuras podían haber sido ideadas de antemano por artistas olvidados, la flexibilidad era bastante como para permitir muchas variaciones. Uno podía penetrar con sus amigos en esos mundos fantasmales en busca del suspenso que no había en Diaspar y, mientras el sueño durara, no habría manera de distinguirlo de la realidad. Por cierto, nadie podía estar seguro de que la misma Diaspar no fuera un sueño.

Era imposible agotar todas las sagas concebidas y registradas desde los comienzos de la ciudad. Su infinita variedad y sutileza lograban poner en juego todas las emociones. Algunas, las más populares entre la gente joven, eran simples dramas de aventuras y descubrimientos. Otras eran puras exploraciones de estados psicológicos, mientras que otras, por fin, eran ejercicios de lógica o matemática capaz de proporcionar el más puro deleite a mentes más sofisticadas.

Si bien sus compañeros parecían satisfechos con las Sagas, a Alvin, en cambio, le dejaban una sensación de algo incompleto. Más allá del color, de la emoción de sus muchos escenarios y temas, algo les faltaba.

Terminó por recordar que las Sagas nunca llegaban a nada. Las habían pintado sobre lienzos demasiado angostos, y no podían reproducir vastos panoramas, los paisajes ondulantes que su espíritu añoraba. Sobre todo, no llegaban a sugerir siquiera la inmensidad en la que habían tenido lugar las proezas del hombre primitivo: el luminoso espacio entre las estrellas y los planetas. Los artistas que habían planeado las Sagas estaban contagiados de la misma fobia que dominaba a todos los ciudadanos de Diaspar. Hasta sus pretendidas aventuras debían tener lugar en la comodidad de los interiores, en cavernas subterráneas o en pulcros vallecitos rodeados de montañas que ocultaban el resto del mundo.

Sólo cabía una explicación. Mucho tiempo atrás, quizás antes de la fundación de Diaspar, algo había destruido la curiosidad y la ambición del hombre, provocando su regreso desde las estrellas para cobijarse en el mundo enclaustrado de aquella última ciudad. Tras renunciar al Universo había retornado al vientre artificial de Diaspar, extinguido totalmente ese impulso invencible y ardiente que alguna vez lo proyectara hacia la Galaxia, hacia las islas brumosas del más allá. Durante infinitos eones ninguna nave había llegado al sistema solar; allá lejos, entre las estrellas, era posible que los descendientes del Hombre estuvieran construyendo imperios y horadando soles; la Tierra nada sabía ni pretendía saber.

La Tierra no, pero Alvin sí.

La habitación estaba a oscuras, con excepción de una pared luminosa, sobre la cual crecían y se extinguían mareas de colores mientras Alvin luchaba con sus sueños. Le gustaban ciertas partes del diseño; se había enamorado del contorno de las montañas que surgían del mar. Encontraba cierto poder y orgullo en esas curvas ascendentes. Después de estudiarlas por largo rato, las transmitió a la unidad de memoria del visualizados que las conservaría mientras él efectuaba experimentos con el resto del cuadro. Algo se le escapaba, pero no era capaz de identificarlo. Una y otra vez había tratado de llenar los espacios en blanco, mientras el instrumento reflejaba los modelos que se sucedían en su imaginación y los materializaba sobre la pared. No salía bien. Las líneas borrosas y confusas, los colores inciertos y opacos demostraban que, si el artista no conocía su meta, las herramientas más milagrosas no eran capaces de lograrla.

Alvin suspendió su insatisfactorio garrapateo y, con gesto adusto, contempló el rectángulo en gran parte vacío que había tratado de llenar con belleza. Obedeciendo a un súbito impulso, duplicó el tamaño del dibujo y lo trasladó al centro del cuadro. No, ésa era una salida fácil; además alteraba el equilibrio. Más aún: el cambio de escala ponía de relieve los defectos de la construcción, la falta de seguridad de esas líneas que a primera vista parecían tan íntegras. Tendría que volver a empezar.

—Borrado total —ordenó a la máquina.

Se esfumó el azul del mar; las montañas se disiparon como la bruma y la pared quedó en blanco. Fue como si nunca hubieran existido, como si estuvieran perdidas en el limbo donde habían ido a parar todos los mares y montañas de la Tierra, milenios antes que Alvin naciera.

La habitación volvió a inundarse de luz, y el rectángulo luminoso donde Alvin había proyectado sus sueños se fundió con su entorno, formando un todo con los muros restantes. Pero ¿eran realmente paredes? La habitación resultaba muy peculiar para quien la contemplara por primera vez. Desprovista de características propias y sin el menor moblaje, daba la impresión de que Alvin se encontraba en el centro de una esfera; no había líneas divisorias entre paredes, techo y piso. Los ojos carecían de un punto de enfoque y, por lo tanto, el espacio que rodeaba a Alvin podía tener tanto diez metros como diez kilómetros; el sentido de la vista era incapaz de discernirlo. Habría sido difícil resistir la tentación de avanzar con los brazos extendidos para descubrir los límites físicos de ese extraordinario lugar.

Y, sin embargo, habitaciones como ésa habían constituido el hogar de gran parte de la raza humana durante el período más largo de su historia. Con sólo concentrarse en el pensamiento apropiado, Alvin podía conseguir que las paredes se transformaran en ventanas abiertas sobre cualquier parte de la ciudad. Otro deseo, y ciertas máquinas, que nunca había visto, llenaban el cuarto con las imágenes proyectadas de cualquier mueble que necesitara. Si eran «reales» o no, era pregunta que muy pocos

hombres se habían formulado en los últimos billones de años. Por cierto, no eran menos reales que ese otro impostor, la materia sólida; cuando no se los necesitaba más, podían devolverse al mundo fantasmal de los bancos de memoria que poseía la ciudad. Todo lo que contenía Diaspar estaba exento de desgaste y de cambio, a menos que un acto premeditado de voluntad anulara las matrices almacenadas.

Alvin acababa de reconstruir parcialmente su habitación cuando escuchó un tintineo persistente, semejante a una campanilla. Formuló, mentalmente, la señal de admisión, y la pared en la que había estado pintando volvió a desaparecer. Como lo suponía, allí estaban sus padres y, un poco más atrás, Jeserac. La presencia de su tutor revelaba que no se trataba de una reunión familiar ordinaria, pero ya lo sabía de antemano.

La imagen era perfecta, y no se quebró al hablar Eriston. Como Alvin sabía muy bien, los tres (Eriston, Etania y Jeserac) se hallaban a kilómetros de distancia; los constructores de la ciudad no sólo habían logrado conquistar el espacio, sino también subyugar el tiempo. Ni siquiera sabía con certeza dónde vivían sus padres entre las múltiples cúpulas e intrincados laberintos de Diaspar. Tenía noticias de que se habían mudado desde la última vez que se hallara en su presencia física, hacía ya tiempo.

—Alvin —dijo Eriston— han pasado veinte años desde que tu madre y yo te conocimos. Ya sabes lo que eso significa. Nuestra tutela ha terminado, y eres libre de hacer lo que desees.

En la voz de Eriston había un dejo, pero sólo un dejo, de tristeza. Era mucho mayor el alivio de que al fin se reconociera legalmente una situación que, de hecho, se había producido tiempo antes. Alvin había adelantado su independencia en varios años.

—Comprendo —contestó—; les agradezco que me hayan cuidado, y los recordaré en todas mis vidas.

Ésa era la respuesta formal; después de escucharla con tanta frecuencia, perdía todo sentido, reducida a una secuencia de sonidos sin significado especial. Pensándolo bien, «todas mis vidas» era una expresión singular, si uno se detenía a considerarla. Tenía una vaga idea sobre su significado, pero había llegado el momento de saberlo con certeza. Había en Diaspar muchas cosas que no entendía y las debería aprender en los siglos venideros.

Por un momento, Etania pareció querer tomar la palabra. Levantó la mano, alterando la gasa iridiscente de su túnica, pero la dejó caer al costado. Luego se volvió, desvalida, hacia Jeserac; por primera vez Alvin notó la preocupación de sus padres. Su memoria repasó velozmente los acontecimientos de las últimas semanas. No, últimamente no había hecho nada que justificara esa leve inseguridad, ese aire de alarma que parecía rodear a Eriston y a Etania.

Por lo visto, Jeserac comandaba la situación. Interrogó con la mirada a Eriston y Etania; convencido de que no tenían nada más que decir, se lanzó a la disertación preparada tantos años atrás.

—Alvin —dijo—, durante veinte años has sido mi alumno, y he hecho lo posible para enseñarte las costumbres de la ciudad, para conducirte hacia el legado que te pertenece. Me has formulado muchas preguntas, y no he podido contestarlas todas. A veces porque no estabas preparado para aprenderlas, y otras porque yo mismo no conocía las respuestas. Ahora, tu infancia ha terminado, aunque tu niñez recién comienza. Tengo el deber de guiarte, si necesitas mi ayuda. Tal vez dentro de doscientos años, Alvin, comenzarás a conocer algo de esta ciudad y a saber algo de su historia. Aun yo, cerca del fin de mi vida, no he llegado a conocer la cuarta parte de Diaspar, ni una mínima fracción de sus tesoros.

Hasta allí no había nada que Alvin no supiera, pero no había forma de apresurar el ritmo de Jeserac. El anciano lo miraba con firmeza a través del abismo de los siglos; en sus palabras pesaba la inmensurable sabiduría de una larga vida en contacto con hombres y máquinas.

—Dime, Alvin —continuó—, ¿te has preguntado alguna vez dónde estuviste antes de haber nacido, antes de encontrarte frente a Etania y Eriston en la Casa de Creación?

—En ninguna parte, supongo; no sería más que una matriz en el cerebro de la ciudad esperando ser creado, así...

Un diván centelleó junto a Alvin, convirtiéndose en realidad y enseguida cobró cuerpo. Él tomó asiento esperando que Jeserac continuara.

—Estás en lo cierto, por supuesto —fue el comentario—; pero eso es sólo parte de la respuesta, una parte muy pequeña en realidad. Hasta ahora has tratado solamente con muchachos de tu edad, que ignoran la situación. Muy pronto serán capaces de recordar; pero tú no, y por lo tanto, debemos prepararte para encarar la realidad.

«Durante millones de años, Alvin, la raza humana ha vivido en esta ciudad. Desde la caída del Imperio Galáctico, cuando los Invasores retomaron a las estrellas, éste ha sido nuestro mundo. Fuera de los muros de Diaspar no hay nada más que el desierto mencionado en nuestras leyendas.

»Poco sabemos de nuestros primeros antepasados, excepto que eran seres de vida muy corta y, aunque parezca extraño, podían reproducirse sin la ayuda de unidades de memoria ni organizadores de materia. Mediante un proceso complejo, y aparentemente incontrolable, las matrices de cada ser humano se conservaban en estructuras celulares microscópicas originadas dentro del cuerpo. Si eso te interesa, los biólogos podrán decirte algo más al respecto, pero el método carece de importancia, ya que fue abandonado en el alba de la historia.

»Como cualquier objeto, el ser humano está definido por su estructura, su matriz. El molde de un hombre y, más aún, el que determina su mente, es de una increíble complejidad. Y, sin embargo, la naturaleza fue capaz de introducir ese molde en una pequeña célula, invisible al ojo humano.

»Lo que la naturaleza puede hacer, también el hombre lo hace, a su modo. No

sabemos cuánto tiempo llevó la tarea, un millón de años, tal vez, pero eso ¿qué importa? Al final nuestros antepasados aprendieron a analizar y preservar los datos que pueden definir a cualquier ser humano específico, y recrear el original mediante esos datos, como tú lo has hecho con ese diván.

»Sé muy bien que esas cosas te interesan, Alvin, pero no puedo decirte exactamente cómo se logró. No importa la forma en que se conserva la información; lo que importa es la información en sí. Puede ser bajo la forma de palabras escritas, de campos magnéticos variables o sistemas de carga eléctrica. La humanidad ha usado esos métodos de conservación y muchos otros. Basta decir que hace mucho tiempo fueron capaces de conservarse a sí mismos o, para ser más precisos, los moldes descarnados por medio de los cuales podían volver a la existencia.

»Todo eso ya lo sabes. De esa manera nuestros antepasados nos otorgaron una virtual inmortalidad, aunque evitando los problemas ocasionados por la abolición de la muerte. Después de mil años en un mismo cuerpo, cualquier hombre está colmado de recuerdos, y sólo anhela descansar —o comenzar de nuevo.

»Dentro de poco, Alvin, me prepararé para dejar esta vida. Volveré a repasar mis recuerdos, ordenándolos y separando los que no quiera conservar. Luego entraré en la Casa de Creación, pero por una puerta que no conoces. Este viejo cuerpo dejará de existir, y lo mismo sucederá con la conciencia. Nada quedará de Jeserac, sino una galaxia de electrones congelados en el centro de un cristal.

»Entonces dormiré, Alvin, sin tener sueño. Y un día, quizá dentro de cien mil años, me encontraré en un cuerpo nuevo y conoceré a los que hayan sido designados como mis guardianes. Me cuidarán igual que Eriston y Etania te han guiado a ti, porque al principio no sabré nada de Diaspar y no tendré memoria de lo que antes he sido. Esos recuerdos volverán lentamente, al final de mi infancia; a partir de ellos deberé construir el nuevo ciclo de mi existencia.

»Ésa es la norma de nuestras vidas, Alvin. Todos hemos tenido varias existencias anteriores y, aunque los intervalos de ausencia varían de acuerdo a leyes fortuitas, la población actual no volverá a repetirse a sí misma otra vez. El nuevo Jeserac tendrá nuevos amigos y preferencias, pero el viejo Jeserac, al menos lo que quiero salvar de él, seguirá existiendo.

»Y eso no es todo. En un momento cualquiera, Alvin, sólo un centenar de ciudadanos de Diaspar viven y transitan por las calles. La gran mayoría permanece adormecida en los tanques de memoria, esperando la señal que volverá a llamarlos una vez más al escenario de la vida. Así tenemos continuidad y también cambio; inmortalidad sin estancamiento.

»Sé lo que te estás preguntando, Alvin. Quieres saber cuándo recobrarás los recuerdos de tus vidas pasadas, como lo están haciendo tus compañeros. No hay tales recuerdos porque eres único. Hemos tratado de ocultártelo tanto como nos fue posible para no ensombrecer tu niñez, aunque supongo que has adivinado siquiera parte de la verdad. Hasta hace cinco años, ni nosotros mismos lo habíamos sospechado, pero

ahora no cabe duda alguna.

»Tú, Alvin, eres un fenómeno que se ha producido en la ciudad sólo unas pocas veces desde su fundación. Tal vez hayas permanecido en estado latente durante siglos en los bancos de memoria, tal vez fuiste creado hace sólo veinte años por una permutación fortuita. Es posible que hayas sido planificado en los comienzos por los creadores de la ciudad, o que seas un accidente casual en nuestro propio tiempo.

»No lo sabemos. Sólo sabemos que tú, Alvin, tú en toda la raza humana, no has tenido existencia previa. Para expresarlo literalmente, eres la primera criatura nacida en la Tierra en los últimos diez millones de años.»

### 3

Una vez que Jeserac y sus padres desaparecieron de su vista, Alvin permaneció recostado un largo rato, tratando de mantener la mente en blanco. Cerró la habitación a su alrededor para que nadie pudiera interrumpir su trance. No dormía; el sueño era algo que nunca había experimentado, ya que esa condición pertenecía a un mundo de días y de noches, y allí era siempre de día. Ese trance era el más cercano a aquella facultad, y aunque no le era imprescindible, le ayudaría a ordenar sus pensamientos.

En lo que Jeserac le dijera había muy poco que no hubiese supuesto antes, pero una cosa era imaginarlo y otra que se lo confirmaran más allá de toda refutación posible.

Se preguntó si todo eso lograría afectar su vida de alguna manera. No estaba seguro, y esa incertidumbre constituía una nueva sensación para Alvin. Quizá no importara en lo más mínimo; si no lograba ajustarse a Diaspar en esta vida podría hacerlo en la próxima, o en la otra...

Apenas formada la noción, su mente la rechazó. Diaspar podía ser suficiente para el resto de la humanidad, pero no para él. Sin duda, uno podía pasar un millar de vidas sin agotar todas sus maravillas o sin participar en todas las combinaciones de experiencia que ofrecía. Podía hacer todo eso; pero si no podía ir más allá, nunca lograría sentirse satisfecho.

Quedaba sólo un problema a encarar. ¿Qué otra cosa podía hacerse allí? El interrogante lo apartó de su ensueño. Se sentía demasiado inquieto para permanecer allí; sólo había un lugar en la ciudad donde podría encontrar un poco de paz espiritual.

Al pasar hacia el corredor hizo fluctuar la pared, que desapareció casi totalmente; las moléculas polarizadas ofrecieron a su paso la misma resistencia que una tenue brisa contra el rostro. Podía llegar hasta su meta de diversas maneras, sin gran esfuerzo, pero prefirió caminar. La habitación, ubicada casi en el nivel principal de la ciudad, daba a un corto pasaje que conducía hasta una rampa en espiral por la cual se descendía a la calle. Desechó el camino móvil y tomó, en cambio, por la estrecha acera, lo que resultaba bastante extraño considerando que debía recorrer varios kilómetros. Pero Alvin solía calmarse con el ejercicio. Además, con tantas cosas para ver, no tenía sentido apresurarse y perder las últimas maravillas de Diaspar, cuando se disponía de toda la eternidad.

Los artistas de la ciudad —y todos en Diaspar eran artistas en un momento u otro— tenían la costumbre de exhibir sus últimas producciones en las aceras, para que los transeúntes pudieran admirar su obra. Así, en pocos días, todos los habitantes de la ciudad tenían oportunidad de admirar toda obra digna de nota y de expresar la opinión que le merecía. La elección de las obras maestras se efectuaba mediante veredictos registrados automáticamente por mecanismos adecuados, que habían resistido con éxito todos los intentos de engaño o interferencia. Si el voto afirmativo

contaba con suficiente mayoría, la matriz de la obra llegaba hasta la memoria de la ciudad para que quien lo deseara pudiera disponer de una reproducción perfectamente igual al original en cualquier momento del futuro.

Las obras de menor éxito seguían el destino reservado a todas sus similares: o volvían a disolverse en sus elementos originales, o terminaban en las casas de los amigos del artista.

Durante el viaje, Alvin vio sólo un objeto de arte que le interesó. Era una obra de pura elevación, vagamente parecida a una flor en el momento de abrirse. Un diminuto centro de color se expandía lentamente hasta convertirse en complejas espirales y drapeados, para borrarse súbitamente y reiniciar el ciclo. Pero los ciclos nunca se repetían exactamente. Aunque Alvin la observaba a través de un registro de pulsaciones, en cada oportunidad descubrió sutiles e indefinibles diferencias, si bien el modelo básico era el mismo.

Comprendió de pronto porqué le gustaba esa muestra de escultura intangible. Su ritmo expansivo daba la sensación de espacio, y hasta de liberación. Posiblemente por esa misma razón no atraería a muchos de sus compatriotas. Tomó nota del nombre del artista y se propuso llamarlo lo más pronto posible.

Todos los caminos, tanto móviles como estacionarios, terminaban al llegar al parque, el verde corazón de la ciudad. En ese espacio circular, que cubría unas veinte manzanas, se guardaba el recuerdo de lo que la Tierra había sido antes de ser devorada por el desierto, con exclusión de Diaspar. En primer lugar había una amplia franja de césped; después, unos árboles bajos, cada vez más frondosos. En ese lugar, el terreno presentaba un suave declive; así, cuando finalmente dejó atrás aquel bosque angosto, todo signo de ciudad había desaparecido, oculto tras el telón de esos árboles.

Frente a Alvin corría una ancha cinta de agua; se llamaba, simplemente, el Río. No le hacía falta otro nombre. Cruzado de trecho en trecho por puentes angostos, fluía alrededor del parque en un círculo cerrado, ocasionalmente interrumpido por lagunas. A Alvin nunca le había llamado la atención que el río volviera sobre su propio curso después de deslizarse rápidamente tras un recorrido inferior a seis kilómetros; tampoco se habría sorprendido si, en algún punto de su circuito, el río hubiese remontado la cuesta. En Diaspar ocurrían cosas aún más extrañas.

Alvin se detuvo un momento para mirar a unos doce jóvenes que nadaban en la laguna; los conocía a casi todos de vista, aunque no supiera sus nombres y, por un momento, sintió la tentación de unirse a su juego. El secreto que sobrellevaba le impidió hacerlo, y debió contentarse con el papel de espectador.

Por el aspecto físico, no había manera de determinar cuál de esos jóvenes ciudadanos había salido ese año de la Casa de Creación y cuál había vivido en Diaspar tanto tiempo como Alvin. Si bien había ciertas diferencias de altura y de peso, éstas no guardaban relación con la edad. La gente nacía así, simplemente, y si bien, por lo común, cuanto más alta era una persona, mayor era su edad, esto no era una regla invariable salvo para calcular la edad en siglos.

El rostro era un indicio más seguro. Algunos de los recién nacidos eran más altos que Alvin, pero los delataba enseguida su aspecto inmaduro y una expresión de sorpresa maravillada ante el mundo. Era extraño pensar que en sus mentes dormían infinitas escenas de otras vidas, listas para resurgir. Alvin los envidiaba, aunque no estaba seguro de que valiera la pena. La primera existencia era un precioso don que jamás se volvía a repetir. Era maravilloso contemplar la vida por primera vez, como en la frescura de la aurora. Si tan sólo pudiera compartir con otros semejantes sus pensamientos y sensaciones...

Sin embargo, físicamente, él y esos muchachos que jugaban en el agua habían sido forjados en el mismo molde. Desde la fundación de Diaspar el cuerpo humano no había experimentado ningún cambio y el modelo básico estaba congelado para siempre en los bancos de memoria de la ciudad. No obstante, había cambiado mucho desde su forma original, aunque la mayoría de las alteraciones eran internas y escapaban a la vista. En su esfuerzo por anular las enfermedades que afligían la carne, el Hombre se había reconstruido varias veces en el curso de la historia.

Accesorios tan inútiles como las uñas y los dientes habían desaparecido. El pelo estaba confinado a la cabeza, y no había trazas de él en el resto del cuerpo. Una de las características que habrían desconcertado al hombre primitivo era, quizá, la desaparición del ombligo. Su inexplicable ausencia le hubiese proporcionado tema para pensar. A primera vista tampoco habría podido distinguir al macho de la hembra. Pero era un grave error suponer que no había ya diferencias. En las circunstancias apropiadas, no había ninguna duda con respecto a la masculinidad de cualquier hombre de Diaspar. Pero ahora sus atributos estaban disimulados cuando no se los requería; al recogerlos en el interior del cuerpo se habían alcanzado grandes mejoras en la disposición natural, que resultaba poco elegante y, además, plagada de peligros.

Por cierto, la reproducción, una función demasiado importante para dejarla librada al azar de una fortuita alianza de cromosomas, ya no pertenecía al dominio del cuerpo. Si bien la concepción y el nacimiento no eran siquiera recuerdos del ser humano, el sexo seguía vigente. Aun en los tiempos antiguos, ni una centésima parte de la actividad sexual tenía que ver con la reproducción. La desaparición de ese uno por ciento había cambiado las normas de la sociedad y el significado de palabras tales como «padre» y «madre», pero el deseo permanecía, si bien ahora su satisfacción no perseguía metas más importantes que cualquier otro placer sensorial.

Alvin se alejó del grupo y prosiguió su camino hacia el centro del Parque. Allí había senderos marcados, que cruzaban los matorrales en todo sentido y se hundían a veces, formando angostas hondonadas entre las rocas cubiertas de hiedra. Encontró en cierto momento una pequeña máquina poliédrica, no más grande que la cabeza de un hombre, sostenida entre las ramas de un árbol. Nadie sabía cuántas variedades de robots había en Diaspar; cumplían tan efectivamente con sus tareas y se mantenían tan apartadas, que era muy difícil localizarlas.

De pronto, el terreno presentó otra elevación; Alvin se acercaba a la pequeña

colina que marcaba el centro exacto del Parque y, por lo tanto, de la ciudad misma. Tras muy pocos obstáculos y rodeos, pudo contemplar claramente la cima de la colina y el edificio que la coronaba. Llegó a la meta un poco jadeante, y descansó contra una de las columnas rosadas, mirando el camino por el que había llegado.

Ciertas formas arquitectónicas no cambian jamás, porque han alcanzado la perfección. La tumba de Yarlan Zey había sido, tal vez, diseñada por los constructores de templos de las primeras civilizaciones, pero ellos no habrían logrado concebir el material con que estaba hecho. El techo estaba abierto al cielo; el único recinto estaba pavimentado con grandes lajas, que sólo a primera vista parecían de piedra natural. Durante eras geológicas el hombre había transitado por aquel piso una y otra vez, sin dejar rastros en ese material de resistencia inconcebible.

El creador del gran Parque —para algunos el constructor de la misma Diaspar— estaba sentado, con los ojos dirigidos hacia abajo, como si examinara los planos dispersos sobre sus rodillas. Su rostro revelaba esa enigmática expresión que había confundido al mundo durante tantas generaciones. Algunos la habían minimizado, considerándola un capricho del artista: para otros, en cambio, Yarlan Zey sonreía ante alguna broma secreta.

Nada que atañera al edificio podía encontrarse en los archivos históricos de la ciudad, y el todo permanecía envuelto en el enigma. Alvin no estaba seguro siquiera de lo que la palabra «tumba» significaba; tal vez Jeserac pudiera decírselo, él, tan amigo de coleccionar palabras obsoletas, con las que salpicaba su conversación, para confusión de quienes lo escuchaban.

Alvin podía contemplar, por sobre el telón de los árboles, el parque entero y toda la ciudad, como un cinturón que rodeaba completamente el espacio verde. Los edificios más próximos se encontraban a muchas calles de distancia. Detrás estaba la compacta mole de la ciudad, constituida por torres y terrazas alineadas en disposición ascendente. Se extendían por kilómetros y kilómetros, trepando lentamente hacia el cielo, cada vez más impresionantes y monumentales. Diaspar era una maquinaria única y poderosa, planificada como una entidad. Y sin embargo, aunque su apariencia exterior era casi apabullante en su complejidad, reflejaba apenas ocultas maravillas tecnológicas, sin las cuales todos aquellos grandiosos edificios no habrían sido sino sepulcros inertes.

Alvin extendió la mirada hasta los límites de su mundo. Diez, veinte kilómetros más allá, esfumados en la distancia, estaban los muros exteriores de la ciudad, sobre los cuales parecía descansar el techo celeste. Nada había tras ellos; nada, salvo el doloroso vacío del desierto donde cualquier hombre enloquecería rápidamente.

Y entonces, ¿por qué ese vacío lo llamaba sólo a él, entre todos los que conocía? Como buscando una respuesta, miró las cúpulas coloridas y las murallas lejanas que encerraban, ahora, todos los dominios de la humanidad.

No pudo encontrarla. Pero en ese momento, mientras su corazón anhelaba lo inalcanzable, tomó una decisión.

Supo entonces que haría con su vida.

Jeserac se mostró más dispuesto de lo que Alvin esperaba; de cualquier modo, no resultó de gran ayuda. En su larga carrera de mentor le habían formulado muchas preguntas semejantes; pensaba que ya ni siquiera un Único como Alvin podía depararle demasiadas sorpresas o plantearle problemas insolubles.

En verdad, en Alvin comenzaban a revelarse ciertos síntomas de conducta céntrica que tal vez fuera preciso corregir. No compartía plenamente la complicada vida social de la ciudad, ni los mundos de fantasía de sus camaradas. Tampoco demostraba mucho interés en las más elevadas especulaciones intelectuales, aunque, a su edad, eso era comprensible. Pero lo más notable era la irregularidad de su vida amorosa; según todas las expectativas, tardaría todavía un siglo al menos, en constituir alguna relación estable; aun así, era famoso por lo efímero de sus amoríos. Aunque muy intensos al principio, no duraban más que unas pocas semanas. Por lo visto, Alvin sólo podía interesarse en una sola cosa por vez. En ocasiones se entregaba de alma a los juegos eróticos de sus camaradas, o bien desaparecía durante varios días con la compañera elegida. Pero una vez satisfecho su capricho, transcurrían largos períodos sin que demostrara ningún interés en lo que se consideraba la actividad principal para su edad. Es probable que esto lo perjudicara tanto a él como a sus amantes olvidadas, que deambulaban por la ciudad, víctimas del desaliento, tardando más de lo acostumbrado en encontrar consuelo. Y Alystra, según podía apreciarse, había llegado a esa desdichada etapa.

No podía decirse que Alvin fuera desalmado o cruel. Parecía que en el amor como en todo lo demás, buscaba una meta inexistente en Diaspar.

Ninguna de estas peculiaridades preocupaba a Jeserac. Era de esperar que un Único se condujera de manera extraña, pero a su debido tiempo se adaptaría a las normas generales de la ciudad. No había individuo, por más inteligente y excéntrico que fuera, capaz de afectar la enorme inercia de una sociedad que no había experimentado cambios por más de un billón de años. Jeserac no sólo creía en la estabilidad; no podía concebir otra cosa.

—El problema que te preocupa es muy antiguo —dijo a Alvin—, pero te sorprendería saber cuánta gente da las cosas por seguras, a tal punto que nunca piensan siquiera en ellas. La Humanidad ocupó alguna vez un espacio infinitamente más grande que esta ciudad, es cierto. Ya has visto algo de lo que era la Tierra antes de que los mares desaparecieran y nos cercara el desierto. Esos registros que tanto te gusta proyectar son muy antiguos, los únicos que muestran cómo era la Tierra antes de la llegada de los Invasores. No creo que los haya visto mucha gente; no soportamos la vista de esos espacios dilatados y sin límites.

»Además, por supuesto, la Tierra era sólo un grano de arena en el Imperio Galáctico. Ningún hombre en su sano juicio era capaz de imaginar los abismos que existían entre las estrellas. Nuestros antepasados los cruzaron en el Alba de la

Historia, al lanzarse a construir el Imperio, y volvieron a atravesarlos por última vez cuando los Invasores los hicieron retroceder hasta la Tierra.

»Según la leyenda —y esto es sólo una leyenda— hicimos un pacto con ellos. Si tanto deseaban el universo podrían quedarse con él; nosotros nos contentaríamos con el mundo en que nacimos.

»Hemos sido fieles al pacto, y olvidamos los sueños descabellados de nuestra infancia, como tú también lo harás, Alvin. Los que construyeron esta ciudad y planearon la sociedad correspondiente, eran hombres que dominaban tanto el espíritu como la materia. Pusieron dentro de estas paredes todo lo que la sociedad pudiera necesitar, y se aseguraron de que jamás las abandonaríamos.

»Oh, los obstáculos físicos son los menos importantes. Tal vez por algún camino se pueda salir de la ciudad, pero no creo que llegaras muy lejos, aunque lo encontraras. Y si lo consiguieras, ¿de qué te serviría? Tu cuerpo no aguantaría mucho tiempo en el desierto, una vez que la ciudad no pudiera darle alimento y abrigo.

—Si se puede salir de la ciudad por algún camino —dijo Alvin lentamente—, ¿qué puede impedírmelo?

—Es una pregunta ociosa —contestó Jeserac—. Creo que ya sabes la respuesta.

Jeserac tenía razón, aunque las cosas no fueran como él suponía. Alvin conocía, o mejor dicho, había adivinado la respuesta, al compartir la vida y las aventuras ficticias de sus compañeros. Los otros no podían abandonar la ciudad, pero Jeserac ignoraba que Alvin no estaba sujeto a las mismas inhibiciones. Nadie sabía si la condición de Único se debía a un accidente o a un antiguo designio, pero ésta era una de sus consecuencias. Y aún podía haber muchas otras por descubrir.

Nadie se apresuraba en Diaspar, e incluso Alvin era reacio a romper esa regla. Durante varias semanas meditó el problema a conciencia, y pasó mucho tiempo investigando las más antiguas crónicas de la ciudad. Se dejaba sostener horas enteras por los brazos inmateriales del campo antigravitatorio, mientras el proyector hipnótico abría su mente hacia el pasado. Cuando el registro llegaba a su fin, la máquina se esfumaba y desaparecía, pero Alvin continuaba con la mirada perdida, antes de regresar a la realidad a través de los siglos.

Volvía a contemplar las interminables extensiones de agua azul, más vastas que la Tierra, y el golpear de las olas contra las playas doradas. En sus oídos resonaba el fragor de las rompientes acalladas durante tantos millones de años. Recordaba las selvas y las praderas, y las bestias salvajes que alguna vez habían compartido la Tierra con el Hombre.

Quedaban muy pocos de aquellos antiguos registros. Aunque ninguno sabía la razón exacta, era una creencia general que todas las crónicas de los tiempos primitivos se habían perdido entre la llegada de los Invasores y la fundación de Diaspar. Resultaba difícil creer que una destrucción tan completa fuera producto de la casualidad. Excepto por algunas crónicas que podían ser pura leyenda, la Humanidad había perdido su pasado. Antes de Diaspar sólo existía la Era del Alba. En ese limbo

se mezclaban inextricablemente el primer hombre que descubrió el fuego y el primero en liberar la energía nuclear; los primeros que construyeron una canoa de troncos y los primeros en llegar a las estrellas. En el desierto del tiempo, allá lejos, todos compartían la misma vecindad.

Alvin había previsto realizar solo sus experimentos pero en Diaspar la soledad no se lograba con facilidad. Al salir de su cuarto tropezó con Alystra, quien ni siquiera trató de fingir un encuentro casual.

Alvin nunca se había detenido a pensar que Alystra era hermosa, puesto que no conocía la fealdad humana. Cuando la belleza es universal pierde su poder de conmovernos, y sólo su falta logra producir algún efecto emocional.

El encuentro le causó un leve fastidio, al recordarle pasiones que ya no lo conmovían. Todavía era demasiado joven y confiado en sí mismo como para sentir la necesidad de relaciones prolongadas; cuando llegara el momento, podría encontrar dificultades en establecerlas. Aun en los instantes de mayor intimidad, su condición de Único se interponía como una barrera entre él y sus amantes. A pesar de su completo desarrollo físico, era un niño aún, y lo seguiría siendo por varias décadas más; en cambio, sus compañeros comenzaban a recordar memorias de vidas pasadas, dejándolo atrás. Ya le había sucedido muchas veces, y esto lo tornaba cauteloso en sus relaciones con los demás, impidiéndole prodigarse. La misma Alystra, que en esos momentos parecía tan ingenua y cándida, pronto estaría enriquecida por un inimaginable artificio de recuerdos y talentos.

Dominó rápidamente su mal humor. No había ninguna razón para que Alystra no lo acompañara, si así lo quería. Él no era egoísta, y no deseaba acaparar sus nuevas experiencias como un avaro. Las reacciones de su amiga podían también revelarle muchas cosas.

El canal expreso los llevó lejos del centro congestionado de la ciudad; contra toda costumbre, ella no hizo pregunta alguna. Sin detenerse a contemplar las maravillas que había a sus pies, se abrieron paso hacia el carril central de alta velocidad. Cualquier ingeniero del mundo antiguo habría enloquecido tratando de descubrir cómo era posible que un camino, en apariencia fijo a los costados, pudiera moverse hacia el centro a una velocidad cada vez mayor. En cambio, a Alvin y Alystra les resultaba perfectamente natural que ciertos tipos de materia tuvieran propiedades de sólidos en una dirección y de líquidos en la otra.

En torno a ellos, los edificios eran cada vez más elevados, como si la ciudad se levantara sólidamente contra el mundo exterior. Alvin trató de imaginarse lo que revelarían las paredes si fueran transparentes, si uno pudiera observar la vida que se ocultaba tras ellas. Sus pocos amigos estaban dispersos en el espacio que lo rodeaba, y también los que encontraría en el futuro, y muchos extraños que nunca llegaría a conocer; esto era relativo, porque en el curso de su vida conocería a casi toda la gente de Diaspar. Casi todos los habitantes estarían en sus habitaciones, pero ninguno de ellos se hallaba solo. Bastaba formular el deseo, e inmediatamente aparecía allí la

persona que uno quisiera, aunque sólo se tratara de una imagen. Nadie podía aburrirse: se disponía de todo lo que había acaecido en el dominio de la fantasía o de la realidad, desde los tiempos en que la ciudad fuera construida. Era una vida completamente satisfactoria para hombres con una mentalidad constituida así. Que fuera totalmente fútil escapaba incluso a la imaginación de Alvin.

A medida que se alejaba del centro de la ciudad, las calles se tornaban menos transitadas. Finalmente, se detuvieron frente a una larga plataforma de mármol colorido; no había nadie a la vista. Cruzaron el remolino petrificado. La sustancia de la vía móvil fluía en un torbellino helado regresando a su origen; al pasar por sobre él se encontraron frente a una pared atravesada por túneles profusamente iluminados. Alvin eligió uno sin vacilar, y Alystra lo siguió de cerca. El campo peristáltico los propulsó hacia adelante mientras ellos, cómodamente reclinados, contemplaban las inmediaciones.

De pronto les pareció imposible encontrarse en un túnel tan profundo. En la decoración se había utilizado un verdadero cielo, abierto a todos los vientos, y diversas telas desplegadas en lo alto una muestra del arte de Diaspar. Alrededor, las cúpulas de la ciudad brillaban a la luz del sol. No era la misma ciudad que Alvin conocía, sino la de una época mucho más primitiva. Aunque la mayoría de los grandes edificios le resultaba familiar, había sutiles diferencias que aumentaban el interés de la escena. Alvin hubiera deseado detenerse a contemplarla, pero no conocía la manera de retardar la velocidad del túnel.

Bien pronto fueron suavemente depositados en una cámara elíptica y amplia, totalmente circundada por ventanas, a través de las cuales pudieron divisar tentadores jardines encendidos de flores brillantes. Aún había jardines en Diaspar, pero éstos sólo eran producto de la imaginación de los artistas que los concibieron. En el mundo actual ya no existían flores como ésas.

Alystra, encantada con tanta belleza, parecía creer que Alvin la había traído sólo para que viera aquella escena. Él la dejó correr alegremente de una a otra escena, disfrutando de la alegría que mostraba ante cada nuevo descubrimiento. En los edificios semidesiertos de la periferia de Diaspar había cientos de lugares como ése, mantenidos en perfecto orden por las fuerzas ocultas a cargo de su vigilancia. Algún día la marea vital podía inundar una vez más esos lugares, pero hasta entonces aquel antiguo jardín sería un secreto sólo compartido entre los dos.

—Debemos seguir adelante —dijo Alvin al fin—. Esto es sólo el comienzo.

Al trasponer una de las ventanas, la ilusión se quebró. Detrás del vidrio no había jardines, sino un pasaje circular con una abrupta inclinación hacia arriba. Alystra, que había quedado a unos metros de distancia, lo perdió de vista, pero sin vacilar un momento se reunió con él.

El piso comenzó a trepar esforzadamente, como si estuviera ansioso por llevarlos a destino. Dieron unos pasos sobre él, pero enseguida la aceleración fue tan grande que bastó con dejarse llevar.

El corredor continuaba subiendo, y en unos treinta metros había tomado ya un ángulo recto. Sin embargo, ningún dato de los sentidos lo reveló; era como si los transportaran por un corredor absolutamente plano. Aunque trepaban por un pozo vertical de gran profundidad no tenían la menor sensación de inseguridad, ya que era inconcebible la mínima falla en el campo polarizante.

Al fin el corredor comenzó a inclinarse «hacia abajo» y, una vez más, tomó un giro en ángulo recto. La velocidad comenzó a aminorar imperceptiblemente, hasta cesar por completo al llegar a un largo vestíbulo rodeado de espejos; Alvin comprendió que era inútil tratar de apresurar a Alystra en ese tramo, no sólo porque algunas características femeninas perduraban intactas desde los tiempos de Eva, sino porque además nadie podía resistir la fascinación de ese lugar. Alvin no conocía otro sitio similar en toda Diaspar. Por algún capricho del artista, sólo unos pocos espejos reflejaban la escena tal como era, y aun éstos parecían variar constantemente de posición. Los restantes reflejaban algo, por cierto; pero uno se desconcertaba levemente al verse caminar en un paraje imaginario y en perpetuo cambio.

A veces algunas personas iban y venían por el mundo del espejo, y más de una vez Alvin encontró alguna cara conocida. Sin embargo, comprendió que no se trataba de las mismas personas, sino que, a través de la imaginación de un artista ignorado, contemplaba el pasado, las encarnaciones previas de quienes andaban por el mundo en ese momento. Se entristeció al pensar que, por su condición de Único, jamás encontraría un antiguo eco de sí mismo, por mucho que esperara frente a esas escenas cambiantes.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó a Alystra, al terminar el recorrido de los espejos.

—En los bordes de la ciudad, supongo —respondió ella negando con la cabeza—. Hemos andado un largo trecho, pero no sé dónde nos encontramos.

—Estamos en la Torre de Loranne —contestó Alvin—, uno de los puntos más elevados de Diaspar. Ven a ver.

Tomándola de la mano, la condujo fuera del vestíbulo. No había salida a la vista, pero en varios lugares el diseño del piso revelaba la existencia de corredores laterales. En esos sitios, al acercarse a los espejos, los reflejos parecían fundirse en una arcada de luz; por ellas era posible pasar a otro corredor. Alystra perdió la cuenta de las vueltas y recodos que tomaron, hasta que finalmente salieron a un largo túnel sin desvíos por el que soplaba un viento frío y persistente. Se extendía horizontalmente en ambas direcciones, y en los extremos se divisaban diminutos círculos de luz.

—No me gusta este lugar —se quejó Alystra—; es frío.

Probablemente, nunca en su vida había sentido frío, y Alvin se sintió algo culpable. Debió haberle advertido que llevara un manto de abrigo, ya que en Diaspar las ropas eran puramente ornamentales y no para protección. Y, puesto que era el único responsable por la molestia, le prestó su manto, sin decirle una palabra. El gesto estaba exento de toda galantería; la igualdad de los sexos imperaba desde hacía

demasiado tiempo como para que sobrevivieran tales convenciones. Si las cosas hubiesen ocurrido a la inversa, habría sido Alystra quien cediera su capa y él la habría aceptado con idéntica naturalidad.

No era del todo desagradable caminar con el viento a las espaldas; pronto llegaron al final del túnel. Una gran filigrana de piedra les impidió el paso, deteniéndolos oportunamente en el umbral de la nada. El gran conducto de ventilación se abría en la cara frontal de la torre; hacia abajo, la pared caía verticalmente. Desde allí se podían ver las murallas exteriores de la ciudad; extendida allá abajo, Diaspar les ofrecía una vista que muy pocos en su mundo contemplaron jamás.

El panorama era el opuesto al que Alvin viera desde el centro del Parque. Al mirar hacia abajo divisaba las curvas concéntricas de piedra y metal que descendían en grandes combas hacia el corazón de la ciudad. A lo lejos podía ver los campos distantes, los árboles y, escondido en parte por las torres interpuestas, el eterno círculo del río. Más lejos todavía, los últimos baluartes de Diaspar se erguían hacia el cielo.

A su lado, Alystra compartía el panorama con placer, pero sin sorpresa. Ya había visto la ciudad innumerables veces desde otros puntos de observación, tan privilegiados como ése y con mayor comodidad.

—Ése es nuestro mundo —dijo Alvin—. Ahora quiero mostrarte algo más.

Se alejó de la reja en dirección al pequeño círculo de luz, hacia el extremo del túnel. El viento frío azotaba su cuerpo escasamente cubierto, pero caminó contra él, notando apenas la molestia.

Había recorrido un corto trecho cuando se percató de que Alystra no hacía ademán de seguirlo. Se había quedado atrás y lo miraba, una mano levantada a medias y el manto prestado flotando al viento. Alvin alcanzó a ver el movimiento de sus labios, pero no logró comprender las palabras. Su actitud comenzó por asombrarlo; después sintió una impaciencia no del todo carente de conmiseración.

Jeserac estaba en lo cierto. Ella no era capaz de seguirlo. Había comprendido el significado de aquel remoto círculo de luz desde el cual el viento penetraba eternamente hacia Diaspar. Detrás de Alystra el mundo conocido flotaba en la corriente del tiempo como una burbuja brillante, pero hermética, preñado de maravillas, aunque vacío de sorpresas. Al frente, a unos pocos pasos de distancia, se abría el vacío indomable, el mundo del desierto, el mundo de los Invasores.

Alvin volvió junto a ella; notó, con sorpresa, que estaba temblando.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó—. Aún estamos a salvo en Diaspar. Si has mirado por aquella ventana, bien puedes hacerlo por ésta.

Alystra lo miraba como si estuviera frente a un monstruo desconocido; según sus normas, por cierto, lo era.

—No puedo —dijo al fin—. La sola idea me da más frío que el viento. No sigas, Alvin.

—Pero no tiene sentido —protestó Alvin, despiadadamente—. ¿Qué puede

pasarte si caminas hasta el final del corredor y miras hacia afuera? Aquello es extraño y solitario, pero no horrible; en realidad, cuanto más lo miro más hermoso me...

Alystra no lo dejó terminar. Se volvió sobre sus talones y descendió la rampa que los había llevado hasta allí. Alvin no intentó detenerla; no deseaba cometer la grosería de imponer a otro su voluntad. La persuasión habría sido igualmente inútil. Alystra no se detendría hasta reunirse con sus compañeros; no había peligro de que se perdiera en los laberintos de la ciudad, pues no era difícil encontrar el camino de regreso. Desde que el Hombre comenzara a vivir en las ciudades, una de sus tantas conquistas había sido la de desentrañar aun el más complicado de los laberintos. La rata, un animal extinguido hacía mucho tiempo, se había visto forzada a desarrollar esas mismas habilidades al asociarse al destino del hombre.

Alvin aguardó un momento, como si aún esperara el regreso de Alystra. No lo sorprendía tan súbita huida, pero le extrañaba tanta brusquedad irracional. Era lamentable que se hubiese ido; al menos podría haberle dejado el manto.

El viento penetraba helado por los pulmones de la ciudad, obligándolo a realizar un gran esfuerzo para avanzar contra él. Además, debía luchar contra las fuerzas desconocidas que provocaban la corriente de aire. Sólo cuando hubo llegado a la reja pudo abrazarse con fuerza a las barras para descansar. Había espacio suficiente para pasar la cabeza. Aun así, la visión quedaba parcialmente restringida por el espesor de los muros.

No obstante, podía ver muchas cosas. Allá abajo, a la distancia, el sol empezaba a abandonar el desierto. Los rayos atravesaban la reja en forma casi horizontal, formando un extraño diseño de sombras y oro en las paredes del túnel. Alvin protegió sus ojos del resplandor y contempló la tierra nunca hollada por el hombre desde épocas ignotas.

El paisaje semejava un mar inmovilizado para siempre. Por millas y millas, las dunas ondulaban suavemente hacia el oeste en perfiles burdamente exagerados por la luz declinante. Aquí y allá, el capricho del viento había tallado en la arena curiosos remolinos y hondonadas sinuosas; costaba aceptar que ninguna de esas esculturas era obra de la inteligencia. A lo lejos, a una distancia incalculable, se elevaban suaves colinas redondeadas. Para Alvin fueron una desilusión; habría dado cualquier cosa para contemplar en la realidad las gigantescas montañas que había en los antiguos registros y en sus sueños.

El sol descendía sobre la silueta de las colinas, tamizado y enrojecido por la gruesa capa de atmósfera que debía atravesar. Su esfera presentaba dos grandes manchas negras; Alvin conocía su existencia a través de sus estudios; no obstante, le sorprendió que fueran tan visibles. Agazapado en su solitario escondrijo, con el viento silbando incesantemente en sus oídos, sintió que aquel par de ojos solares lo estudiaba a su vez.

No hubo luces crepusculares. Al ponerse el sol, los charcos de sombra esparcidos entre las dunas se agruparon rápidamente en un inmenso lago de oscuridad.

Palidieron los colores del cielo, los cálidos rojos y dorados se disiparon dejando un azul glacial que se hizo más y más profundo hasta alcanzar la noche. Alvin aguardaba aquel momento expectante que sólo él, entre toda la humanidad, conocía: el despertar de la primera estrella. Llevaba muchas semanas sin visitar el lugar, y sabía que la disposición del cielo nocturno debía ser algo diferente. Aun así, el descubrimiento de los Siete Soles lo tomó por sorpresa.

No les podía dar otro nombre; la frase le brotó espontánea. Formaban un grupo pequeño, muy compacto y asombrosamente simétrico contra el resplandor del crepúsculo. Seis de ellas estaban dispuestas en una elipse ligeramente achatada; sin duda debía tratarse de un círculo perfecto ligeramente inclinado hacia la línea de visión. Cada estrella tenía un color diferente; podía distinguir el rojo, el azul, el oro y el verde, pero los otros matices escapaban a su vista. En el centro exacto de la formación lucía un gigante blanco, la estrella más brillante del firmamento visible. El grupo entero semejaba una pieza de joyería; parecía imposible que la naturaleza hubiera desafiado todas las leyes del azar para dar forma a un diseño tan perfecto.

Los ojos de Alvin se fueron acostumbrando a la oscuridad; pudo distinguir entonces el amplio velo brumoso en otros tiempos llamado Vía Láctea. Se extendía desde el cénit hasta el horizonte, encerrando en sus pliegues a los Siete Soles. Otras estrellas emergieron en desafío, pero apenas lograban, con sus esquemas fortuitos, destacar el enigma de aquella perfecta simetría. Se hubiera dicho que algún poder había destacado deliberadamente el desorden del universo natural por medio de ese signo ubicado entre las estrellas.

Diez veces, y no más, había girado la Galaxia sobre su eje desde que el hombre diera el primer paso sobre la Tierra, y en la Eternidad eso era sólo un momento. Sin embargo, ese corto período le había traído cambios fundamentales mucho mayores de los que cabía esperar en el curso natural de los acontecimientos. Los grandes soles, que en su primera edad brillaran con impetuoso orgullo, comenzaban a escurrirse hacia su fin. Pero Alvin nunca había visto las antiguas glorias del firmamento, y no sabía por lo tanto cuantas cosas hermosas faltaban en él.

El frío se le filtró hasta los tuétanos, obligándolo a volver a la ciudad. Se apartó de la reja y frotó sus miembros entumecidos para reanimarlos. Hacia adelante, a través del túnel, Diaspar irradiaba una luz tan enceguedora que lo obligó a desviar los ojos por un momento. Fuera de la ciudad había cosas tales como la noche y el día, pero dentro de ella el día era eterno. Al bajar el sol, el cielo de Diaspar se inundaba de luz, y era imposible notar el momento en que desaparecía la iluminación natural. Aun antes de perder la necesidad del sueño el Hombre había desterrado la oscuridad de sus ciudades. La única noche que a veces conocía Diaspar era un raro e impredecible oscurecimiento que descendía sobre el parque, transformándolo en un sitio misterioso.

Alvin regresó lentamente por el corredor de los espejos, absorto aún en la noche y las estrellas. Se sentía inspirado y deprimido a la vez. No parecía haber forma de

escapar hacia aquel enorme vacío, y tampoco razones para hacerlo. Según Jeserac, nadie podía sobrevivir mucho tiempo en el desierto, y parecía tener razón. Quizás alguien llegara a descubrir algún modo de salir de Diaspar, pero aun así debería regresar pronto. Salir al desierto podía ser un juego divertido, pero nada más. No podía compartirlo con nadie, y a nada lo conduciría. Pero valdría la pena, si al menos ayudara a calmar la ansiedad de su espíritu.

Reacio a volver al mundo familiar, Alvin se demoró entre los reflejos del pasado. Se detuvo ante uno de los grandes espejos para contemplar las escenas que iban y venían por él. El mecanismo que producía esas imágenes parecía estar controlado por su presencia y, en cierta medida, por sus pensamientos. Al llegar a la habitación encontraba los espejos siempre en blanco, pero no bien se acercaba, entraban en acción.

Era como estar en un enorme patio abierto, desconocido para él, pero que aún existiría probablemente en algún rincón de Diaspar. En él se agolpaba una multitud que parecía asistir a una asamblea pública. Sobre una plataforma elevada dos hombres entablaban un cortés debate, rodeados por sus partidarios que dejaban escapar alguna interjección de tanto en tanto. El silencio total era un atractivo más de la escena, ya que inducía a la imaginación a suplir inmediatamente la ausencia de sonidos. ¿Cuál era el tema del debate? Tal vez no se tratara de una escena real del pasado sino de un episodio imaginario. El cuidadoso equilibrio de las figuras, los movimientos ligeramente formales, daban la impresión de algo muy deliberado para ser real.

Estudió los rostros en la multitud, tratando de reconocer a alguien. Ninguno le era familiar, pero quizás allí se encontraban amigos que sólo conocería en siglos venideros. ¿Cuántas eran las variaciones posibles de la fisonomía humana? Aunque la cantidad era enorme, tenía un límite, sobre todo si se eliminaban las variantes antiestéticas.

En el mundo del espejo, la gente continuaba su discusión largamente olvidada, ignorando la imagen de Alvin que permanecía inmóvil entre ellos. A veces le costaba creer que no formaba parte de la escena, tan perfecta era la ilusión. Cuando uno de los fantasmas del espejo parecía cruzarse con Alvin, desaparecía a su espalda como lo hubiese hecho un objeto verdadero, y cuando alguien se ponía frente a él, su propia imagen desaparecía.

Ya estaba por irse cuando notó la presencia de un hombre vestido en forma extraña. Se mantenía algo apartado del grupo principal, y sus movimientos sus ropas, todo su aspecto parecía ligeramente fuera de lugar en esa asamblea.

Arruinaba el conjunto; como Alvin, era un anacronismo.

Era mucho más que eso: era una presencia real y dedicaba a Alvin una sonrisa ligeramente burlona.

De todos los habitantes de Diaspar, Alvin no llegaba a conocer un millar. No era sorprendente, por lo tanto, que aquel hombre le fuera desconocido. Pero sí le sorprendió encontrar a alguien, en esa desierta torre tan próxima a la frontera de lo desconocido.

Volviendo la espalda al mundo del espejo, encaró al intruso. Antes de que pudiera pronunciar palabra el otro comenzó a hablar.

—Supongo que eres Alvin. Cuando descubrí que alguien venía aquí debí imaginar que eras tú.

Obviamente, las palabras no implicaban ofensa alguna, eran la simple enunciación de un hecho, y como tal las tomó Alvin. No le sorprendió que lo reconociera; le gustara o no, su carácter de Único, con todo lo que ello significaba, lo había hecho célebre.

—Soy Kedron —agregó el desconocido, como si eso lo explicara todo—. Me llaman el Bufón.

Alvin permaneció inexpresivo, y Kedron se encogió de hombros con fingida resignación.

—Oh, así es la fama. Sin embargo, eres joven todavía, y desde tu nacimiento no ha habido ninguna broma; voy a perdonar tu ignorancia.

En Kedron había algo de refrescante y fuera de lo común. Alvin trató de recordar el significado de esa extraña palabra, «Bufón»; le traía vagos recuerdos que no lograba precisar. En la compleja estructura social de la ciudad había muchos títulos semejantes; se requería toda una vida para aprenderlos.

—¿Vienes aquí con frecuencia? —preguntó Alvin.

Se sentía un tanto celoso; había llegado a considerar la Torre de Loranne como algo propio, y lo fastidiaba un poco que alguien más conociera sus maravillas. Se preguntó si Kedron había contemplado alguna vez el desierto y el descenso de las estrellas hacia el oeste.

—No —dijo Kedron, como si contestara las preguntas no formuladas—. Nunca he venido antes. Pero me gusta enterarme de todos los hechos extraños que ocurren en la ciudad y ha pasado mucho tiempo desde que alguien visitó por última vez la Torre de Loranne.

Alvin se preguntó fugazmente cómo se habría enterado Kedron de sus primeras visitas, pero en seguida desechó la idea. Diaspar estaba llena de ojos, oídos, y de otros sentidos más sensibles que la mantenían informada de todo cuanto pasaba dentro de sus límites. Con el suficiente interés, cualquiera podía, sin duda, encontrar la forma de controlar esos canales.

—Aunque sea extraño que alguien llegue hasta aquí —dijo Alvin, empeñado en un duelo verbal—, ¿por qué te interesa tanto?

—En Diaspar, lo extraño es mi privilegio —contestó Kedron—. Sabía que algún

día nos íbamos a encontrar. A mi manera, yo también soy Único. Oh, no en la misma forma que tú; ésta no es mi primera vida. He salido mil veces de la Casa de Creación, pero hace mucho, al principio, se me asignó el papel de Bufón, y en Diaspar existe sólo un Bufón a la vez. Muchos piensan que con uno ya hay demasiado.

El tono irónico de las palabras de Kedron logró confundir un tanto a Alvin; hacer preguntas de carácter personal no era lo más correcto, pero después de todo Kedron había sido el primero en mencionar el tema.

—Perdona mi ignorancia —dijo Alvin—, pero ¿qué es un Bufón y qué haces?

—Preguntas «qué» —contestó Kedron—, de manera que comenzaré por decirte «por qué». Es una historia muy larga, pero creo que te interesará.

—Todo me interesa —dijo Alvin, con una buena dosis de sinceridad.

—Muy bien. Los hombres que idearon Diaspar —aunque a veces dudo de que fueran hombres— tuvieron que resolver un problema en extremo complicado. Como sabes, Diaspar no es sólo una máquina sino un organismo vivo y, además, inmortal. Estamos muy acostumbrados a nuestra sociedad y no podemos darnos una idea de lo extraña que debe haber sido para nuestros antepasados. El nuestro es un pequeño mundo cerrado que nunca varía, salvo en pequeños detalles, y además perfectamente estable, milenio tras milenio. Tal vez es la civilización más larga de la historia humana; sin embargo, en esa misma historia hubo también incontables culturas que se desarrollaron por cierto tiempo para sucumbir después. Ahora bien, ¿cómo logró Diaspar su extraordinaria estabilidad?

Alvin se sorprendió que alguien fuera capaz de hacer una pregunta tan elemental, y sus esperanzas de aprender algo nuevo comenzaron a desvanecerse.

—Mediante los Bancos de Memoria, por supuesto —contestó—. Diaspar está compuesta siempre por las mismas personas, aunque formen distintos grupos a medida que entran y salen de la Casa de Creación.

Kedron meneó la cabeza.

—Eso es sólo parte de la verdad. Con la misma gente se pueden construir diversos esquemas sociales. No puedo demostrarlo, y no tengo pruebas directas, pero así lo creo. Los que planearon la ciudad no sólo establecieron su población, sino también las leyes para regir su conducta. Apenas si nos damos cuenta de la existencia de esas leyes, pero las obedecemos. Diaspar es una cultura estancada que no puede cambiar más allá de ciertos límites. Los Bancos de Memoria almacenan muchas otras cosas, además de las matrices de nuestros cuerpos y personalidades. Mantienen también la imagen misma de la ciudad, conservando cada uno de sus átomos perfectamente fijos contra todos los cambios que el tiempo pudiera acarrear. Mira este piso, por ejemplo; fue colocado hace millones de años, y ha sido recorrido por innumerables pasos. ¿Puedes distinguir alguna señal de desgaste? Por más resistente que fuera, cualquier material sin protección se habría convertido en polvo hace siglos. Pero mientras exista energía para manejar los Bancos de Memoria las matrices que albergan pueden controlar el diseño de la ciudad: la estructura física de Diaspar jamás

cambiará.

—Sin embargo, ha habido *ciertos* cambios —protestó Alvin—. Desde que se construyó la ciudad se han demolido muchos edificios, se han construido otros nuevos...

—Es claro, pero sólo descargando los datos conservados en los Bancos de Memoria y estableciendo nuevos moldes. En todo caso, sólo quería dar un ejemplo del modo en que la ciudad se conserva físicamente. Lo que deseo demostrar es que, de la misma forma, hay máquinas en Diaspar que mantienen nuestra estructura social. Observan cualquier cambio y lo corrigen antes de que sea demasiado importante. ¿Cómo lo hacen? No lo sé; tal vez seleccionando los que salen de la Casa de Creación. Quizá manipulando los moldes de nuestras personalidades; creemos poseer libre albedrío, ¿pero acaso podemos estar seguros?

»De todos modos, el problema ha sido resuelto. Diaspar ha logrado sobrevivir y perdurar a través de los siglos, como un barco enorme cargado con todo lo que queda de la raza humana. Es una verdadera hazaña de la ingeniería social: si vale o no la pena, es otra cuestión.

»Sin embargo, la estabilidad no es suficiente. Puede llevar con facilidad al estancamiento, y de ahí a la decadencia. Los constructores de la ciudad hicieron todo lo posible para evitarlo, aunque estos edificios abandonados sugieren que no lograron del todo su propósito. También yo, Kedron el Bufón, soy parte de ese plan. Quizás una parte mínima. Me gustaría pensar lo contrario, pero no tengo en qué basarme.

—Y ¿en qué consiste esa parte? —preguntó Alvin, todavía a oscuras y un tanto exasperado por la cuestión.

—Digamos que consiste en introducir cierta dosis de desorden en la ciudad. Si explicara mis métodos destruiría su eficacia. Júzgame por mis hechos, aunque sean pocos, y no por mis palabras, aunque sean muchas.

Alvin nunca había conocido a alguien parecido a Kedron. El Bufón tenía una verdadera personalidad; era un personaje que sobrepasaba en mucho el nivel medio de uniformidad de la gente de Diaspar. Importaba poco descubrir o no cuál era su misión y cómo la llevaba a cabo. Lo importante —presentía Alvin— era encontrar a alguien con quien poder conversar si es que en algún momento quebraba su monólogo; alguien capaz de contestar las preguntas que tanto lo intrigaban. Ambos volvieron por los corredores de la Torre de Loranne hasta salir junto al desierto móvil. Recién al encontrarse en las calles notó Alvin que Kedron no había mostrado interés por saber qué lo había llevado allí, hasta el límite de lo desconocido. Era de suponer que lo sabía; parecía interesado, pero no sorprendido. Algo le dijo que sería muy difícil sorprender a Kedron.

Intercambiaron sus números de índice para poder llamarse cuando lo desearan. Alvin tenía interés en conocer más a fondo al Bufón; sin embargo, imaginaba que su compañía constante podía ser agotadora. Pero antes de volver a encontrarlo quería averiguar cuanto pudieran decirle sus amigos, especialmente Jeserac, con respecto a

Kedron.

—Hasta la próxima vez —dijo Kedron, y desapareció rápidamente.

Alvin se sintió molesto. Cuando se conoce a alguien mediante la proyección, y no en persona, lo correcto es ponerlo en claro desde el principio. De lo contrario, el que ignoraba el hecho quedaba, a veces, en desventaja. Tal vez Kedron no se había movido de su casa, dondequiera ésta se encontrara. Alvin tenía su número y podía estar seguro de que cualquier mensaje le llegaría, pero no tenía la menor indicación de su domicilio. Eso, al menos, se ajustaba a la costumbre. Los números de índice podían revelarse con bastante liberalidad, pero la dirección era algo que sólo se daba a los amigos más íntimos.

Mientras recorría el camino de vuelta a la ciudad, Alvin tuvo tiempo de meditar sobre todo lo que Kedron le dijera con respecto a Diaspar y a su organización social. Era extraño que antes nunca hubiera encontrado a alguien insatisfecho con el sistema de vida. Diaspar y sus habitantes habían sido ideados como partes de un plan mayor, y juntos formaban una perfecta simbiosis. A lo largo de su dilatada vida, la gente de la ciudad no llegaba a aburrirse.

El mundo al que se encontraba reducido podía ser pequeño según los criterios antiguos, pero gozaba de tesoros incalculables, cuantiosas maravillas y enorme complejidad. Allí se habían reunido todos los frutos del ingenio humano, cuanto se pudo salvar de las ruinas del pasado. Según se decía, todas las ciudades antiguas habían hecho algún aporte a Diaspar; antes de la llegada de los Invasores, su nombre había resonado en todos los mundos que el Hombre perdiera. En su construcción se había empleado toda la destreza, todo el arte del Imperio. Cuando los tiempos de grandeza llegaban a su fin, hombres de gran intelecto habían remodelado la ciudad, proporcionándole la maquinaria que la hiciera inmortal. Aunque todo cayera en el olvido, Diaspar seguiría existiendo, transportando a los descendientes de la Humanidad por la corriente del Tiempo. No habían alcanzado sino la supervivencia, y con eso estaban conformes. Desde el momento en que salían de la Casa de Creación, casi completamente crecidos, hasta que retornaban a los Bancos de Memoria, apenas envejecidos, podían ocuparse de millones de cosas. Un mundo donde todos los hombres y las mujeres poseían una inteligencia que en otros tiempos se habría considerado como genial no corría riesgos de aburrimiento. El deleite de la conversación y el intercambio de ideas, la compleja formalidad de las relaciones sociales, eran suficientes para ocupar buena parte del tiempo. Existían, además, los grandes debates en los que rivalizaban las mentes más destacadas, esforzándose por escalar esas cumbres de la filosofía que no por ser inconquistables son menos fascinantes, mientras el resto de la población escuchaba embelesada.

No había hombre ni mujer que careciera de un interés intelectual apasionante. Eriston, por ejemplo, pasaba gran parte de su tiempo en largos soliloquios con la Computadora Central, encargada de controlar prácticamente toda la ciudad, pero aún le quedaban ratos libres para entablar discusiones simultáneas con todo aquel que

deseara comparar su ingenio con el suyo. Por más de trescientos años Eriston había tratado de idear paradojas lógicas que la máquina no pudiera resolver. No esperaba obtener grandes resultados hasta haber agotado varias vidas.

Las inclinaciones de Etania eran de una naturaleza más estética. Con ayuda de los organizadores de materia, ideaba y construía diseños tridimensionales ligados entre sí, tan bellos y completos que constituían avanzados problemas de topología. Su obra podía verse por todo Diaspar; algunos de sus diseños habían sido incorporados a los pisos del gran salón de coreografía, donde se los usaba como base para nuevos motivos de danza, y originaban ciertas evoluciones en el arte del ballet.

Ocupaciones como éstas podían parecer áridas a los que no poseían la inteligencia necesaria para apreciar toda su sutileza. No obstante, no había nadie en Diaspar que no entendiera algo de lo que Eriston y Etania trataban de hacer y que, al mismo tiempo, no tuviera una afición propia tan absorbente como éstas.

Los primeros siglos de juventud se hacían más placenteros mediante varios juegos y deportes, algunos de los cuales eran posibles gracias al control de la gravedad. Las Sagas, a su vez, proporcionaban a la imaginación toda la aventura que uno pudiera desear. Eran el inevitable producto final de aquel ansia de realismo que llevara al hombre a grabar sonidos y a reproducir imágenes en movimiento, para usar después esas técnicas en la representación de escenas reales o imaginarias. En las Sagas la ilusión era perfecta, debido a que todos los estímulos sensoriales eran enviados directamente al cerebro, evitando así toda sensación conflictiva. El espectador subyugado quedaba separado por completo de la realidad mientras duraba la aventura; era como vivir un sueño aun sabiendo que uno estaba despierto.

En un mundo de orden y estabilidad que no había cambiado sus lineamientos generales por millones de años, no resultaba sorprendente descubrir un interés apasionado por los juegos de azar. Desde el principio, el hombre sintió la fascinación del misterio que rige la caída del dado, la aparición de una carta o las vueltas de la aguja de la ruleta. En su expresión elemental, esa atracción se basaba en la mera avaricia, pero en un mundo donde cada uno poseía todo lo que razonablemente podía desear esa emoción no tenía cabida. Aun descartando ese motivo, la atracción puramente intelectual del azar todavía era capaz de capturar las mentalidades más sofisticadas. Había máquinas que funcionaban en forma caprichosa, sucesos cuyos desenlaces nunca se podían predecir, por mucha información que se poseyera; de ellas, el filósofo y el jugador podían obtener distracción y goce semejantes.

Y para placer de todos los hombres, quedaban todavía los mundos enlazados del Arte y del Amor. Enlazados, porque el amor sin arte es puramente la expresión del deseo, y sólo es posible apreciar el Arte acercándose a él desde el Amor.

La Humanidad buscó siempre ávidamente la belleza en sus muchas formas: en las secuencias del sonido, en las líneas trazadas sobre el papel, en la superficie de la piedra, o en los movimientos del cuerpo humano y en los colores ordenados en el espacio. Todas esas expresiones subsistían en Diaspar, y a través de los siglos se le

habían agregado muchas más. No se consideraban aún agotadas las posibilidades del Arte, ni se planteaba el problema de su existencia fuera de la mente humana.

Y lo mismo podría decirse del Amor.

## 6

Jeserac permanecía inmóvil, rodeado de un torbellino de números. Frente a él desfilaban en orden los primeros mil números primos, expresados en la escala binaria utilizada en todas las operaciones aritméticas desde la invención de las computadoras electrónicas. Ante los ojos de Jeserac desfilaban hileras interminables de unos y ceros, presentándole la secuencia completa de aquellos números divisibles sólo por sí mismos y por la unidad. Los números primos encerraban un misterio que siempre había fascinado al hombre y que aún despertaban su imaginación. Jeserac no era matemático, aunque algunas veces le gustaba creerlo. Se limitaba a investigar la infinita formación de números primos, en busca de relaciones especiales y reglas que hombres con más talento pudieran convertir en leyes generales. Podía descubrir cómo actuaban los números, pero no explicar sus causas. Le proporcionaba placer abrirse paso en la jungla aritmética, y solía descubrir maravillas que exploradores más avezados no habían visto.

Compuso una matriz con todos los enteros posibles, y puso en funcionamiento la computadora enlazando números primos a través de su superficie, como si se tratara de cuentas dispuestas en las intersecciones de una red. Había hecho lo mismo más de mil veces, sin sacar nada en limpio. Pero lo fascinaba la forma en que esos números se distribuían, sin obedecer a leyes existentes, en el espectro de los enteros. Conocía las leyes de distribución ya descubiertas, pero siempre esperaba llegar a nuevas conclusiones.

No tenía derecho a quejarse por la interrupción. Si hubiera deseado que no lo molestaran, debía haberlo indicado por medio de su anunciador. Al oírse el suave campanileo, la formación de números tembló, y los dígitos se tornaron borrosos, mezclándose entre sí; Jeserac volvió al mundo de la mera realidad.

Con poca alegría reconoció a Kedron de inmediato. El bufón representaba lo imprevisto y a Jeserac no le gustaba que alteraran su ordenado sistema de vida. No obstante, saludó a su visitante con cortesía y disimuló toda huella de preocupación.

Cuando dos personas se encontraban en Diaspar por primera (o por centésima) vez, era costumbre perder casi una hora intercambiando cortesías antes de entrar en tema. Para fastidio de Jeserac, Kedron redujo esas formalidades a sólo quince minutos, para decir luego abruptamente:

—Quisiera hablarle de Alvin. Tengo entendido que usted es su tutor.

—Es cierto —contestó Jeserac—. Todavía lo veo varias veces por semana, tan seguido como él lo desea.

—¿Y lo considera usted un alumno capaz?

Jeserac lo pensó un momento; la pregunta era difícil. La relación alumno-tutor era sumamente importante, y constituía uno de los fundamentos de la vida en Diaspar. Como promedio, unas diez mil mentes nuevas llegaban cada año a la ciudad; durante los primeros veinte años de su existencia, con sus memorias previas aún latentes, todo

les parecía novedoso y extraño. Era necesario enseñarles el uso de innumerables máquinas y artefactos que se utilizaban en la vida diaria, y debían aprender a desenvolverse en la sociedad más compleja de cuantas el hombre construyera.

Parte de esa enseñanza quedaba a cargo de las parejas elegidas como padres de los nuevos ciudadanos. La selección se efectuaba por sorteo, y las obligaciones no eran gravosas. Con sólo dedicar un tercio de su tiempo a la crianza de Alvin, Eriston y Etania habían cumplido con lo que se esperaba de ellos.

Jeserac estaba a cargo de los aspectos más formales de la educación de Alvin; sus padres debían enseñarle cómo actuar en sociedad y ampliar progresivamente el círculo de sus relaciones. Ellos tenían la responsabilidad de formar su carácter; Jeserac, su inteligencia.

—Me resulta difícil contestar su pregunta —replicó Jeserac—. La inteligencia de Alvin, por cierto, no presenta ninguna deficiencia; pero muchas de las cosas que deberían interesarle lo dejan indiferente. Por el contrario, muestra una curiosidad morbosa con respecto a ciertos temas que nosotros no solemos tener en cuenta.

—Por ejemplo ¿el mundo fuera de Diaspar?

—Sí, pero ¿cómo lo sabe?

Kedron vaciló un momento preguntándose hasta dónde podía confiar en Jeserac. Lo sabía amable y bien intencionado, pero también debía estar limitado por los mismos tabúes que dominaban a todo el mundo en Diaspar, con excepción de Alvin.

—Lo adiviné —contestó al fin.

Jeserac se arrellanó en la silla que acababa de materializar. La situación le resultaba interesante, y deseaba analizarla tanto como fuera posible. Pero si Kedron no estaba dispuesto a cooperar, no podría averiguar mucho.

Debía haber imaginado que algún día Alvin se encontraría con el Bufón, con imprevisibles consecuencias. Era la única otra persona que podía compartir su excentricidad, aunque la suya hubiera sido planeada por los constructores de la ciudad. Mucho tiempo atrás se había llegado a la conclusión de que, sin un poco de crimen y de desorden, Utopía se transformaba en un lugar insoportablemente monótono. Sin embargo, dada la naturaleza de las cosas, era imposible garantizar que ese desorden se reduciría al nivel óptimo requerido por las ecuaciones sociales. El crimen permitido y reglamentado dejaba de ser crimen.

El oficio de Bufón era el recurso, a primera vista ingenuo, pero bastante sutil, ideado por los fundadores de Diaspar. La historia de la ciudad registraba apenas unas doscientas personas cuya mentalidad se adecuara a este rol peculiar. Ciertos privilegios les protegían de las consecuencias de sus acciones; algunos bufones habían sobrepasado los límites permisibles, con la única pena que Diaspar podía imponer: la de ser desterrados al futuro antes de terminar su encarnación presente.

En ocasiones imprevisibles, el Bufón alteraba la ciudad mediante alguna jugarreta que tal vez se redujera a una broma pesada, pero que podía llegar a un ataque premeditado contra ciertas creencias o contra el modo de vida aceptado por todos.

Considerando todo esto, el nombre de Bufón era muy apropiado. Hubo en el pasado, cuando existían las cortes y los reyes, hombres con funciones similares que actuaban con la misma impunidad.

—Será mejor —dijo Jeserac— que hablemos con franqueza. Ambos sabemos que Alvin es Único, que ésta es su primera vida en Diaspar. Usted podrá imaginar mejor que yo lo que eso significa. Todo lo que pasa en esta ciudad obedece a un plan prefijado; por lo tanto, su creación debe tener algún objetivo; sea cual sea, no sé si lo alcanzará. Tampoco sé si es bueno o malo. No imagino de qué se trata.

—¿Y si involucrara algo ajeno a la ciudad?

Jeserac sonrió con tolerancia; era de esperar que el Bufón no perdiera ocasión de hacer un chiste.

—Le he explicado qué hay allí; sabe que fuera de Diaspar no hay sino el desierto. Si puede, llévelo; tal vez usted conozca algún camino. Quizá se cure de pensamientos extraños cuando vea la realidad.

—Creo que ya lo ha visto —dijo suavemente Kedron.

Pero hablaba sólo para sí.

—Creo que Alvin no es feliz —continuó Jeserac—. Aún no ha establecido vínculos verdaderos, y mientras continúe con esa obsesión será muy difícil que lo haga. Pero después de todo es muy joven aún. Puede ser que supere esta etapa y se integre como parte de la ciudad.

Sin embargo, Jeserac no parecía creer en lo que decía, como si sólo tratara de convencerse a sí mismo.

De pronto, Kedron preguntó:

—Dígame, Jeserac: ¿Alvin sabe que no es el primer Único?

Jeserac pareció un poco sorprendido.

—Tendría que haber supuesto que usted lo sabía —dijo luego, en tono desafiante—. ¿Cuántos Únicos ha habido en toda la historia de Diaspar? ¿Diez, tal vez?

—Catorce —respondió Kedron después de pensarlo—, sin contar a Alvin.

—Su información es más amplia que la mía —dijo Jeserac, con acritud—. ¿Puede decirme qué pasó con esos Únicos?

—Desaparecieron.

—Eso ya lo sé, gracias. Por eso traté de que Alvin supiera lo menos posible acerca de sus predecesores. El saberlo no lo ayudaría a solucionar sus problemas actuales. ¿Puedo contar con su cooperación?

—Por el momento, sí. Yo también deseo estudiarlo; siempre me han intrigado los misterios, y en Diaspar hay muy pocos. Tal vez el destino está preparando una broma de tal magnitud que las mías parecerán muy modestas. Y en ese caso, quiero estar presente cuando llegue el momento culminante.

—A usted le gustan demasiado los acertijos. ¿Qué es lo que prevé?

—Mis suposiciones valen tanto como las tuyas. De una cosa estoy seguro: no habrá nadie en Diaspar capaz de detener a Alvin cuando haya decidido qué es lo que

desea hacer. Nos esperan unos siglos muy interesantes.

Cuando la imagen de Kedron hubo desaparecido, Jeserac continuó por un largo rato olvidado de sus matemáticas. Como nunca antes, sentía la angustia de un grave presentimiento. Por un instante se preguntó si correspondía solicitar audiencia ante el Concejo, pero tal vez eso significara hacer mucho barullo por poca cosa. Quizá todo aquel asunto no era sino una broma de Kedron, complicada y oscura, aunque no podía imaginarse por qué lo había elegido como víctima.

Meditó mucho sobre el asunto, examinando el problema desde todos los ángulos. Pasada poco más de una hora, llegó a una decisión característica.

Esperaría.

Sin perder tiempo Alvin comenzó a averiguar cuanto pudo con respecto a Kedron. Como siempre, Jeserac fue su principal fuente de información. El anciano tutor le describió detalladamente su diálogo con el Bufón, y le dijo cuanto sabía acerca de él. Hasta donde eso era posible en Diaspar, era un ermitaño. Nadie sabía dónde estaba su casa ni cómo vivía. Su última broma, cincuenta años atrás, había sido una travesura bastante infantil, consistente en una paralización general de las vías móviles. Un siglo antes había soltado un dragón particularmente repulsivo; la bestia recorrió la ciudad devorando todas las obras del escultor más popular de ese momento. El propio artista, lógicamente alarmado por la obsesión gastronómica del dragón, decidió permanecer escondido hasta que el monstruo desapareciera, tan misteriosamente como había llegado.

Una cosa se desprendía de todos estos informes: Kedron tenía un profundo conocimiento de las máquinas y fuerzas que controlaban la ciudad, y podía someterlas a su voluntad como nadie era capaz de hacerlo. Cabía presumir sin embargo, que existían ciertos controles superiores que evitarían que cualquier Bufón demasiado ambicioso causara algún daño permanente e irreparable a la compleja estructura de Diaspar.

Alvin tomó en cuenta todos esos datos, pero no intentó ponerse en contacto con Kedron. Si bien tenía muchas preguntas que hacer al Bufón, su terca independencia, tal vez el más característico de sus rasgos, lo inclinaba a descubrir cuanto pudiera por su propio esfuerzo, sin buscar ayuda. Se encontraba embarcado en un proyecto que podía mantenerlo ocupado por años; mientras creyera avanzar hacia la meta, sería feliz.

Como un viajero de antaño que trazara los mapas de tierras ignotas, comenzó una exploración organizada de Diaspar. Pasaba días y semanas merodeando por las torres solitarias en los límites de la ciudad, esperando descubrir en alguna parte una salida al mundo exterior. En el curso de su búsqueda encontró una docena de grandes ventiletes que daban sobre el desierto, pero todos estaban provistos de rejas, y aun sin ellas, el precipicio de casi mil quinientos metros de altura era obstáculo suficiente.

Aunque exploró mil corredores y diez mil cámaras vacías, no encontró otras salidas. Todos los edificios estaban en perfectas e inmaculadas condiciones, cosa que el pueblo de Diaspar consideraba parte normal de la vida. A veces, Alvin se cruzaba con algún robot que cumplía, obviamente, recorridas de inspección, y nunca dejaba de interrogarlo. Era inútil; ninguna de las máquinas con las que se encontró estaba preparada para responder al habla o al pensamiento humanos. Aunque percibían su presencia, hacíanse a un lado para dejarlo pasar y rehuían toda conversación.

Por temporadas, Alvin pasaba días enteros sin ver a otro ser humano. Cuando tenía hambre iba a uno de los compartimientos vitales y pedía una comida. Aquellas máquinas milagrosas, en las que casi nunca pensaba, surgían a la vida tras milenios de aletargamiento. Las matrices almacenadas en su memoria palpitaban; volviendo a la realidad y organizaban prestamente el material que tenían bajo su control. De esta manera, una comida preparada por un *chef* hacía millones de años volvía a la existencia para deleitar el paladar, o simplemente para satisfacer el apetito.

La soledad de ese mundo abandonado, la corteza vacía que rodeaba el centro viviente de la ciudad, no lograban deprimir a Alvin. Estaba acostumbrado a la soledad aun cuando se encontrara entre aquellos que consideraba sus amigos. Esa apasionada exploración absorbía todas sus energías, haciéndole olvidar momentáneamente el misterio de su herencia, y la anomalía que lo separaba de sus semejantes.

Había explorado una ínfima parte de las orillas de la ciudad cuando llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo; tal decisión no era el resultado de la impaciencia, sino del sentido común. En caso de necesidad, estaba dispuesto a volver para continuar su tarea, aunque le llevara el resto de su vida. Sin embargo, había visto bastante como para convencerlo de que, de existir un camino de salida de Diaspar, no resultaría tan fácil descubrirlo. A menos que pidiera ayuda a hombres más sabios, podía malgastar siglos en una búsqueda inútil.

Jeserac le había afirmado crudamente no conocer ningún camino que saliera de Diaspar, e incluso dudaba de su existencia. Interrogó también a las máquinas de información que revisaron en vano sus memorias casi infinitas. Le dieron todos los detalles de la historia de la ciudad desde los primeros tiempos registrados, hasta aquella barrera detrás de la cual yacía la Era del Alba para siempre oculta. Pero no podían responder a la sencilla pregunta de Alvin, o tal vez algún poder superior lo prohibía.

Finalmente resolvió buscar a Kedron.

—Demoraste bastante —dijo Kedron— pero estaba seguro de que vendrías, tarde o temprano.

Esta presunción fastidió a Alvin; no le gustaba que pudieran predecir su conducta con tanta precisión, tal vez el Bufón había estado observando toda su búsqueda inútil, y sabía muy bien todo lo que había hecho.

—Estoy buscando la forma de salir de la ciudad —dijo, sin preámbulos—. Debe haber alguna, y creo que me puedes ayudar.

Kedron guardó silencio por un momento. Aún era tiempo de echarse atrás, en vez de afrontar aquel futuro que escapaba a toda profecía. Nadie habría vacilado, nadie en su lugar habría osado perturbar los fantasmas de una era enterrada hacía millones de siglos. Quizá no hubiera peligro; quizá nada podía alterar la perpetua inmutabilidad de Diaspar. Pero si algo nuevo y extraño aconteciera en el mundo, tal vez ésa fuera la última oportunidad de evitarlo.

Kedron estaba conforme con el orden de vida imperante. Aunque de tanto en tanto debía alterarlo, era tan sólo por poco tiempo. Era crítico, y no revolucionario. Su único deseo era provocar algunas marejadas en el río del tiempo, pero no alterar su curso. En él, como en todos los ciudadanos de Diaspar, se había eliminado total y cuidadosamente cualquier deseo de aventura fuera del campo intelectual. Sin embargo, poseía, aunque casi extinguida, esa chispa de curiosidad que alguna vez fuera el mayor don del hombre, y estaba dispuesto a correr ciertos riesgos.

Alvin le recordaba su propia juventud, los sueños que albergara cientos de años atrás. Podía evocar cualquier momento del pasado con toda claridad y precisión. Como cuentas enhebradas en el mismo hilo, esta vida y las precedentes se extendían a través de los tiempos; podía elegir una y revisarla a su voluntad. En ese momento, los Kedrons precedentes le resultaban extraños; la constitución básica podía ser la misma, pero las distintas experiencias los separaban para siempre. Si lo deseaba, la próxima vez que volviera a la Casa de Creación podía liberarse de todas sus anteriores encarnaciones. Pero eso equivalía, en cierto modo, a la muerte, y aún no estaba preparado para hacerlo. Estaba dispuesto a recoger cuanto la vida pudiera ofrecerle, como un nautilo que pacientemente agrega nuevas células a su espiral en lenta expansión.

En su juventud había sido igual a sus compañeros. Recién al alcanzar la mayoría de edad las memorias latentes de su vida anterior comenzaron a surgir, y entonces había adoptado el papel que le estuviera destinado hacía mucho tiempo. A veces lamentaba como un agravio que Diaspar hubiera dispuesto que la inteligencia encargada de conducir la ciudad con tanta habilidad pudiera todavía, después de tantos siglos, manejarlo como una marioneta en su escenario. Aquélla era, tal vez, la oportunidad de satisfacer un antiguo deseo de venganza. Había aparecido un nuevo actor, y tal vez fuera el encargado de bajar el telón por última vez en una obra que ya

tenía demasiados actos.

La compasión por quien estaba más solo que él, el tedio provocado por siglos de repeticiones, y un endiablado sentido del humor: tales fueron los factores discordantes que impulsaron a Kedron a la acción.

—Es posible que pueda ayudarte —dijo—, o tal vez no. No deseo alentar falsas esperanzas. Te espero dentro de media hora en la intersección de Radio 3 y Círculo 2. Por lo menos, puedo prometerte un viaje interesante.

Aunque el lugar quedaba al otro lado de la ciudad, Alvin llegó a la cita con diez minutos de anticipación; mientras esperaba, impaciente, las vías móviles pasaban sin cesar a su lado, transportando la plácida gente de la ciudad hacia sus fútiles ocupaciones. Por fin vio a la distancia la alta silueta de Kedron y, minutos después, se encontró por primera vez en su presencia física. En esa ocasión no era una imagen proyectada; al saludarse, tocando palmas a la antigua usanza, comprobó que Kedron era real.

Sentándose en una balaustrada de mármol, el Bufón contempló a Alvin con fijeza.

—Me pregunto —dijo— si sabes lo que estás pidiendo, y qué harías en caso de obtenerlo. ¿De veras crees que podrías salir de la ciudad, aun si encontraras un camino?

—Estoy seguro —contestó Alvin con decisión, aunque Kedron notó que su voz vacilaba.

—En ese caso, quisiera decirte algo que tal vez ignores. ¿Ves aquellas torres?

Kedron señaló las cúspides gemelas de la Central de Energía y la Cámara del Concejo, erguidas a ambos lados de una garganta profunda y continuó:

—Supongamos que puedo colocar entre las dos una plancha de unos veinte centímetros de ancho. ¿Te atreverías a cruzarla?

Alvin vaciló.

—No lo sé —contestó—. No quisiera intentarlo.

—Estoy seguro de que no podrías. No darías más de diez pasos sin caer a causa del vértigo. Y sin embargo, si la misma planchada estuviera cerca del suelo, podrías caminar por ella sin ninguna dificultad.

—¿Y qué quieres demostrar con eso?

—Algo muy simple. En los dos experimentos que he descrito, la planchada sería exactamente la misma. Uno de esos robots con ruedas que hay por allí podría cruzarla con la misma facilidad allá en el aire, entre las dos torres, o cerca del suelo. Nosotros no podemos porque tenemos miedo a la altura; tal vez sea irracional, pero es demasiado fuerte como para ignorarlo. Lo llevamos en la sangre, nacemos con él. Lo mismo sucede con el temor al espacio. Si mostrara a cualquier habitante de Diaspar un camino que vaya fuera de la ciudad, aunque sea éste que tenemos enfrente, no iría muy lejos. Terminaría por volverse, como lo harías tú si intentaras cruzar la planchada entre esas dos torres.

—Pero ¿por qué? —preguntó Alvin—. Debió haber un tiempo en...

—Lo sé, lo sé —dijo Kedron—. En otro tiempo el hombre recorría todo el mundo y llegaba a las estrellas. Algo lo hizo cambiar y le inculcó este temor con el que ahora nacemos. Tú eres el único que cree no tenerlo. Bueno, veremos. Te llevaré a la Cámara del Concejo.

La Cámara, uno de los edificios más grandes de la ciudad, albergaba la maquinaria encargada de la administración de Diaspar. Cerca de la cúspide estaba la cámara donde se reunía el Concejo para discutir los escasos asuntos propuestos a su consideración.

La espaciosa entrada pareció devorarlos, y Kedron avanzó en medio de una tiniebla dorada. Hasta entonces Alvin no había entrado en la Cámara del Concejo; ninguna regla lo prohibía (en realidad había pocas prohibiciones en Diaspar) pero, como todo el mundo, sentía una especie de reverencia religiosa por ese lugar. En un mundo que carecía de dioses, lo más parecido a un templo era la Cámara del Concejo.

Con gran seguridad Kedron condujo a Alvin entre corredores y rampas, obviamente diseñadas para máquinas rodantes e inadecuadas para el tránsito del hombre. Algunas de esas rampas descendían en zig-zag formando ángulos tan pronunciados que hubiera sido imposible mantenerse de pie allí, de no haberse distorsionado la gravedad para compensar la inclinación.

Llegaron ante una puerta cerrada, que se abrió silenciosamente mientras se acercaban y volvió a cerrarse a sus espaldas. Más adelante había otra puerta, pero ésa no se abrió. Kedron permaneció inmóvil frente a ella; después de una pausa, una voz serena ordenó:

—Por favor, consignen sus nombres.

—Soy Kedron, el Bufón. Mi acompañante es Alvin.

—¿Qué los trae por aquí?

—Simple curiosidad.

Para sorpresa de Alvin, la puerta se abrió de inmediato. De acuerdo con su experiencia, cualquier respuesta burlona a una máquina causaba confusión y era necesario volver a comenzar. Aquélla debía ser una máquina muy sofisticada, de elevada jerarquía dentro de la Computadora Central.

No hubo más barreras, pero tal vez se los había sometido a muchas pruebas sin que ellos lo supieran. Por un corto pasillo desembocaron abruptamente en una enorme cámara circular de piso bajo; allí había algo tan sorprendente que por un momento dejó maravillado a Alvin. Ante sus ojos estaba desplegada toda la ciudad de Diaspar; los edificios más altos le llegaban apenas al hombro.

Durante largo rato se entretuvieron en identificar los lugares conocidos y observar escenas imprevistas, y sólo después pudo prestar alguna atención al resto de la cámara. Un diseño microscópico en blanco y negro cubría las paredes, causando la impresión a quien echaba una mirada rápida, de que se mantenía en perpetuo movimiento, aunque permanecía invariable. Varias máquinas operadas por tablero se distribuían alrededor de la cámara a distancias regulares; cada una de ellas estaba

provista de una pantalla de visión y un asiento para el operador.

Kedron permitió que Alvin lo observara todo a su antojo. Después, señalando la diminuta ciudad preguntó con tono de superioridad:

—¿Sabes qué es eso?

Alvin estaba a punto de decir: «Una maqueta, supongo», pero una respuesta tan obvia debía ser falsa. Meneó la cabeza y esperó la aclaración de Kedron.

—Recordarás —dijo el Bufón— lo que una vez te conté sobre la conservación de la ciudad; los Bancos de Memoria mantienen perpetuamente inmóvil el esquema. Esos bancos están a nuestro alrededor y encierran incalculables tesoros de información que definen a la ciudad tal como es. Cada átomo de Diaspar ha sido conectado a las matrices enterradas en estas paredes, por fuerzas que hemos olvidado.

Señaló con un ademán el simulacro de Diaspar que tenían delante, infinitamente detallado.

—Esto no es un modelo; en realidad, no existe. Es, simplemente, una proyección de la imagen conservada en los Bancos de Memoria y, por lo tanto, absolutamente idéntica a la ciudad. Esas máquinas de observación permiten ampliar la sección que deseemos, para mirarla en tamaño natural o aún mayor. Se usan para hacer alteraciones en el diseño, aunque hace mucho tiempo que nada se cambia. Si quieres saber cómo es Diaspar, debes venir aquí. Podrás descubrir más en unos pocos días que si exploras la ciudad durante toda la vida.

—Es maravilloso —dijo Alvin—. ¿Cuántos son los que conocen su existencia?

—Oh, muchos; pero no les interesa. El Concejo viene aquí de cuando en cuando; no se pueden hacer alteraciones a menos que estén todos sus miembros presentes, y aun entonces se requiere la aprobación de la Computadora Central. Dudo que eso ocurra más de dos o tres veces al año.

Alvin se preguntó cómo había logrado Kedron acceso a la Cámara; en seguida recordó que sus chanzas más complicadas requerían cierto conocimiento de los mecanismos interiores de la ciudad, y éstos sólo podían obtenerse mediante estudios profundos. Uno de los privilegios del Bufón debía ser la libertad de entrar a todas partes, de saberlo todo. No era posible encontrar mejor guía para conocer los secretos de Diaspar.

—Tal vez lo que tú buscas no existe —dijo Kedron—; pero si existe, aquí lo encontrarás. Déjame enseñarte cómo operar los monitores.

Durante toda una hora Alvin permaneció sentado frente a una de las pantallas de visión, aprendiendo a usar los controles. Podía seleccionar cualquier punto de la ciudad y examinarlo con la amplificación deseada. Calles, torres, paredes y vías móviles cruzaban la pantalla en rápidos fogonazos cuando él cambiaba las coordenadas. Podía moverse sin esfuerzo por todo Diaspar, como un espíritu descarnado y omnipotente, desembarazado de toda limitación física.

No obstante, no era Diaspar lo que estaba examinando, sino su imagen onírica guardada en las células de la memoria, y el sueño, cuyo poder había logrado

mantener a Diaspar intacta por muchos milenios. Sólo la parte permanente de la ciudad era visible; los transeúntes no formaban parte de esa imagen conservada. Para su propósito era lo mismo. Sólo le preocupaba esa creación de piedra y metal en la que estaba prisionero, y no aquellos que, voluntariamente o no, compartían su prisión.

Buscó la Torre de Loranne hasta encontrarla; hizo desfilar velozmente los corredores y pasillos que ya había explorado en la vida real. Ante la imagen ampliada de la reja de piedra casi pudo sentir el viento que soplaba incesante desde la antigüedad hasta sus días. Acercándose a la reja, miró hacia el exterior... Y no pudo ver nada. La sorpresa fue tan grande que por un momento dudó de su propia memoria, ¿acaso había soñado la visión del desierto?

Entonces recordó la verdad. El desierto no formaba parte de Diaspar y, por lo tanto, no había ninguna imagen de él en ese mundo fantasmal que estaba explorando. La pantalla monitora no mostraría nada que hubiera tras esa reja.

No obstante, podía mostrarle algo que ningún otro hombre había visto jamás. Alvin enfocó su visión a través de la reja hacia el vacío que rodeaba la ciudad. Mediante los controles dirigió el foco hacia atrás para ver el camino que había recorrido. Y allí estaba Diaspar, vista desde afuera.

Para las computadoras, los circuitos de memoria y los múltiples mecanismos que creaban la imagen, aquello era sólo un problema de perspectiva. «Conocían» la forma de la ciudad y, por lo tanto, podían mostrarla como aparecería desde afuera. Aunque Alvin comprendía el truco, su efecto no dejaba de impresionarlo. Al menos en espíritu, había escapado de la ciudad. Era como flotar en el espacio, a pocos metros de la Torre de Loranne. Contempló por un minuto la lisa superficie gris que tenía ante los ojos; luego enfocó el suelo.

Ahora que conocía las posibilidades de ese instrumento maravilloso podía desarrollar un plan de acción. No era necesario explorar Diaspar desde adentro, habitación por habitación, corredor por corredor. Desde su nuevo punto de observación podía abrirse camino por el contorno de la ciudad, para detectar en seguida cualquier apertura que condujera al desierto y al mundo que se extendía más allá.

Eufórico ante la victoria alcanzada, sintió el deseo de compartir su alegría. Se volvió hacia Kedron para agradecerle la ayuda, pero el Bufón ya se había ido, y él en seguida comprendió por qué.

Alvin era quizás el único hombre de Diaspar capaz de mirar sin rechazo las imágenes reflejadas en la pantalla. Kedron podía ayudarlo en su búsqueda, pero también él compartía el extraño terror que mantenía a la humanidad encerrada en ese mundo pequeño; y había dejado que Alvin continuara solo su búsqueda.

Una vez más, lo dominó la sensación de soledad que lo abandonara por un momento. No había tiempo para melancolías; había demasiadas cosas que hacer. Centró en la pantalla la imagen del muro que se deslizaba lentamente por ella, y

comenzó su búsqueda.

Durante las semanas siguientes, apenas se supo de Alvin en la ciudad, aunque pocos notaron su ausencia. Jeserac se sintió ligeramente aliviado al descubrir que su ex-pupilo pasaba su tiempo en la Cámara del Concejo, en vez de vagar por los confines de la ciudad; allí no podía meterse en problemas. Eriston y Etania llamaron a su habitación una o dos veces, pero no le dieron importancia al hecho de que no estuviera. Alystra fue un poco más persistente. El haberse encaprichado con Alvin no la ayudaba a vivir tranquila. Había otros partidos mucho más convenientes, puesto que ella siempre encontraba compañero sin dificultad; sin embargo, comparados con Alvin, todos los hombres que conocía eran perfectas nulidades salidas del mismo molde. No lo perdería sin luchar por él: su indiferencia y su retraimiento constituían un reto que no podía resistir.

Tal vez los motivos de ella no fueran totalmente egoístas; se debían más al instinto maternal que al sexual. Si bien el nacimiento era cosa olvidada, permanecía intacto el instinto femenino de protección y ternura. Aunque Alvin parecía obcecado, independiente y determinado a conseguir lo que quería, Alystra intuía su tremenda soledad interior.

Cuando se enteró de la desaparición de Alvin, preguntó en seguida a Jeserac qué había ocurrido. Éste se lo dijo, casi sin vacilar. Si Alvin no deseaba estar acompañado, era cosa suya. Su tutor no aprobaba ni censuraba esa relación. En general, Alystra le gustaba, y tenía esperanzas de que mediante su influencia Alvin terminara por adaptarse a la vida de Diaspar. Sólo algún proyecto de investigación justificaba que Alvin pasara tanto tiempo en la Cámara del Concejo. Y Alystra desechó la idea de una posible rival. No sentía celos, pero sí curiosidad. A veces lamentaba haber abandonado a Alvin en la Torre de Lorraine; sin embargo, sabía que en las mismas circunstancias volvería a actuar de idéntica manera. No había modo de comprender a Alvin, a menos que descubriera qué era lo que trataba de hacer.

Entró decidida a la sala principal, y en cuanto lo hizo se sintió envuelta en el silencio; aunque impresionada, no se dejó acobardar. Eligió al azar una de las máquinas de información dispuestas en fila junto a la pared posterior.

Cuando se encendió la señal de reconocimiento, preguntó:

—Busco a Alvin, que está en este edificio. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Aun después de toda una vida, era difícil acostumbrarse a la rapidez con que la máquina emitía la respuesta. Algunos sabían —o creían saber— cómo se lograba, y hablaban pomposamente de «tiempo de acceso» y «espacio de depósito»; a pesar de eso, el resultado final no era menos maravilloso. Cualquier pregunta de naturaleza puramente práctica, dentro de la gran variedad de información disponible, era contestada inmediatamente. Sólo en los casos que requerían cálculos complejos se producía una demora perceptible.

—Está en la cámara de los monitores —fue la respuesta.

El término no significaba nada para Alystra, y en consecuencia nada le aclaró. La máquina sólo proporcionaba la información que se le solicitaba directamente, y la formulación de preguntas era todo un arte que requería mucho tiempo de aprendizaje.

—¿Cómo puedo encontrarlo? —preguntó Alystra, pensando que podría reconocer a los monitores cuando llegara al lugar.

—No puedo darte esa información si no estás autorizada por el Concejo.

Este descubrimiento era inesperado y desconcertante. Diaspar tenía lugares que no podían ser visitados por cuantos quisieran. Sin duda, Alvin no tenía permiso del Concejo, y por lo tanto debía contar con el apoyo de alguna autoridad superior.

El Concejo gobernaba a Diaspar, pero había una autoridad superior: la inteligencia todopoderosa de la Computadora Central. Era difícil concebirla como una entidad viva, localizada en un solo lugar, puesto que, en realidad, era la suma total de las máquinas de Diaspar. Si bien no estaba dotada de vida en un sentido estrictamente biológico, poseía tanto conocimiento y conciencia propia como un ser humano. Sin duda sabía lo que Alvin estaba haciendo y, por lo tanto, estaba de acuerdo; de lo contrario lo habría detenido, requiriéndole la autorización del Concejo, como lo hiciera con Alystra la máquina de información.

No tenía sentido permanecer allí. Alystra sabía que, aunque supiera en qué lugar exacto de aquel enorme edificio se encontraba Alvin, era inútil tratar de encontrarlo. Las puertas no se abrirían; los caminos rodantes la llevarían hacia atrás; los elevadores permanecerían misteriosamente inertes, negándose a llevarla de un piso a otro. De insistir, un robot cortés, pero decidido, la llevaría hasta la calle o, de lo contrario, la haría dar vueltas y más vueltas por la Cámara del Concejo hasta vencerla por cansancio.

Salió a la calle de mal humor. Estaba también bastante confundida; por primera vez, tuvo la sensación de encontrarse ante un misterio que restaba toda importancia a sus intereses personales. No por eso dejaban de tener importancia para ella. Aunque no sabía qué hacer a continuación, de una cosa estaba segura: Alvin no era la única persona terca en Diaspar.

La imagen de la pantalla-monitor se desvaneció en cuanto Alvin retiró las manos del panel de control y despejó los circuitos. Por un momento permaneció inmóvil, contemplando el rectángulo negro que había absorbido su atención durante tantas semanas. Mientras circunnavegaba su mundo, por esa pantalla había desfilado cada metro cuadrado del muro exterior de Diaspar. Con la única excepción de Kedron, conocía mejor que nadie la ciudad, y ahora sabía que no había modo de franquear esos muros.

En realidad no esperaba que el éxito fuera tan sencillo como para lograrlo en el primer intento. La sensación que lo embargaba entonces era algo más que el simple desaliento. Lo importante era haber eliminado una posibilidad. Ahora tendría que encarar las otras.

Poniéndose de pie se dirigió hacia la reproducción de la ciudad que llenaba la cámara casi por completo. Era difícil no considerarla como una maqueta, aun sabiendo que en realidad no era sino una proyección óptica del modelo almacenado en las células de memoria que había estado explorando. Cuando alteraba los controles del monitor y dirigía su objetivo a través de Diaspar, un punto luminoso se deslizaba sobre la superficie de la réplica, mostrándole exactamente hacia dónde se dirigía. Aunque al principio fue una buena ayuda, pronto adquirió la habilidad suficiente como para establecer las coordenadas sin esa guía.

Contempló la ciudad tendida a sus pies como lo haría un dios. Pero apenas la veía; estaba considerando uno a uno los pasos que debería dar.

Si todo lo demás fallaba, quedaba todavía una solución. Los circuitos eternos podían mantener a Diaspar en una perpetua inmovilidad, petrificada para siempre según el modelo de las células de memoria. Pero alterando ese modelo era posible cambiar la ciudad. Se podría modificar un sector del muro exterior agregándole una puerta y, al suministrar ese modelo a los monitores, la ciudad se modificaría según el nuevo concepto.

Alvin supuso que gran parte del tablero de control de los monitores cuyo funcionamiento no le había explicado Kedron, debía relacionarse con esas posibles alteraciones.

Pero era inútil tratar de hacer experimentos; los controles que podían cambiar la estructura de la ciudad estaban herméticamente cerrados, y su manejo quedaba sujeto a la autoridad del Concejo y a la aprobación de la Computadora Central. Aunque estuviera dispuesto a solicitarlo pacientemente durante décadas o siglos, era poco probable que el Concejo le diera su consentimiento. La perspectiva no lo seducía.

Volvió sus pensamientos hacia el cielo. A veces, en fantasías imaginativas que recordaba con alguna vergüenza, había recuperado el dominio del aire perdido por el hombre tanto tiempo atrás. En otras épocas, siluetas extrañas habían surcado los cielos de la Tierra. En aquel entonces, grandes naves, portadoras de tesoros

desconocidos, llegaban del espacio para atracar en el legendario puerto de Diaspar. Aquel puerto, situado fuera de los límites de la ciudad, quedó más tarde sepultado por la arena movediza. Alvin podía soñar que en algún escondido laberinto se ocultaba una máquina voladora, pero en realidad no lo creía. Aun en las épocas en que era común el uso de pequeños voladores personales era improbable que permitieran utilizarlos dentro de los límites de la ciudad.

Por un momento se dejó llevar por su viejo sueño. Imaginó ser amo de los cielos, contempló el mundo que se extendía a sus pies, invitándolo a viajar donde quisiera. No era el mundo contemporáneo el que veía, sino el mundo del Alba, con sus variados panoramas de colinas, lagos y bosques palpitantes de vida. Sintió envidia de sus desconocidos antepasados, quienes habiendo gozado de la libertad de volar sobre la Tierra, permitieron que toda esa belleza sucumbiera.

Apartó de su mente esa fantasía, no más útil que las drogas, obligándose a volver al presente y el problema que tenía entre manos. Si el espacio era inaccesible y los caminos terrestres estaban excluidos, ¿qué alternativa le quedaba?

Una vez más, había llegado a un punto en donde le era imposible avanzar por su propio esfuerzo, sin la ayuda ajena. Aunque le disgustaba admitirlo, era demasiado sincero para negarlo. Como era inevitable, volvió a pensar en Kedron.

Alvin no podía precisar si el Bufón le gustaba o no. Estaba contento de haberlo conocido y le estaba agradecido, tanto por su ayuda como por el apoyo implícito que concediera a su pedido. No había en Diaspar otra persona con la que tuviera tanto en común; no obstante, su personalidad tenía algo de chocante. Tal vez fuera esa actitud de altanería irónica que otorgaba a su ayuda un tono de secreta burla. Esto, y su propia terquedad y autosuficiencia, hacían que Alvin acudiera al Bufón sólo como último recurso.

Se pusieron de acuerdo para encontrarse en un pequeño patio circular, no lejos de la Cámara del Concejo. En la ciudad había muchos lugares así solitarios, a veces cercanos a alguna congestionada vía pública, pero siempre aislados por completo de ella. Por lo general, sólo se podía llegar a pie a tales sitios, después de complicados recorridos; a veces se encontraban en el centro de algún laberinto ingeniosamente concebido, lo que acrecentaba su aislamiento. Era muy propio de Kedron elegir un lugar así para una cita.

En realidad, el patio estaba ubicado en el interior de un gran edificio; sólo tenía, quizás, unos quince metros de diámetro; sin embargo, parecía no tener límites definidos, debido al material transparente que lo circundaba, cuyo tono azul verdoso brillaba con una luz interior. Aunque el patio carecía de límites visibles, había sido dispuesto de tal manera que nadie podía sentirse perdido en el espacio. Las paredes se alzaban apenas hasta la altura del codo, con aberturas a ciertos intervalos para percibir el peso; al mismo tiempo daban una sensación de encierro, sin la cual nadie en Diaspar podía sentirse completamente feliz.

Cuando Alvin llegó, Kedron inspeccionaba una de estas paredes. Estaba cubierta

con mosaicos de colores, de un diseño tan intrincado que Alvin no intentó siquiera descifrarlo.

—Mira este mosaico, Alvin —dijo el Bufón—. ¿No le notas algo extraño?

—No —admitió Alvin, tras un breve examen—. No me gusta, pero no hay nada extraño en él.

Kedron pasó los dedos sobre el mosaico de colores.

—No eres muy observador —dijo—. Mira estos bordes; observa cómo se han redondeado y qué lisos se han vuelto. Muy pocas veces vemos algo así en Diaspar, Alvin. Es desgaste, desintegración de la materia ante el ataque del tiempo. Recuerdo muy bien que hace unos ochenta mil años, en mi última vida, este diseño era nuevo. Si volviera a este lugar dentro de doce vidas, estos mosaicos se habrían gastado completamente.

—No veo nada que me sorprenda en eso —contestó Alvin—. En la ciudad hay otras obras de arte que no son tan buenas como para conservarlas en los circuitos de memoria, pero no tan malas como para destruirlas. Supongo que en algún momento otro artista hará algo mejor, y entonces no permitirán que su obra se desgaste.

—Yo conocí al hombre que diseñó esta pared —dijo Kedron, cuyos dedos continuaban palpando las quebraduras del mosaico—. Aunque parezca extraño, puedo recordar el hecho, pero no al hombre. Tal vez no me gustó, y por eso lo borré de mi mente.

Con una risita, continuó:

—Tal vez la diseñé yo mismo, durante una etapa artística, y cuando la ciudad se negó a hacerla eterna me fastidié tanto que resolví olvidar todo el asunto. Mira... ¡Ya me parecía que esta pieza se estaba desprendiendo!

Consiguió despejar una pequeña lámina de mosaico, y pareció muy orgulloso de su pequeño acto de sabotaje. Arrojó el fragmento al suelo, diciendo:

—¡Ahora los robots de mantenimiento tendrán algo en qué ocuparse!

Alvin sabía que todo eso encerraba una lección para él. Se lo decía ese extraño instinto llamado intuición, que parece andar por atajos vedados a la mera lógica. Miró la escama dorada caída a sus pies y trató de establecer alguna conexión entre ella y el problema que preocupaba su mente.

Cuando uno descubre que hay una respuesta, no es difícil encontrarla.

—Veo lo que estás tratando de decirme —dijo a Kedron—. Hay en Diaspar ciertos objetos que no están conservados en los circuitos de memoria, y por lo tanto es imposible encontrarlos por medio de los monitores de la Cámara del Concejo. Si tratara de enfocar este sector desde allí, no habría rastros de la pared donde estamos sentados.

—Creo que encontrarías la pared, pero no el mosaico que la cubre.

—Sí, ya lo veo —contestó Alvin, demasiado impaciente como para entrar en tantos detalles—. De igual modo, debe haber partes de la ciudad que nunca han sido conservados en los circuitos de la eternidad, pero que aún no se han desgastado. Sin

embargo, no veo en qué puede ayudarme todo esto. Sé muy bien que el muro exterior existe y que no hay aberturas en él.

—Tal vez no haya salida —respondió Kedron—. Nada puedo prometerle, pero creo que los monitores pueden enseñarnos muchas cosas, si la Computadora Central lo permite. Y me parece que le has resultado bastante simpático.

Mientras se dirigían a la Cámara del Concejo, Alvin consideraba esa observación. Hasta entonces había supuesto que los monitores le habían permitido el acceso gracias a la influencia de Kedron, sin imaginar siquiera que fuera por alguna cualidad propia. El ser Único tenía muchas desventajas, pero algo habría que le compensara de ellas.

La invariable imagen de la ciudad continuaba dominando la cámara donde Alvin pasara tantas horas. Pero algunas cosas estaban más claras: todo cuanto podía ver allí existía en realidad, pero tal vez no todo lo que había en Diaspar estaba representado. Sin embargo, los cambios debían ser leves y, al parecer, imposibles de detectar.

—Hace muchos años intenté hacer esto —dijo Kedron—, pero los controles no me obedecieron. Quizá lo hagan ahora.

Lentamente, mientras volvía a ganar confianza en sus antiguas habilidades, los dedos de Kedron se movieron sobre la mesa de control, deteniéndose un tanto en los puntos nodales de la red sensible que tenía ante sí.

—Creo que así está bien —dijo por fin—. De todos modos, pronto se verá.

La pantalla se iluminó, pero en vez de mostrar la imagen que Alvin esperaba, apareció un mensaje desconcertante:

LA REGRESIÓN COMENZARÁ CUANDO USTED HAYA ESTABLECIDO CONTROL DE VELOCIDAD

—Qué tonto soy —refunfuñó Kedron—. Hago todo bien y me olvido de lo más importante.

Entonces, sus dedos recorrieron el tablero con seguridad; mientras el mensaje desaparecía de la pantalla, giró en el asiento para poder mirar la reproducción de la ciudad.

—Mira esto, Alvin —dijo—; creo que los dos vamos a aprender algo nuevo con respecto a Diaspar.

Alvin esperó pacientemente, pero nada sucedió. Tenía ante los ojos la imagen familiar de la ciudad, con todas sus maravillas y bellezas, de las que en ese momento no era consciente. Estaba a punto de preguntarle a Kedron qué era lo que debía mirar, cuando un repentino movimiento le llamó la atención; lo siguió con un rápido ademán de la cabeza. No fue más que un resplandor a medias entrevisto, un pestañeo, y desapareció. No observó ningún cambio; Diaspar era la misma que él había conocido. Al notar que Kedron lo contemplaba con una sonrisa irónica volvió a observar la ciudad. Entonces pudo verlo.

Uno de los edificios, en el borde del parque, desapareció súbitamente; de

inmediato fue reemplazado por otro de diseño diferente. La transformación fue tan repentina que si Alvin hubiera pestañeado en ese momento no habría podido percibirlo. Contempló atónito el cambio sutil que había sufrido la ciudad; aún bajo el impacto de la sorpresa, su mente buscaba una respuesta. Recordó las palabras que aparecieron en la pantalla del monitor: «La regresión comenzará...» y enseguida supo qué sucedía.

—Así era la ciudad hace miles de años —dijo a Kedron—. Estamos retrocediendo en el tiempo.

—Una forma pintoresca de decirlo, pero poco exacta —contestó el Bufón—. Lo que está sucediendo, en realidad, es que el monitor recuerda versiones más antiguas de la ciudad. Cada vez que se hace una modificación, la información que contenían los circuitos de memoria pasa a unidades subsidiarias de almacenamiento, a fin de recurrir a ella cuando sea necesario. Gradué el monitor para que retrocediera por esas unidades a una velocidad de mil años por segundo. La ciudad que estamos viendo es Diaspar hace medio millón de años. Para ver cambios de importancia deberemos retroceder mucho más. Voy a aumentar la velocidad.

Cuando volvió al tablero de control, toda una manzana desapareció de la vista; en su lugar quedó un gran anfiteatro ovalado.

—Ah, el Circo —dijo Kedron—. Recuerdo el alboroto que hubo cuando decidimos desembarazarnos de él. Apenas se lo usaba, pero mucha gente se sentía sentimentalmente ligada a él.

El monitor estaba volviendo al pasado a una velocidad de millones de años por minuto, y los cambios se producían tan rápidamente que la vista no era capaz de seguirlos. Alvin notó que los cambios parecían producirse en ciclos; tras un largo período de estancamiento se despertaba una fiebre de reconstrucción, para volver luego a otro período de inactividad. Era como si Diaspar fuese un organismo vivo que debía recuperar fuerzas después de cada crisis de crecimiento.

El diseño básico de la ciudad había permanecido inalterable a través de todos esos cambios. Los edificios se alzaban o caían, pero la distribución de las calles parecía impertérrita, y el parque era siempre el corazón verde de Diaspar. Alvin se preguntó hasta dónde podría retroceder el monitor. ¿Acaso era capaz de volver hasta la fundación de la ciudad y atravesar el velo que separaba la historia conocida de los mitos y leyendas de Alba?

Ya habían retrocedido cientos de millones de años en el pasado. Fuera de los muros de Diaspar, más allá del conocimiento del monitor, la Tierra era diferente. Tal vez hubiera océanos y selvas, y hasta alguna ciudad que el hombre todavía no había abandonado en su larga retirada hacia el destino final.

Los minutos se sucedían, cada uno de ellos era una eternidad en el pequeño universo de los monitores. Pronto llegarían al más antiguo de aquellos recuerdos archivados, pensó Alvin, y la regresión llegaría a su fin. Aunque la lección le resultaba fascinante, era difícil saber si podría ayudarlo a escapar de la ciudad actual.

Con una explosión repentina y silenciosa, Diaspar se redujo a una fracción de su último tamaño. El parque desapareció; la muralla de titánicas torres eslabonadas se evaporó en un instante. Era una ciudad abierta al mundo; los caminos radiales se extendían más allá de los límites del monitor, sin impedimento alguno. Allí estaba Diaspar, tal como fuera antes del gran cambio que le sobrevino a la Humanidad.

En la pantalla aparecieron las palabras «REGRESIÓN TERMINADA».

—No podemos seguir más adelante —dijo Kedron señalando el mensaje—. Ésta debe ser la versión más antigua que conservan las células de la memoria. Dudo que antes se usaran los circuitos de la eternidad; los edificios se desgastaban naturalmente.

Alvin contempló largamente este modelo de la antigua ciudad. Pensó en el tránsito que había poblado esos caminos cuando los hombres eran libres de ir y venir por doquier. Eran sus antepasados, y se sentía más cerca de ellos que de quienes compartían su vida. Le habría gustado verlos y compartir los pensamientos con que recorrían las calles de esa Diaspar, billones de años atrás. Sin embargo, no debían ser pensamientos felices, puesto que vivían a la sombra de los Invasores. En unos pocos siglos más, terminarían por volver la espalda a la gloria que habían logrado, para construir un muro contra el universo.

Kedron manipuló el monitor varias veces, adelantándolo y atrasándolo, siempre dentro del mismo período histórico que había presenciado la transformación. En poco más de mil años, la ciudad pequeña y abierta se había convertido en una cerrada megalópolis. Durante ese mismo período debían haberse diseñado y construido las máquinas que sirvieran tan fielmente a la ciudad, e introducido en los circuitos de memoria el conocimiento que las haría funcionar. En ellos se habrían depositado entonces los patrones fundamentales de todos los habitantes, dispuestos a recubrirse de materia cuando el impulso correspondiente los llamara a renacer en la Casa de Creación. Alvin llegó a la conclusión de que él también había existido en ese mundo antiguo, de algún modo. Cabía la posibilidad de que fuera completamente sintético, de que toda su personalidad hubiera sido diseñada por artífices que emplearon instrumentos extremadamente complejos para lograr el objetivo deseado. Sin embargo, parecía más probable que fuera un compuesto de varios hombres nacidos en la Tierra, en un momento u otro.

Tras la creación de la ciudad nueva, apenas algún sector de la antigua Diaspar quedó en pie; el Parque la tragó casi por entero. Antes de la transformación había sido un pequeño claro cubierto de césped en el centro de Diaspar, hacia donde confluían todas las calles radiales. Después, al aumentar diez veces su tamaño, borró calles y edificios. Por entonces apareció la tumba de Yarlán Zey, en reemplazo de una gran estructura circular que ocupaba el punto de convergencia de las calles. Alvin nunca había creído las leyendas sobre la antigüedad de la Tumba, pero aquello parecía confirmarlas.

Presas de una duda repentina, Alvin dijo:

—Supongo que podemos examinar esta imagen como lo hicimos con la imagen de la Diaspar actual.

Los dedos de Kedron revolotearon sobre el tablero de control, y en la pantalla apareció la respuesta. La ciudad desaparecida tanto tiempo atrás comenzó a agrandarse ante sus ojos, mientras su punto de observación recorría las calles, increíblemente angostas. Ese recuerdo de la Diaspar que alguna vez existiera se mantenía tan claro y definido como la de la ciudad en donde él vivía. Durante millones de años había permanecido en los circuitos de información, en una pseudo-existencia fantasmagórica, esperando el momento en que alguien la volviera a despertar. No era simplemente un recuerdo lo que veían, sino algo mucho más complejo: el recuerdo de un recuerdo...

No sabía qué podía descubrir en ella, ni qué ayuda podía prestarle en la búsqueda en que estaba empeñado. No importaba; era fascinante mirar en el pasado y ver cómo era el mundo cuando los hombres erraban todavía entre las estrellas.

Señaló el edificio bajo y circular enclavado en el corazón de la ciudad.

—Comencemos por allí —dijo a Kedron—; parece un buen lugar para empezar.

Tal vez fue buena suerte, o algún viejo recuerdo, o simple lógica elemental. Eso no tenía importancia; tarde o temprano habría llegado al mismo lugar, allí donde convergían todas las calles radiales de la ciudad.

En diez minutos descubrió que si convergían en ese punto no era sólo por razones de simetría; alcanzaron diez minutos para saber que su larga búsqueda había sido recompensada.

Alystra no tuvo dificultades en seguir a Alvin y Kedron sin que lo notaran. Parecían tener mucha prisa, cosa muy extraña, y en ningún momento miraron hacia atrás. Era divertido seguirlos por las vías móviles, siempre escondida entre la multitud sin perderlos de vista. Hacia el final, cuando abandonaron la zona de las calles y se internaron en el Parque, se hizo evidente hacia dónde se dirigían; el único destino posible era la Tumba de Yarlán Zey. No había ningún otro edificio en el parque, y parecían llevar demasiada prisa como para pensar que habían ido a disfrutar del paisaje.

Alystra no encontró dónde esconderse en el último tramo del camino; por lo tanto, esperó a que Kedron y Alvin penetraran en la penumbra de los mármoles. En cuanto desaparecieron de la vista, corrió por la cuesta cubierta de césped. Sin duda podría esconderse tras uno de los grandes pilares hasta descubrir qué estaban haciendo Alvin y Kedron; no importaba que la descubrieran después.

La Tumba consistía en dos anillos de columnas concéntricas que bordeaban un patio circular. Salvo en un sector, las columnas ocultaban completamente el interior; Alystra, evitando esa abertura, entró en la tumba por un costado. Se escurrió cautelosamente por el primer círculo de columnas; tras asegurarse de que no había nadie, se dirigió en puntas de pie hasta el segundo círculo. Por entre las piedras pudo ver la estatua de Yarlán Zey; parecía observar, a través de la puerta, el parque por él edificado y, más allá, la ciudad que contemplara durante tantos siglos.

No había nadie más en esa marmórea soledad. La Tumba estaba desierta.

En ese momento, Alvin y Kedron se encontraban a treinta metros bajo tierra, en un pequeño cuarto semejante a una caja, cuyas paredes parecían prolongarse indefinidamente hacia arriba. Era la única indicación de movimiento; ninguna señal de vibración; empero, estaban descendiendo velozmente a las entrañas de la tierra.

Todo había resultado absurdamente fácil; alguien les había preparado el camino. ¿Quién? —se preguntó Alvin— ¿la Computadora Central, o el mismo Yarlán Zey al modificar la ciudad? La pantalla del monitor les había mostrado el largo pozo vertical que se hundía en las profundidades, pero la imagen desapareció tras recorrer apenas una parte del curso. Alvin comprendió que la información solicitada no estaba en poder del monitor, tal vez nunca había estado allí.

Acababa de formular ese pensamiento cuando la pantalla volvió a la vida una vez más. Sobre ella apareció un breve mensaje impreso en los caracteres simples que las máquinas usaban para comunicarse con los hombres desde que habían logrado la igualdad intelectual:

Deténgase allí donde la estatua mira, y recuerde:

DIASPAR NO SIEMPRE FUE ASÍ

Las últimas cinco palabras estaban en signos de mayor tamaño y Alvin captó de inmediato el significado del mensaje. Los mensajes mentales en código se habían empleado desde tiempo inmemorial para abrir puertas cerradas o poner en funcionamiento ciertas máquinas. En cuanto a aquello de «deténgase donde la estatua mira», era demasiado sencillo.

—¿Cuánta gente habrá leído este mensaje? —preguntó Alvin pensativo.

—Unos catorce, que yo sepa —contestó Kedron—. Y hubo algunos más.

Aunque la frase era un tanto oscura, Alvin, que tenía mucha prisa en llegar al Parque, no pidió aclaraciones.

No era seguro que el mecanismo respondiera al impulso. Una vez en la Tumba, localizaron en un momento la única losa sobre la que se posaba la mirada de Yarlán Zey. A primera vista, la mirada de la estatua parecía cruzar la ciudad; en cambio, al detenerse frente a ella se percibía que tenía los ojos bajos; su evasiva sonrisa señalaba un punto muy cercano a la entrada de la tumba. Descubierta el secreto, no cabía duda alguna. Alvin se desplazó hasta la losa inmediata: Yarlán Zey ya no lo miraba directamente.

Volvió junto a Kedron y repitió mentalmente las palabras que el Bufón pronunciara en voz alta: «DIASPAR NO FUE SIEMPRE ASÍ». Las máquinas silenciosas respondieron de inmediato, como si los siglos no hubiesen transcurrido desde la última vez que fueron puestas en acción. La gran losa de piedra sobre la cual estaban comenzó a llevarlos suavemente hacia la profundidad.

Hacia arriba, el fragmento de azul desapareció bruscamente. El pozo ya no estaba abierto; existía el peligro de que alguien cayera en él por accidente. Tal vez alguna losa había reemplazado a la que los sostenía. Parecía imposible. Probablemente la gran piedra original continuaba en su sitio, en el piso de la Tumba; la que los transportaba existía sólo durante breves fracciones de segundo; constantemente recreada en las profundidades de la tierra daba la ilusión de un movimiento descendente.

Las paredes se deslizaban silenciosamente ante ellos. Ninguno de los dos hablaba. Kedron luchaba con su conciencia, preguntándose por una vez si no había ido demasiado lejos. ¿Adónde conducía ese camino, si es que llevaba a alguna parte? Por primera vez en su vida comenzaba a comprender el verdadero significado del miedo.

Alvin, en cambio, estaba demasiado excitado como para sentir temor. Había sentido lo mismo allá, en la Torre de Loranne, cuando, al mirar a través del desierto inconquistable descubrió que las estrellas invadían el cielo nocturno. Entonces sólo había echado una mirada sobre lo desconocido; ahora se dirigía hacia él.

Las paredes dejaron de fluir en torno a ellos. En un costado del misterioso cuarto móvil apareció un recuadro de luz; fue creciendo más y más, hasta convertirse en una

puerta. Al trasponerla descubrieron un breve corredor, por el que dieron algunos pasos. Se hallaron entonces en una enorme caverna circular, cuyas paredes describían una amplia curva hasta unirse en la parte superior a cien metros de altura.

La columna por cuyo interior habían descendido parecía demasiado delgada para soportar aquella pesada carga de roca. No parecía formar parte integral de la cámara; por el contrario, daba la impresión de haber sido concebida más tarde. Siguiendo la mirada de Alvin, Kedron llegó a la misma conclusión.

Ansioso por encontrar algo que decir, habló precipitadamente:

—Esta columna fue construida sólo para albergar el túnel por el que descendimos. No habría soportado nunca el tránsito que había en este sitio cuando Diaspar estaba aún abierta al mundo. Venía por esos túneles que ves allí. ¿Sabes qué es eso?

Alvin miró hacia las paredes de la cámara, a unos setenta metros de distancia. Doce grandes túneles las atravesaban a intervalos regulares y partían desde allí en todas direcciones, como las vías móviles. Notó que estaban ligeramente inclinados hacia arriba, y reconoció entonces la familiar superficie gris de las vías móviles. Eran sólo muñones de los grandes caminos; la extraña materia que les daba vida estaba inmovilizada. Al construirse el parque, todo el entronque del sistema de caminos móviles había quedado bajo tierra, pero nunca se lo destruyó.

Alvin se dirigió hacia el túnel más cercano. Unos pocos pasos más allá advirtió que algo extraño ocurría con el piso: se estaba volviendo transparente. Unos metros más allá tuvo la sensación de estar suspendido en el aire, desprovisto de apoyo visible. Se detuvo a contemplar el vacío que tenía debajo.

—¡Kedron! —llamó—. ¡Ven a ver esto!

El otro se acercó, y juntos contemplaron aquella maravilla. A una profundidad indefinida había un mapa enorme apenas visible; una amplia red de líneas convergían en un mismo túnel central. Lo contemplaron en silencio por un momento; luego, Kedron dijo en voz queda:

—¿Sabes qué es esto?

—Creo que sí —contestó Alvin—. Es un mapa de todo el sistema de transportes y esos pequeños círculos deben ser las otras ciudades de la Tierra. Tienen los nombres inscriptos al lado, pero están demasiado borrosos.

—En otros tiempos habrán tenido alguna especie de iluminación interna —dijo Kedron, distraído, mientras seguía con la vista las líneas extendidas a sus pies, hasta terminar en las paredes de la cámara.

—Ya me parecía —exclamó de pronto—. ¿Ves? Todas esas líneas conducen a los túneles pequeños.

Alvin había notado que, además de las grandes arcadas de las vías móviles, otros innumerables túneles pequeños salían de la cámara; éstos llevaban una dirección descendente.

Sin esperar respuesta, Kedron prosiguió:

—Sería difícil pensar un sistema más sencillo. La gente descendía por los

caminos móviles, elegía el lugar que deseaba visitar y luego seguía las líneas correspondientes en el mapa.

—Y después de eso, ¿qué pasaba? —preguntó Alvin.

Kedron guardó silencio mientras intentaba revelar el misterio de los túneles descendientes. Había unos treinta o cuarenta, todos aparentemente iguales. Sólo el nombre correspondiente, consignado en el mapa, podía diferenciarlos, pero esos nombres eran ya indescifrables.

Alvin había comenzado a caminar a cierta distancia, dando vueltas en torno al pilar central. Por fin Kedron oyó su voz, un tanto apagada por los ecos de la cámara.

—¿Qué pasa? —preguntó Kedron.

Estaba a punto de descifrar un grupo de letras apenas visibles, y se movió a desgano, ante la insistencia de Alvin, para acercarse a él. La otra mitad del mapa estaba mucho más abajo; una débil telaraña extendida hacia los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, no todos los sectores estaban demasiado borrosos; una línea, una sola, se veía profusamente iluminada. Parecía no tener conexión con el resto del sistema; apuntaba como una flecha brillante hacia uno de los túneles descendentes. Hacia el final, la línea traspasaba un círculo de luz dorada; contra él se destacaba una sola palabra: LYS. Eso era todo.

Alvin y Kedron contemplaron durante largo rato ese símbolo silencioso.

Para Kedron representaba un desafío imposible de aceptar; en realidad, hubiera preferido ignorar su existencia. Para Alvin, en cambio, significaba la realización de todos sus sueños; aunque la palabra LYS nada significaba para él, la murmuró una y otra vez, saboreando el exotismo de su sonido sibilante. La sangre le zumbaba en las venas; sus mejillas parecían arrebatadas por la fiebre. Recorrió con la mirada todo el gran salón, tratando de imaginarlo tal como habría sido en tiempos pasados, cuando las distintas ciudades se mantenían aún en contacto, aunque el transporte aéreo ya no operaba. Pensó en los innumerables millones de años que habían pasado, con el tránsito en constante disminución, en tanto las luces del gran mapa morían una a una, hasta que sólo una quedó encendida. Había brillado entre sus compañeras apagadas (¿por cuánto tiempo?), para servir de guía a los pasos que nunca llegaron, hasta que Yarlan Zey clausuró las vías móviles y cerró a Diaspar para el resto del mundo.

Y eso había ocurrido hacía miles de millones de años. Ya entonces Lys debió haber perdido contacto con Diaspar. Parecía imposible que hubiera podido sobrevivir; después de todo, quizás el mapa ya no tenía el menor significado.

Por fin Kedron interrumpió su ensueño. Se lo veía nervioso e inquieto, desprovisto de la seguridad y de la confianza en sí que demostrara en la ciudad.

—Creo que no debemos seguir —dijo—. Tal vez sea más seguro esperar hasta estar mejor preparados.

Aunque sus palabras encerraban prudencia, Alvin percibió en ellas un dejo de temor; pero cierta confianza en su propio valor y el desdén por la cobardía de Kedron lo impulsaron a seguir. Carecía de sentido volverse atrás cuando el objetivo estaba, tal

vez, a la vista.

—Voy a descender por el túnel —anunció tercamente, como desafiando a Kedron a detenerlo—. Quiero ver adonde llega.

Resueltamente se puso en camino; tras vacilar por un instante, Kedron siguió sus pasos a lo largo de la flecha luminosa que brillaba bajo sus pies.

Al penetrar en el túnel sintieron el impulso familiar del campo peristáltico; un momento después, eran transportados sin esfuerzo alguno hacia las profundidades. El viaje duró apenas un minuto, y finalmente se encontraron en el extremo de una estrecha cámara semi-cilíndrica. Hacia el otro extremo, dos túneles débilmente iluminados se alejaban hacia el infinito.

En casi todas las civilizaciones de la Era del Alba, cualquier persona habría reconocido como familiar el sitio en que Alvin y Kedron se hallaban; para ellos, en cambio, aquello era sólo una visión fugaz de otro mundo. No era difícil adivinar el propósito de la esbelta máquina que apuntaba como un proyectil hacia el túnel más lejano; pero no por eso dejaba de ser novedosa. La parte superior era transparente; a través de las paredes, Alvin pudo ver hileras de asientos lujosamente equipados. No había indicios de entrada alguna; la máquina flotaba a unos treinta centímetros de una vara metálica que se perdía en la distancia, hasta desaparecer en uno de los túneles. A pocos metros de distancia, otra vara se extendía hasta el otro túnel; pero aquella estaba vacía. Alvin comprendió de inmediato que en algún lugar, allá abajo, en la distante y desconocida Lys, la otra máquina esperaba en una cámara similar a ésta.

Kedron empezó a hablar, con cierto apresuramiento:

—¡Qué sistema de transportes tan extraños! Sólo podía dar cabida a unas cien personas por vez, no podía haber mucho tránsito de ese modo. ¿Y por qué complicar las cosas de esa manera, enterrándose, cuando tenían el cielo a su disposición? Tal vez los invasores no les permitían volar, pero eso me parece difícil de creer. O quizá construyeron esto en el período de transición, cuando los hombres aún viajaban, pero no querían recordar la existencia del espacio. Podían ir de una ciudad a otra sin ver nunca el cielo ni las estrellas.

Con una risita nerviosa, prosiguió.

—Estoy seguro de una cosa, Alvin: cuando Lys existía, era muy parecida a Diaspar. Todas las ciudades deben ser fundamentalmente iguales. No es de extrañar que al final todas fueran abandonadas y se fundieran en Diaspar. ¿Para qué tener más de una?

Alvin apenas lo escuchaba. Estaba inspeccionando el largo proyectil en busca de una entrada. Si la máquina era controlada por una orden, verbal o en código, tal vez jamás lograría que lo obedeciera, y sería un enigma enloquecedor por el resto de su vida.

La puerta se abrió en silencio, tomándolo por sorpresa. Sin hacer un solo ruido, sin previo aviso, un sector de la pared desapareció de la vista: ante sus ojos se abría el hermoso interior de la máquina.

Era el momento decisivo. De haberlo deseado, aún habría podido echarse atrás. Pero sabía lo que podría sucederle si atravesaba esa puerta acogedora, aunque ignoraba adonde pudiera llevarle. Su destino estaría a merced de fuerzas desconocidas.

Apenas vaciló. Tuvo miedo de echarse atrás; si esperaba demasiado perdería esa oportunidad, o tal vez su coraje no volvería a estar a la altura de su curiosidad. Kedron hizo un ademán de protesta, pero antes de que pudiera hablar, Alvin había transpuesto la entrada. Se volvió para enfrentarse al Bufón, que permanecía enmarcado en el rectángulo apenas visible de la puerta; en un pesado silencio, cada uno esperaba que el otro hablara.

La decisión les fue impuesta. Con un leve pestañeo de transparencia, la máquina volvió a cerrarse. Alvin levantó la mano en señal de despedida en tanto el largo cilindro avanzaba hacia el túnel. Antes de entrar en él, su velocidad ya superaba a la de un hombre en carrera.

En otra época, millones de personas hacían diariamente viajes como ése, en máquinas básicamente iguales, mientras viajaban entre sus hogares y sus monótonos trabajos. Desde aquel lejano día, el hombre había explorado el Universo y vuelto otra vez a la Tierra; había conquistado un Imperio para ver cómo se lo arrebataban de entre las manos. Ahora volvía a emprender un viaje semejante; legiones de hombres poco aventureros se habrían sentido completamente cómodos en esa máquina; no obstante, sería uno de los viajes más trascendentales emprendidos por el ser humano en muchos billones de años.

Alystra había revisado diez veces la Tumba, aunque una era suficiente, puesto que no había dónde esconderse. Pasada la primera sorpresa, se preguntó si acaso había seguido sólo las proyecciones de Alvin y Kedron. Pero eso no tenía sentido: las proyecciones se materializaban en cualquier lugar que uno deseara visitar, sin molestarse en ir allí en persona. Nadie en su sano juicio «pasearía» su imagen proyectada por un par de kilómetros, demorando media hora en llegar a destino, cuando podía hacerlo en un instante. No; ella había seguido al verdadero Kedron y al verdadero Alvin hasta la Tumba.

Por lo tanto, en algún lugar debía haber una entrada secreta. Sería mejor buscarla mientras esperaba que regresaran.

Por pura casualidad no vio reaparecer a Kedron; éste salió del otro lado mientras ella examinaba una columna cerca de la estatua. Al oír sus pasos se volvió hacia él, y vio enseguida que se encontraba solo.

—¿Dónde está Alvin? —exclamó.

Pasó un tiempo antes de que el Bufón contestara. Parecía aturdido e indeciso, y Alystra tuvo que repetir la pregunta para que él notara su presencia. No pareció sorprendido de encontrarla allí.

—No sé dónde está —contestó por fin—. Sólo puedo decirte que va camino a Lys. Eso es todo cuanto sé.

No era conveniente tomar las palabras de Kedron al pie de la letra. Pero Alystra comprendió de inmediato que el Bufón no estaba de bromas. Lo que decía era verdad... fuera lo que fuese.

Al cerrarse la puerta, Alvin se dejó caer en el asiento más próximo. Le pareció, de pronto, que las fuerzas lo abandonaban; por fin conocía lo que nunca había sentido: el temor a lo desconocido que obsesionaba a todos sus compatriotas. Le temblaban los miembros, tenía la vista nublada; de ser posible habría huido de esa máquina en movimiento, aun al precio de abandonar todos sus sueños.

Pero no era sólo temor aquella sensación que lo dominaba, sino también una indescriptible sensación de soledad. Todo cuanto conocía y amaba había quedado en Diaspar; aun cuando no corriera peligro, tal vez jamás volvería a ver ese mundo. Supo entonces, como ningún otro hombre lo supiera durante siglos, lo que significaba abandonar para siempre el hogar. En ese momento de desolación, daba lo mismo que aquella vía lo condujera a un peligro o lo pusiera a salvo, pues que, de cualquier modo, lo alejaba de su hogar.

Poco a poco, la inquietud fue cediendo; se alejaron de su mente las sombras oscuras, y pudo prestar atención a lo que lo rodeaba. Empezó por estudiar el antiquísimo vehículo en el que viajaba. No le parecía particularmente extraño ni maravilloso que ese sistema de transporte subterráneo funcionara todavía a la perfección, después de tantos siglos. No estaba conservado en los circuitos eternos de la ciudad, pero debía haber otros circuitos que lo preservaran de todo cambio o descomposición.

Notó por primera vez el tablero indicador que formaba parte de la pared anterior. Presentaba un mensaje tranquilizador en su brevedad:

LYS

35 minutos

Mientras miraba, el número se transformó en «34». Era, al menos, un dato útil aunque no tenía idea de que las máquinas de velocidad dieran alguna información con respecto a la duración del viaje. Las paredes del túnel pasaban como un prolongado borron gris; la única sensación de movimiento era una leve vibración, que resultaba imperceptible si no se prestaba mucha atención.

A esa altura, Diaspar debía estar muchos kilómetros atrás; en la superficie se extenderían las dunas movedizas del desierto. Tal vez en ese momento avanzara por debajo de las colinas que tantas veces mirara desde la Torre de Loranne.

Su imaginación voló hacia Lys, como si pretendiera llegar antes que su cuerpo. ¿Qué clase de ciudad sería? Todos sus esfuerzos por formarse alguna imagen no le daban sino una versión en pequeño de Diaspar. ¿Existiría aún? Un pensamiento lo tranquilizó: de no existir Lys, no funcionaría esa máquina, que lo llevaba a toda velocidad a través de la tierra.

De pronto sintió un cambio en las vibraciones, bajo los pies. El vehículo aminoraba la marcha, no cabía duda. El tiempo debía pasar más rápido de lo que él pensaba; algo sorprendido miró al indicador:

LYS

23 minutos

Confuso, un tanto preocupado, apoyó el rostro contra el costado del vehículo. La velocidad hacía borrosas las paredes del túnel, que formaban una superficie gris sin alteración alguna; no obstante, comenzó a distinguir, de tanto en tanto, ciertas marcas; al principio desaparecían apenas surgidas, pero gradualmente iban permaneciendo más tiempo en su campo de visión.

De pronto, sin ningún aviso, las paredes del túnel desaparecieron a ambos lados. Siempre a gran velocidad, la máquina atravesó un enorme espacio abierto, mucho más amplio que la cámara de las vías móviles.

Al mirar, maravillado, por las paredes transparentes, Alvin divisó a una intrincada red de carriles que se cruzaban a sus pies, una y otra vez, hasta desaparecer en un laberinto de túneles abiertos a cada lado. Una luz azulada descendía desde la bóveda del techo; bajo su resplandor pudo distinguir las siluetas de máquinas enormes. La luz era tan intensa que torturaba la vista, y Alvin comprendió que ese lugar no había sido hecho para el hombre. Momentos después, su vehículo pasó como una exhalación ante varias hileras de cilindros inmóviles sobre los rieles. Eran mucho más grandes que el que lo llevaba, y Alvin supo que debían usarse para transporte de carga. En torno había grupos de artefactos provistos de muchas articulaciones incomprensibles, silenciosos y quietos.

Tan imprevistamente como había aparecido, la vasta cámara desapareció tras él. Una sensación de reverencia invadió el espíritu de Alvin; comprendió, por primera vez, el significado del gran mapa extendido debajo de Diaspar. El mundo contenía más maravillas de las que él hubiera imaginado.

Volvió a mirar el indicador. No había cambiado; el cruce de la enorme caverna había llevado menos de un minuto. La máquina empezó a acelerar nuevamente; aunque la sensación de movimiento no era mucha, las paredes del túnel se deslizaban a ambos lados a una velocidad incalculable.

Pareció transcurrir un siglo antes de que volviera a percibirse el indefinido cambio de vibración. En ese momento, el indicador marcaba:

LYS

1 minuto

Ése fue el minuto más largo de su vida. La máquina se movía con mayor lentitud,

pero no se trataba de una mera disminución de velocidad: estaba por detenerse.

Suave, silenciosamente, el largo cilindro pasó del túnel a una caverna, idéntica a aquella que había visto bajo Diaspar. Al comienzo, Alvin, demasiado excitado, no pudo ver nada con claridad. Cuando notó que podía abandonar el vehículo, la puerta llevaba un rato abierta. Al salir apresurado, echó un último vistazo al indicador. Las palabras habían cambiado; el mensaje era infinitamente tranquilizador:

DIASPAR  
35 minutos

Mientras buscaba una salida de la cámara, Alvin descubrió las primeras evidencias de una civilización diferente de la suya. En un extremo de la caverna, un túnel ancho y bajo conducía a la superficie por un tramo de escaleras. En Diaspar no había nada similar; cuando era necesario un cambio de nivel se construían rampas o corredores inclinados. Esa solución arquitectónica era un legado de los tiempos en que casi todos los robots se trasladaban sobre ruedas; para ellos, los escalones habrían sido una barrera infranqueable.

La breve escalera terminaba ante una puerta, que se abrió automáticamente en cuanto Alvin se acercó. Se halló entonces en un cuarto pequeño, similar al que lo había transportado por el túnel bajo la Tumba de Yarlán Zey; no se sorprendió cuando, pocos minutos después, las puertas volvieron a abrirse ante un corredor abovedado que se elevaba suavemente hacia una arcada que enmarcaba un semicírculo de cielo. Alvin tenía conciencia de haber ascendido varios centenares de metros, aunque no experimentara sensación de movimiento. Desechando cualquier temor, trepó corriendo hacia la abertura iluminada, ansioso por descubrir lo que tenía ante sí.

De pronto se encontró de pie en la cima de una pequeña colina; por un instante, se creyó otra vez en el Parque Central de Diaspar. Empero, no podía existir parque tan enorme. Sólo podía ver selvas y planicies cubiertas de pasto. La ciudad que esperaba encontrar no estaba a la vista.

Alvin dirigió la mirada hacia el horizonte, por sobre los árboles. Allá divisó un arco enorme que parecía abrazar la tierra. Un gigantesco perfil de piedra con el que no podían rivalizar los más altos edificios de Diaspar. La distancia le impedía distinguir los detalles, pero algo en el conjunto lograba confundirlo. Al fin sus ojos se adaptaron a la escala del paisaje colosal, y entonces supo que esas murallas lejanas no eran obra del hombre.

El Tiempo no lo había conquistado todo; la Tierra aún poseía el orgullo de sus altas montañas.

Alvin permaneció largo rato en la boca del túnel, acostumbrándose lentamente al extraño mundo en el que se encontraba. Las vastas proporciones, la inmensidad del espacio, lo dejaron pasmado; aquel anillo de montañas brumosas podía circundar

doce ciudades de la magnitud de Diaspar. Sin embargo, no encontraba rastros de vida humana, por mucho que los buscara. Pero el camino que descendía de la colina estaba bien cuidado; lo mejor sería guiarse por él.

Al pie de la colina, el camino se perdía entre árboles, tan altos que ocultaban el sol. Al caminar bajo su sombra le salió al encuentro una extraña mezcla de sonidos y perfumes. Pudo reconocer el susurro del viento entre las hojas, mezclado con ruidos vagos que no tenían eco en su memoria. Sus sentidos reaccionaban, agredidos por extraños colores y aromas que su raza había olvidado. La calidez, la profusión de matices y fragancias, la invisible presencia de millones de seres vivos lo apabullaron, con una violencia casi física.

Ya no había árboles a su derecha; de pronto se desplegó ante él un lago enorme, salpicado de islas diminutas. Nunca había visto tal extensión de agua; los estanques de Diaspar eran charcos insignificantes comparados con ella. Bajó lentamente hasta la orilla del lago y recogió el agua tibia en el cuenco de su mano, para dejarla deslizarse entre los dedos.

Un gran pez plateado se abrió paso entre los juncos sumergidos; por primera vez, Alvin veía un ser viviente que no pertenecía a la raza humana. Aunque su forma le era desconocida, evocaba en su memoria una cierta familiaridad. Suspendido allí, en ese aparente vacío de color verde pálido, entre la leve opacidad de sus incansables aletas, parecía la imagen viva de la fuerza y la velocidad. Encarnaba las líneas elegantes de aquellas grandes naves que surcaban los cielos en épocas pasadas. La evolución y la ciencia habían llegado a una misma respuesta; empero, la obra de la naturaleza les había superado y sobrevivido.

Alvin pudo, al fin, quebrar el hechizo del lago y continuó por el camino sinuoso. Una vez más el bosque se apretó a su alrededor, aunque sólo por un trecho. Pronto el camino terminó en un vasto claro de medio kilómetro de ancho y uno de longitud. Alvin comprendió entonces por qué no había visto hasta ese momento ninguna señal de hombre.

El claro estaba ocupado por edificios bajos de dos pisos, cuyos colores suaves eran un descanso para los ojos, aun bajo el pleno resplandor del sol. Casi todos eran sencillos, de diseños simples; sin embargo, algunos lucían un estilo arquitectónico más complejo, en los que se habían empleado columnas estriadas y piedras graciosamente talladas. En estos edificios, de aspecto muy antiguo, se había empleado el antiquísimo recurso de la ojiva.

Mientras se dirigía con paso lento hacia la aldea trató de comprender cuanto lo rodeaba. Todo era extraño; el aire mismo había cambiado, y parecía palpar con una vida distinta. Entre los edificios circulaban personas altas de cabellos dorados; sus movimientos graciosos y desenvueltos los diferenciaban notablemente de los habitantes de Diaspar.

Alvin se sorprendió al ver que no reparaban en él, puesto que su ropa era muy diferente a la de ellos. En Diaspar, donde la temperatura era estable, las ropas eran

puramente ornamentales y muy sofisticadas. Allí, en cambio, parecían más prácticas, como si hubiesen sido diseñadas teniendo en cuenta el uso antes que la estética; con frecuencia consistía en una simple banda de tejido drapeado en torno al cuerpo.

Sólo cuando Alvin llegó al centro de la aldea, la gente reaccionó ante su presencia; en realidad, esa reacción fue bastante inesperada. Un grupo de cinco hombres salió de una casa y se dirigió hacia él con paso decidido, como si lo hubiesen estado esperando. El recién llegado sintió que la excitación hacía latir fuertemente la sangre en sus venas. Pensó en todas las reuniones decisivas que los hombres de mundos distantes habían realizado. Los que tenía ante sí eran de su propia especie, pero ¿cuántas diferencias habrían surgido entre ellos en el tiempo infinito que llevaban separados de Diaspar?

La delegación se detuvo a pocos pasos de Alvin. El jefe, sonriente, extendió la mano en un antiguo gesto de amistad.

—Creímos mejor recibirte aquí —dijo—. Nuestra ciudad es muy diferente a Diaspar y el paseo desde la terminal da a los visitantes la oportunidad de... aclimatarse.

Alvin tomó la mano que se le tendía, aunque por el momento estaba demasiado sorprendido como para responder. Comprendió entonces por qué los otros aldeanos lo habían ignorado por completo.

—¿Sabían que estaba en camino? —preguntó al fin.

—Naturalmente; siempre sabemos cuándo comienza a moverse el transportador. Dime ¿cómo encontraste el camino? ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última visita! Temíamos que el secreto se hubiera perdido.

Uno de los acompañantes interrumpió a quien hablaba.

—Es mejor que refrenemos nuestra curiosidad, Gerane. Seranis espera.

Una palabra desconocida para Alvin precedió al nombre de «Seranis». Era, tal vez, alguna especie de título. Por lo demás, le resultaba perfectamente fácil entenderse con los aldeanos, y no encontró nada extraordinario en eso. Diaspar y Lys poseían la misma herencia lingüística y el antiguo invento para grabar los sonidos había fijado hacía mucho tiempo los patrones lingüísticos.

Gerane respondió con una sonrisa y un gesto de resignación:

—Muy bien —dijo—. Seranis tiene pocos privilegios. Y no seré yo quien la prive de éste.

Mientras se internaban en la aldea, Alvin examinó a los hombres que lo rodeaban. Parecían inteligentes y amables, pero ésas eran virtudes que él daba por descontadas toda su vida; buscaba, en cambio, las características que los diferenciara de un grupo similar originario de Diaspar. Había ciertas peculiaridades, aunque difíciles de definir. Eran más altos que Alvin, y dos de ellos mostraban los signos inequívocos de la edad. Tenían la piel muy bronceada, y todos sus movimientos revelaban un vigor y agilidad que Alvin encontró muy agradable aunque, al mismo tiempo, algo desconcertante. Sonrió al recordar la profecía de Kedron; éste había dicho que, si alguna vez llegaba a

Lys, la encontraría idéntica a Diaspar.

Mientras caminaba tras sus guías notó que los aldeanos lo miraban ahora con abierta curiosidad, ya abandonada toda fingida indiferencia. De pronto, unos gritos agudos y chillones brotaron de entre los árboles a su derecha, y un grupo de criaturas pequeñas, muy alborotadas, salió del bosque para rodear a Alvin. Éste se detuvo asombrado, incapaz de creer a sus propios ojos. Tenía ante sí algo que en su mundo se había perdido hacía ya tanto tiempo que pertenecía al reino de la mitología: en otros tiempos, la vida humana había comenzado bajo esa forma; esas fascinantes criaturas eran niños.

Alvin los contempló con incredulidad, pero también con otra emoción que era incapaz de definir. Ningún otro espectáculo habría podido demostrarle más vivamente su alejamiento del mundo que conocía. Diaspar había pagado su inmortalidad a un alto precio.

El grupo se detuvo ante el edificio más alto que Alvin hubiera visto hasta entonces. Estaba en el centro de la aldea; desde un mástil ubicado en su torrecilla circular flotaba al viento un estandarte verde.

Sólo Gerane lo acompañó al interior del edificio. Dentro, el ambiente era fresco y silencioso; los rayos del sol se filtraban por las paredes traslúcidas, iluminándolo todo con un suave resplandor. El piso era liso y brillante, incrustado de hermosos mosaicos. En las paredes, un artista muy hábil y expresivo había grabado en una serie de murales varias escenas del bosque. Con esas pinturas alternaban otros murales, cuyos temas eran desconocidos para Alvin, pero también bellos a la vista. En una de las paredes, una pantalla rectangular proyectaba un haz de colores en movimiento; posiblemente era un receptor de visífono, aunque de tamaño reducido.

Ascendieron hasta la terraza del edificio por una escalera caracol. Desde allí se veía toda la aldea, formada por unos cien edificios. A la distancia, los árboles circundaban amplias praderas en las que pastaban animales de diversas clases. Alvin no podía imaginar qué eran; casi todos parecían cuadrúpedos, pero algunos tenían hasta seis y ocho patas.

Seranis lo esperaba a la sombra de la torre. Alvin se preguntó qué edad tendría; su cabello largo y dorado lucía mechones grises, lo que le pareció un signo de cierta edad. La presencia de los niños, y todo lo que ellos significaban, lo había dejado confuso. Si existía el nacimiento, debía existir también la muerte; el ciclo vital de Lys debía ser muy distinto al de Diaspar. Seranis podía tener cincuenta, quinientos o cinco mil años, pero la profundidad de sus ojos ofrecía la misma sensación de sabiduría y experiencia que él descubría en Jeserac.

Seranis le dio la bienvenida con la mirada, señalándole un pequeño asiento; guardó silencio hasta que su huésped estuvo cómodo, tan cómodo como era posible bajo su escrutinio intenso, aunque amistoso. Con un suspiro, habló a Alvin en voz queda y gentil.

—Esta ocasión se presenta muy pocas veces, y deberás disculparme si no me

comporto correctamente. Un huésped, aunque sea inesperado, tiene derecho a ciertos privilegios. Antes de hablar, debo prevenirte con respecto a algo: puedo leerte la mente.

Notó con una sonrisa la consternación de Alvin y continuó:

—No te preocupes por eso. No hay derecho más respetable que el de la intimidad de los pensamientos. Penetraré en tu mente sólo si me lo permites. Pero no sería justo ocultarte esto; así comprenderás también por qué hablamos con lentitud y con cierta dificultad. No empleamos mucho el lenguaje oral.

Esta revelación, aunque un tanto alarmante, no tomó a Alvin por sorpresa. En otros tiempos hombres y máquinas habían poseído ese don; las máquinas, que permanecían invariables, eran todavía capaces de leer las órdenes de sus amos. Pero en Diaspar el hombre había perdido esa facultad, antes compartida con sus esclavas.

—No sé qué te ha traído desde tu mundo al nuestro —prosiguió Seranis—. Si lo que buscas es vida, tu viaje ha terminado. Detrás de nuestras montañas, con excepción de Diaspar, sólo hay el desierto.

Alvin, que tantas veces había puesto en tela de juicio las creencias aceptadas por todos, no dudó de las palabras de Seranis. Su única reacción fue la tristeza de confirmar aquello que le habían enseñado.

—Hábleme de Lys —rogó—. ¿Cómo parecen saber tanto sobre Diaspar a pesar de haber estado separados desde hace tanto tiempo?

Su ansiedad provocó la sonrisa de Seranis.

—En seguida —le dijo—. Pero antes quiero saber algo de ti. Cuéntame cómo encontraste el camino y por qué viniste hacia aquí.

Un poco vacilante al comienzo, pero con seguridad creciente, Alvin le contó su historia. Nunca había hablado con tanta libertad; aquí había al menos alguien que no se reiría de sus sueños, porque los sabía reales. Una o dos veces, al mencionar algún aspecto de Diaspar desconocido para Seranis, ésta lo interrumpió con preguntas breves y rápidas. El joven tardó en comprender que ciertas cosas, naturales en su vida cotidiana, debían parecer extrañas para quien nunca había vivido en la ciudad y que desconocía, por lo tanto, toda su cultura y su organización social. Seranis escuchaba con tanta inteligencia que dio por sentada su comprensión; pronto se dio cuenta que muchas otras mentes, además de la de ella, escuchaban sus palabras.

Cuando hubo terminado se produjo un silencio. Luego Seranis lo miró, preguntándole suavemente:

—¿Por qué has venido a Lys?

Alvin la miró sorprendido.

—Ya lo dije —contestó—. Deseaba explorar el mundo. Todos me decían que después de la ciudad no había más que el desierto. Pero tenía que verlo con mis propios ojos.

—¿Ésa es la única razón?

Alvin vaciló. No fue el indómito explorador quien respondió finalmente, sino la

criatura perdida que había nacido en un mundo extraño.

—No —dijo—, no fue ésa la única razón, aunque acabo de descubrirla en este momento; me sentía solo.

—¿Solo? ¿en Diaspar?

Seranis sonrió, pero sus ojos reflejaron comprensión. Alvin supo al instante que ella no esperaba otra respuesta.

Ya le había contado su historia; ahora esperaba que ella cumpliera su palabra. Seranis se puso de pie y empezó a recorrer la terraza de un lado a otro.

—Sé las preguntas que vas a hacerme —dijo—. Podría contestar algunas, pero resultaría un poco fatigoso hacerlo oralmente. Si tú me abres tu mente, te diré lo que deseas saber. Puedes tener confianza en mí; no te quitaré nada sin tu permiso.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Alvin, cauteloso.

—Decídate a aceptar mi ayuda; mírame a los ojos, y olvida todo lo demás —ordenó Seranis.

Alvin no supo nunca lo que sucedió entonces. Sus sentidos se eclipsaron por completo; cuando recobró conciencia el conocimiento era suyo, aunque no recordaba haberlo adquirido.

Podía ver en el pasado, un tanto confusamente como puede verse un valle brumoso desde lo alto de una montaña. Supo que el hombre no había habitado siempre las ciudades; que, desde que las máquinas lo liberaron del trabajo, había existido siempre una rivalidad entre dos tipos diversos de civilización. En la Era del Alba existían miles de ciudades; no obstante, muchos habían preferido vivir en comunidades relativamente pequeñas. Las comunicaciones instantáneas y el transporte universal los ponían en contacto con el resto del mundo, y no sentían la necesidad de vivir apiñados con millones de congéneres.

En tiempos primitivos, Lys había sido algo diferente a otras comunidades. Con el correr del tiempo, había ido desarrollando una cultura independiente, una de las más avanzadas que la humanidad conociera. Se basaba principalmente en el uso directo del poder mental, y esto la apartaba del resto de la humanidad, que cada vez dependía más de las máquinas.

Mientras se desarrollaban de tan diferente manera, el transcurso de los siglos fue ensanchando progresivamente el abismo entre Lys y las otras ciudades. Sólo ante las grandes crisis superaron esa distancia: cuando la luna comenzó a caer, fueron los científicos de Lys quienes se encargaron de su destrucción. También de la defensa de la Tierra contra los Invasores, contenidos en la batalla final de Shalmirane.

La terrible prueba había dejado exhausta a la humanidad; las ciudades sucumbieron una a una, y el desierto avanzó sobre ellas. Diezmadas las poblaciones, la humanidad comenzó la migración que habría de convertir a Diaspar en la última de las grandes ciudades construidas por el hombre.

Estos cambios no afectaron en mucho a Lys, pero debió librar su propia batalla: la lucha contra el desierto. La barrera natural de las montañas no era suficiente, y

debieron transcurrir muchos siglos antes de que el oasis se tornara seguro. Aquí la visión se volvía confusa, tal vez a propósito; Alvin no pudo discernir cómo se habían convertido en un país eterno, al igual que Diaspar.

La voz de Seranis pareció llegarle desde una gran distancia; no era su voz solamente, estaba mezclada en una sinfonía de palabras como si muchas lenguas se hubieran unido a la de ella.

—Ésa, en síntesis, es nuestra historia. Como ves, en la Era del Alba tuvimos muy poco que ver con las ciudades, aunque sus habitantes llegaron muchas veces a nuestras tierras. Nunca les pusimos obstáculos, pues muchos de nuestros grandes hombres provienen del Exterior; pero cuando las ciudades comenzaron a declinar, quisimos mantenernos ajenos a su destrucción. La terminación del transporte aéreo dejaba sólo un camino hasta Lys: el sistema de transporte de Diaspar. Allí lo cancelaron al construir el parque, y nos olvidaron por completo, pero nosotros nunca los olvidamos.

«Diaspar nos sorprendió. Esperábamos que le sucediera lo que a otras ciudades, pero ha alcanzado una cultura estable que puede durar tanto como la Tierra. Sin embargo, no admiramos esa cultura y estamos contentos de que quienes deseaban escapar hayan logrado hacerlo. Muchos han podido hacer el viaje; más de los que supuse; casi todos han sido hombres destacados, y siempre nos trajeron algo valioso a Lys.»

La voz se apagó; la parálisis de los sentidos de Alvin comenzó a ceder y volvió a su estado normal. Comprobó, sorprendido, que el sol se ocultaba ya tras los árboles; el cielo oriental mostraba las primeras huellas de la noche. Una gran campana tañía a lo lejos, con un lento latido que pulsaba el silencio, dejando el aire tenso de misterios y premoniciones. Alvin se estremeció levemente, pero no a causa del frío vespertino; se sentía conmovido y lleno de admiración por todo lo que había descubierto. Era muy tarde, y estaba lejos de su casa. Sintió de pronto la urgencia de ver a sus amigos y de encontrarse en el mundo familiar de Diaspar.

—Debo volver —dijo—. Kedron..., mis padres, todos estarán esperándome.

Era verdad sólo en parte; Kedron se estaría preguntando ciertamente qué le había pasado; pero nadie más en Diaspar, según suponía, estaba al tanto de su partida. Mintió sin saber por qué, y sintióse avergonzado de sus palabras en cuanto las hubo pronunciado.

Seranis lo miró, pensativa.

—Temo que eso no resulte tan fácil —dijo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alvin—. ¿Acaso el transportador que me trajo no puede llevarme de vuelta?

No quería aceptar que pudieran retenerlo en Lys contra su voluntad, aunque la idea le había cruzado la mente por un momento.

Por primera vez, Seranis pareció un poco tensa.

—Hemos estado hablando de ti —dijo, sin explicarle quiénes eran los demás, ni

cómo se habían consultado—. Si vuelves a Diaspar, toda la ciudad se enterará de nuestra existencia. Aunque prometieras no decir nada, te resultaría imposible guardar el secreto.

—¿Por qué prefieren que sea así? —preguntó Alvin—. Sería muy beneficioso para nuestros pueblos el volver a encontrarse.

Seranis pareció contrariada.

—Nosotros no lo creemos —dijo—. Si se abrieran las puertas, nuestro país se vería invadido por los curiosos y sensacionalistas. Hasta ahora, la situación sólo ha permitido llegar aquí a lo mejor de Diaspar.

La contestación revelaba una superioridad inconsciente, basada en premisas tan falsas que Alvin cambió su alarma por enojo.

—Eso no es cierto —contestó llanamente—. No creo que puedan encontrar en Diaspar otra persona capaz de abandonar la ciudad, aunque lo deseara, aunque supiera que hay un lugar donde ir. Si me dejan volver, nada sucederá a Lys.

—No está en mis manos —explicó Seranis—. Además, las barreras que retienen a tu gente en Diaspar pueden quebrarse; si crees lo contrario es porque menosprecias el poder de la mente. No obstante, no deseamos retenerte contra tu voluntad; pero si vas a regresar a Diaspar debemos borrar de tu memoria todo recuerdo de Lys.

Tras un instante de vacilación, agregó:

—Esto no ha ocurrido nunca; todos tus predecesores vinieron para quedarse.

Alvin se encontraba ante una elección que no deseaba hacer. Quería explorar Lys, aprender sus secretos, descubrir en qué difería de su ciudad, pero estaba igualmente decidido a volver a Diaspar para demostrar a sus amigos que no había sido un tonto soñador. No comprendía los motivos de tanto secreto; de cualquier modo su conducta no habría cambiado.

Tenía que ganar tiempo, o convencer a Seranis que lo que ella pretendía era imposible.

—Kedron sabe donde estoy —dijo—. ¡No podrán eliminar *sus* recuerdos!

Seranis sonrió. Era una sonrisa agradable y, en otras circunstancias, había sido muy cordial. Pero tras ella Alvin adivinó, por primera vez, un poder implacable y arrollador.

—Nos estás subestimando, Alvin —contestó—. Eso sería muy fácil. Puedo llegar a Diaspar en menos tiempo del que tardaría en cruzar Lys. Otros hombres han venido antes, y todos dijeron a sus amigos adónde se dirigían. Pero esos amigos se olvidaron de ellos y desaparecieron de la historia de Diaspar.

Alvin, como un tonto, no había considerado esa posibilidad, aunque en ese momento recordó que Seranis se lo había sugerido. Se preguntó cuántas veces, en esos millones de años transcurridos desde que las culturas se separaran, habían ido hombres de Lys hasta Diaspar para salvaguardar los secretos tan celosamente guardados. Se preguntó asimismo hasta dónde llegaría el poder de las facultades mentales que esa gente no vacilaba en emplear.

¿Era posible hacer planes? Seranis le había prometido no leerle la mente sin su consentimiento, pero se preguntó si en ciertas circunstancias mantendría la promesa...

—Sin duda, no esperará que tome una decisión al instante —dijo—. ¿Puedo recorrer un poco de su país antes de elegir?

—Por supuesto —contestó Seranis—. Puedes permanecer aquí tanto como desees, y volver a Diaspar si cambias de opinión. Pero será mejor que te decidas pronto. No desearás que tus amigos se preocupen; además, cuanto más tiempo faltes de allá, más nos costará hacer los ajustes necesarios.

Alvin se daba cuenta de eso; hubiera querido saber en qué consistían esos «ajustes». Posiblemente, alguien de Lys se pondría en contacto con Kedron, sin que el Bufón lo advirtiera, e interferiría en sus recuerdos. No podía ocultarse la desaparición de Alvin, pero la información que él y Kedron habían descubierto podía hacerse desaparecer. Al transcurrir los siglos, el nombre de Alvin se uniría al de los otros Únicos que habían desaparecido misteriosamente sin dejar rastros, para ser finalmente olvidados.

Los misterios se multiplicaban, y no parecía estar cerca de ninguna solución. ¿Había algún propósito detrás de la curiosa relación unilateral entre Lys y Diaspar, o se debía simplemente a un accidente histórico? ¿Qué eran los Únicos? Si la gente de Lys podía entrar en Diaspar, ¿por qué no habían anulado los circuitos de memoria donde estaba la clave de su existencia? Tal vez ésta fuera la única pregunta que Alvin podía contestar. La Computadora Central era un enemigo demasiado empecinado y sería muy difícil de influir, aun mediante las técnicas mentales más avanzadas...

Descartó esos problemas por el momento; algún día, cuando sus conocimientos fueran mayores, tal vez le fuera posible resolverlos. Mientras tanto, era inútil levantar pirámides de presunciones sobre una base de ignorancia.

—Muy bien —dijo, con poca amabilidad ya que aún lo fastidiaba el obstáculo puesto en su camino—; si me muestran cómo es su país, les daré mi respuesta tan pronto como sea posible.

—Bien —dijo Seranis; esta vez su sonrisa no escondía amenaza alguna—. Estamos orgullosos de Lys, y será un placer mostrarte cómo pueden vivir los hombres sin necesidad de ciudades. Entretanto, no debes preocuparte. Nos encargaremos de que tus amigos no noten tu ausencia, aunque sea por nuestra propia protección.

Por primera vez, Seranis había hecho una promesa imposible de cumplir.

Por mucho que lo intentó, Alystra no consiguió que Kedron le diera más informaciones. El Bufón se había recuperado rápidamente de la impresión inicial; asimismo, había superado el pánico que lo obligaba a regresar apresuradamente a la superficie, al encontrarse solo en aquellas profundidades. Se sentía avergonzado de su cobardía; tal vez jamás tuviera el coraje de volver a la cámara de las Vías Móviles, a la red de túneles que irradiaba desde allí hacia el mundo entero. La conducta de Alvin le había parecido impaciente y hasta empecinada, pero en realidad no creía que corriera ningún peligro. Volvería a su debido tiempo; Kedron estaba seguro de ello. O casi seguro; restaba alguna duda que lo inducía a mantener la cautela. Decidió que, por el momento, convenía hablar lo menos posible de aquello; tomaría todo el asunto como una más de sus bromas.

En desmedro de sus planes, al regresar a la superficie se encontró con Alystra, y no supo disimular sus emociones. La muchacha percibió el temor inequívocamente pintado en sus ojos, e interpretó al momento que Alvin estaba en peligro. Todas las protestas de Kedron fueron inútiles; no hicieron más que acrecentar su enojo contra él, en tanto cruzaban juntos el parque. En un principio, Alystra había deseado permanecer junto a la Tumba, a la espera de que Alvin volviera, tan misteriosamente como había desaparecido. Kedron logró convencerla de que sería una pérdida de tiempo, y, para su alivio, ella aceptó acompañarlo a la ciudad. Existía la posibilidad de que Alvin regresara casi de inmediato, y él prefería que el secreto de Yarlan Zey no fuera descubierto por otros.

Al llegar a la ciudad era ya obvio que las tácticas evasivas de Kedron habían fracasado rotundamente; la situación escapaba por completo a su control. Por primera vez en su vida, se sentía perplejo e incapaz de solucionar un problema. Su primer temor irracional, se iba convirtiendo lentamente en una alarma mucho más justificada. Hasta entonces, Kedron había pensado muy poco en las consecuencias de sus actos. Sus propios intereses, la ligera pero sincera simpatía que le inspiraba Alvin, eran motivo suficiente para justificar su conducta. Le había prestado su aliento y su ayuda, pero sin creer que pudiera pasar algo así.

A pesar del abismo que abrían entre ellos los años y la experiencia, la voluntad de Alvin había sido siempre más poderosa que la suya. Ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Kedron sentía que los hechos lo arrastraban hacia una culminación completamente fuera de su control.

Por lo tanto, era un poco injusto que Alystra, inclinada a culparlo por todo lo ocurrido, lo considerara el genio maléfico de Alvin. En realidad, no era vengativa, pero se sentía irritada, y descargaba parte de esa irritación en Kedron. No habría lamentado en absoluto que cualquier decisión suya lo perjudicara.

Al llegar a la gran avenida circular que rodeaba el parque, se separaron en completo silencio. Kedron la miró alejarse, y se preguntó, hastiado, qué planes iría

forjando.

De una cosa, al menos, podía estar seguro: el aburrimiento quedaba eliminado de la ciudad por un largo período.

Alystra actuó con rapidez e inteligencia. No se molestó en ponerse en contacto con Eriston y Etania; los padres de Alvin eran simpáticas nulidades por las que sentía algún afecto, pero no respeto. No harían sino perder el tiempo en discusiones inútiles, para actuar después exactamente como ella lo estaba haciendo.

Jeserac escuchó su relato sin demostrar emoción. Disimuló tan perfectamente cualquier alarma o sorpresa que Alystra se sintió algo desilusionada. En su opinión, nunca había ocurrido nada tan extraordinario como eso, y la conducta despreocupada de Jeserac la desalentó bastante. Cuando hubo terminado, él la interrogó más o menos a fondo, y sugirió, sin expresarlo directamente, que tal vez estaba confundida. ¿Qué razones tenía para suponer que Alvin había salido de la ciudad? Tal vez sólo se trataba de una broma; la intervención de Kedron lo hacía aún más probable. En ese preciso momento, Alvin podía estar riéndose de ella, oculto en algún lugar de Diaspar.

La única reacción positiva que logró de Jeserac fue la promesa de hacer algunas averiguaciones; la llamaría al día siguiente. Mientras tanto, él le recomendó no preocuparse; también sería conveniente que no dijera nada de todo aquello a otras personas. No era necesario sembrar la alarma por un incidente que tal vez estuviera aclarado en unas horas.

Alystra se separó de Jeserac abatida por una leve frustración. Sin embargo, él comenzó a actuar de inmediato, con una actividad que la hubiera dejado más conforme.

Jeserac tenía amigos en el Concejo; él mismo había sido miembro del cuerpo en algún momento de su larga vida, y quizá volviera a serlo, si le fallaba la suerte. Llamó a tres de sus colegas más influyentes, y despertó cautelosamente su interés. Tenía conciencia de su delicada posición como tutor de Alvin, y deseaba, ante todo, deslindar responsabilidades. Por el momento, cuantos menos estuvieran enterados de lo ocurrido, mejor sería.

De inmediato decidieron ponerse en contacto con Kedron para requerirle una explicación. Ese plan excelente sólo tenía un defecto: Kedron lo había previsto, y fue imposible encontrarlo.

Si la posición de Alvin implicaba alguna ambigüedad, sus anfitriones pusieron mucho cuidado en no recordárselo. Podía moverse con total libertad por Airlee; la pequeña aldea estaba bajo el gobierno de Seranis, aunque ésta sea una expresión demasiado fuerte para designar sus funciones. A veces, Alvin tenía la impresión de que era una benevolente dictadora, pero otras veces parecía no detentar el menor poder. Hasta entonces no había conseguido comprender el sistema social de Lys; tal

vez era demasiado simple, o su complejidad era tal que no alcanzaba a comprenderla. Todo lo que sabía de seguro era que Lys estaba dividida en innumerables aldeas, de las cuales Airlee era un ejemplo bastante típico. Sin embargo, no se podía hablar de ejemplos típicos; le habían asegurado que cada aldea trataba de diferenciarse de sus vecinas tanto como fuera posible. Todo era extremadamente confuso.

Airlee estaba llena de sorpresas, aunque era muy pequeña y su población no superaba el millar de habitantes. No había prácticamente aspecto de la vida en el que no difiriera de Diaspar. Las diferencias se extendían también a cosas tan elementales como la conversación. Sólo los niños se comunicaban normalmente mediante la voz; los adultos casi nunca hablaban, y Alvin descubrió muy pronto que sólo lo hacían por cortesía hacia él. Experimentaba una curiosa frustración al sentirse sumergido en una gran red de palabras silenciosas e imperceptibles, pero después de algún tiempo se acostumbró. Era sorprendente que hubiese perdurado cualquier forma de lenguaje oral, puesto que carecía de uso; sin embargo, Alvin descubrió después que el pueblo de Lys amaba el canto, así como cualquier género musical. Sin ese incentivo, podrían haber enmudecido por completo largo tiempo atrás.

Estaban siempre ocupados en tareas o en problemas que solían resultar incomprensibles para Alvin. Cuando lograba entender esas ocupaciones, le parecían en gran parte innecesarias. Por ejemplo, cultivaban gran parte de sus alimentos, en vez de sintetizarlos según los procedimientos descubiertos hacía muchos siglos. Cuando Alvin se lo hizo notar, le explicaron que la gente de Lys prefería ver cómo crecían las cosas, llevar a cabo complicados experimentos genéticos y lograr sabores y aromas cada vez más refinados. Airlee era famosa por sus frutas, pero cuando Alvin comió algunos ejemplares escogidos no los encontró mejores que los que podía obtener en Diaspar, sin más esfuerzo que el de levantar un dedo.

Al principio se preguntó si la gente de Lys habría olvidado el uso de las energías y las máquinas que él consideraba naturales, y sobre las cuales se basaba la vida en Diaspar. Tal vez nunca las habían poseído. Pronto descubrió que no era así. Las herramientas y el conocimiento existían, pero sólo se los utilizaba cuando era imprescindible. El ejemplo más sorprendente lo constituía el sistema de transportes, en el caso de que mereciera tal nombre. Si se trataba de distancias cortas, la gente caminaba, y parecía disfrutar con ello. Si llevaban prisa, o si debían transportar pequeñas cargas, utilizaban animales que, obviamente, habían sido criados con ese propósito. La bestia de carga era un animal de baja estatura y con tres pares de patas; era muy dócil y fuerte, pero de inteligencia pobre. Los animales de carrera pertenecían a una raza totalmente distinta; normalmente andaban en cuatro patas, utilizando sus musculosos miembros cuando necesitaban alcanzar gran velocidad. Podían cruzar en pocas horas todo el ancho de Lys; el pasajero se ubicaba en un asiento pivoteado sujeto al lomo de la bestia. Por nada del mundo se habría arriesgado Alvin a semejante paseo, aunque parecía muy popular entre los jóvenes. Sus finos miembros les hacían ser los aristócratas del mundo animal, y tenían plena

conciencia de ello. Poseían un amplio vocabulario, y Alvin los oía vanagloriarse entre ellos de victorias pasadas y futuras. Si trataba de mostrarse amistoso y hacía intentos de unirse a la conversación, fingían no entenderle; cuando él insistía, salían a grandes pasos, con aires de dignidad ofendida.

Estas dos variedades animales bastaban para las necesidades comunes, y proporcionaban a sus amos un placer que ningún medio mecánico podría haberles brindado. Sin embargo, cuando se requería una gran velocidad, o cuando debían transportarse bultos de mucho peso, allí estaban las máquinas, y las utilizaban sin vacilaciones.

Aunque la vida animal de Lys ofrecía a los ojos de Alvin todo un mundo de descubrimientos y sorpresas, mucho más lo fascinaban las dos edades extremas de la población humana: los muy jóvenes y los muy viejos. Ambos eran igualmente extraños y sorprendentes por igual. El habitante más anciano de Airlee llegaba apenas a su segundo siglo, y sólo le quedaban unos cuantos años de vida. Alvin recordó que, cuando él llegara a tal edad, su cuerpo apenas se habría alterado; ese anciano, en cambio, que no podía pensar en una cadena de futuras existencias como compensación, había llegado prácticamente al final de sus energías físicas. Tenía el pelo completamente blanco, y su rostro era una increíble confusión de arrugas. Pasaba casi todo su tiempo sentado al sol, o caminaba lentamente por los alrededores de la aldea, saludando a cuantos encontraba. Por lo que Alvin podía atestiguar, se mostraba satisfecho, y no pedía otra cosa de la vida; tampoco le preocupaba su cercano final.

Esto encerraba una filosofía tan distinta de la de Diaspar que caía más allá de la comprensión de Alvin. Aceptar la muerte cuando era innecesaria, cuando se tenía la posibilidad de vivir mil años, y de saltar después a través de los milenios para comenzar de nuevo en el mundo que uno había ayudado a formar: era todo un misterio, y estaba decidido a resolverlo en cuanto pudiera discutirlo francamente. Le resultaba muy difícil creer que el pueblo de Lys hubiese escogido libremente, y aun que conociera la alternativa.

Halló parte de la respuesta entre los niños, esas pequeñas criaturas, tan extrañas para él como cualquiera de los animales de Lys. Pasaba mucho tiempo entre ellos, observándolos jugar; acabaron por considerarlo como amigo. A veces le parecía que no eran siquiera humanos, tan extraños eran sus razones, su lógica, y hasta el lenguaje que empleaban. Incrédulo, contemplaba a los adultos, y no podía vincularlos a aquellas criaturas extraordinarias, casi siempre habitantes de un mundo exclusivo.

Y sin embargo, aunque lo confundían, despertaban en su corazón un sentimiento que nunca experimentara antes. Cuando estallaban en lágrimas de desencanto o desesperación (cosa no frecuente, pero que ocurría algunas veces), sus pequeñas desazones le parecían más trágicas que el prolongado aislamiento del Hombre tras la pérdida de su imperio galáctico. Eso era algo tan inmenso y remoto que superaba su inteligencia, pero el sollozo de un niño podía llegarle al corazón.

En Diaspar, Alvin había conocido el amor, pero ahora comenzaba a aprender algo igualmente precioso, sin lo cual el amor mismo nunca logra su total satisfacción y permanece para siempre incompleto. Estaba aprendiendo la ternura.

Mientras Alvin estudiaba a los habitantes de Lys, éstos lo estudiaban a su vez, y no se mostraban desconformes con lo que descubrían en él. Llevaba tres días en Airlee cuando Seranis sugirió que tal vez le agradaría salir al campo y ver algo más del país. Aceptó de inmediato la propuesta, a condición de que no lo hicieran cabalgar en una de esas bestias de carrera. Con una rara muestra de humor, Seranis replicó:

—Puedo asegurarte que nadie se atrevería a arriesgar uno de sus preciosos, animales. Puesto que se trata de un caso excepcional, buscaré un transporte en donde te sientas más cómodo. Hilvar será tu guía, pero puedes ir donde quieras, por supuesto.

Alvin se preguntó hasta dónde era cierto aquello. Suponía que no le permitirían regresar sin trabas a la pequeña colina desde cuya cima entrara por primera vez a Lys. Sin embargo, eso no le preocupaba: aún no tenía prisa por regresar a Diaspar; en realidad, no había pensado mucho en ese problema tras su primer encuentro con Seranis. La vida era allí tan interesante y novedosa que aún se sentía contento de vivir el presente.

Se sentía agradecido hacia Seranis por ofrecerle la guía de su hijo; sin duda, Hilvar habría recibido cuidadosas instrucciones para vigilarlo. Alvin había tardado en acostumbrarse a Hilvar, por razones que no podía explicarle sin herir sus sentimientos. La perfección física era tan universal en Diaspar que la belleza personal carecía ya de valor; no se reparaba en ella más que en el aire que se respiraba. En Lys, en cambio, las cosas eran diferentes; y el adjetivo más halagador que podría haberse aplicado a Hilvar era el de «feúcho». Según las normas de Alvin, era francamente feo; por algún tiempo, lo evitó deliberadamente. Si Hilvar lo notó, no dio muestras de saberlo, y no pasó mucho tiempo sin que su natural simpatía rompiera las barreras entre los dos. Pronto Alvin se acostumbró a la ancha y torcida sonrisa de Hilvar, a su fuerza y su gentileza, hasta el punto de no comprender que hubiese podido encontrarlo desagradable, y ya no habría cambiado su fealdad por nada del mundo.

Al amanecer partieron de Airlee, en un pequeño vehículo que Hilvar denominaba *coche terrestre*; su mecanismo era similar al de la máquina que trajera a Alvin desde Diaspar. Flotaba en el aire, a pocos centímetros del césped; aunque no había signos de rieles. Hilvar le dijo que los coches sólo podían seguir rutas prefijadas. Todos los centros de población estaban unidos de esta manera, pero durante toda su estancia en Lys, Alvin no vio otro coche terrestre en uso.

Hilvar había puesto mucho empeño en la organización de ese paseo, y su

entusiasmo, evidentemente, era tan grande como el de Alvin. Al planear el itinerario tuvo en cuenta sus propios intereses: la historia natural le apasionaba, y esperaba encontrar nuevas especies de insectos en ciertas regiones de Lys, relativamente deshabitadas. Tenía intenciones de llegar tan al sur como la máquina se los permitiera; el resto debía hacerse a pie. Sin percatarse de lo que esto implicaba, Alvin no opuso objeciones.

Hicieron el viaje en compañía de Krif, la más espectacular entre las muchas mascotas de Hilvar. Cuando Krif descansaba, sus seis alas de gasa reposaban plegadas a lo largo del cuerpo, dejando traslucir un brillo de cetro enjovado. Si algo lo perturbaba, se elevaba en el aire con un batir de iridiscencia y un leve agitar de alas invisibles. Aunque el gran insecto respondía a los llamados y obedecía (a veces) las órdenes más simples, carecía casi totalmente de inteligencia. Sin embargo, poseía una personalidad muy marcada, y por algún motivo recelaba de Alvin, cuyos esporádicos intentos de ganar su confianza terminaban siempre en el fracaso.

Para Alvin, el viaje a través de Lys era tan irreal como un sueño. La máquina se deslizaba a través de las llanuras, silenciosa como un fantasma, y seguía por los bosques una senda serpenteante, sin desviarse nunca de su invisible ruta. Su velocidad era, tal vez, diez veces mayor que la de un hombre a paso cómodo; normalmente, los habitantes de Lys no necesitaban más que eso.

Pasaron por muchas aldeas, algunas más grandes que Airlee, pero casi todas edificadas según la misma modalidad. Alvin notó con interés las diferencias, sutiles pero significativas, que presentaban las ropas y hasta la apariencia física entre una comunidad y la siguiente.

La civilización de Lys estaba compuesta por cientos de culturas distintas, y cada una aportaba al todo cierto talento especial. El coche terrestre estaba bien provisionado de uno de los más famosos productos de Airlee: un pequeño durazno amarillo, siempre bien acogido cuando Hilvar distribuía algunas muestras. Éste se detenía con frecuencia para hablar con sus amigos; Alvin notaba que todos, al conocerlo, tenían la amabilidad de expresarse por medio del lenguaje oral. Debía resultarles muy aburrido, pero, por lo que él podía juzgar, resistían invariablemente la tentación de acudir a la telepatía, para no excluirlo de sus conversaciones.

Hicieron la pausa más larga en una pequeña aldea, casi escondida en un mar de altas hierbas doradas, que se elevaban a gran altura, ondulando al empuje de la brisa suave como si estuvieran dotadas de vida. Las briznas se inclinaban al unísono sobre ellos, ocultándolos bajo un oleaje ondulante. En un principio resultó levemente molesto: Alvin imaginaba, absurdamente, que la hierba se inclinaba para observarlo; pero al cabo ese movimiento continuo le resultó tranquilizante.

Alvin descubrió pronto por qué se habían detenido. Entre la pequeña multitud que se había reunido para recibir al vehículo, había una muchacha tímida y morena, a quien Hilvar presentó como Nyara. Era obvio que se sentían muy contentos de verse otra vez, y Alvin sintió envidia de su evidente felicidad. Sin duda, Hilvar habría

preferido gozar a solas de la compañía de Nyara, pero sus obligaciones como guía eran un obstáculo. Alvin lo sacó de su apuro, iniciando por su cuenta una recorrida de la pequeña aldea. No había mucho que ver allí, pero se demoró cuanto pudo.

Cuando volvieron a emprender el viaje, tenía muchas preguntas para formular a Hilvar. No podía imaginar cómo era el amor en una sociedad telepática, y tras un intervalo discreto sacó a relucir el tema. Hilvar se mostró bien dispuesto a la explicación, aunque Alvin sospechaba que había interrumpido una prolongada y tierna meditación.

En Lys, según parecía, todo amor comenzaba con el contacto mental, y podían pasar meses o años antes de que una pareja se conociera. Hilvar explicó que, de esa manera, no había peligro de falsas impresiones o de engaños entre los enamorados. Dos personas que abrieran sus mentes una a la otra no podían esconder secretos. Si una de ellas lo intentaba, la otra sabría al momento que algo le era ocultado.

Sólo las mentes muy maduras y bien equilibradas podían permitirse tanta honestidad; sólo el amor basado en la total falta de egoísmo podía tolerarla. Alvin comprendió que un amor semejante debía poseer una profundidad y una riqueza desconocidas en su propia ciudad; en verdad, le resultaba difícil creer que pudiera darse algo tan perfecto.

Sin embargo, Hilvar le aseguró que así era; cuando Alvin trató de obligarlo a explicaciones más precisas, volvió a perderse en una expresión soñadora. Había cosas imposibles de comunicar; uno las sabía o no. Alvin llegó a la triste conclusión de que jamás podría alcanzar la comprensión mutua sobre la que ese pueblo afortunado había construido su vida.

La sabana terminó abruptamente, como si hubiese una frontera más allá de la cual el pasto no podía crecer; cuando el coche terrestre emergió, vieron al frente una sierra de colinas bajas, cubiertas de espesos bosques. Según explicó Hilvar, se trataba de una avanzada del terraplén principal que rodeaba a Lys. Las verdaderas montañas estaban más allá, pero aun esas pequeñas colinas despertaron en Alvin una profunda impresión de sobrecogimiento.

El vehículo se detuvo en un valle angosto y resguardado, todavía inundado por el calor y la luz del sol poniente. Hilvar contempló a su compañero con ojos amigables, exentos de toda malicia.

—Desde aquí debemos caminar —dijo alegremente, mientras comenzaba a sacar el equipo del coche—. No podemos seguir adelante.

Alvin echó una mirada sobre las colinas que los cercaban, y luego sobre el cómodo asiento en el que viajara hasta entonces.

—¿No hay alguna carretera que rodee las montañas? —preguntó, sin muchas esperanzas.

—Por supuesto —respondió Hilvar—. Pero no vamos a rodearlas. Vamos a la cima, que es mucho más interesante. Conectaré el automático del coche para que nos espere del otro lado cuando bajemos.

Decidido a no ceder sin lucha, Alvin hizo un último esfuerzo.

—Pronto estará oscuro —protestó—. No podremos caminar todo ese trecho antes del crepúsculo.

—Así es —concedió su compañero, mientras acomodaba paquetes y equipo con increíble rapidez—. Pasaremos la noche en la cumbre, y terminaremos el paseo por la mañana.

Por una vez, Alvin se supo derrotado.

El equipo que llevaban parecía formidable, pero aunque era abultado no pesaba casi nada. Todo estaba acondicionado en envases polarizadores de gravedad, que neutralizaban el peso, y sólo era preciso luchar contra la inercia. Alvin notó que no sentía peso alguno mientras se moviera en línea recta. El manejo de esos envases requería cierta práctica; si trataba de cambiar súbitamente de dirección, su carga parecía determinada a mantenerlo en su rumbo original, hasta que superaba el momento de esa fuerza.

Una vez que Hilvar hubo ajustado todas las correas, se aseguró de que todo estaba en orden, y echaron a andar lentamente por el valle. Alvin dirigió una mirada nostálgica al vehículo, que retomó su camino y se perdió de vista. Se preguntó cuántas horas pasarían antes de que pudiera descansar nuevamente en su cómodo asiento.

Sin embargo, era muy agradable trepar hacia lo alto con la tibieza del sol en las espaldas, mientras el panorama se desplegaba ante ellos. Seguían un sendero parcialmente obstruido, que desaparecía de tanto en tanto; pero Hilvar parecía capaz de distinguirlo aun cuando Alvin no veía rastros de él. Preguntó a su compañero quién lo había trazado, y supo que eran los muchos animalitos de las colinas; algunos vivían solitarios; otros, en comunidades primitivas cuyas características recordaban vagamente las de la civilización humana. Unas cuantas habían descubierto (o aprendido de otros) el uso del fuego y de las herramientas. Alvin no pensó siquiera que pudieran ser hostiles; los dos daban esto por seguro, puesto que habían pasado muchas eras desde que la naturaleza ofreciera los últimos desafíos a la supremacía del hombre.

Llevaban media hora de marcha cuando Alvin notó por primera vez un murmullo leve y reverberante en el aire. No pudo reconocer su dirección, puesto que parecía venir de todas partes. No cesó. Fue haciéndose más alto en tanto el panorama se abría en torno a ellos. Habría deseado preguntarle a Hilvar qué era aquello, pero necesitaba ahorrar aliento para cosas más esenciales.

Alvin gozaba de perfecta salud; por cierto, durante toda su vida no había sufrido siquiera la más ligera enfermedad. Pero hacía falta algo más que un buen estado físico, por importante y necesario que pudiera ser, para el esfuerzo que tenía por delante. Poseía las condiciones, pero no el entrenamiento. El fácil andar de Hilvar, el flujo de energía con que trepaba sin esfuerzo cada cuesta, llenaban de envidia a Alvin; se hizo el propósito de no cejar mientras fuera capaz de dar un paso. Sabía

perfectamente que Hilvar lo estaba poniendo a prueba, pero eso no le molestaba. Era un desafío bien intencionado, y lo aceptó, aunque la fatiga se le extendía lentamente por las piernas.

Cuando hubieron completado gran parte del ascenso, Hilvar sintió piedad de él, y descansaron un rato apoyados contra un terraplén que daba hacia el oeste; la suave luz del sol les entibiaba el cuerpo. Aunque el murmullo oído anteriormente era ahora casi un trueno, Hilvar se negó a explicar de qué se trataba; no quería estropear la sorpresa que esperaba a Alvin al final de la cuesta.

La luz se iba retirando, pero afortunadamente el ascenso final fue rápido y fácil. Los árboles que cubrían toda la parte baja de la colina raleaban en esa parte, como si también a ellos los fatigara la lucha contra la gravedad; en los últimos tramos, el suelo estaba acolchado por un pasto corto y duro, que hacía agradable la marcha. Al divisar la cumbre, Hilvar trepó la cuesta a la carrera, en un súbito despliegue de energía. Alvin decidió ignorar el desafío; en realidad, no podía hacer otra cosa. Se contentó con mantener el paso, y cuando hubo alcanzado a Hilvar, se dejó caer a su lado en un satisfecho agotamiento.

Sólo cuando recuperó el aliento fue capaz de apreciar la vista que se extendía ante él; vio entonces la fuente del interminable tronar, más intenso que nunca en ese momento. Hacia adelante, el terreno caía a pique desde la cumbre de la colina; tan a pique, en verdad, que a poco se convertía casi en un acantilado. Desde allí saltaba una poderosa cinta de agua, curvándose en el aire hasta romperse entre las rocas, a trescientos metros de profundidad. Allí se perdía en una trémula neblina de rocío, y desde la hondura se elevaba aquel incesante batir de tambores que retumbaba en ecos vacíos contra las colinas circundantes.

La mayor parte de la catarata estaba ya en sombras, pero los rayos solares, al franquear la montaña, iluminaban aún las laderas, agregando a la escena un último toque de magia. Porque allí, temblando en efímera belleza sobre la base de la cascada, estaba el postrer arcoiris de la Tierra.

Con un gesto del brazo, Hilvar abarcó todo el horizonte.

—Desde aquí —dijo, alzando la voz para hacerse oír por sobre el trueno de la cascada— se puede ver todo Lys.

Era verdad, sin duda. Hacia el norte se extendían kilómetros y kilómetros de bosques, interrumpidos de trecho en trecho por claros y praderas, o por los hilos serpenteantes de un centenar de ríos. La aldea de Airlee estaba oculta en algún punto de aquel vasto panorama, pero era inútil tratar de localizarla. Alvin creyó divisar el lago desde donde se abría el sendero que llevaba a Lys, pero llegó a la conclusión de que la vista lo engañaba. Aún más hacia el norte, árboles y claros se perdían por igual en una alfombra moteada de verde, erizada aquí y allá en cadenas de colinas. Y más allá, en el límite mismo de lo visible, las montañas que separaban a Lys del desierto se extendían como un banco de nubes distantes.

Hacia los costados, el panorama era algo diferente; hacia el sur, en cambio, las

montañas parecían cruzar sólo unos pocos kilómetros. Alvin pudo verlas con toda claridad, y notó que superaban en mucho la altura del pequeño pico sobre el cual estaba. Entre él y las montañas se interponía una franja de tierra mucho más salvaje que la recorrida hasta el momento. Por alguna razón imprecisable, parecía desierta y vacía, como abandonada por el hombre desde hacía muchísimos años.

—Hubo un tiempo en que esa parte de Lys estaba habitada —dijo Hilvar, como respondiendo al pensamiento de su amigo—. No sé por qué la abandonaron. Tal vez algún día volvamos a poblarla, pero por el momento sólo está ocupada por animales.

Era cierto, no había signo alguno de vida humana; ninguno de los claros ni de los ríos bien trazados delataba la presencia del hombre. Sólo un sitio mostraba las huellas de su paso: a muchos kilómetros de distancia, una solitaria ruina blanca aparecía entre el follaje del bosque, como un colmillo quebrado. Por doquier, la jungla había recobrado sus dominios.

Hacia el oeste, el sol se ponía tras las murallas de Lys. Durante un momento de sobrecogedora belleza, las montañas distantes parecieron arder en llamas doradas; luego, la tierra que custodiaban se cubrió rápidamente de sombras; la noche había llegado.

Hilvar, con su habitual sentido práctico, empezó a descargar el equipaje.

—Debimos hacer esto mucho antes —dijo—. En cinco minutos oscurecerá totalmente, y hará frío.

El césped comenzó a cubrirse de curiosos artefactos. Uno de ellos consistía en un frágil trípode, que sostenía una varilla vertical, con un bulto en forma de pera en su extremo superior. Hilvar lo levantó por encima de su cabeza, y emitió alguna orden mental que Alvin no pudo interceptar. De inmediato, el pequeño campamento quedó inundado de luz, y la oscuridad se retrajo. La pera no se limitaba a proporcionar luz, sino también calor; Alvin sintió que un suave resplandor acariciante penetraba hasta sus huesos.

Hilvar descendió la cuesta, con el trípode en una mano y su mochila en la otra; Alvin se apresuró a seguirlo, esforzándose por mantenerse dentro del círculo de la luz. Finalmente se detuvo en una pequeña depresión, a pocos metros de la cumbre, y empezó a manipular el resto de su equipo.

Una gran hemisfera de cierto material rígido y casi invisible los envolvió completamente, protegiéndolos de la brisa fresca que había empezado a soplar contra la montaña. La cúpula parecía generarse en una pequeña caja rectangular; Hilvar la dejó en el suelo y pareció desentenderse de ella, hasta el punto de sepultarla bajo el resto de su parafernalia. Quizás era también ese instrumento el que proyectaba los cómodos divanes semitransparentes, en los que Alvin se recostó con placer. Por primera vez desde que llegara a Lys veía que allí también podían materializar muebles; por lo común, las casas estaban atestadas de artefactos permanentes, que bien podían guardarse fuera del paso, en los bancos de memoria.

También era la primera vez que comía allí un alimento puramente sintético;

Hilvar lo extrajo de otro de sus receptáculos. Se trataba de un conversor de materia, que funcionaba mediante la aspiración de aire; absorbiendo el que penetraba por un orificio abierto en la cúpula, realizó su milagro cotidiano. En realidad, Alvin se sentía mucho más feliz con la comida puramente sintética. La forma en que se preparaba la otra le parecía demasiado antihigiénica; con el conversor de materia, uno sabía al menos lo que estaba comiendo.

Se sentaron a cenar, mientras la noche se hacía más profunda en torno a ellos y las estrellas empezaban a aparecer. Cuando hubieron terminado, la oscuridad se había cerrado más allá del círculo de luz. Alvin pudo ver, en el borde de ese círculo, las oscuras formas de las criaturas salvajes que abandonaban sus escondrijos. De tanto en tanto, un par de ojos pálidos devolvía su mirada, reflejando el fulgor de la luz; de cualquier modo, aquellas bestias se limitaron a contemplarlos desde lejos, y él no pudo distinguir sus formas.

Se sentía plenamente satisfecho en esa quietud. Por un rato permanecieron en sus divanes, hablando de las cosas que habían visto, del misterio que los embargaba, de las muchas diferencias entre sus respectivas culturas. Hilvar se sentía fascinado por el milagro de los circuitos de eternidad que habían colocado a Diaspar más allá del alcance del tiempo; a su compañero le costaba responder sus preguntas.

—Lo que no entiendo —dijo Hilvar— es cómo hicieron los constructores de Diaspar para asegurarse de que los circuitos de memoria no fallarían jamás. Según dices, los datos que dan forma a la ciudad y a todos sus habitantes están almacenados dentro de cristales, bajo la forma de cargas eléctricas. Bien, los cristales pueden ser eternos, pero ¿qué pasa con los circuitos asociados a ellos? ¿Nunca se produce algún tipo de fallas?

—Yo hice a Kedron esa misma pregunta, y él me contestó que los bancos de memoria trabajan virtualmente por triplicado. Cualquiera de los tres bancos puede mantener la ciudad, y si algo falla en uno de ellos, los otros dos lo corrigen automáticamente. Sólo podría producirse un daño irreparable si la misma falla se reprodujera simultáneamente en dos de los bancos..., y las posibilidades de que eso ocurra son infinitesimales.

—¿Y cómo se mantiene la relación entre las matrices acumuladas en las unidades de memoria y la estructura real de la ciudad? ¿Entre el plano en sí y la cosa que describe?

Ante eso, Alvin se encontró metido en aguas muy hondas. Sabía que la operación dependía de técnicas basadas en la manipulación de espacio mismo, pero le resultaba muy difícil explicar cómo se podía lijar un átomo en cierta posición definida mediante datos acumulados en otra parte.

Con súbita inspiración, señaló la cúpula invisible que los protegía de la noche.

—Dime cómo hace la caja sobre la que estás sentado para crear este techo —respondió—, y yo te explicaré cómo trabajan los circuitos de eternidad.

—Supongo que es una buena comparación —dijo Hilvar, riendo—. Para saberlo,

tendrías que preguntárselo a alguno de nuestros expertos en teoría de campamento. Por cierto, yo no podría decírtelo.

Esta respuesta dejó a Alvin muy pensativo. Eso significaba que en Lys aún había hombres capaces de comprender cómo trabajaban sus máquinas. Era más de lo que podía decirse con respecto a Diaspar.

Continuaron hablando y discutiendo, hasta que Hilvar dijo:

—Estoy cansado. ¿Y tú? ¿Vas a dormir?

—Me gustaría —confesó Alvin, frotándose los miembros aún fatigados—, pero no sé si podré. Todavía me parece una costumbre extraña.

—Es mucho más que una costumbre —respondió Hilvar, sonriendo—. He oído decir que en el pasado fue una necesidad para todos los seres humanos. A nosotros nos gusta dormir por lo menos una vez al día, aunque sólo sea por unas pocas horas. Durante ese rato, el cuerpo descansa, y también la mente. ¿Acaso en Diaspar no duermen nunca?

—Sólo en raras ocasiones —dijo Alvin—. Jeserac, mi tutor, lo ha hecho una o dos veces, después de algún esfuerzo mental excesivo. Un cuerpo bien constituido no necesita períodos de descanso; nosotros los descartamos hace millones de años.

Pero mientras pronunciaba estas desdeñosas palabras, sus propios actos lo desmentían. Sentía un cansancio tal como nunca lo había experimentado antes; parecía extenderse desde sus pantorrillas y sus muslos hasta inundar todo su cuerpo. La sensación no resultaba desagradable en absoluto. Hilvar lo contemplaba con una sonrisa divertida, y Alvin se preguntó (aún estaba lo bastante consciente para ello) si su compañero estaría ejercitando sobre él alguno de sus poderes mentales. Aunque así fuera, no tenía objeción alguna que oponer.

La luz de la pera metálica fue reduciéndose a un leve destello, pero siguió irradiando el mismo calor. La mente aletargada de Alvin registró un hecho curioso que debería averiguar en la mañana.

Hilvar se había quitado las ropas, y por primera vez Alvin pudo ver hasta qué punto habían divergido las dos ramas de la raza humana. Algunos de los cambios afectaban sólo la intensidad o la proporción; otros, en cambio, eran más fundamentales, como los genitales externos y la presencia de dientes, uñas y vello definido. Le intrigó especialmente aquella pequeña cavidad que ostentaba el vientre de Hilvar.

Algunos días más tarde recordó súbitamente el asunto, y aquello requirió largas explicaciones. Para poner más o menos en claro las funciones del ombligo, Hilvar tuvo que pronunciar muchos miles de palabras y dibujar cinco o seis diagramas.

Y tanto él como Alvin dieron así un gran paso en la comprensión de sus mutuas culturas.

Cuando Alvin despertó, la noche estaba en su momento más oscuro. Algo lo había molestado, algún susurro que llegó hasta su mente a pesar del interminable fragor de la cascada. Se sentó en la oscuridad, forzando la vista a través de la tierra invisible, conteniendo el aliento para escuchar el redoble de agua y los ruidos más suaves y esquivos de las criaturas nocturnas.

Nada a la vista. La luz de las estrellas era demasiado difusa como para revelar los kilómetros de campo que se extendían abajo. Sólo una línea sinuosa más oscura eclipsaba las estrellas, revelando la presencia de las montañas, hacia el horizonte del sur. En la penumbra, a su lado, oyó que Hilvar giraba sobre su espalda y se sentaba.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Me pareció oír un ruido.

—¿Qué clase de ruido?

—No sé. Tal vez fue sólo imaginación.

Se hizo el silencio, mientras dos pares de ojos hurgaban el misterio de la noche. De pronto, Hilvar cogió a Alvin por el brazo, susurrando:

—¡Mira!

Muy a lo lejos, hacia el sur, brillaba un solitario punto de luz, demasiado bajo en el cielo como para ser una estrella; era de un blanco brillante, con un tinte violáceo, y aun mientras lo contemplaban comenzó a aumentar su intensidad, hasta volverse insoportable. Y entonces estalló; fue como si un relámpago hubiese fustigado el borde de la tierra. Por un momento, las montañas y las tierras que ellas circundaban parecieron grabarse al aguafuerte contra la oscuridad de la noche. Mucho más tarde llegó el fantasma de una lejana explosión, y un súbito viento se levantó entre los árboles del bosque. Murió rápidamente, y, una a una, las estrellas en retirada volvieron al cielo.

Por segunda vez en su vida, Alvin conoció el temor. No era algo tan personal e inminente como lo había sido en la cámara de las vías móviles, al tomar la decisión que lo llevara a Lys. Tal vez era más sobrecogimiento que temor; estaba frente a lo desconocido, y era como si ya hubiese percibido que allá, detrás de las montañas, había algo que debía buscar.

—¿Qué fue eso? —preguntó finalmente, en un susurro.

—Estoy tratando de averiguarlo —respondió Hilvar.

Volvió a caer en silencio. Alvin adivinó lo que hacía, y no interrumpió la silenciosa búsqueda de su amigo.

Al fin, Hilvar soltó un leve suspiro de desaliento.

—Todo el mundo duerme —dijo—. Nadie puede decirme nada. Debemos esperar hasta la mañana, o despertar a uno de mis amigos. Y no me gustaría hacerlo a menos que fuera muy importante.

Alvin se preguntó cuáles eran las cosas que Hilvar consideraba muy importantes.

Iba a sugerir, algo sarcásticamente, que aquello bien podía ser causa suficiente para despertar a alguien, pero antes de que pudiera hacerlo, Hilvar volvió a hablar.

—Acabo de recordarlo —dijo, como pidiendo disculpas—. Hace mucho que no vengo aquí, y no estoy muy seguro de mi orientación, pero creo que eso debe ser Shalmirane.

—¡Shalmirane! ¿Existe todavía?

—Sí. Casi lo había olvidado. Seranis me dijo una vez que la fortaleza está en aquellas montañas. Por supuesto, hace milenios que está en ruinas, pero tal vez alguien vive todavía allí.

¡Shalmirane! Para aquellos hijos de dos razas distintas, que tanto diferían en cultura e historia, era en verdad un nombre mágico. En toda la larga historia de la Tierra, ninguna epopeya eclipsaba a aquélla de la defensa de Shalmirane contra un invasor que había conquistado todo el Universo. Aunque las densas tinieblas congregadas en torno a la Edad del Alba habían esfumado los hechos verdaderos, las leyendas nunca habían sido olvidadas, y perdurarían tanto como la humanidad.

La voz de Hilvar volvió a surgir de la penumbra.

—Los pueblos del sur podrían decirnos más. Tengo algunos amigos allí; por la mañana me pondré en contacto con ellos.

Alvin apenas lo oyó; estaba profundamente concentrado en sus propios pensamientos, tratando de recordar cuanto sabía de Shalmirane. Era muy poco; después de tanto tiempo, nadie podía separar la verdad de la leyenda. Sólo se sabía que la batalla de Shalmirane marcaba el fin de las conquistas humanas y el comienzo de su largo declinar.

Quizás entre esas montañas Alvin encontraría la respuesta a todas las preguntas que lo atormentaran durante tantos años.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a la fortaleza? —preguntó a Hilvar.

—Nunca he estado allí, pero deberíamos andar mucho más de lo que yo tenía pensado. No creo que pudiéramos llegar en un solo día.

—¿No se puede usar el coche terrestre?

—No; el camino va entre las montañas, y los coches no pueden ir por allí.

Alvin volvió a pensarlo. Estaba cansado, le dolían los pies, y los músculos de sus piernas aún acusaban el esfuerzo desacostumbrado. Era muy tentador dejarlo para otra oportunidad. Sin embargo, tal vez no hubiese otra.

Bajo la luz difusa de las estrellas vacilantes, muchas de las cuales habían muerto desde que se construyera Shalmirane, Alvin luchó con sus pensamientos, y finalmente llegó a una decisión. Nada había cambiado; las montañas reasumían su vigilancia sobre la tierra dormida. Pero un punto crítico de la historia había surgido para desvanecerse en seguida, y la raza humana se movía ya hacia un futuro nuevo y extraño.

Esa noche, Alvin e Hilvar no volvieron a conciliar el sueño; con la primera luz del día levantaron el campamento. La colina estaba empapada de rocío, y Alvin

contempló maravillado las joyas relucientes que doblegaban cada brizna. Lo fascinó el siseo del césped hollado por sus pasos, y, al mirar hacia atrás, pudo ver que había dejado un sendero en forma de banda oscura sobre el campo brillante.

El sol acababa de levantarse tras la muralla oriental de Lys cuando alcanzaron los límites del bosque. Allí, la naturaleza había recobrado sus dominios. Hasta Hilvar pareció algo perdido entre los gigantescos árboles que bloqueaban la luz del sol, formando charcos de sombra en el suelo de la jungla. Por suerte, el río de la cascada fluía hacia el sur, en una línea demasiado recta para ser natural, y pudieron, manteniéndose sobre la orilla, evitar los matorrales más densos. Hilvar pasaba la mayor parte del tiempo controlando a Krif, que desaparecía de a ratos en el bosque o volaba traviesamente a ras de agua. Aunque para Alvin todo era aún muy nuevo, encontraba en la jungla una fascinación de la que carecían los bosques más pequeños y mejor cultivados al norte de Lys. Había pocos árboles semejantes; la mayoría presentaba diversos grados de degeneración, y algunos habían vuelto a sus formas originales con el correr de los siglos. Muchos, obviamente, no eran de origen terrestre, y tal vez ni siquiera del sistema solar. Gigantescas secuoyas se elevaban por sobre los demás árboles, como centinelas vigilantes, a más de cien metros de altura. En un tiempo se las había considerado la especie más antigua de la Tierra, algo anteriores a la aparición del Hombre.

El río se iba ensanchando; de trecho en trecho se abría en pequeños lagos, en los que anclaban islas diminutas. Allí había insectos de brillantes colores que iban y venían sobre la superficie del agua. Una vez, desoyendo las órdenes de Hilvar, Krif salió como una flecha para unirse a sus primos lejanos. Desapareció instantáneamente en una nube de alas centelleantes, y un enojado zumbido llegó hasta los dos muchachos. Un momento después, la nube se disolvió, y Krif emprendió el regreso a través del río, a una velocidad tal que era casi imposible seguirlo con la vista. Desde ese momento se mantuvo bien cerca de Hilvar, y ya no volvió a escaparse.

Hacia el anochecer podían divisar, de tanto en tanto, las montañas que se elevaban más adelante. El río, hasta ese momento guía tan leal, fluía perezosamente, como si también se acercara al final de su jornada. Sin embargo, era evidente que no podrían llegar a las montañas antes del crepúsculo; mucho antes del anochecer, el bosque se tornó tan oscuro que no pudieron seguir avanzando. Los grandes árboles semejaban manchas de sombra, y un viento frío silbaba entre las hojas. Alvin e Hilvar se acomodaron para pasar la noche junto a una gigantesca secuoya en cuyas ramas superiores brillaban aún los rayos solares.

Cuando el sol terminó de perderse en el horizonte, aún se demoraba la luz sobre las aguas inquietas. Los dos exploradores (porque así se consideraban ahora, y en verdad lo eran) se recostaron en una creciente penumbra, contemplando el río y pensando en todo lo que habían visto. Al fin, Alvin volvió a sentir aquel delicioso cansancio que conociera la noche anterior, y se resignó alegremente a dormir. Tal vez no fuera necesario en la descansada vida de Diaspar, pero en Lys el sueño era

bienvenido. En el momento final, antes de hundirse en la inconsciencia, se preguntó quién habría recorrido ese camino por última vez, y cuánto tiempo antes.

El sol ya estaba alto cuando salieron del bosque para encontrarse al fin ante las montañas de Lys. Al frente, la tierra se levantaba abruptamente hacia el firmamento, en oleadas de roca estéril. El río llegaba a su fin tan espectacularmente como había comenzado, pues se perdía rugiendo en una quebradura del terreno. Alvin se preguntó dónde iría, por qué cavernas subterráneas viajaría antes de emerger nuevamente a la luz del día. Tal vez existieran todavía los perdidos océanos terrestres, muy abajo, en la oscuridad eterna, y ese antiguo río aún sentía el llamado que lo impulsaba al mar.

Por un momento, Hilvar se detuvo a contemplar el remolino y la tierra abierta. Luego señaló un paso entre las colinas.

—Shalmirane está en esa dirección —dijo, con firmeza.

Alvin no preguntó cómo lo sabía; supuso que la mente de Hilvar habría establecido algún breve contacto con la de un amigo, a muchos kilómetros de distancia, para recibir silenciosamente la información que precisaba.

No tardaron mucho en llegar al lugar previsto. Cuando lo hubieron atravesado, se encontraron frente a una extraña meseta de laderas suavemente inclinadas. Alvin no sentía ya el menor cansancio, y tampoco temor; sólo una tensa expectativa, y la sensación de hallarse ante una gran aventura. No tenía idea de lo que iba a descubrir, pero no dudaba de que algo descubriría.

Al aproximarse a la cumbre, la composición del terreno cambió bruscamente. En las cuestas inferiores consistía en piedra volcánica porosa, acumulada aquí y allá en grandes montículos de escoria. De pronto, la superficie se convertía en láminas duras y vidriosas, lisas y traicioneras, como si alguna vez las rocas hubiesen corrido montaña abajo, fundidas en ríos.

Habían llegado casi al borde de la meseta. Hilvar subió delante; unos pocos segundos después, Alvin lo alcanzó y se detuvo a su lado, enmudecido. No estaban en el borde de la meseta, como habían supuesto, sino en la orilla de una gigantesca concavidad, de unos setecientos metros de profundidad y cinco kilómetros de diámetro. Al frente, la tierra caía a pique, nivelándose ligeramente, en el borde opuesto. En la parte más profunda de la concavidad había un lago circular, cuya superficie temblaba constantemente, como si lo agitaran oleajes incesantes.

Aunque el sol caía a plomo sobre la gran depresión, toda ella era negra como el ébano. Alvin e Hilvar no pudieron siquiera imaginar de qué material estaba constituido aquel cráter, pero tenía la negrura de una roca nunca tocada por el sol. Eso no era todo: ante los pies de los muchachos se extendía una banda de metal sin juntas, de varios metros de ancho que rodeaba completamente el cráter, pulida por inconmensurables edades, aunque no presentaba señal alguna de corrosión.

A medida que la vista se les iba acostumbrando a esa escena extraterrestre, Alvin e Hilvar notaron que la negrura del hoyo no era tan completa como habían creído. Aquí y allá había pequeñas explosiones de luz, tan fugitivas que sólo se las podía ver

indirectamente. Aparecían al azar, y se desvanecían apenas surgidas, como el reflejo de las estrellas en un mar agitado.

—¡Es maravilloso! —exclamó Alvin—. Pero ¿qué es?

—Parece alguna especie de reflector.

—¡Pero así, tan oscuro!

—Sólo a nuestra vista, no lo olvides. No sabemos qué radiaciones usaban.

—¡Sin duda habrá algo más! ¿Dónde está la fortaleza?

—Mira bien —dijo Hilvar, señalando el lago.

Alvin miró a través de la temblorosa superficie del lago, tratando de penetrar los secretos que ocultaba en su hondura. Al principio no pudo ver nada; después, en las cavidades más próximas al borde, distinguió una leve reticulación de luz y sombra. Pudo seguir los contornos hacia el centro del lago, hasta que el agua, cada vez más profunda, escondió todo detalle.

El lago penumbroso había devorado la fortaleza. Allí debajo yacían las ruinas de edificaciones que fueron imponentes, derruidas por el tiempo. Sin embargo, no todas estaban sumergidas: en la otra orilla del cráter, Alvin pudo ver confusos montículos de piedras y grandes bloques, que alguna vez habrían formado parte de muros sólidos. El agua los lamía constantemente, pero aún no había subido lo suficiente como para completar su victoria.

—Daremos la vuelta al lago —dijo Hilvar en voz baja, como si aquella majestuosa desolación lo sobrecogiera—. Tal vez podamos encontrar algo entre las ruinas.

En los primeros tramos, las paredes del cráter eran tan lisas y empinadas que resultaba difícil mantener el equilibrio, pero tras un rato de marcha llegaron a las pendientes más suaves, donde se podía caminar sin dificultad. Cerca de la orilla del lago, la pulida superficie de ébano estaba cubierta por una fina capa de polvo, que los vientos de Lys habían ido depositando a través de los siglos.

A quinientos metros de allí se apilaban, uno sobre otro titánicos bloques de piedra, como si un niño gigante hubiese olvidado allí sus juguetes. En cierta parte se podía reconocer aún cierto fragmento de muro sólido. En otra dos obeliscos tallados indicaban el sitio donde en tiempos pasados estuvo la imponente entrada. El musgo y las plantas trepadoras crecían por doquier, y también pequeños árboles achaparrados. Hasta el viento callaba.

Así llegaron Alvin e Hilvar a las ruinas de Shalmirane. Contra esas paredes, contra las fuerzas que cobijaban, flamearon y donaron en otras épocas fuerzas capaces de quebrantar un mundo, y fueron derrotadas. Esos cielos pacíficos habían ardido con los fuegos lanzados desde el corazón de ciertos soles, mientras las montañas de Lys se amedrentaban como los seres vivos ante la furia de sus amos.

Nadie había podido apoderarse de Shalmirane. Y sin embargo, la fortaleza, la impenetrable fortaleza, había sido finalmente derrotada y destruida por los pacientes zarcillos de la hiedra, por generaciones de ciegos gusanos excavadores, por el lento

subir de las aguas del lago, por el tiempo, enfín.

Apabullados por tanta majestad, Alvin e Hilvar caminaron en silencio hacia las colosales ruinas. Pasaron bajo la sombra de una pared derruida, y entraron a un cañón donde las montañas de piedra se habían partido en pedazos. Ante ellos se extendía el lago; finalmente se detuvieron, con las aguas oscuras ante los pies. Un oleaje diminuto rompía interminablemente contra la costa estrecha.

Hilvar fue el primero en hablar, y Alvin lo miró con súbita sorpresa; su voz tenía un dejo de incertidumbre.

—Aquí hay algo que no comprendo —dijo lentamente—. No hay viento. ¿Qué es lo que provoca esta marejada? El agua debería estar perfectamente tranquila.

Antes de que Alvin pudiera pensar en alguna respuesta, Hilvar se echó al suelo; volviendo a un lado la cabeza, sumergió en el agua la oreja derecha. Alvin se preguntó que pensaba descubrir en posición tan ridícula; de inmediato comprendió que estaba tratando de escuchar. Con cierta repugnancia (puesto que las aguas tenebrosas eran muy poco tentadoras) siguió el ejemplo de su compañero.

El primer impacto del frío duró sólo un instante; cuando pasó, Alvin pudo oír, muy leve, pero nítido, un latido continuo y rítmico. Era como escuchar el palpitar de un corazón gigantesco, allá en las profundidades del lago.

Sacudiéndose el agua de los cabellos, se contemplaron mutuamente, llenos de silenciosas conjeturas. Ninguno se atrevía a decir lo que pensaba: que el lago tenía vida.

Al fin, Hilvar dijo:

—Sería mejor investigar las ruinas y mantenernos lejos del lago.

—¿Crees que haya algo allí abajo? —preguntó Alvin, señalando el enigmático oleaje que aún rompía contra sus pies—. ¿Algo peligroso?

—Nada que tenga alma puede ser peligroso —replicó Hilvar.

Alvin se preguntó si eso era verdad, pensando en los invasores. Pero su amigo prosiguió:

—No puedo identificar ningún pensamiento, pero me parece que no estamos solos. Es muy extraño.

Se alejaron lentamente, hacia las ruinas de la fortaleza; cada uno llevaba en la mente el sonido de aquel pulso constante y apagado. Para Alvin, el misterio iba en aumento, y cada esfuerzo lo alejaba más de las verdades que buscaba.

Las ruinas, aparentemente, no podían explicar nada, pero revisaron cuidadosamente los montículos de escombros y piedras. Tal vez allí estaban las tumbas de máquinas enterradas, máquinas que estuvieran en funcionamiento largo tiempo antes. Alvin pensó que si los invasores regresaban, esas máquinas resultarían inútiles. Pero ¿por qué habrían de regresar? De cualquier modo, aquél era un misterio más, y ya tenía suficientes enigmas como para buscar otros.

A algunos metros del lago encontraron un pequeño lugar limpio de escombros. Había estado cubierto de hierbas que estaban ya negras y achicharradas por el

tremendo calor; se disgregaron en cenizas en cuanto ellos se aproximaron, marcándoles las piernas con líneas de carbón. En el centro del claro se erguía un trípode de metal, firmemente fijado al suelo; sostenía un anillo circular inclinado sobre su eje, de modo tal que señalaba un punto a mitad de camino entre el cénit y el horizonte. A primera vista parecía que nada había en su interior, pero Alvin, al mirar con más detenimiento, descubrió que estaba lleno de una ligera neblina; su resplandor, que se mantenía en los límites del espectro visible, era molesto a la vista. Era la manifestación de una energía. De ese mecanismo, sin duda, había surgido la explosión que los atrajera a Shalmirane.

No se atrevieron a acercarse más, y se contentaron con observar la máquina desde una prudente distancia. Se hallaban sobre la pista correcta; sólo restaba descubrir quién —o qué— había instalado allí ese aparato, y con qué propósitos. Aquel anillo inclinado apuntaba claramente hacia el Espacio. Tal vez la explosión que ellos observaran había sido alguna señal. Aquella posibilidad implicaba consecuencias capaces de quitar el aliento.

—Alvin —dijo súbitamente Hilvar, en un tono calmo, pero preñado de ansiedad—, tenemos visitantes.

Alvin giró sobre sus talones, y se encontró frente a un triángulo de ojos carentes de párpados. Ésa fue, al menos, su primera impresión; en seguida vio, bajo la mirada fija de aquellos ojos, el contorno de una máquina pequeña, pero compleja. Pendía en el aire a unos palmos del suelo, y era totalmente distinto a todos los robots que él conocía.

Una vez superada la sorpresa inicial, se sintió completamente dueño de la situación. Durante toda la vida había dado órdenes a las máquinas, y el hecho de que ésta le fuera desconocida no tenía la menor importancia. Por otra parte, conocía sólo unos pocos de los robots que satisfacían en Diaspar sus diarias necesidades.

—¿Sabes hablar? —preguntó.

Hubo un silencio.

—¿Hay alguien que te controle?

Silencio.

—Vete. Ven aquí. Elévate. Baja.

Ninguno de los pensamientos directivos convencionales produjo el menor efecto. La máquina permanecía hostilmente inactiva. Eso sugería dos posibilidades: podía ser demasiado escasa de inteligencia como para comprender, o sumamente lúcida, dueña de sus propias facultades de elección y volición. En ese caso, debía tratarla como a un igual. Aun así, tal vez la estuviera subestimando. Pero ella no le guardaría rencor alguno, puesto que la vanidad no era vicio que atacara a los robots.

Hilvar no pudo dejar de reír ante el obvio desconcierto de Alvin. Estaba por sugerirle que le cediera las tareas de comunicación, pero las palabras murieron en sus labios. La quietud de Shalmirane se vio quebrada por un sonido siniestro e inconfundible: el burbujeante chapoteo de un cuerpo enorme al salir del agua.

Por segunda vez desde su partida de Diaspar, Alvin sintió deseos de estar en su casa. Luego recordó que no era ése el ánimo adecuado para afrontar la aventura, y echó a andar hacia el lago, lenta, pero deliberadamente.

La criatura que estaba emergiendo del agua oscura semejava una parodia monstruosa, en materia viva de aquel robot que aún los tenía sometidos a su silencioso escrutinio. La idéntica disposición de los ojos no podía ser casual; también habían sido reproducidos los tentáculos y los pequeños miembros articulados. Sin embargo, allí terminaba todo parecido. El robot no poseía (ni necesitaba, obviamente) aquel conjunto de palpos delicados y plumosos que batían el agua con un ritmo persistente, ni las múltiples patas achaparradas con las que estaba trepándose a la costa, ni las entradas de aire (por llamarlas de alguna manera) que resollaban espasmódicamente en el aire ligero.

La mayor parte de su cuerpo estaba aún bajo el agua; sólo adelantó los tres primeros metros hacia un elemento que le resultaba, a todas luces, muy extraño. El animal entero mediría unos quince metros, y cualquiera, aun careciendo de los mínimos conocimientos de biología, podría haber notado algo incongruente en él. Tenía la apariencia de algo diseñado por improvisación, sin cuidado, como si alguien hubiese fabricado sus distintas partes sin pensarlas mucho, para unir las torpemente al presentarse la necesidad.

Una vez que pudieron ver claramente al habitante del lago, y ya superada la vacilación inicial, ni Alvin ni Hilvar se sintieron nerviosos, a pesar de su enorme tamaño. Su aspecto desmañado descartaba en él toda seria amenaza, aunque hubiesen tenido razones para suponerlo peligroso. La raza humana había superado desde hacía mucho el terror infantil ante las apariencias extrañas. Ese temor no podía subsistir tras el primer contacto con seres extraterrestres amistosos.

—Deja que yo me entienda con él —dijo Hilvar, serenamente—. Estoy acostumbrado a manejar animales.

—Pero no es un animal —susurró Alvin—. Estoy seguro de que es inteligente; él debe dirigir al robot.

—O el robot a él. En todo caso, su mentalidad debe ser muy extraña. Todavía no detecto signos de pensamiento. Eh, ¿qué pasa?

El monstruo no había abandonado su difícil posición semierguida a la orilla del agua, pero entre los ojos había comenzado a formarse algo: una membrana que latía y se agitaba; finalmente comenzó a emitir sonidos audibles. Era como un tronar grave y resonante, no pudieron distinguir palabras inteligibles, aunque era evidente que la criatura trataba de comunicarse con ellos.

Observaron con pena sus desesperados esfuerzos por comunicarse. La criatura luchó en vano durante varios minutos; de pronto pareció darse cuenta de que había cometido un error. La membrana palpitante se contrajo, reduciendo su tamaño, y los sonidos que emitía elevaron la frecuencia en unas cuantas octavas hasta entrar en el registro de una voz normal. Así pudo formar palabras identificables, aunque

entremezcladas con balbuceos. Era como si la criatura tratara de recordar un vocabulario aprendido mucho tiempo atrás, pero que no había tenido ocasión de usar durante largos años.

Hilvar trató de ayudarla en lo posible.

—Ahora te entendemos —dijo, hablando con lentitud y claridad—. ¿Podemos ayudarte? Vimos el relámpago que emitiste. Hemos venido desde Lys.

Ante la palabra «Lys», la criatura pareció sucumbir, como si hubiese sufrido una amarga desilusión.

—Lys —repitió; no podía pronunciar bien la «s», y la palabra sonó como si fuera «Lyd»—. Siempre Lys. Ningún otro viene. Llamamos a los Grandes, pero no oyen.

—¿Quiénes son los Grandes? —preguntó Alvin, inclinándose ansioso.

Los delicados e inquietos palpos se agitaron ligeramente hacia el cielo.

—Los Grandes —dijo—, de los planetas del día eterno. Vendrán. El Maestro nos lo prometió.

Eso no parecía aclarar las cosas. Antes de que Alvin pudiera continuar con su interrogatorio, Hilvar volvió a intervenir. Sus preguntas eran muy pacientes y comprensivas, pero al mismo tiempo tan penetrantes que Alvin prefirió no intervenir, a pesar de su ansiedad. No admitiría que Hilvar era más inteligente que él, pero sin duda su habilidad para manejar animales se extendía también a ese fantástico ser. Más aún, parecía hacerse obedecer. A medida que hablaban, la pronunciación de la criatura se hacía más clara; si al principio se había mostrado brusca hasta la rudeza, más adelante comenzó a elaborar sus respuestas y a ofrecer información por su propia cuenta.

Alvin perdió toda conciencia del paso del tiempo, en tanto Hilvar iba reconstruyendo la increíble historia. No pudieron descubrir toda la verdad; quedaba tema para interminables conjeturas y debates. A medida que el ser contestaba las preguntas de Hilvar con más y más confianza, su aspecto iba cambiando. Se recostó en el lago, y las patas achaparradas que lo sostenían parecieron disolverse en el resto de su cuerpo. Después se produjo un cambio aún más extraordinario: los tres enormes ojos se cerraron lentamente, reduciéndose a tres cabezas de alfiler, para desvanecerse luego por completo. Era como si la criatura hubiese visto cuanto deseaba por el momento y no tuviera ya, por lo tanto, necesidad de ojos.

Constantemente se producían nuevas alteraciones, más sutiles, hasta que al fin sólo pareció quedar sobre la superficie del agua el diafragma vibrante por medio del cual hablaba. Sin duda, también eso se disolvería en la masa amorfa de protoplasma, cuando ya no hiciera falta.

Alvin no podía creer que una forma tan inestable pudiese poseer inteligencia. Aunque parecía obvio que la criatura no era de origen terráqueo, el mismo Hilvar, con todos sus conocimientos de biología, tardó bastante en comprender el tipo de organismo ante el cual se hallaban. No era una sola entidad. En todas sus frases se refería a sí mismo como «nosotros». En realidad, era nada menos que una colonia de

criaturas independientes, organizadas y controladas por fuerzas desconocidas que mantenían su unidad.

En los antiguos océanos de la Tierra habían existido alguna vez animales de una especie vagamente similar: las medusas, por ejemplo. Algunas habían alcanzado gran tamaño; sostenían sus cuerpos translúcidos y sus marañas de tentáculos pegajosos sobre quince o treinta metros de agua. Pero ninguno de ellos había alcanzado siquiera el más pobre nivel de inteligencia, o superado el poder de reaccionar frente a los estímulos más simples.

En cambio, aquél poseía inteligencia, sin duda, aunque degenerada y en decadencia. Alvin jamás olvidaría ese encuentro extraterreno: mientras Hilvar armaba lentamente la historia del Maestro, el pólipo proteico buscaba palabras extrañas El lago oscuro, entre tanto, lamía las ruinas de Shalmirane, ante la mirada inmóvil del robot, fija en ellos.

El Maestro había llegado a la Tierra durante el caos de los Siglos de Transición; entonces, el Imperio Galáctico se estaba derrumbando, pero aún no se habían cortado por completo las líneas de comunicación entre las estrellas. Era de origen humano, aunque provenía de uno de los planetas que circundaban los Siete Soles. Siendo aún joven lo habían forzado a abandonar su mundo natal, y ese recuerdo lo persiguió durante toda la vida. Atribuía su destierro a la venganza de ciertos enemigos; en realidad, sufría de una enfermedad incurable que parecía atacar sólo al *homo sapiens* entre todas las razas inteligentes del universo. Esa enfermedad era la manía religiosa.

En los comienzos de su historia, la raza humana había dado origen a una interminable sucesión de profetas, videntes, mesías y evangelistas; cada uno se creía único depositario de los secretos del universo, y convencía de ello a sus seguidores. Algunos de esos credos perduraron durante muchas generaciones e influenciaron a grandes multitudes; otros cayeron en el olvido.

El desarrollo científico, en su monótona regularidad, refutó las cosmologías de los profetas y logró milagros nunca igualados por éstos; con el correr del tiempo, barrió con todos los credos. No destruyó, en cambio, el respeto, la reverencia ni la humildad con que todos los seres inteligentes contemplaban el magnífico universo en donde vivían. Pero debilitó hasta la desaparición las incontables religiones que se proclamaban, con increíble arrogancia, únicas poseedoras de la verdad, rechazando por equivocadas a sus millones de rivales y predecesoras.

Una vez que la humanidad alcanzó una civilización muy elemental, las iglesias perdieron el poder real. Aun así continuaron brotando cultos aislados a través de los siglos; por fantásticos que fueran, siempre lograban atraer a algunos discípulos. Prosperaban especialmente durante los períodos de confusión y desorden, y no fue sorpresa que los siglos de Transición experimentaran el apogeo de la irracionalidad. Cuando la realidad era deprimente, los hombres trataban de consolarse con los mitos.

El Maestro no abandonó su mundo desprovisto de recursos. Los Siete Soles habían sido el centro del poder y de la ciencia galácticos, y él debía tener amigos influyentes. Había recorrido su Hégira en un vehículo pequeño pero veloz, considerado el más rápido de cuantos se construyeran. Llevó consigo al exilio a otro de los últimos productos de la ciencia galáctica: el robot que seguía vigilando a Alvin y a Hilvar.

Nadie había llegado a conocer todas las habilidades y funciones de la máquina. Hasta cierto punto, se había convertido en su *alter ego*; sin él, la religión de los Grandes pudo haber sucumbido tras la muerte del Maestro. Juntos habían vagado entre las nubes estelares, en un curso zigzagueante que al fin los llevó (no por mera casualidad, sin duda) a aquel mundo que diera origen a los antepasados del Maestro.

Aquella saga dio tema para miles de libros, y cada obra inspiró una serie de comentarios, hasta que, por una especie de reacción en cadena, los volúmenes

originales se perdieron bajo montañas de exégesis y anotaciones. El Maestro se había detenido en diversos planetas, y contaba con discípulos entre todas las razas. Su personalidad debió ser inmensamente poderosa para haber atraído por igual a humanos y a seres de otras especies; sin duda, una religión de tanto arraigo debió contener mucha bondad y nobleza. Tal vez el Maestro fue el mayor de todos los mesías; también fue el último. Ninguno de sus predecesores había podido ganar tantos conversos ni extender sus enseñanzas a través de tales abismos de tiempo y espacio.

Cuáles eran aquellas enseñanzas, ni Alvin ni Hilvar lo pudieron descubrir, siquiera por aproximación. El gran pólipo hizo cuanto pudo para transmitírselas, pero muchas de las palabras que empleaba carecían de significado, y tenía el hábito de repetir frases o discursos enteros a toda velocidad, con un tono mecánico difícil de seguir. Por fin, Hilvar hizo lo posible por desviar la conversación de aquellos pantanos teológicos sin sentido, para concentrarla en hechos comprensibles.

El Maestro había llegado a la tierra con un grupo de sus discípulos más fieles, en los días previos a la desaparición de las ciudades, cuando el Puerto de Diaspar estaba aún abierto a las estrellas. Debieron llegar en vehículos de muchas especies; los pólipos, por ejemplo, hicieron el viaje en un transporte lleno de aguas extraídas del mar donde habían nacido. No se sabía con certeza qué clase de acogida había brindado la Tierra al movimiento; al menos, no despertó oposiciones violentas, y tras algunos vagabundeos se plegó en retirada hacia los bosques y las montañas de Lys.

Al llegar el Maestro al fin de su larga vida, sus pensamientos se volvieron hacia el hogar de donde se exiliara; pidió entonces a sus amigos que lo llevaran a un sitio abierto, desde donde pudiera contemplar las estrellas. Ya perdidas las fuerzas, había aguardado hasta la culminación de los Siete Soles; en los últimos instantes, balbuceó cosas que inspirarían muchísimas interpretaciones en edades futuras. Una y otra vez, hablaba de los «Grandes», que habían abandonado el universo del espacio y la materia, pero que habrían de retornar. Encargó a sus seguidores que permanecieran allí para darles la bienvenida, y tales fueron sus últimas palabras comprensibles. Ya no volvió a recobrar la conciencia, pero en el último instante murmuró una frase que rondó, durante muchos siglos, la mente de cuantos la escucharan: «Bello es contemplar las sombras de color en los planetas de la luz eterna.» Luego murió.

A la muerte del Maestro, muchos de sus seguidores se dispersaron, pero otros permanecieron fieles a sus enseñanzas, elaborándolas lentamente en el transcurso de los siglos. En un principio creyeron que los Grandes, fueran quienes fuesen, retornarían pronto; pero aquella esperanza se perdió a medida que el tiempo pasaba. En ese punto, la historia se volvía confusa, como si realidad y leyenda se entrelazaran inextricablemente. Alvin sólo pudo forjarse una vaga idea de aquello: generaciones enteras de fanáticos a la espera de algún gran suceso que no comprendían, y que debía ocurrir en fechas desconocidas.

Los Grandes jamás retornaron. Poco a poco, el poder del movimiento fue

mermando; la muerte y la desilusión diezmaron su culto. Aquellos discípulos que pertenecían a la raza humana fueron los primeros en abandonarlo, pues su vida era breve. Como suprema ironía, sólo quedó finalmente una criatura por completo distinta del hombre.

El gran pólipo se había convertido en el último discípulo del Maestro por una razón muy simple: era inmortal. Los billones de células individuales que formaban su cuerpo morían sólo después de haberse reproducido. A intervalos prolongados, el monstruo se desintegraba en miríadas de células separadas, que se desconcentraban para multiplicarse por división cuando el medio era adecuado. Durante esa fase, el pólipo no existía como entidad inteligente y en plena conciencia de sí. Inevitablemente, Alvin recordó a los habitantes de Diaspar, que pasaban milenios de inactividad en los bancos de memoria.

A su debido tiempo, alguna misteriosa fuerza biológica reunía nuevamente a los componentes dispersos, y el pólipo empezaba un nuevo ciclo de existencia. Al recobrar la conciencia recuperaba también los recuerdos de sus vidas pasadas, aunque a veces de manera imperfecta, ya que algún accidente podía afectar las células que conservaban el delicado esquema de la memoria.

Ninguna otra forma de vida podría haber mantenido durante tanto tiempo su fe en un credo, ya olvidado por todos mil millones de años atrás. En cierto sentido, el gran pólipo era una víctima indefensa de su naturaleza biológica. Debido a su inmortalidad, no podía cambiar, y estaba forzado a repetir eternamente el mismo esquema invariable.

La religión de los Grandes, en sus últimas etapas, se había identificado con la veneración de los Siete Soles. Puesto que los Grandes se rehusaban tercamente a aparecer, se hicieron intentos de enviar señales a su mundo distante. Desde hacía mucho tiempo, las señales se habían convertido en un ritual carente de significado, hasta que sólo quedó a cargo de un animal que había olvidado el aprender, y de un robot que nunca había aprendido a olvidar.

La voz, inconmensurablemente antigua, se apagó en el aire sereno. Alvin sintió que lo inundaba una oleada de piedad. Aquella devoción mal empleada, aquella lealtad que mantenía su curso inútil mientras morían las plantas y los soles, constituían una historia que nunca habría creído de no tener la prueba ante sus ojos. Lo entristeció la magnitud de su propia ignorancia. Un diminuto fragmento del pasado se había vuelto visible por un instante, pero la oscuridad volvía a cerrarse sobre él.

La historia del universo debe ser una masa de hilos así desconectados, y es imposible decir cuáles son importantes y cuáles triviales. Esa fantástica historia del Maestro y de los Grandes parecía una más de las incontables leyendas que habían sobrevivido desde las civilizaciones del Alba. Y sin embargo, la misma existencia de ese inmenso pólipo y del robot silencioso, vigilante, no permitía desechar toda la historia como una mera fábula creada por la alucinación sobre cimientos de

demencia.

Alvin se preguntó qué relación mantendrían aquellas dos entidades, tan diferentes en todo aspecto, pero que prolongaban su extraordinaria sociedad a través de tantos miles de milenios. Por alguna razón, tenía la certeza de que el robot era, con mucho, el más importante de los dos. Había sido el confidente del Maestro, y aún debía recordar sus secretos.

Contempló el enigmático artefacto, que aún lo miraba fijamente. ¿Por qué no hablaba? ¿Cuáles eran los pensamientos que atravesaban su mente complicada, quizás extraña? No tan extraña, no obstante: si fue diseñado para servir al Maestro, debía ser capaz de obedecer las órdenes humanas.

Al pensar en todos los secretos que aquella máquina empecinadamente muda debía poseer, Alvin sintió que su curiosidad rayaba en la codicia. Parecía injusto que un conocimiento tal permaneciera oculto a la humanidad; allí debían encerrarse maravillas que quizá sobrepasaban la sabiduría de la computadora central de Diaspar.

En un momento en que Hilvar pareció agotar su interrogatorio, Alvin preguntó al pólipo:

—¿Por qué no nos habla tu robot?

La respuesta no le fue del todo inesperada:

—El Maestro no deseaba que hablase sino con su propia voz, y él ha enmudecido.

—¿Pero te obedece?

—Sí. El Maestro lo puso bajo nuestra custodia. Podemos ver por sus ojos, dondequiera que vaya. Él controla las máquinas que preservan este lago y mantienen sus aguas puras. Pero sería más adecuado llamarlo nuestro socio que nuestro sirviente.

Alvin quedó pensativo. Una idea, todavía difusa y a medio formular, comenzaba a tomar forma en su mente. Tal vez estaba inspirada en la mera sed de conocimiento y de poder; al recordar más adelante ese momento, no podría distinguir con certeza los motivos que lo impulsaran. Tal vez fueran sobre todo egoístas, pero también contenían algo de compasión. Habría querido quebrar esa secuencia inútil y liberar a esas criaturas de tan fantástico destino. No sabía si era posible ayudar al pólipo, pero tal vez se pudiera curar la demencia del robot, y aliviarle al mismo tiempo de los recuerdos inapreciables que reprimía.

Dirigiéndose al pólipo, pero con intenciones de que el robot lo oyera, dijo lentamente:

—¿Estás seguro de que cumples realmente con los deseos del Maestro al permanecer aquí aislado? Él quería que toda la Tierra conociera sus enseñanzas, pero mientras tú te escondías aquí, en Shalmirane, se han perdido por completo. Te descubrimos sólo por casualidad; mientras tanto, quizás haya muchos otros deseos de escuchar la doctrina de los Grandes.

Hilvar le dirigió una mirada penetrante, como tratando de dilucidar sus intenciones. El pólipo pareció agitarse, y el pulso estable de su equipo respiratorio se

detuvo por unos segundos. Luego, con una voz algo fuera de control, replicó:

—Hemos discutido ese problema durante muchos años. Pero no podemos abandonar Shalmirane, de manera que el mundo tendrá que venir a nosotros. No importa cuánto tarde.

—Tengo una idea mejor —dijo Alvin, ansioso—. Tú no tienes más remedio que permanecer aquí, en el lago, pero no hay razones para que tu compañero no venga con nosotros. Puede volver cuando lo desee, o cuando tú lo necesites. Desde que el Maestro murió han cambiado muchas cosas, cosas que ustedes deberían saber, pero que nunca comprenderán si se quedan aquí.

El robot no hizo el menor movimiento; el pólipo, en cambio, acusó la agonía de la indecisión; hundiéndose completamente bajo la superficie del lago, permaneció allí durante varios minutos. Tal vez mantenía una inaudible discusión con su colega; varias veces empezó a reaparecer, pero pareció pensarlo mejor, y cada vez volvió a hundirse en las aguas. Hilvar aprovechó la oportunidad para intercambiar unas cuantas palabras con Alvin.

—Me gustaría saber qué te propones —dijo suavemente, en un tono entre serio y burlón—. ¿O es que tú tampoco lo sabes?

—Vamos, Hilvar, ¿acaso no sientes pena por estas pobres criaturas? ¿No crees que rescatarlas sería un acto de bondad?

—Sí, pero te conozco lo bastante como para saber que el altruismo no es una de tus principales virtudes. Debes tener algún otro motivo.

Alvin sonrió, arrepentido. Aunque Hilvar no leyera su mente (y no tenía razones para suponer que lo estaba haciendo) sin duda lo conocía muy bien.

—Tu pueblo tiene notables poderes mentales —replicó, tratando de alejar la conversación del punto peligroso—. Supongo que pueden hacer algo por el robot, ya que no por el animal.

Hablaba en voz muy baja por temor de ser escuchado. Tal vez la precaución era inútil, pero si el robot interceptó sus comentarios, no dio muestras de ello.

Afortunadamente, antes de que Hilvar pudiera interrogarlo más a fondo, el pólipo volvió a aparecer en el lago. Durante los últimos minutos se había tornado bastante más pequeño, y sus movimientos eran más desorganizados. Incluso bajo la vista de Alvin, una parte de su cuerpo translúcido y complejo se separó de la masa principal y se desintegró en multitud de secciones menores, que desaparecieron instantáneamente. La criatura comenzaba a desmembrarse ante los ojos de los muchachos.

Cuando volvió a hablar, su voz era vacilante y difícil de comprender.

—Empieza un nuevo ciclo —farfulló, en un susurro fluctuante—. No lo esperábamos tan pronto. Sólo quedan pocos minutos... estímulo demasiado grande... imposible mantenernos unidos mucho más...

Alvin e Hilvar contemplaron a aquella criatura con fascinado horror. Aunque el proceso que estaban observando era natural, resulta poco grato el ver a una criatura

inteligente en sus últimos estertores. También sentían una oscura sensación de culpa, totalmente irracional, puesto que no era de gran importancia que el pólipo empezara otro ciclo; pero eran la excitación y el gran esfuerzo desplegado ante la presencia de ellos lo que provocara esa prematura metamorfosis.

Alvin comprendió que debía actuar con rapidez, antes de que su oportunidad desapareciera... tal vez sólo por unos cuantos años, tal vez por siglos.

—¿Qué has decidido? —dijo, ansioso—. ¿El robot vendrá con nosotros?

Hubo una pausa agónica mientras el pólipo trataba de obligar al cuerpo en disolución a que obedeciera su voluntad. El diafragma parlante se estremeció pero no hubo sonido audible. Entonces, como en un desesperado gesto de despedida, agitó débilmente sus delicados palpos y los dejó caer otra vez en el agua, donde se alejaron lago adentro, a la deriva. En cuestión de minutos, la transformación había terminado. De la enorme criatura no quedaba un fragmento mayor que una avellana. El agua estaba repleta de diminutas pecas verdosas que desaparecían velozmente en las vastedades del lago, como si tuvieran vida propia.

Las olas de la superficie habían desaparecido, y Alvin comprendió que también habría callado la constante pulsación de las profundidades. El lago volvía a estar muerto..., o así lo parecía. Pero sólo era una ilusión: un día, las fuerzas desconocidas, que nunca dejaron en el pasado de cumplir con su tarea, volverían a actuar, y el pólipo renacería. Era un fenómeno extraño y maravilloso, pero tal vez no mucho más extraño que la organización del cuerpo humano, también una colonia de células vivas e individuales.

Alvin no perdió mucho tiempo en tales pensamientos. Lo oprimía una sensación de fracaso, aunque no había llegado a formarse una idea clara de la meta que perseguía. Una deslumbrante oportunidad acababa de perderse de vista, y jamás regresaría. Echó sobre el lago una mirada triste. Sólo algún tiempo después tuvo conciencia del mensaje que Hilvar murmuraba serenamente a su oído:

—Alvin —decía—, creo que ganaste la partida.

Se volvió rápidamente. El robot, que hasta entonces se mantuviera flotando a cierta distancia, nunca a menos de diez pasos, se había movido silenciosamente. En ese momento lo tenía al alcance de su brazo. Los ojos inmóviles, dueños de un amplio campo visual, no revelaban el punto focal de su interés. Quizá podía observar el horizonte entero con idéntica claridad, pero Alvin no tuvo dudas de que su atención estaba concentrada en él.

Estaba esperando su próximo movimiento. Hasta cierto punto, al menos, se había puesto bajo su control. Tal vez lo siguiera a Lys, y quizás hasta a Diaspar, a menos que cambiara de idea. Hasta entonces, él sería su amo provisorio.

El viaje de regreso a Airlee les llevó casi tres días, en parte debido a que Alvin, por razones propias, no tenía apuro en regresar. La incursión por Lys había pasado a segundo plano, dejando lugar a un proyecto mucho más importante, el lento contacto que se iba estableciendo lentamente entre él y la inteligencia extraña y obsesiva que tomara como compañera.

Sospechaba que el robot pensaba utilizarlo para sus propios fines, lo que sería en verdad una justicia poética. Cuáles eran sus razones, no podía saberlo con certeza, puesto que aún se negaba tozudamente a hablar con él. Por algún motivo reservado (tal vez por temor a revelar demasiados secretos), el Maestro había bloqueado eficazmente sus circuitos parlantes, y cuantos intentos hizo Alvin por despejarlos fueron inútiles. Fracasó hasta con las preguntas indirectas, por ejemplo: «Si no contestas, daré por sentado que tu respuesta es afirmativa.» El robot era demasiado inteligente para caer en trampas tan simples.

Sin embargo, en otros aspectos se mostraba mucho más dispuesto a cooperar. Obedecía todas las órdenes que no exigieran hablar ni revelar información. Después de un tiempo, Alvin descubrió que podía controlarlo por la sola fuerza del pensamiento, como a todos los robots de Diaspar. Eso representaba un gran adelanto; algo más tarde, la criatura (era difícil considerarla una simple máquina) bajó un poco la guardia y le permitió ver a través de sus ojos. Parecía no poner objeciones a tales formas pasivas de comunicación, pero bloqueaba todos los intentos de lograr una mayor intimidad.

En cuanto a Hilvar, lo ignoraba por completo; no obedecía ninguna de sus órdenes, y cerraba el cerebro a todos sus sondeos. En un principio, esto resultó algo desalentador para Alvin; había confiado en que los poderes mentales de Hilvar le permitieran forzar el cofre de recuerdos ocultos. Sólo más adelante comprendió las ventajas de poseer un sirviente que no obedeciera a nadie sino a él.

Pero la expedición contaba con un miembro que se oponía terminantemente a la presencia del robot, y ése era Krif. Tal vez lo consideraba un rival, o quizá rechazaba, basándose en principios generales, la existencia de objetos capaces de volar sin alas. Cuando nadie lo veía, agredía directamente al robot, enfureciéndose más aún al ver que éste no acusaba en absoluto sus ataques. Finalmente, Hilvar pudo calmarlo; cuando retomaron el coche terrestre para volver a Airlee parecía ya completamente resignado a la situación. El robot y el insecto escoltaron al vehículo en su silenciosa marcha por el bosque y las praderas; cada uno se mantuvo junto a su respectivo amo, fingiendo ignorar la presencia del rival.

Cuando el vehículo entró en la aletea, encontraron a Seranis esperándolos. Era imposible sorprender a esa gente. Sus mentes interconectadas los mantenían al tanto de cuanto ocurría en el país. Alvin se preguntó qué habrían pensado de sus aventuras en Shalmirane, presumiendo que todos estarían ya enterados.

Seranis denotaba una insólita preocupación y cierta inseguridad; Alvin recordó que había llegado el momento de elegir. Las emociones vividas en los últimos días se lo habían hecho olvidar. No le gustaba malgastar energías preocupándose por problemas que aún pertenecían al futuro. Pero ese futuro estaba ya ante él; debía decidir en cuál de los dos mundos deseaba vivir.

Seranis empezó a hablar con voz afligida; y Alvin tuvo la súbita impresión de que algo había interferido en los planes trazados para él. ¿Qué habría ocurrido durante su ausencia? Tal vez los emisarios enviados para influir en la mente de Kedron habían fracasado en su misión.

—Alvin —comenzó Seranis—, hay muchas cosas que hasta el momento no te he dicho; pero debes saberlas si quieres comprender lo que hacemos.

»Conoces una de las razones por las cuales nuestras dos razas permanecen aisladas. El temor a los Invasores, las penumbras que yacen en las profundidades de toda mente humana, volvieron a tu pueblo contra el mundo, obligándolo a recluirse en sus propios sueños. Aunque en Lys hemos soportado todo el peso de su último ataque, ese temor nunca ha sido tan grande entre nosotros. Teníamos razones más poderosas para actuar, y lo que hicimos, lo hicimos en plena conciencia.

»Hace mucho tiempo, Alvin, los hombres buscaban la inmortalidad, y finalmente la consiguieron. Olvidaron que el mundo, al eliminar la muerte, también debía eliminar el nacimiento. El poder de prolongar indefinidamente la vida podía traer felicidad al individuo, pero llevaría la raza al estancamiento. Hace muchos siglos, renunciamos a nuestra inmortalidad, pero Diaspar aún disfruta de esa falsa quimera. Es por eso que nuestros caminos se separaron, y es por eso que nunca deben volver a unirse.

Alvin esperaba oír algo similar, pero no dejó de sentirse afectado. El fracaso de todos sus planes le resultaba inadmisibles, por muy indefinidos que estuvieran, y sólo a medias pudo escuchar a Seranis. Comprendió cada una de sus palabras y tomó nota de ellas, pero su conciencia recorría el camino a Diaspar, tratando de imaginar cada obstáculo que pudiera presentar.

La desazón de Seranis era evidente. En su voz latía algo parecido a la súplica, y Alvin comprendió que no se dirigía sólo a él, sino también a su hijo. Debía saber del afecto y del entendimiento que había surgido entre ellos durante los días que pasaron juntos. Hilvar miraba intensamente a su madre, y Alvin pensó que esa mirada no implicaba sólo preocupación, sino también un dejo de censura.

—No queremos obligarte a hacer nada contra tu voluntad, pero debes comprender: ¿qué pasaría si nuestros pueblos volvieran a reunirse? Entre nuestra cultura y la tuya hay un abismo mayor que cuantos hayan separado la Tierra de sus antiguas colonias. Piensa sólo en esto, Alvin: tú e Hilvar son ahora de la misma edad, pero cuando él y yo estemos muertos, tú tendrás aún por delante muchos siglos de juventud. Y ésta es sólo la primera de tus infinitas vidas.

El cuarto estaba silencioso. Tan silencioso que Alvin podía escuchar los gritos

extraños y quejosos de las bestias desconocidas, allá en los campos que rodeaban la aldea. Al fin dijo, casi en un susurro:

—¿Qué debo hacer?

—Confiábamos en darte la posibilidad de elegir entre permanecer aquí o regresar a Diaspar, pero ahora es imposible. Nos han pasado demasiadas cosas como para dejar esa decisión en tus manos. Aun en el corto tiempo que has estado aquí, tu influencia ha sido muy perturbadora. No, no te lo reprocho; sé que no tenías intenciones de hacer daño. Pero habría sido mejor si nunca hubieras interferido en el destino de aquellas criaturas que encontraste en Shalmirane.

Seranis hizo un gesto de fastidio, antes de proseguir:

—En cuanto a Diaspar... Es demasiada la gente que sabe a dónde has ido; no actuamos a tiempo. Pero hay algo más serio; el hombre que te ayudó a descubrir nuestro país ha desaparecido; ni el concejo de tu ciudad ni nuestros agentes han podido descubrirlo; en consecuencia, representa un peligro potencial para nuestra seguridad. Tal vez te sorprenda que te diga todo esto, pero no hay peligro en ello. Temo que no nos queda sino una posibilidad: debemos enviarte de vuelta a Diaspar con un sistema de recuerdos falsos. Esos recuerdos han sido elaborados con gran cuidado, y cuando regreses a tu casa no sabrás nada con respecto a nosotros. Creerás que has tenido unas aventuras bastante desagradables y peligrosas, en sombrías cavernas subterráneas donde los techos se hundían constantemente ante ti; dirás que te mantuviste vivo sólo gracias a algunas hierbas poco apetitosas y bebiendo de ocasionales vertientes. Por el resto de tu vida creerás que ésa es la verdad, y todo Diaspar aceptará tu historia. No habrá misterio que tiente a futuros exploradores; creerán saberlo todo con respecto a Lys.

Seranis se detuvo, dirigiendo a Alvin una mirada ansiosa.

—Lamentamos mucho tener que hacerlo —agregó—, y te pedimos que nos perdones mientras aún nos recuerdes. Tal vez no aceptes nuestro veredicto, pero sabemos muchas cosas que tú ignoras. Al menos, no tendrás de qué lamentarte, puesto que pensarás haber descubierto cuanto había para descubrir.

Alvin se preguntó si aquello era verdad. No estaba seguro de poder adaptarse jamás a la rutina de la vida en Diaspar, aun bajo la convicción de que más allá de sus muros no había nada digno de buscarse. Pero había más: no tenía intenciones de poner el asunto a prueba.

—¿Cuándo quieren que me someta a ese... tratamiento? —preguntó.

—En seguida. Estamos preparados. Ábreme tu mente, como lo hiciste la vez pasada, y nada sabrás hasta que estés de nuevo en Diaspar.

Alvin guardó silencio por un momento. Luego dijo, serenamente:

—Me gustaría despedirme de Hilvar.

—Comprendo —asintió Seranis—. Los dejaré solos por un rato, y volveré cuando estés listo.

Se dirigió hacia las escaleras que conducían al interior de la casa y los dejó solos

en la terraza.

Alvin tardó un rato en poder hablar. Sentía una gran tristeza, pero también una férrea determinación: no permitiría que se derrumbaran todas sus esperanzas. Echó otra mirada sobre la aldea donde había encontrado una cierta felicidad, y a la que jamás volvería a ver, si quienes se agrupaban tras Seranis lograban sus propósitos. El coche terrestre estaba aún bajo uno de los árboles; el paciente robot flotaba por encima de él. Unos pocos chicos se habían reunido para examinar al extraño recién llegado, pero ningún adulto parecía interesado en él.

—Hilvar —dijo, abruptamente—, lo siento mucho.

—También yo —respondió su amigo, con voz temblorosa de emoción—. Confiaba en que podrías quedarte.

—¿Crees que es correcto lo que Seranis quiere hacer?

—No culpes a mi madre —respondió Hilvar—. Sólo hace lo que se le pide.

Aunque no había respondido a su pregunta, Alvin no tuvo el coraje de volverla a formular. No era justo someter a tal prueba la lealtad de su amigo.

—Entonces, dime —preguntó—: ¿cómo podrían los tuyos detenerme si yo tratara de escapar, con mis recuerdos intactos?

—Sería fácil. Si trataras de escapar, tomaríamos control de tu mente y te obligaríamos a regresar.

Alvin se sintió descorazonado. Había supuesto que podía confiar en Hilvar, que estaba obviamente perturbado por la separación impuesta, pero no se atrevía a arriesgar sus planes. Muy cuidadosamente, controlando cada detalle, revisó la única ruta que podía conducirlo de regreso a Diaspar en las condiciones que deseaba.

Sólo había un riesgo a afrontar, y contra él no podía protegerse. Si Seranis rompía la promesa y tomaba posesión de su mente, todos los preparativos serían inútiles.

Tendió la mano a Hilvar, que la tomó con firmeza, aunque incapaz de decir palabra.

—Bajemos a reunirnos con Seranis —dijo Alvin—. Antes de irme, me gustaría despedirme de algunos.

Hilvar lo siguió en silencio por la plácida frescura de la casa y por la salita, hasta el colorido círculo de césped que bordeaba la construcción. Seranis lo esperaba allí, aparentemente serena y decidida. Sabía que Alvin trataba de ocultarle algo, y revisó las precauciones que había tomado. Como quien prueba sus músculos antes de un gran esfuerzo, ella repasó los esquemas de compulsión a los que quizá debería recurrir.

—¿Estás listo, Alvin? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Alvin, y cierto matiz de su voz hizo que ella lo mirara con mayor fijeza.

—En ese caso, será mejor que dejes tu mente en blanco, como hiciste antes. No sentirás ni sabrás de nada hasta que estés en Diaspar.

Alvin se volvió hacia Hilvar y dijo, en un susurro apresurado que Seranis no pudo

oír:

—Adiós, Hilvar; y no te aflijas: *volveré*.

Encarando nuevamente a Seranis, le dijo:

—No te culpo por lo que quieres hacer. Sin duda, tú consideras que es lo mejor, pero creo que estás equivocada. Diaspar y Lys no deben permanecer separadas para siempre; un día pueden necesitarse desesperadamente. Por eso quiero regresar con todo lo que he aprendido... *y no creo que puedas detenerme*.

No esperó más; era el momento justo. Seranis no hizo el menor movimiento, pero él sintió de inmediato que perdía control sobre su cuerpo. El poder que había reemplazado a su propia voluntad era aún mayor de lo que esperara, y comprendió que muchas mentes escondidas estaban apoyando a la de Seranis. Inerme, empezó a caminar hacia la casa, pensando, por un terrible instante, que su plan había fracasado.

En ese momento hubo un relámpago de acero y cristal, y unos brazos metálicos lo abrazaron rápidamente. Su cuerpo luchó contra ellos, como sabía que debía hacerlo, pero todo esfuerzo fue inútil. El suelo se retiró bajo sus pies. Alcanzó a divisar a Hilvar, que sonreía estúpidamente, alelado por la sorpresa.

El robot lo llevaba a tres metros del suelo, a mayor velocidad de la que podía alcanzar un hombre. En un segundo, Seranis comprendió su treta. Al abandonar ella su control, Alvin dejó de debatirse, y ocurrió entonces lo que él había temido, aquello que había tratado en lo posible de contrarrestar.

Dos entes separados luchaban en él; uno rogaba al robot que lo bajara al suelo. El verdadero Alvin, sin aliento, se resistía apenas contra fuerzas que sabía invencibles. La apuesta estaba hecha, y no era posible saber de antemano si su dudoso aliado obedecería órdenes tan complejas como las que le había dado. Bajo ninguna circunstancia (tal era la orden) debía obedecer cualquier otro mandato mientras no lo hubiese depositado a salvo en Diaspar. Si el robot obedecía, Alvin habría protegido su destino contra toda interferencia humana.

Sin vacilar, la máquina lo llevó a lo largo del camino que tan cuidadosamente le señalara. Una parte de él rogaba aún furiosamente que lo soltara, pero sabía que ya estaba a salvo. Y al fin Seranis lo comprendió también; las fuerzas de su cerebro dejaron de luchar entre sí. Y recobró la paz, como la recobraría innumerables siglos antes cierto aventurero atado al mástil de su nave, al oír que el canto de las sirenas se apagaba en el mar oscuro como el vino.

Alvin no se sintió tranquilo hasta encontrarse en la cámara de las Vías Móviles. Restaba el peligro de que la gente de Lys pudiera detener el vehículo en donde viajaba, y hasta hacerlo retroceder, para devolverlo a su punto de partida, indefenso. Pero el regreso fue una repetición del viaje anterior, sin accidentes; en cuarenta minutos se encontró en la tumba de Yarlan Zey.

Los sirvientes del Concejo lo esperaban, vestidos con las formales túnicas negras que no habían usado en los últimos siglos. Alvin no sintió sorpresa ni temor ante la presencia de ese comité de recepción. Había superado ya tantos obstáculos que uno más no importaba. Muchas cosas había aprendido desde que abandonara Diaspar, y ese conocimiento le había dado cierta seguridad que lindaba con la arrogancia. Más aún, contaba con un aliado poderoso, aunque errático. Los mejores cerebros de Lys no habían logrado interferir en sus planes; por alguna razón, pensaba que la gente de Diaspar no podría más que ellos.

Esa creencia tenía fundamentos racionales, pero parte de ella se originaba en los estratos más irracionales: Alvin había desarrollado lentamente una gran fe en su destino. El misterio de su origen, el éxito alcanzado en proezas que ningún hombre lograra antes, los nuevos panoramas que se abrían ante él: todas esas cosas acrecentaban la confianza en sí. La fe en el propio destino estaba entre los más valiosos dones que los dioses podían conceder a un hombre, pero, aunque Alvin no lo sabía, también había conducido a muchos hacia el desastre total.

—Alvin —dijo el jefe de los celadores—, tenemos órdenes de acompañarte a donde vayas, hasta que el Concejo haya discutido tu caso y pronunciado su veredicto.

—¿Cuáles son los cargos contra mí? —preguntó Alvin.

La emoción y el júbilo de la huida lo habían estimulado, y no podía tomar muy en serio el nuevo percance. Tal vez Kedron había sido obligado a hablar; el hecho de que el Bufón hubiese traicionado su secreto le produjo cierta irritación.

—No hay cargos —fue la respuesta—. Si es necesario, se te acusará después de que prestes declaración.

—¿Y cuándo será eso?

—Muy pronto, supongo.

La confusión del celador era visible; no sabía con mucha certeza cómo cumplir la tarea que le fuera impuesta. De a ratos trataba a Alvin como a un compatriota, pero recordaba en seguida sus deberes de custodia, y adoptaba entonces una actitud de reserva exagerada.

—Ese robot —inquirió abruptamente, señalando al compañero de Alvin—, ¿de dónde viene? ¿Es de los nuestros?

—No —replicó el joven—. Lo encontré en Lys, el país que he visitado. Lo traje para presentarlo a la Computadora Central.

Su serena afirmación provocó un considerable revuelo. Ya era bastante que

hubiera algo más allá de Diaspar, pero era peor aún que Alvin hubiese traído a uno de aquellos habitantes con la intención de presentarlo al cerebro de la ciudad. Los celadores se miraron mutuamente, en tal actitud de alarma que Alvin pudo apenas contener la risa.

Cruzaron el parque; la escolta se mantenía discretamente detrás, entre agitados murmullos. Alvin, mientras tanto, consideraba su próximo paso. Ante todo, debía descubrir qué había pasado durante su ausencia. Según le dijera Seranis, Kedron había desaparecido. En Diaspar existían incontables lugares donde un hombre podía ocultarse, y el Bufón poseía un inigualable conocimiento de la ciudad; mientras él no decidiera reaparecer, era difícil que lo encontraran. Quizás Alvin podría hacerle llegar un mensaje para concertar una cita. Sin embargo, la presencia de sus guardianes lo hacía imposible.

Debía admitir que la vigilancia era muy discreta. Cuando llegó a su departamento, había olvidado casi por completo la existencia de los celadores. Suponía que no interferirían en sus movimientos a menos que tratara de abandonar Diaspar, y por el momento no tenía intenciones de hacerlo. En realidad, tenía la certeza de que le sería imposible regresar a Lys por el camino conocido. Sin duda, Seranis y sus colegas, habrían desconectado ya el sistema subterráneo.

Los celadores no lo siguieron hasta su habitación; sabían que la salida era una sola, y se ubicaron ante ella. Como sus instrucciones no incluían al robot, le permitieron acompañar a Alvin. No tenían la menor intención de interferir en el funcionamiento de la máquina, obviamente originaria de otro mundo. Hasta ese momento no habían podido dilucidar, a través de su conducta, si era un sirviente pasivo de Alvin, o si operaba según su propio deseo. Por lo tanto, se conformaron con dejarlo en libertad.

Cuando la pared se cerró, Alvin materializó su diván favorito y se dejó caer en él. Ya ubicado entre sus comodidades familiares, quiso ver sus últimos esfuerzos en pintura y escultura, y los requirió a las unidades de memoria para examinarlos con espíritu crítico.

Si antes no habían logrado satisfacerlo, ahora le resultaban doblemente desagradables, y ya no encontraba en ellos el menor motivo de orgullo. Quien los creara había dejado de existir; en los pocos días pasados lejos de Diaspar, Alvin parecía haber acumulado la experiencia de toda una vida.

Hizo desaparecer todos aquellos productos de su adolescencia, borrándolos para siempre, en vez de devolverlos a los bancos de memoria. El cuarto estaba nuevamente vacío, con la excepción del diván en el que se hallaba acostado. El robot lo contemplaba con ojos abiertos e insondables. Alvin se preguntó qué pensaría de Diaspar; en seguida recordó que no era un extraño allí: había conocido la ciudad durante los últimos días del contacto con las estrellas.

Sólo empezó a llamar a sus amigos cuando se sintió del todo en su casa. Comenzó por Eriston y Etania, más por sentido del deber que por deseos de verlos o de charlar

con ellos. Recibió sin pena el mensaje del comunicador, informando que no podían atender, y dejó un recado anunciando su regreso. En realidad, era innecesario, puesto que para entonces toda la ciudad estaría enterada. Pero serviría para demostrarles que pensaba en ellos; Alvin comenzaba a aprender la consideración, aún sin comprender que, como casi todas las virtudes, tenía poco valor sino surgía espontánea e inconsciente.

Después, bajo la presión de un súbito impulso, llamó al número que Kedron le diera largo tiempo atrás, allá en la Torre de Loranne. Naturalmente, no esperaba respuesta alguna; sólo cabía la posibilidad de que el Bufón le hubiese dejado un mensaje.

Tal suposición era correcta, pero el mensaje en sí fue totalmente inesperado.

La pared se desvaneció, y Kedron surgió ante él. Parecía cansado y nervioso, y no guardaba la menor semejanza con la persona confiada y ligeramente cínica que había puesto a Alvin camino a Lys. Tenía la expresión de un animal acorralado, y habló como si dispusiera de poco tiempo.

—Alvin —comenzó—, ésta es una grabación. Sólo tú puedes recibirla, pero la usarás como te plazca. Para mí no tiene importancia.

«Cuando volví de la tumba de Yarlán Zey, descubrí que Alystra nos había seguido. Debe haber informado al Concejo que tú habías salido de Diaspar, y que yo te había ayudado. Pronto los celadores me buscaron, y decidí esconderme. Estoy acostumbrado a eso; lo he hecho otras veces, cuando alguna de mis bromas no fue bien recibida.

(En ese punto, Alvin creyó reconocer un chispazo del antiguo Kedron.)

»—No me habrían encontrado ni en mil años..., pero algún otro estuvo a punto de conseguirlo. Hay extraños en Diaspar, Alvin; sólo pueden venir de Lys, y están buscándome. No sé qué significa esto, y no me gusta. Aunque no conocen la ciudad, estuvieron a punto de atraparme, y eso sugiere que poseen poderes telepáticos. Yo podría luchar contra el Concejo, pero no me atrevo a enfrentar este peligro desconocido.

»Por eso, voy a dar un paso que tal vez el Concejo me impondría, puesto que ya me han amenazado con él. Iré donde nadie pueda seguirme, y donde escape a cuantos cambios pueda sufrir Diaspar. Tal vez esto sea una tontería; es algo que sólo el tiempo decidirá. Algún día conoceré la respuesta.

»Ya habrás adivinado: voy a regresar a la Casa de Creación, a la seguridad de los Bancos de Memoria. Pase lo que pase, confío en la Computadora Central y en las fuerzas que controla, para bien de Diaspar. Si algo interfiere su funcionamiento, todos estaremos perdidos. Si no, nada tengo que temer.

»Para mí, sólo habrá pasado un momento cuando vuelva a Diaspar, dentro de cincuenta o cien mil años. Me pregunto qué clase de ciudad me recibirá. Tal vez te encuentre; aunque eso sería muy extraño. Algún día supongo, nos volveremos a cruzar. Y no sé si temo o si ansío ese encuentro.

»Nunca te he comprendido, Alvin, aunque hubo un tiempo en que fui lo bastante superficial como para pensar que así era. Sólo la Computadora Central sabe la verdad, como la sabe con respecto a todos los Únicos que han aparecido, de tiempo en tiempo, en el transcurso de los siglos, y a quienes jamás hemos vuelto a ver. ¿Has descubierto qué pasó con ellos?

»Una de las razones por las que escapo al futuro es, supongo, mi impaciencia; quiero ver los resultados de lo que tú inicias, pero deseo perder las etapas intermedias, porque sospecho que serán desagradables. Será interesante ver, en ese mundo que ha de rodearme en sólo unos segundos, aparentemente, si se te recuerda como creador o como destructor... o si se te ha olvidado por completo.

»Adiós, Alvin. Había pensado dejarte algunos consejos, pero no creo que los aceptes. Seguirás tu propio camino, como siempre, y tus amigos serán herramientas para usar o abandonar según lo requieran las ocasiones.

»Eso es todo. No tengo nada más que decir.»

Por un momento, Kedron (ese Kedron que ya no existía sino bajo la forma de cargas eléctricas en las células de memoria de la ciudad), miró a Alvin con resignación, casi con tristeza. En seguida, la pantalla volvió a quedar en blanco.

Cuando la imagen se hubo borrado, Alvin permaneció inmóvil durante largo rato. No podía negar la verdad de cuanto Kedron había dicho, y estaba buceando en su propia alma como pocas veces lo hiciera. ¿Acaso se había detenido alguna vez, en el transcurso de sus aventuras, para considerar el efecto que sus actos tendrían sobre sus amigos? Les había causado muchas inquietudes, y tal vez pronto serían cosas más graves; todo debido a su insaciable curiosidad, a su urgencia por descubrir lo que no debía saberse.

Nunca había sentido mayor aprecio por Kedron; la seca personalidad del Bufón impedía cualquier relación íntima que Alvin hubiese deseado entablar. Sin embargo, al pensar en sus palabras de despedida se sintió invadido por el remordimiento. A causa de sus acciones, el Bufón había huido desde su época hacia el futuro incierto.

Pero no tenía por qué culparse de ello, sin duda. Eso probaba algo que ya había descubierto: que Kedron era un cobarde. No más cobarde, tal vez, que cualquier otro habitante de Diaspar; tenía la mala suerte adicional de poseer una rica imaginación. Alvin podía atribuirse cierta responsabilidad en su suerte, pero no toda la culpa.

¿A quién más había herido o preocupado en Diaspar? Pensó en Jeserac, su tutor, que se mostrara tan paciente con él, sin duda su más difícil discípulo. Recordó todas las pequeñas muestras de gentileza que sus padres le dieran en el curso de los años, y al volver sobre ellas descubrió que eran más de las que había supuesto.

Y pensó en Alystra. Le había dado todo su amor, y él lo había tomado o ignorado a voluntad. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿La habría hecho más feliz rechazándola definitivamente? Ahora comprendía por qué no podía amar a Alystra ni a cualquier otra mujer de las que conociera en Diaspar. Era otra de las lecciones aprendidas en Lys. Diaspar había olvidado muchas cosas, y entre ellas, el verdadero significado del

amor. En Airlee había visto que las madres acunaban a los niños en sus rodillas, y él mismo había sentido, por todas aquellas criaturas pequeñas e indefensas, esa ternura que es la hermana gemela del amor sin egoísmos. Sin embargo, ninguna mujer de Diaspar sabía cuál había sido alguna vez la meta última del amor, ni se interesaba por ello.

En la ciudad inmortal no había emociones auténticas ni pasiones profundas. Tal vez, esas cosas sólo prosperaban a causa de su misma trascendencia, puesto que no podían durar por siempre ni dormir bajo las sombras que Diaspar había eliminado.

Si en algún momento Alvin supo cuál sería su destino, fue en ese instante. Hasta entonces había sido el ciego agente de sus propios impulsos. De haber conocido analogía tan arcaica, podría haberse comparado con el jinete de un caballo desbocado. Lo había llevado a muchos sitios extraños, y podía volver a hacerlo; pero en su loco galopar le había mostrado sus poderes, enseñándole a descubrir sus verdaderas metas, y sus posibilidades.

Los ensueños de Alvin se interrumpieron bruscamente ante el tintineo de la pantalla-pared. Por el timbre del sonido supo que no se trataba de un llamado; alguien estaba allí para verlo. Dio la señal de admisión, y un momento después se encontró frente a Jeserac.

Su tutor parecía serio, pero amistoso.

—Se me ha pedido que te lleve al Concejo, Alvin —dijo—. Están esperándote.

En ese momento, Jeserac vio el robot, y lo examinó con curiosidad, agregando.

—De modo que éste es el compañero que trajiste de tus viajes. Será mejor que lo lledes contigo.

Eso se ajustaba a las conveniencias de Alvin. El robot lo había salvado ya de una situación peligrosa, y podía necesitarlo otra vez. Se preguntó qué pensaría la máquina de las aventuras y vicisitudes en las cuales lo había envuelto; por centésima vez se lamentó de no poder penetrar en esa mente hermética. Era como si la máquina hubiese decidido observar, analizar y extraer sus propias conclusiones, sin utilizar su propia voluntad mientras no llegara el momento adecuado. Entonces se decidiría a actuar, quizá sin previo aviso; y tal vez su elección no coincidiera con los planes de Alvin. Su único aliado estaba ligado a él por los más tenues lazos del interés, y podía desertar en cualquier momento.

Alystra lo esperaba en la rampa que conducía a la calle. Si Alvin pensaba reprocharle sus indiscreciones, no tuvo el coraje de hacerlo. Se la veía demasiado afligida; corrió a saludarlo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, Alvin! —sollozó—. ¿Qué van a hacer contigo?

Él la tomó de las manos, con una ternura que los sorprendió a los dos.

—No te preocupes, Alystra —dijo—. Todo saldrá bien. Después de todo, lo peor que pueden hacer es enviarme de vuelta a los bancos de Memoria..., y por alguna razón no creo que eso ocurra.

Su belleza y su desdicha eran tan encantadoras que, aun en ese momento, Alvin

sintió la respuesta física despertada por su presencia, como en los viejos tiempos. Pero era sólo la atracción del cuerpo; no la desdeñaba, pero ya no era bastante. Suavemente, liberó sus manos y se volvió para seguir a Jeserac hacia la Cámara del Concejo.

Alystra lo miró partir, desolada, pero ya sin amargura. Sabía que no lo había perdido, porque nunca había sido suyo. Y al aceptar esa verdad, comenzaba a colocarse más allá del poder de las meras lamentaciones.

En tanto avanzaba con su comitiva por las calles familiares, Alvin notó apenas las miradas curiosas u horrorizadas de sus compatriotas. Iba preparando los argumentos que podrían hacerle falta, y componiendo su historia en la forma que le resultara más favorable. Se repitió varias veces que no estaba asustado en absoluto, y que aún era dueño de la situación. Sólo debió hacer unos minutos de antesala, pero ese tiempo fue bastante para notar una incomprensible debilidad en las piernas; era inexplicable, puesto que él no tenía miedo. Sólo una vez había sentido lo mismo, antes de recorrer el tramo final de las montañas, en Lys, allá junto a la cascada donde vieran la explosión luminosa, antes de dirigirse a Shalmirane. ¿Qué estaría haciendo Hilvar? ¿Volverían a encontrarse? Porque de pronto le resultaba muy importante verlo otra vez.

Las grandes puertas se abrieron, y siguió a Jeserac hasta la Sala del Concejo. Los veinte miembros aguardaban, sentados en torno a la mesa semicircular. Alvin notó con orgullo que no había bancas vacías. Debía ser la primera vez en muchos siglos que el Concejo se reunía sin una sola abstención. Las pocas reuniones eran, por lo común, una simple formalidad, y todos los asuntos se trataban mediante unas pocas comunicaciones visiofónicas; si era necesario, se efectuaba una entrevista entre el presidente y la Computadora Central.

El joven conocía de vista a muchos de los miembros del Concejo, y la presencia de tantas caras familiares le otorgó mayor confianza. Al igual que Jeserac, no parecían hostiles, sino sólo preocupados y confundidos. Después de todo, eran hombres razonables. Tal vez se ofendieran si alguien les probase que estaban equivocados, pero era difícil que le guardaran rencor. En algún momento, tal presunción habría sido en verdad imprudente, pero la naturaleza humana había mejorado mucho en algunos aspectos.

Le darían la oportunidad de defenderse, pero importaba poco lo que ellos pensarán. El juicio no estaría a cargo del Concejo, sino de la Computadora Central.

No hubo formalidades. Tras declarar abierta la sesión, el presidente se volvió hacia Alvin y le dijo, amablemente:

—Nos gustaría que nos dijeras qué te ha ocurrido desde que desapareciste, hace diez días.

El empleo de la palabra «desaparecer» era muy significativo. Aún ahora el Concejo se resistía a admitir que hubiese podido salir de Diaspar. No parecía probable que supieran de la existencia de extranjeros en la ciudad; en ese caso habrían dado muestras de una alarma mucho mayor.

Les contó su historia claramente, sin dramatismos; era por sí demasiado extraña e increíble como para requerir mayores adornos. Sólo en un aspecto desfiguró la verdad, y fue al narrar su fuga desde Lys. Convenía guardar reserva sobre el método, pues quizá debiera recurrir nuevamente a él.

Fue fascinante observar la forma en que varió la actitud de los miembros del Concejo durante el curso de su narración. Al principio se mostraron escépticos, remisos a aceptar la negación de todas sus creencias, la violación de sus prejuicios más profundos. Mientras Alvin les hablaba de su apasionado deseo de explorar el mundo exterior, de su irracional convicción sobre la existencia real de ese mundo, ellos lo contemplaban como a algún animal extraño e incomprensible.

Y no era otra cosa, en verdad, a juicio de los concejales. Sin embargo, al cabo se vieron obligados a admitir que él estaba en lo cierto y a aceptar su propia equivocación. Tal vez aquello les disgustaba, pero ya no podían negarle veracidad. Si alguno sintió la tentación de hacerlo, la presencia del silencioso compañero de Alvin bastó para impedirle el gesto.

Cierto punto de la historia despertó la indignación unánime, aunque no directamente contra él. Hubo un zumbido irritado en la cámara cuando Alvin explicó la ansiedad de Lys por evitar contaminarse de Diaspar, y las medidas tomadas por Seranis para evitar esa catástrofe. La ciudad estaba orgullosa de su cultura, y con buenas razones. Los miembros del Concejo no podían tolerar que nadie los considerara inferiores.

Alvin tuvo la prudencia de no decir nada ofensivo; hasta donde le fuera posible, debía poner al Concejo de su parte. Trató de dar la impresión de que encontraba justo cuanto había hecho, de que esperaba alabanzas por sus descubrimientos y no censuras por su desobediencia. Fue una política muy acertada, puesto que desarmó de antemano a la mayoría de sus posibles opositores. También tuvo el efecto (no buscado) de cargar cualquier posible culpa sobre el desaparecido Kedron. Los oyentes interpretaron que Alvin era demasiado joven para notar el peligro de lo que estaba haciendo. El Bufón, en cambio, tenía mayor experiencia, y había actuado con total irresponsabilidad. No imaginaban siquiera que el mismo Kedron se habría manifestado plenamente de acuerdo con ellos.

También Jeserac merecía cierta censura, como tutor de Alvin, y de tanto en tanto alguno de los concejales le echaba miradas pensativas. Él no parecía preocuparse, aunque tenía perfecta conciencia de lo que estaban pensando. Encontraba cierto orgullo en el hecho de haber formado a una de las mentes más originales que Diaspar conociera desde la Edad del Alba, y nada podía menoscabar esa gloria.

Alvin concluyó con el relato objetivo de sus aventuras, y sólo entonces intentó ejercer alguna persuasión. Debía convencer a aquellos hombres de las verdades aprendidas en Lys, pero ¿cómo hacerles comprender algo que nunca habían visto y que apenas podían imaginar?

—Es una gran tragedia —dijo— que las dos ramas sobrevivientes de la raza humana hayan permanecido separadas durante tanto tiempo. Tal vez algún día sabremos cómo ocurrió eso, pero en este momento es mucho más importante reparar esa brecha, en forma tal que no vuelva a abrirse. Mientras estuve en Lys protesté contra el concepto de que ellos eran superiores a nosotros. Quizá podrían enseñarnos muchas cosas, pero también nosotros tenemos mucho para enseñar a los de Lys. Si cada uno de nuestros pueblos cree que el otro no tiene nada que ofrecer, ¿no es obvio que ambos estamos equivocados?

Echó una mirada llena de expectativa sobre los concejales, y éstos lo alentaron a continuar.

—Nuestros antepasados —continuó— construyeron un imperio que se extendió hasta las estrellas. Los hombres iban y venían a su voluntad entre todos aquellos mundos. Y ahora nosotros, sus descendientes, tenemos miedo de traspasar las paredes de esta ciudad. ¿Hace falta que diga por qué?

Hizo una pausa; nadie se movía en el gran salón desnudo.

—Porque tenemos miedo..., miedo de algo que ocurrió en los albores de la historia. En Lys me dijeron una verdad que yo descubrí hace mucho tiempo. ¿Acaso tendremos que escondernos siempre como cobardes en Diaspar, fingiendo que no existe otra cosa, sólo porque hace un billón de años los Invasores nos obligaron a retroceder hasta la Tierra?

Había puesto el dedo en la llaga. Era el secreto temor que nunca compartiera, y cuyo poder, por lo tanto, no podía comprender. Podía dejarlos en libertad de actuar: les había dicho la verdad, tal como él la veía.

El presidente lo miró con seriedad.

—¿Tienes algo más que decir, antes de que pasemos a deliberar?

—Sólo una cosa: quisiera llevar este robot a la Computadora Central.

—¿Para qué? La computadora sabe ya cuanto ha ocurrido en este cuarto.

—Quiero hacerlo, de cualquier modo —replicó Alvin, en tono cortés, pero empecinado—. Solicito la autorización del Concejo y de la Computadora.

Antes de que el presidente pudiera replicar, una voz clara y serena llenó la cámara. Aunque Alvin la escuchaba por primera vez, supo de inmediato de dónde provenía. Las máquinas de información, que no eran sino las partes exteriores de la

gran inteligencia, podían hablar a los hombres, pero no poseían ese inequívoco acento de sabiduría y autoridad.

—Déjenlo venir a mí —dijo la Computadora Central.

Alvin miró al presidente, tanto como para demostrar que no pretendía explotar su victoria. Se limitó a preguntar:

—¿Puedo marcharme?

El presidente echó una mirada entorno a la Cámara del Concejo. Al no encontrar oposición alguna, respondió con cierto desaliento:

—Está bien. Que los celadores te acompañen para traerte en cuanto hayamos concluido nuestro debate.

Alvin se inclinó levemente, en señal de agradecimiento; las grandes puertas se apartaron ante él, y salió caminando lentamente de la Cámara. Cuando las puertas se hubieron cerrado una vez más, se volvió hacia Jeserac, que lo había acompañado.

—¿Qué hará el Concejo? —Le preguntó, ansioso.

—Más impaciente que nunca, ¿verdad? —observó su tutor, sonriendo—. No sé si mi opinión vale de algo, pero supongo que decidirán sellar la tumba de Yarlan Zey, para que nadie pueda repetir tu viaje. Así, Diaspar podrá seguir como siempre, sin verse perturbada por el mundo exterior.

—Eso es lo que temo —dijo el joven, amargamente.

—¿Y piensas todavía que podrás impedirlo?

Alvin tardó en responder. Aunque Jeserac adivinara sus intenciones, no podría prever sus planes, puesto que no tenía ninguno. Había llegado a un punto desde el cual sólo podía improvisar, enfrentando las situaciones a medida que se presentaran.

—¿Me lo reprochas? —preguntó al fin.

El nuevo tono de su voz sorprendió a Jeserac: había en él un dejo de humildad, la sugerencia de que, por primera vez, Alvin buscaba la aprobación del prójimo. El anciano se sintió conmovido, pero era demasiado sabio como para tomarlo muy en serio. El joven se encontraba bajo una tensión considerable, y no sería prudente dar por definitivos los progresos de su carácter.

—Esa pregunta es muy difícil de contestar —dijo, lentamente—. Me gustaría responderte que todo nuevo conocimiento es valioso, y no puede negarse que has hecho un gran aporte en ese aspecto. Pero también has acrecentado nuestros peligros. A largo plazo, ¿qué será más importante? ¿Te has detenido a pensar en eso?

Por un momento, maestro y pupilo se miraron, pensativos. Tal vez cada uno de ellos percibía con más claridad que nunca el punto de vista del otro. Entonces, en un mismo impulso, se volvieron hacia el largo pasillo que se abría en la Cámara del Concejo. La escolta los siguió, pacientemente.

Ese mundo no había sido hecho para el hombre. Bajo las enceguedoras luces azuladas, los amplios corredores parecían extenderse indefinidamente. Por ellos

circulaban los robots de Diaspar, durante el tiempo infinito de su vida, pero sólo una vez cada muchos siglos resonaba por ellos el paso humano.

Allí estaba la ciudad subterránea, la ciudad de las máquinas, sin la cual Diaspar no habría existido. Unos cuantos metros hacia adelante, el corredor se abría en una cámara circular, de un kilómetro y medio de diámetro; varias columnas enormes sostenían el techo, sobre el cual se asentaba el peso increíble del poder central. Allí, según los mapas, la Computadora Central urdía interminablemente los destinos de Diaspar.

Allí estaba la cámara, aún más amplia de lo que Alvin había supuesto, pero ¿dónde estaba la computadora? Esperaba encontrar una sola máquina gigantesca, a pesar de comprender que ese concepto era muy simple. En cambio, se encontró frente a una escena formidable, y al mismo tiempo carente de significado, que lo sumió en el asombro y en la incertidumbre.

El corredor desembocaba a cierta altura dentro de la cámara, sin duda la mayor cavidad construida por el hombre; a cada lado se abrían largas rampas que descendían hasta el suelo distante. Allá abajo se elevaban cientos de estructuras blancas, en forma tan inesperada que, por un momento, Alvin creyó hallarse ante una ciudad subterránea. La vivida impresión se grabó para siempre en su memoria. Por ninguna parte podía ver lo que esperaba: el familiar brillo del metal, que el hombre había aprendido a asociar con sus sirvientes desde el principio de los tiempos, no existía allí.

Aquí era el término de una evolución casi tan prolongada como la del hombre. Sus comienzos se perdían en la penumbra de la Era del Alba, cuando la humanidad aprendió a emplear la energía, cuando las primeras máquinas ruidosas comenzaron a atronar el mundo. El vapor, el agua, el viento...: todos los elementos habían sido utilizados por algún tiempo y abandonados después. Durante muchos siglos, la energía de la materia había gobernado al mundo, hasta que también fue superada: con cada cambio, las viejas máquinas cayeron en el olvido y fueron reemplazadas por otras nuevas. Muy lentamente, con el correr de los milenios, nos aproximamos al ideal de la máquina perfecta; un ideal que fue al principio sólo un sueño, después una perspectiva lejana, y finalmente una realidad:

*ninguna máquina puede contener partes móviles*

Aquella era la última expresión de ese ideal. El hombre había tardado quizá cien millones de años en lograrla; pero en el momento del triunfo le había vuelto para siempre la espalda. Estaba concluida, y desde entonces podría sustentarse por siempre en tanto lo servía.

Alvin no volvió a preguntarse cuál de esas silentes presencias blancas correspondía a la Computadora Central. Supo que ésta las comprendía a todas, y que se extendía mucho más allá de la cámara, incluyendo a las incontables máquinas de Diaspar, móviles o inmóviles. Así como su propio cerebro era la suma de muchos billones de células individuales, dispuestas en un espacio de pocos centímetros, así

los elementos físicos de la Computadora Central estaban diseminados por toda la ciudad. Esa cámara no contenía tal vez sino el sistema de control, donde todas las unidades dispersas se mantenían en contacto.

Sin saber adonde dirigirse, Alvin contempló las grandes rampas circulares y la pista silenciosa. La computadora central debía saber que estaba allí, puesto que nada de cuanto ocurría en Diaspar escapaba a su conocimiento. Sólo le restaba esperar sus instrucciones.

La voz sonó otra vez, ya familiar, pero aún imponente; sonó muy suave y muy cercana a él; parecía imposible que sus acompañantes pudieran también escucharla.

—Baja por la rampa izquierda —dijo—. Te guiaré desde allí.

Alvin descendió a paso lento, con el robot flotando por sobre él. Ni Jeserac ni los agentes de guardia lo siguieron; tal vez habían recibido órdenes de permanecer donde estaban o habían decidido que, de cualquier modo, era posible vigilarlo desde allí, sin tomarse el trabajo de bajar por tan larga pendiente. O quizá no osaban acercarse mucho al santuario central.

Al pie de la rampa, la voz serena volvió a guiar a Alvin, por una avenida que corría entre las titánicas formas durmientes. Por tres veces la voz le volvió a hablar, hasta que supo, al fin, que había logrado su objetivo.

La máquina ante la cual se hallaba era algo más pequeña que la mayoría; de cualquier modo, su tamaño era lo bastante grande como para hacerlo sentir enano. Las líneas horizontales de las cinco gradas le daban la apariencia de una fiera echada. Al compararla con su propio robot, a Alvin le pareció imposible que se tratara de productos de la misma evolución, y que ambos recibieran el mismo nombre.

A un metro del suelo, un ancho panel transparente cruzaba toda la estructura en sentido horizontal. Alvin oprimió la frente contra el material suave, extrañamente cálido, y espío en el interior de la máquina. En un principio no pudo ver nada; después, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, pudo distinguir miles de leves puntos luminosos que pendían en el vacío. Estaban dispuestos en hileras, en una trama tridimensional, tan extraña y carente de significado como lo habrían sido las estrellas para el hombre primitivo. Las contempló por varios minutos, olvidado del transcurso del tiempo; pero las luces coloridas no variaron su posición ni su intensidad.

Era como contemplar el interior del propio cerebro, pensó Alvin; también en ese caso habría mirado sin comprender. Si la máquina parecía inerte e inmóvil, era sólo porque él no podía ver sus pensamientos.

Por primera vez, comenzó a comprender vagamente los poderes y las fuerzas que sustentaban la ciudad. Durante toda la vida había aceptado sin preguntas el milagro de los sintetizadores, que desde hacía siglos proporcionaban en sucesión infinita todas las comodidades requeridas por Diaspar. Miles de veces había observado el acto de creación, sin recordar que en algún lugar debía existir el prototipo del objeto aparecido.

Tal como una mente humana puede detenerse por un rato en un solo pensamiento, así los cerebros infinitamente mayores (que no eran sino una parte de la Computadora Central) podían apresar para siempre las más intrincadas ideas. Los diseños de todas las cosas creadas quedaban fijos en sus mentes eternas, y sólo se requería el toque de un ser humano para convertirlas en realidad. El mundo había progresado mucho desde que el primer cavernícola tallara pacientemente sus puntas de flecha y sus cuchillos, hora tras hora, sobre la dura piedra.

Alvin esperó, sin atreverse a hablar, algún signo de reconocimiento. Se preguntaba cómo era posible que la Computadora Central supiera de su presencia, que lo viera y oyera su voz. No había signos de órganos sensoriales; no había rejillas, pantallas ni inexpresivos ojos de metal, como los que suelen proporcionar a los robots el conocimiento del mundo circundante.

Parecía extraño que la imponente maquinaria pudiera expresarse con tanta suavidad. Pero Alvin comprendió en seguida que estaba sobreestimando su propia importancia: tal vez sólo una millonésima parte del cerebro central se dedicaba a él. Era sólo uno de los innumerables incidentes que ocupaban su atención simultánea en tanto vigilaba a Diaspar.

Le era difícil comunicarse con algo tan vastamente extendido a su alrededor. Su pregunta pareció desaparecer en el aire en cuanto Alvin la hubo pronunciado.

—¿Qué soy? —preguntó.

Sabía cuál habría sido la respuesta si hubiese planteado esa pregunta a cualquier máquina de información. Por cierto, lo había hecho a menudo; la respuesta era siempre la misma: «Un hombre». Pero en ese momento se hallaba ante una inteligencia totalmente distinta, y no había necesidad de penosas exactitudes semánticas. La Computadora Central sabía, sin duda, lo que él intentaba preguntar, pero eso no aseguraba una contestación.

Y la respuesta fue exactamente la que Alvin temía:

—No puedo responder. Sería revelar el propósito de mis constructores, y, por lo tanto, anularlo.

—Entonces, ¿mi misión fue planeada al construirse la ciudad?

—Eso puede decirse de cualquier hombre.

Esa réplica hizo que Alvin reflexionara. Era verdad; los habitantes humanos de Diaspar habían sido diseñados con tanto cuidado como sus máquinas. El hecho de que Alvin fuera Único lo hacía más extraño, pero no implicaba virtud alguna.

Comprendió que no podría averiguar nada más con respecto a los misterios de su origen. Era inútil tratar de tender trampas a la vasta inteligencia; no revelaría las informaciones que se le había ordenado ocultar. Alvin no se sintió desilusionado; comenzaba ya a divisar la verdad, y en todo caso no era ése el principal propósito de su visita.

Contempló al robot que había traído de Lys, mientras buscaba el modo de dar el paso siguiente. Podía reaccionar violentamente si sabía lo que él estaba planeando, y

era esencial, por lo tanto, que no oyera su conversación con la Computadora Central.

—¿Puedes establecer una zona de silencio? —preguntó.

Percibió instantáneamente la inequívoca sensación de vacío, el blanco total de sonido que se producía cuando uno se encontraba dentro de tales zonas. La voz de la Computadora, curiosamente opaca y siniestra, dijo:

—Ahora nadie puede oírnos. Di lo que quieras.

Alvin echó una mirada sobre el robot; no se había movido. Tal vez no tenía sospechas, tal vez él se equivocaba al atribuirle planes propios. Quizá lo había seguido a Diaspar como cualquier sirviente fiel y confiado; en ese caso, los planes de Alvin parecerían una trampa muy sucia.

—Ya debes saber cómo encontré este robot —empezó Alvin—. Posee, sin duda, invalorable información sobre el pasado, desde los días en que esta ciudad, tal como la conocemos, no existía aún. Hasta puede saber de otros mundos, puesto que siguió al Maestro en todos sus viajes. Infortunadamente, sus circuitos parlantes están bloqueados. No sé hasta dónde llega el poder de ese bloqueo, pero te pido que los despejes.

Su voz sonaba apagada y vacía, puesto que la zona de silencio absorbía cada palabra antes de que pudiera formar un eco. Esperó ansiosamente en aquel vacío invisible y sin resonancias, a que su pedido fuera satisfecho o rechazado.

—Tus órdenes implican dos problemas —replicó la computadora—. Uno es moral, el otro técnico. Ese robot fue diseñado para obedecer las órdenes de un hombre determinado. ¿Qué derecho tengo a invalidarlas, aun si puedo hacerlo?

Alvin había previsto esa objeción, y tenía varias respuestas preparadas.

—No sabemos exactamente en qué consistía la prohibición del Amo —replicó—. Si puedes hablar con el robot, tal vez lo convencas de que ya han cambiado las circunstancias en las que el bloqueo le fue impuesto.

Era, por supuesto, el enfoque obvio. Alvin lo había intentado sin éxito, pero la Computadora Central, con sus recursos mentales infinitamente mayores, podía lograr lo que él no consiguiera.

—Eso depende por completo de la naturaleza del bloqueo —fue la respuesta—. Es posible instalar un bloqueo que borre el contenido de las células de memoria, en caso de que se lo fuerce. Sin embargo, me parece difícil que el Maestro tuviera la suficiente habilidad como para hacer tal cosa; requiere técnicas especializadas. Preguntaré a tu máquina si se ha instalado un circuito eliminador en sus unidades de memoria.

—¿No podría ocurrir que la eliminación se provocara con sólo preguntar si existen circuitos eliminadores? —preguntó Alvin, alarmado.

—Hay un procedimiento común para esos casos y es el que yo seguiré. Daré instrucciones secundarias, ordenando a la máquina que ignore mi pregunta si el sistema es de esa clase. Así resulta simple ponerla ante una paradoja lógica; desobedecerá sus instrucciones tanto si me responde como si no lo hace. En esos

casos, todos los robots actúan de idéntica manera para su propia protección. Liberan los circuitos de entrada y actúan como si no se les hubiera formulado ninguna pregunta.

Alvin lamentó haber planteado el tema, y, tras una breve vacilación, decidió adoptar las mismas técnicas, fingiendo que nunca había formulado la pregunta. Por lo menos, quedaba confirmado que la Computadora Central estaba preparada para manejar cualquier artimaña instalada en las unidades de memoria del robot. Alvin no deseaba que la máquina quedara reducida a un montón de chatarra; antes bien, prefería devolverla a Shalmirane con su secreto intacto.

Esperó, tan pacientemente como pudo, mientras se producía el silencioso e impalpable encuentro de inteligencias. Era un contacto entre dos mentes, ambas creadas por el genio humano en los siglos dorados de sus grandes logros, ambas más allá de la comprensión de cualquier hombre viviente.

Varios minutos después, la voz hueca de la Computadora Central volvió a hablar.

—He establecido un contacto parcial —dijo—. Al menos conozco la naturaleza del bloqueo, y creo saber por qué se instaló. Sólo hay un modo de quebrarlo. Este robot no volverá a hablar hasta que los Grandes regresen a la Tierra.

—¡Pero eso es una tontería! —protestó Alvin—. El otro discípulo del Maestro también creía en eso, y trató de explicar cómo eran. No hizo sino divagar la mayor parte del tiempo. Los Grandes nunca existieron ni existirán.

Parecían haber llegado a un punto muerto, y Alvin sintió un amargo desaliento. Se veía privado de la verdad por los deseos de un hombre demente, muerto mil millones de años antes.

—Tal vez tengas razón cuando dices que los Grandes nunca existieron —dijo la Computadora Central—. Pero eso no significa que no existan en el futuro.

Hubo otro largo Silencio, mientras Alvin estudiaba el significado de ese comentario; en tanto, las mentes de los dos robots volvieron a establecer su delicado contacto. Y entonces, sin aviso de ninguna especie, se encontró en Shalmirane.

Nada había cambiado desde la última vez; la gran concavidad de ébano absorbía toda la luz del sol, sin reflejar un destello. Estaba entre las ruinas de la fortaleza, frente al lago, en cuyas aguas inmóviles flotaba el pólipo gigante, no ya bajo la forma de un ser organizado y sensible, sino en nubes de animáculos dispersos.

El robot estaba aún ante él, pero no había señales de Hilvar. De todos modos, no tuvo tiempo de preguntarse qué significaba aquello, ni de preocuparse por la ausencia de su amigo: casi de inmediato ocurrió algo tan fantástico que borró de su mente cualquier otro pensamiento.

El cielo comenzó a abrirse en dos. Una fina banda de oscuridad se levantó desde el horizonte hacia el cenit, y fue ensanchándose lentamente, como si la noche y el caos se abatieran sobre el universo. Inexorablemente, la banda se expandió hasta abarcar la cuarta parte del cielo. A pesar de todos sus conocimientos sobre los hechos verdaderos revelados por la astronomía, Alvin no pudo resistir la sobrecogedora impresión de que él y su mundo estaban cobijados por una gran cúpula azul..., y que algo estaba penetrando en esa cúpula, proveniente del exterior.

La banda nocturnal había dejado de crecer. Los poderes que la provocaran estaban observando el universo de juguete que acababan de descubrir, y tal vez conferenciaban entre ellos, para decidir si merecía o no su atención. Bajo ese escrutinio cósmico, Alvin no sintió alarma ni terror. Sabía que estaba cara a cara frente al poder y la sabiduría, ante las cuales se puede sentir respeto, pero no temor.

Estaban decididos: malgastarían algunos fragmentos de la eternidad en la Tierra, en sus habitantes. Entonces penetraron por la ventana que habían abierto en el cielo.

Se volcaron hacia la Tierra como chispas provenientes de alguna forja celeste. Entraban en grupos más y más numerosos, hasta que parecieron derramarse desde la altura como una cascada de fuego, para formar charcos de luz líquida al llegar al suelo. En los oídos de Alvin, como una bendición, sonaron palabras que ya no eran necesarias para comprender:

—*Los Grandes han venido.*

El fuego lo alcanzó, pero no quemaba. Caía por doquier, llenaba el gran cuenco de Shalmirane con su resplandor dorado. Maravillado, Alvin notó que no era una corriente de luz informe, sino que tenía forma y estructura. Comenzó a resolverse en siluetas distintas, a reunirse en remolinos vertiginosos. Los remolinos giraban a más y más velocidad sobre sus ejes con sus centros elevándose hasta formar columnas dentro de las cuales Alvin pudo distinguir misteriosas formas evanescentes. De aquellos totems centelleantes brotó una leve nota musical, infinitamente distante, hechiceramente dulce:

—*Los Grandes han venido.*

Esa vez hubo una respuesta. Alvin oyó:

—Los servidores del Maestro los saludamos. Esperábamos su llegada.

Y supo que las barreras habían caído. En ese momento, Shalmirane y sus visitantes desaparecieron, y se encontró una vez más ante la Computadora Central, en las profundidades de Diaspar.

Todo había sido sólo una alucinación, no más real que el fantástico mundo de las sagas en el que pasara tantas horas de su juventud. Pero ¿cómo había sido creada, y de dónde habían surgido aquellas imágenes extrañas?

—Era un problema desacostumbrado —dijo la suave voz de la Computadora Central—. Sabía que el robot debía tener algún concepto visual de los Grandes. Si lograba hacer coincidir las impresiones sensoriales con esa imagen, el resto sería simple.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Básicamente, preguntando al robot cómo eran los Grandes, y dando forma al esquema de sus pensamientos. El esquema era muy incompleto, y tuve que improvisar bastante. Una o dos veces, el cuadro que yo creaba comenzó a apartarse mucho de sus conceptos, pero en esos casos pude notar la perplejidad del robot, y modificar de inmediato la imagen, antes de que empezara a sospechar. Sabrás que yo puedo emplear cientos de circuitos, mientras que él sólo dispone de uno, y pasar de una imagen a otra con tanta rapidez que el cambio resulta imperceptible. Fue una especie de conjuro; logré saturar los circuitos sensoriales del robot y sobrepasar sus facultades críticas. Lo que viste fue sólo la imagen final corregida, la que mejor se ajustaba a la revelación del Maestro. Fue elemental, pero bastó. El robot se sintió convencido de su autenticidad durante el tiempo indispensable para levantar el bloqueo, y en ese momento pude establecer completo contacto con su mente. Ha recuperado la razón y responderá a cuantas preguntas quieras plantearle.

Alvin no salía de su aturdimiento; aún brillaba en su mente el resplandor de aquel apocalipsis ficticio, y no comprendía por entero las explicaciones de la Computadora Central. Pero eso no tenía importancia; se había realizado un milagro terapéutico, y las puertas del conocimiento estaban abiertas a su paso.

Entonces recordó la advertencia de la Computadora Central, y preguntó, ansioso:

—¿Qué ocurrió con las objeciones morales que tenías con respecto a desautorizar las órdenes del Maestro?

—He descubierto por qué las impuso. Cuando examines su vida en detalle, como podrás hacerlo ahora, sabrás que afirmaba haber realizado varios milagros. Los discípulos le creían, y esa convicción acrecentó su poder. Pero todos esos milagros, por supuesto, tenían explicaciones simples..., y en otros casos ni siquiera existían. Me extraña que hombres inteligentes pudieran dejarse engañar en esa forma.

—¿Quieres decir que el Maestro era un impostor?

—No, no es tan sencillo. Si hubiese sido sólo un impostor, no habría logrado tanto éxito, y su movimiento no hubiese durado tanto. Era un buen hombre, y muchas de sus enseñanzas eran sabias y auténticas. Acabó por creer en sus propios milagros; pero existía un testigo capaz de refutarlos: el robot, que sabía todos sus secretos, que

era su portavoz y su colega y que, sin embargo, podía destrozar los fundamentos de su poder bajo un interrogatorio intenso. Por eso le ordenó no revelar sus recuerdos sino en el último día del universo, cuando llegaran los Grandes. Es difícil creer que un mismo hombre haya podido combinar a tal extremo el engaño con la sinceridad, pero así fue.

Alvin se preguntó qué sentiría el robot ante esa liberación de los antiguos votos. Debía ser una máquina lo bastante compleja como para sentir rencor. Tal vez estuviera furiosa contra el Maestro por haberla esclavizado, e igualmente colérica porque Alvin y la Computadora Central la hubiesen obligado con artimañas a recuperar la normalidad.

La zona de silencio quedó anulada; ya no había necesidad de secretos. Alvin, viendo que el momento esperado había llegado por fin, se volvió hacia el robot para formularle una pregunta, la misma que venía acosándolo desde que escuchara la historia del Maestro.

Y el robot respondió.

Se reunió con Jeserac y los celadores, que aún lo esperaban, pacientes. En el extremo de la rampa, antes de entrar al corredor, Alvin echó una última mirada hacia la gran caverna, y la ilusión fue más fuerte que nunca. Ante él se alzaba una muerta ciudad de extraños edificios blancos, una ciudad bañada por luces potentísimas, no concebidas para la vista humana. Aunque estaba muerta, puesto que nunca había vivido, latía con energías más poderosas que cuantas habían movido a la materia orgánica. En tanto el mundo continuara existiendo, aquellas máquinas silenciosas estarían allí, sin apartar jamás su mente de los pensamientos que el hombre genial les había proporcionado, mucho tiempo atrás.

Mientras se dirigían hacia la Cámara del Concejo, Jeserac trató de interrogar a Alvin; nada logró saber de la charla con la Computadora Central. La reserva del muchacho no se debía sólo a su discreción; estaba tan perdido en las maravillas de lo que había visto, tan intoxicado por el éxito, que le habría resultado imposible mantener una conversación coherente. Jeserac tuvo que juntar cuanta paciencia le quedaba, y esperar a que Alvin emergiera de su trance.

La luz que inundaba las calles de Diaspar resultaba pálida y difusa tras el fulgor de la ciudad mecánica. Pero Alvin apenas lo notó; ya no se interesaba por la belleza familiar de las grandes torres ante las cuales pasaban, ni por las curiosas miradas de sus conciudadanos. Todo era muy extraño, pensaba; cada paso lo había conducido hasta ese momento. Desde su encuentro con Kedron, los hechos parecían haberse encaminado automáticamente hacia una meta prefijada. Los monitores, Lys, Shalmirane: en cada etapa pudo haberse echado atrás, ciegos los ojos, pero algo lo había guiado. ¿Era acaso el hacedor de su propio destino, o un favorito del Hado? Tal vez se trataba sólo de una cuestión de probabilidades, una mera operación de las leyes

de azar. Cualquier hombre pudo haber encontrado el sendero que sus pasos recorrieron, y en incontables oportunidades, durante las eras pasadas, otros pudieron llegar tan lejos como él. Aquellos Únicos anteriores, por ejemplo: ¿qué había pasado con ellos? Tal vez Alvin era solamente el primer afortunado.

Durante todo el trayecto de regreso, Alvin fue estableciendo un contacto más y más íntimo con la máquina, liberada de su secular esclavitud. Ésta siempre había sido capaz de recibir sus pensamientos, pero sólo ahora le otorgaba la certidumbre de que obedecería sus órdenes. Podía hablar con ella como si fuera otro ser humano, aunque no trató de hacerlo mediante el lenguaje verbal, puesto que no estaban solos. Le ordenó pensar sólo imágenes que él pudiera comprender. A veces lamentaba que los robots fueran capaces de hablar telepáticamente entre sí, mientras que los humanos no podían..., salvo en Lys. Aquélla era otra facultad que Diaspar había perdido o abandonado deliberadamente.

Aquella conversación (que hasta cierto punto era un monólogo) se prolongó mientras esperaban en la antesala de la Cámara del Concejo. Era imposible no comparar su situación presente con la que viviera en Lys, cuando Seranis y sus colegas trataron de someterlo a su voluntad. Ojalá no hubiese mayores conflictos. De cualquier modo, en esa oportunidad se sentía mucho mejor preparado para enfrentar cualquier problema que pudiese surgir.

Le bastó una mirada a las caras de los concejales para conocer su decisión. No se sintió sorprendido ni especialmente desilusionado y escuchó el resumen del presidente sin las muestras de emoción que quizás esperaban los miembros del Concejo.

—Alvin, hemos considerado con gran cuidado la situación en que nos ha puesto tu descubrimiento, y hemos llegado a una decisión unánime. Nadie quiere cambios en nuestra forma de vida, y sólo una vez en muchos millones de años ha nacido alguien capaz de salir de Diaspar; por lo tanto, aunque existe como salida el sistema subterráneo a Lys, es innecesario, y bien puede resultar peligroso. La entrada a la Cámara de las Vías Móviles ha sido sellada. Más aún: puesto que tal vez haya otros medios para salir, se realizará una búsqueda en las unidades de memoria del monitor. Esa búsqueda ya ha comenzado. Estudiaremos además qué medidas se tomarán contra ti, de ser necesarias. Dada tu juventud y las peculiares circunstancias de tu origen, nos parece que no se te puede censurar por lo que has hecho. En realidad, al descubrir un peligro potencial para nuestra forma de vida, nos has prestado un servicio, y te expresamos nuestro agradecimiento por ello.

Hubo un rumor de aplausos, y en los rostros de los concejales apareció una expresión satisfecha. Se había solucionado rápidamente una situación difícil, habían evitado la necesidad de reprimir a Alvin, y ahora se marcharían seguros de que ellos, los principales ciudadanos de Diaspar, habían actuado según su deber. Con una razonable buena suerte, tal vez pasarían siglos antes de que la necesidad volviera a surgir.

El presidente miró a Alvin como si esperara algo; tal vez suponía que el joven, a su vez, le expresaría su agradecimiento por dejarlo tan fácilmente en libertad. Pero sufrió una desilusión.

—¿Puedo hacer una pregunta? —inquirió Alvin, con deferencia.

—Naturalmente.

—¿Debo suponer que la Computadora Central ha aprobado esa decisión?

En una situación normal, aquella pregunta habría resultado impertinente, puesto que el Concejo no tenía por qué justificar sus decisiones ni explicar cómo había llegado a ellas. Sin embargo, Alvin gozaba de la confianza de la Computadora Central, por alguna extraña razón, y eso lo colocaba en una situación privilegiada.

La pregunta causó cierta confusión visible, y se le respondió, a desgano:

—Por supuesto, consultamos con la Computadora Central; nos indicó que debíamos actuar según nuestro propio criterio.

Era lo que Alvin había imaginado. Mientras la Computadora Central atendía su pedido, estaba también conferenciando con el Concejo, y ocupada simultáneamente en otro millón de tareas. Sabía, como Alvin lo sabía, que cualquier decisión del Concejo carecía de importancia. El futuro había pasado totalmente a su control desde el preciso momento en que los concejales, en su feliz ignorancia, dieron la crisis por resuelta.

Alvin contempló a aquellos tontos ancianos, que se creían gobernantes de Diaspar, sin sentimientos de superioridad, sin el dulce goce del triunfo anticipado. Había visto al verdadero gobernante, y le había hablado en el grave silencio de su mundo brillante y subterráneo. En ese encuentro había perdido casi toda la arrogancia de su espíritu, pero aún quedaba la suficiente para una última aventura, que sobrepasaría todas las anteriores.

Al abandonar la cámara, se preguntó si los concejales no sentían extrañeza ante su tranquila aquiescencia, ante su falta de indignación por la clausura del camino a Lys. Los celadores no lo acompañaron; ya no estaba bajo observación, o por lo menos no abiertamente. Sólo Jeserac salió con él a las calles coloridas y populosas.

—Y bien, Alvin —dijo—, te has comportado irreprochablemente, pero a mí no puedes engañarme. ¿Qué planes tienes?

—Sabía que sospecharías algo —respondió Alvin, sonriente—. Si vienes conmigo te mostraré por qué el subterráneo hacia Lys ya no tiene importancia. Y quiero probar otro experimento; no te hará daño, pero tal vez no te guste.

—Está bien. Aunque todavía se me considera tu tutor, parece que los papeles se han invertido. ¿Adónde me llevas?

—Vamos a la Torre de Loranne; voy a mostrarte el mundo, más allá de Diaspar.

Jeserac palideció, pero se mantuvo firme. Luego, como si no confiara en la firmeza de su voz, hizo un seco gesto de afirmación y siguió a su pupilo, que trepaba a la suave superficie brillante de la acera móvil.

Jeserac no demostró temor al recorrer el túnel, por donde entraba eternamente

aquel viento frío. El sitio estaba cambiado; la reja de piedra que bloqueara el acceso al exterior había desaparecido; ya no cumplía ninguna función, y la Computadora Central lo había quitado sin comentarios ante el pedido de Alvin. Más tarde se podría indicar al Monitor que repusiera la reja; por el momento, el túnel se abría sin obstáculos ni guardias en la lisa pared exterior de la ciudad.

Sólo al llegar al final del conducto de aire notó Jeserac que el mundo exterior estaba ya ante él. Contempló el círculo celeste que iba ensanchándose, y sus pasos se hicieron más y más inciertos, hasta que finalmente se detuvieron. Alvin recordó que Alystra había echado a correr desde ese mismo punto, y se preguntó si lograría convencer a Jeserac de que lo acompañara más allá.

—Sólo te pido que mires —rogó—, no que abandones la ciudad. ¡Puedes hacerlo, estoy seguro!

Durante su breve estadía en Airlee, Alvin había visto a una mujer que enseñaba a caminar a su hijo. Fue inevitable recordar esa escena mientras conducía a Jeserac por el corredor, impulsándolo con frases alentadoras, mientras su tutor avanzaba desganado, paso a paso. El anciano no era un cobarde, como Kedron. Estaba dispuesto a luchar contra su inhibición, pero era una batalla desesperada. Cuando Alvin logró que Jeserac llegara al punto desde donde se podía ver la inmensa curva del desierto, estaba tan cansado como él.

Una vez allí, la extraña belleza de la escena, tan distinta a cuanto Jeserac viera en todas sus existencias, pareció anular sus temores. Quedó fascinado ante la inmensa vista de las dunas arenosas y las colinas antiguas, lejanas. Era el atardecer; en un rato más, la noche, que nunca llegaba a Diaspar, visitaría esas tierras.

—Te pedí que vinieras —dijo Alvin, hablando rápidamente, como si apenas pudiera controlar su impaciencia—, porque tienes más derecho que nadie a ver lo que mis viajes me han mostrado. Quería que vieras el desierto, y también quiero que seas testigo de lo que voy a hacer, para que el Concejo lo sepa.

»Como les dije, traje al robot desde Lys en la esperanza de que la Computadora Central pudiera quebrar el bloqueo que había sido impuesto a sus recuerdos por aquel hombre conocido como el Maestro. Por medio de una táctica que no comprendo muy bien, la computadora consiguió hacerlo. Ahora tengo acceso a todos los recuerdos de la máquina, y también a las técnicas especiales que domina. Voy a utilizar una de esas técnicas. Mira.

Ante una orden silenciosa, que Jeserac sólo pudo adivinar, el robot flotó hasta la entrada del túnel y cobró velocidad; en pocos segundos no era más que un brillo metálico bajo la luz del sol. Volaba a baja altura sobre el desierto, cruzando por sobre las dunas de arena que se intercalaban como olas petrificadas. Jeserac tuvo la inconfundible impresión de que buscaba algo, aunque no pudo imaginar qué era.

De pronto, la pequeña mancha refulgente volvió a gran velocidad y se detuvo en el aire, a unos treinta metros del suelo. El joven soltó un suspiro cargado de satisfacción y alivio, y echó una rápida mirada a Jeserac, como diciendo: «¡Ahí

está!».

Al principio, sin saber a qué atenerse, Jeserac no percibió cambio alguno. Entonces, dando apenas crédito a sus ojos, vio que una nube de polvo se levantaba en el desierto.

Nada es más terrible que el movimiento surgido allí donde no debería verse ninguno, pero Jeserac, más allá de toda sorpresa o temor, pudo ver que las dunas comenzaban a separarse. Por detrás del desierto, algo se movía como un gigante al despertar de su sueño. Hasta los oídos del anciano llegó el estruendo de la tierra al derrumbarse, el agudo crujir de la roca hendida por una fuerza irresistible. De pronto, un gigantesco géiser de arena se alzó a muchos metros de altura, y el suelo quedó oculto a la vista.

Lentamente, el polvo volvió a asentarse sobre una herida sinuosa abierta sobre la faz del desierto. Pero Jeserac y Alvin aún mantenían la vista fija en el cielo abierto, donde hasta un momento antes había estado el robot. Al fin, Jeserac supo por qué Alvin había permanecido indiferente ante la decisión del Concejo, por qué no había mostrado emoción alguna al saber que el subterráneo a Lys estaba clausurado.

Una nave espacial ascendía desde el desierto hendido, bajo una capa de roca y piedra que se esforzaba por ocultar sus orgullosas líneas y no lograba sino esfumarlas. Ante los ojos de Jeserac, se dirigió lentamente hacia ellos, hasta que hubo descripto un círculo. Entonces, pausadamente, el círculo empezó a expandirse.

Alvin empezó a hablar a toda velocidad, como si le quedara poco tiempo.

—Este robot fue diseñado para ser el compañero y el sirviente del Maestro, pero, sobre todo, para ser el piloto de su nave. Antes de llegar a Lys aterrizó en el puerto de Diaspar, que ha quedado oculto bajo esas arenas. Aún en aquel entonces debió ser un lugar bastante desierto; tal vez el vehículo del Maestro fue uno de los últimos que llegaron a la Tierra. Vivió por un tiempo en Diaspar, antes de ir a Shalmirane; en esos días, el camino debe haber estado abierto. Pero nunca volvió a necesitar de su nave, y ella esperó hasta ahora bajo la arena, durante todos estos siglos. Como la misma Diaspar, como este robot, como todo aquello que los constructores del pasado consideraron realmente importante, estaba preservado por sus propios circuitos de eternidad. Mientras tuvo una fuente de energía, nada pudo arruinarla o destruirla; la imagen grabada en sus células de memoria no puede borrarse, y ella controla su estructura física.

La nave estaba ya muy próxima, y el robot la guiaba hacia la torre. Jeserac pudo ver que tenía unos treinta metros de longitud; su forma era afilada en los extremos. No parecía tener ventanas ni otra clase de aberturas, aunque la gruesa capa de tierra impedía ver claramente ese detalle.

De pronto, una parte del casco se abrió hacia afuera, llenándolos de polvo, y Jeserac divisó un pequeño cuarto desnudo, con una segunda puerta en el otro extremo. La nave pendía a sólo treinta centímetros del conducto de ventilación, al que se había aproximado con mucha cautela, como una cosa viva y sensible.

—Adiós, Jeserac —dijo Alvin—. No puedo volver a Diaspar para despedirme de mis amigos. Por favor, hazlo en mi nombre. Di a Eriston y a Etania que espero volver pronto; si no lo hago, les agradezco todo lo que hicieron por mí. Y también a ti, aunque no apruebes la forma en que he aplicado tus lecciones. En cuanto al Concejo..., díles que cuando se ha abierto una ruta es imposible volver a cerrarla con sólo firmar una resolución.

El vehículo era ya sólo una mancha oscura contra el cielo, y de pronto Jeserac dejó de verlo. Nunca lo vio partir, pero al cabo llegó desde el firmamento el eco del más aterrador sonido de cuantos haya creado el hombre: el largo trueno del aire que cae, milla a milla, en el túnel de un vacío súbitamente abierto en el cielo.

Aunque los últimos ecos habían muerto ya en el desierto, Jeserac no se movió. Pensaba en el joven que se había marchado; para Jeserac, Alvin sería siempre un niño, el único llegado a Diaspar desde que se quebrara el ciclo de nacimiento y muerte, tanto tiempo atrás. Alvin jamás crecería; para él, el universo entero era un juguete, un rompecabezas a resolver cuando quisiera divertirse. En sus juegos había encontrado el último, el mortal juguete que podía acabar con los restos de la civilización humana. Pero cualquiera fuese el resultado, para él seguiría siendo un juego.

El sol bajaba ya sobre el horizonte. Un viento helado llegaba desde el desierto. Pero Jeserac esperaba aún, doblgando sus temores. Y al fin, por primera vez en su vida, pudo ver las estrellas.

Al cerrarse la puerta interior de la escotilla, Alvin se encontró ante un lujo con el que ni siquiera Diaspar podía competir. Entre las virtudes del Maestro no se contaba el ascetismo. Al cabo, Alvin pensó que tal vez toda esa comodidad no fuera una mera extravagancia; ese pequeño mundo debió ser el hogar del Maestro durante largos viajes interestelares.

No había controles visibles, pero la gran pantalla oval que cubría totalmente la pared indicaba que no era un cuarto común. Ante ella había tres divanes bajos ubicados en semicírculo; el resto de la cabina estaba ocupado por dos mesitas y varias sillas tapizadas; algunas de ellas, obviamente, no habían sido diseñadas para seres humanos.

Después de ubicarse cómodamente frente a la pantalla, Alvin buscó el robot con la vista. Para su sorpresa, había desaparecido; en seguida lo localizó. Estaba oculto en un hueco, bajo el techo curvo. Había llevado al Maestro a través del espacio, hasta la Tierra, y luego lo había seguido a Lys como sirviente. Ahora estaba dispuesto a cumplir otra vez con sus viejas tareas, como si las eras intermedias no hubiesen pasado.

Alvin le envió una orden de prueba, y la gran pantalla surgió a la vida. Tenía ante sí la Torre de Loranne, curiosamente acortada; parecía yacer sobre un costado. Después de alguna insistencia pudo ver el cielo, la ciudad, y grandes extensiones de desierto. La imagen era brillante, casi sobrenatural por lo clara, aunque no parecía estar ampliada. Alvin probó durante un rato hasta lograr la habilidad de obtener las imágenes que desease; entonces se sintió listo para partir.

—Llévame a Lys.

La orden era muy simple, pero ¿cómo podía obedecer la nave, si él mismo no tenía idea de la dirección? Alvin no lo había pensado, y cuando la idea se le ocurrió, la máquina se movía ya a través del desierto a tremenda velocidad. Se encogió de hombros, aceptando agradecido el tener servidores más sabios que él mismo.

Aunque era difícil apreciar la escala de la imagen que corría por la pantalla, parecían atravesar muchos kilómetros cada minuto. No lejos de la ciudad, el color de la tierra había cambiado abruptamente, transformándose en un gris opaco, y Alvin comprendió que estaba pasando sobre el lecho de uno de los océanos perdidos. En el pasado, Diaspar debió estar muy próxima al mar, si bien nunca había visto señales de él, ni siquiera en los registros más antiguos.

Si bien la ciudad era de antigua data, los océanos debieron desaparecer mucho antes de su construcción. Varios cientos de kilómetros más allá, la tierra se elevó bruscamente, y el desierto reapareció. En cierto momento, Alvin detuvo la nave sobre un curioso diseño de líneas entrecruzadas apenas perceptible sobre la sabana de arena. Por un momento, aquello lo intrigó; en seguida comprendió que se trataba de las ruinas de alguna ciudad olvidada. No se quedó por mucho tiempo; la idea de que

billones de hombres pudieron no dejar otro rastro de sus existencias le oprimía el corazón.

Finalmente, la suave curva del horizonte comenzó a quebrarse, partiéndose en montañas, que aparecían y desaparecían fugazmente. La máquina fue reduciendo la velocidad para bajar suavemente a la tierra en un gran arco de varios cientos de kilómetros de longitud. Y entonces se halló sobre Lys; sus bosques y sus interminables ríos formaban una escena de belleza tal que por un rato no pudo seguir viaje. Hacia el este, los campos se veían sombreados, y los grandes lagos flotaban entre ellos como charcos de noche más oscura. Pero hacia el crepúsculo las aguas danzaban centelleantes, saludándolo con inimaginables colores.

El robot no podía guiarlo más allá, pero no fue difícil localizar la aldea de Airlee. Alvin lo había previsto, y se sintió feliz al descubrir que el poder de las máquinas tenía un límite. Habría sido muy extraño que supiesen de Airlee; la ubicación de la aldea no podía estar grabada en sus células de memoria.

Tras alguna experimentación, Alvin llevó su nave hasta posarla en la ladera desde donde contemplara por primera vez a Lys. Resultaba bastante fácil controlar la máquina; sólo hacía falta expresar sus deseos en líneas generales, y el robot cuidaba de los detalles. Era de suponer que descartaría las órdenes imposibles o peligrosas, aunque no tenía intenciones de darlas si podía evitarlo. Parecía seguro que nadie lo había visto llegar. Eso era importante, ya que no tenía deseos de volver a trabarse en combate mental con Seranis. Sus planes eran aún algo difusos, pero no quería correr riesgos hasta que hubiese entablado contactos amistosos. El robot podía actuar como embajador, mientras él permanecía a salvo en la nave.

En la ruta hacia Airlee no encontró a nadie. Resultaba extraño permanecer sentado en la nave estelar mientras su campo de visión se movía sin esfuerzo por el camino familiar, con el susurro del bosque en los oídos. Sin embargo, aún no era capaz de identificarse totalmente con el robot y debía esforzarse de manera considerable.

Cuando llegó a Airlee, estaba ya casi oscuro, y las casitas aparecían inundadas de luz. Alvin se mantuvo entre las sombras. Estaba muy cerca de la casa de Seranis; de pronto lo descubrieron. Súbitamente se oyó un zumbido estridente y un batir de alas le obstruyó la vista. Retrocedió involuntariamente ante aquella embestida, pero enseguida comprendió lo que ocurría: una vez más Krif expresaba su desagrado ante todo lo que volara sin alas.

Alvin, que no deseaba lastimar a aquella criatura hermosa, pero estúpida, obligó al robot a detenerse y a soportar como pudo los golpes que llovían sobre él. Aunque estaba sentado cómodamente a dos kilómetros de allí, le fue imposible evitar un ademán de defensa. Felizmente Hilvar salió casi enseguida a investigar qué ocurría.

Al aproximarse su amo, Krif se retiró con un zumbido lúgubre. Hilvar contempló al robot en silencio, y finalmente sonrió.

—Hola, Alvin —dijo—. Me alegra que hayas vuelto. ¿O estás todavía en

Diaspar?

No era la primera vez que Alvin envidiaba la rapidez y precisión mental de Hilvar.

—No —respondió, preguntándose entre tanto si el robot reproduciría claramente su voz—. Estoy en Airlee, aquí cerca. Pero por el momento me quedaré aquí.

Hilvar se echó a reír.

—Me parece bien. Seranis te ha perdonado, pero en cuanto a la Asamblea..., ése es otro asunto. En este momento se ha convocado a reunión; es la primera que hayamos tenido jamás.

—¿Quieres decir —preguntó Alvin— que los concejales de Lys están aquí? Suponía que esas reuniones no eran necesarias en un pueblo que goza de poderes telepáticos.

—Se realizan en pocas ocasiones, pero son necesarias. No sé muy bien de qué se trata, pero ya han llegado tres senadores, y el resto vendrá pronto.

Alvin no pudo evitar una sonrisa ante la similitud de las reacciones entre Diaspar y Lys. Dondequiera que iba parecía dejar un rastro de consternación y alarma.

—Creo que convendría —dijo— que yo hablara en esa asamblea... bajo ciertas garantías.

—Podrías presentarte sin temor si la asamblea promete no tratar de apoderarse otra vez de tu mente. De lo contrario, en tu lugar, me quedaría donde estás. Llevaré tu robot a los senadores. Causará un gran revuelo.

Mientras seguía a Hilvar hasta la sede, Alvin volvió a sentir aquella honda pero engañosa sensación de entusiasmo y gozo. Se encontraría con los gobernantes de Lys en términos de mayor igualdad; no sentía rencor contra ellos, pero era muy agradable saberse dueño de la situación, y poseer ciertos poderes, nunca hasta entonces debidamente apreciados.

La puerta de la sala de conferencias estaba cercada, y pasó algún tiempo antes de que Hilvar pudiera llamar la atención. Las mentes de los senadores, según parecía, estaban completamente concentradas, y era difícil interrumpir sus deliberaciones. Al cabo las paredes se corrieron a desgano, y Alvin introdujo rápidamente su robot en la cámara.

Los tres senadores lo miraron acercarse, petrificados en sus asientos, pero el rostro de Seranis reveló apenas un parpadeo de sorpresa. Tal vez Hilvar le había hecho llegar alguna advertencia, o quizás esperaba que, tarde o temprano, Alvin regresara.

—Buenas noches —dijo, cortés, como si su entrada fuera lo más natural del mundo—. He decidido regresar.

Por cierto, la sorpresa fue mucho mayor de lo que esperaba. Uno de los senadores, un hombre joven de cabellos grises, fue el primero en recobrase.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —dijo.

La razón de su asombro era obvia. También en Lys, como en Diaspar, habrían

clausurado el subterráneo.

—Bueno, por el mismo camino de la vez anterior —dijo Alvin, sin poder resistir la tentación de divertirse a sus expensas.

Dos de los senadores miraron fijamente al tercero, que extendió las manos en un gesto de confundida resignación. Entonces, el joven que había hablado en primer lugar volvió a hacerlo:

—¿No encontraste ninguna... dificultad? —preguntó.

—Ninguna, en absoluto —dijo Alvin, decidido a aumentar la confusión.

Al ver que lo había conseguido, continuó:

—He vuelto por mi propia voluntad, y porque tengo algunas noticias importantes que darles. Sin embargo, puesto que ya hemos tenido nuestras diferencias, por el momento permaneceré a resguardo. Si me presento personalmente, ¿prometen no tratar otra vez de restringir mis movimientos?

Por un rato, nadie respondió, y Alvin se preguntó qué pensamientos estarían intercambiando en aquel silencio. Finalmente, Seranis habló por todos.

—No trataremos de controlarte otra vez, aunque no creo que antes hayamos tenido mucho éxito.

—Muy bien —replicó Alvin—, vendré a Airlee tan pronto como pueda.

Esperó el regreso del robot; le dio cuidadosas instrucciones e hizo que se las repitiera. Estaba seguro de que Seranis no quebraría su palabra; sin embargo, prefería resguardar su retirada.

Al abandonar la nave, la escotilla se cerró silenciosamente a sus espaldas. Un momento después se oyó un silbido apagado, semejante a una súbita aspiración de sorpresa, causado por el aire que abría paso a la nave en movimiento. Por un instante, una sombra oscura borró las estrellas; un momento después, la nave se había marchado.

Sólo cuando hubo desaparecido, Alvin comprendió que había cometido un leve, pero molesto error de cálculo, y que eso podía llevar al desastre sus cuidadosos planes. Había olvidado que los sentidos del robot eran más agudos que los suyos; la noche era mucho más oscura de lo que suponía. Más de una vez perdió completamente el camino, y en varias oportunidades estuvo a punto de chocar contra los árboles. La negrura del bosque era casi absoluta; en cierto momento, un bulto muy grande surgió de entre la maleza y se le aproximó. Tras un levísimo crujir de ramitas, dos ojos de esmeralda se clavaron en él, a la altura del codo. Alvin le habló con suavidad, y una lengua áspera e increíblemente larga le lamió la mano. Un momento después, un cuerpo musculoso se frotaba afectuosamente contra él; de inmediato se marchó sin ruido. ¿Qué animal era aquél? No tenía la menor idea.

Por fin, las luces de la aldea brillaron entre los árboles; pero ya no necesitaba de ellas: el sendero, bajo sus pies, se había convertido en un río de tenue fuego azulado. El musgo que pisaba era luminoso, y sus huellas dejaban parches oscuros que desaparecían lentamente tras él. Era un espectáculo hermoso y subyugante; cuando

Alvin se detuvo para arrancar un poco de aquel extraño musgo, lo vio brillar por algunos minutos en sus manos ahuecadas antes de perder su esplendor.

Hilvar se encontró con él por segunda vez fuera de la casa, y por segunda vez lo presentó a Seranis y a los senadores. Lo saludaron con cierta deferencia cautelosa y reservada; tal vez se preguntaron dónde estaba el robot, pero no hicieron comentarios.

—Lamento mucho —comenzó Alvin— haber tenido que abandonar este país en forma tan indigna. Tal vez les interese saber que me fue igualmente difícil salir de Diaspar.

Dejó que el comentario causara la debida sensación, y agregó rápidamente:

—He hablado a mi pueblo de Lys, e hice cuanto pude por causar una impresión favorable. Pero Diaspar no quiere saber nada con ustedes. A pesar de cuanto les dije, prefieren evitar la contaminación de una cultura inferior.

Fue muy satisfactorio observar la reacción de los senadores; hasta la educada Seranis se ruborizó ligeramente ante esas palabras. Si lograba que Lys y Diaspar se sintieran mutuamente ofendidas, habría resuelto más de la mitad del problema. Cada una estaría tan ansiosa por probar la superioridad de su modo de vida que todas las barreras caerían rápidamente.

—¿Por qué has vuelto a Lys? —preguntó Seranis.

—Porque deseo convencerlos, como también a Diaspar, de que se ha cometido un error.

No agregó la otra causa: que en Lys vivía el único amigo en quien podía confiar y cuyo sostén necesitaba ahora.

Los senadores permanecían en silencio, esperando que continuara, y Alvin comprendió que muchas mentes invisibles miraban a través de sus ojos y escuchaban por sus oídos. Él era el representante de Diaspar, y todo el pueblo de Lys juzgaba a la ciudad a través de sus palabras. Era una gran responsabilidad, y se sintió indigno de ella. Ordenó sus pensamientos y empezó a hablar.

Su tema fue la ciudad de Diaspar. La pintó como la había visto la última vez, soñadora sobre el seno del desierto, con sus torres brillando contra el cielo como arcoiris cautivos. Rescató de su memoria las canciones de los poetas antiguos, que habían cantado sus alabanzas, y habló de los incontables hombres que dedicaran su vida a acrecentar la belleza de la ciudad. Nadie, les dijo, podía agotar jamás los tesoros, por mucho que viviera; siempre quedaba algo por ver. También describió algunas de las maravillas que los artistas del pasado habían creado para admiración eterna de los hombres. Y se preguntó, con cierta melancolía si en verdad la música de Diaspar era el último sonido que la Tierra había transmitido a las estrellas.

Lo escucharon hasta el final sin interrupciones ni preguntas. Cuando hubo terminado era ya muy tarde, y Alvin se sentía más cansado que nunca. Vencido por la tensión y las emociones del largo día, súbitamente se quedó dormido.

Cuando despertó, se halló en un cuarto extraño; tardó algunos instantes en recordar que ya no estaba en Diaspar. En tanto iba recobrando la conciencia, la luz

crecía a su alrededor; finalmente quedó bañado por el fresco y suave resplandor del sol matinal, que se filtraba por paredes transparentes. Permaneció en una soñolienta semiconciencia, recordando los sucesos del día anterior y preguntándose qué fuerzas habría desatado.

Con un sonido suave y musical, una de las paredes comenzó a plegarse, de un modo tan complicado que la vista no podía desentrañarlo. Hilvar pasó por la abertura que se había formado, y dirigió a Alvin una mirada entre divertida y preocupada.

—Ahora que estás despierto, Alvin —dijo—, tal vez quieras decirme al menos qué piensas hacer a continuación, y cómo te las arreglaste para llegar aquí. Los senadores están a punto de salir para investigar el subterráneo; no pueden entender cómo pudiste regresar por él. ¿Viniste por allí?

—Tal vez será mejor que los alcancemos —dijo Alvin, saltando de la cama y desperezándose—. No quiero que pierdan el tiempo. En cuanto a tu pregunta..., dentro de un ratito te mostraré la respuesta.

Alcanzaron a los tres senadores casi al llegar al lago, e intercambiaron con ellos saludos un poco tímidos. El Comité de Investigación notó que Alvin sabía hacia donde se dirigían, y el inesperado encuentro los colocó en una posición desventajosa.

—Temo que anoche les informé mal —dijo el joven, alegremente—. No vine a Lys por la vieja ruta, de modo que el intento de clausurarla era innecesario. A propósito, el Concejo de Diaspar también clausuró su entrada, con la misma poca suerte.

En los rostros de los senadores se reflejaron todos los matices de la perplejidad, en tanto consideraban las diferentes soluciones del enigma.

—Entonces, ¿cómo llegaste aquí? —preguntó el director.

Pero de pronto sus ojos reflejaron una primera comprensión, y Alvin notó que comenzaba a adivinar la verdad. Tal vez había interceptado la orden que acababa de enviar a través de las montañas. Pero nada respondió, limitándose a señalar el cielo septentrional.

Una luz plateada cruzaba en arco las montañas, dejando un rastro de incandescencia, a una velocidad tal que era imposible seguirlo con la vista. Se detuvo sobre Lys a seis kilómetros de altura. No hubo desaceleración, no hubo disminución de su colosal velocidad. Frenó instantáneamente; quienes lo seguían con la vista recorrieron todavía un largo trecho en la bóveda celeste antes de notar que se había detenido. Desde los cielos llegó un trueno poderoso, causado por el aire al estallar ante la violencia de su paso. Algo después, la nave se posó en la ladera, a cien metros de allí, centelleando espléndidamente bajo la luz solar.

Era difícil determinar quién recibió la mayor sorpresa, pero Alvin fue el primero en recobrase. Mientras se dirigían, casi corriendo, hacia la nave espacial, se preguntaba si viajaría normalmente en esa forma meteórica. Era desconcertante, ya que durante su primer viaje no había sentido sensación de movimiento. Sin embargo, más extraño aún era imaginar que esa espléndida maquinaria había surgido recién el

día anterior de bajo una gruesa capa de roca, dura como el acero. Una envoltura que aún la cubría cuando fue liberada de las entrañas de la tierra.

Alvin se acercó a la nave y quemó sus dedos al apoyarlos incautamente sobre el casco de la nave. Entonces comprendió: cerca de la popa había aún trazas de tierra, pero fundida en lava. Todo el resto había sido barrido, dejando al descubierto la durísima plancha de metal que ni el tiempo ni fuerza natural alguna podían dañar.

Con Hilvar a su lado, Alvin se detuvo ante la escotilla abierta y contempló a los silenciosos senadores, preguntándose en qué estarían pensando, qué pensaría, en realidad, todo el pueblo de Lys. Por sus expresiones, se habría dicho que habían dejado muy atrás sus pensamientos.

—Voy a Shalmirane —dijo Alvin—, y volveré a Airlee dentro de una hora, más o menos. Pero ése es sólo un comienzo. Quiero dejarles algo para pensar mientras yo no esté. Ésta no es una de las tantas máquinas voladoras con las que los hombres viajaban por la Tierra. Es una nave espacial, una de las más veloces jamás construidas. Si quieren saber dónde la encontré, hallarán la respuesta en Diaspar. Pero tendrán que ir hasta allí, porque Diaspar jamás vendrá a ustedes.

Se volvió hacia Hilvar, e hizo un ademán hacia la escotilla. Hilvar vaciló tan sólo por un momento, echando una mirada hacia el paisaje familiar que le rodeaba. Seguidamente penetró en la nave que se dirigió hacia el sur, a poca velocidad, puesto que el camino a recorrer era corto. Los senadores permanecieron allí, contemplándola hasta que desapareció. Entonces el joven de cabellos grises que dirigía el grupo se encogió filosóficamente de hombros y se volvió hacia uno de sus colegas.

—Siempre te has opuesto a nosotros cuando quisimos efectuar cambios —dijo—, y hasta el momento has ganado. Pero no creo que el futuro pertenezca a ninguno de nuestros grupos a partir de este momento. Tanto Lys como Diaspar han llegado al fin de una era, y debemos sacar el mejor partido posible.

—Creo que tienes razón —fue la sombría respuesta—. Es una crisis, y Alvin habló a conciencia cuando nos dijo que fuéramos a Diaspar. Saben de nuestra existencia, y ya no tiene sentido que nos ocultemos. Pienso que lo mejor será ponernos en contacto con nuestros primos; podemos encontrarlos deseosos de cooperar.

—¡Pero el subterráneo está cerrado por ambos extremos!

—Podemos abrir el nuestro; no pasará mucho tiempo sin que Diaspar haga lo mismo.

Todos los senadores, los que estaban en Airlee y los que se hallaban diseminados por todo Lys, consideraron la propuesta con profundo disgusto, pero no vieron otra alternativa.

Mucho antes de lo que Alvin había pensado, la semilla que él sembrara estaba comenzando a florecer.

Cuando la nave llegó a Shalmirane, las montañas flotaban aún en las tinieblas. Desde lo alto, el gran cuenco de la fortaleza parecía muy pequeño; resultaba increíble que el destino de la Tierra hubiese dependido alguna vez de aquel diminuto círculo de ébano.

Alvin hizo descender la nave entre las ruinas, junto al lago; la desolación se abatió sobre él, oprimiéndole el alma. Abrió la escotilla, y la quietud del lugar trepó a la nave. Hilvar, que apenas había pronunciado palabra durante todo el vuelo, preguntó suavemente:

—¿Por qué has vuelto aquí?

No respondió hasta que estuvieron casi sobre el borde del lago. Entonces dijo:

—Quería mostrarte cómo es esta nave. Y también tenía la esperanza de que el pólipo hubiese vuelto a la existencia. Creo que le debo algo, y quiero contarle lo que he descubierto.

—En ese caso —replicó Hilvar—, tendrás que esperar. Has regresado demasiado pronto.

Alvin lo había supuesto y no lo defraudó el fracaso de sus remotas esperanzas. Las aguas del lago permanecían en absoluta quietud, sin el latido rítmico que los había intrigado tanto en la primera visita. Se arrodilló a la orilla del agua y miró hacia las profundidades oscuras y frías.

Diminutas campanas translúcidas, que arrastraban tentáculos casi invisibles, iban y venían bajo la superficie. Alvin sumergió la mano y levantó una. La soltó de inmediato, con una pequeña exclamación de fastidio: le había picado.

Algún día —tal vez años, tal vez siglos después— esas gelatinas inconscientes volverían a reunirse; en cuanto sus recuerdos establecieran los vínculos, la conciencia volvería a existir. Alvin se preguntó cómo acogería los descubrimientos que había hecho; tal vez no le gustara reconocer la verdad acerca del Maestro. En realidad, podía rehusarse a admitir que todos sus siglos de paciente espera habían sido en vano.

Y sin embargo ¿habían sido realmente en vano? Por engañadas que aquellas criaturas hubiesen estado, su larga vigilia había dado frutos. Como por milagro, habían preservado antiguos conocimientos que, de lo contrario, se habrían perdido para siempre. Ya podían quedar en paz, mientras su credo seguía el rumbo de otros miles de religiones que alguna vez se creyeron eternas.

Hilvar y Alvin volvieron pensativos a la nave, y pronto la fortaleza fue una vez más una sombra oscura entre las colinas. Menguó rápidamente hasta convertirse en un ojo negro, sin párpado, que contemplaba eternamente el espacio, y pronto la perdieron en el vasto panorama de Lys.

La máquina ascendió sin control alguno hasta que todo el territorio de Lys se extendió bajo ellos como una isla verde en un mar de color ocre. Alvin nunca había alcanzado tal altura; cuando finalmente la nave se detuvo, en su vuelo ascendente, pudieron contemplar todo el cuarto creciente de la Tierra. Lys era sólo una mancha esmeraldina en mitad del rojizo desierto, pero allá lejos, sobre la curva del globo, algo centelleaba como una joya multicolor. Y así, por primera vez en su vida, Hilvar vio la ciudad de Diaspar.

Permanecieron un largo rato contemplando el girar de la Tierra. De todos los poderes que el hombre gozara en otras épocas aquel era, sin duda, el que menos derecho tenía a perder. En ese momento, Alvin habría deseado que los gobernantes de Lys y de Diaspar pudieran ver el mundo tal como él lo estaba viendo.

—Hilvar —dijo, por fin—, ¿crees que estoy procediendo bien?

La pregunta sorprendió a Hilvar; nada sabía de las repentinas dudas que asaltaban a veces a su amigo; desconocía el encuentro entre Alvin y la Computadora Central, y el impacto que causara éste en su mente. No era una pregunta que pudiera contestarse con objetividad; al igual que Kedron, aunque con menores razones, Hilvar sentía que su propio carácter comenzaba a sucumbir. Se sentía irremediabilmente atraído hacia el torbellino que Alvin dejaba detrás en su paso por la vida.

—Creo que tienes razón —dijo Hilvar, lentamente—. Nuestros dos pueblos llevan mucho tiempo separados.

Eso, al menos, era verdad, aunque sabía que sus propios sentimientos quitaban objetividad a su respuesta. Pero Alvin seguía preocupado:

—Hay algo que me inquieta —continuó, con voz alterada—, y es la diferencia en la duración de nuestras vidas.

No dijo más, pero cada uno de ellos sabía lo que el otro estaba pensando.

—También a mí me ha preocupado eso —admitió Hilvar—, pero creo que el problema se resolverá por sí mismo cuando nuestros pueblos se conozcan. Es imposible que los dos tengan razón; a lo mejor nuestras vidas son demasiado cortas, y las vuestras, por cierto, demasiado largas. A su debido tiempo habrá un acuerdo.

Alvin lo dudaba. En eso radicaba la única esperanza, pero las eras de transición serían sin duda muy arduas. Volvió a recordar las amargas palabras de Seranis: «Cuando él y yo hayamos muerto, tú tendrás aún por delante muchos siglos de juventud». Muy bien; aceptaría las condiciones. También en Diaspar toda amistad caía bajo la misma sombra; que la diferencia fuera de cien años o de un millón, no tenía mucha importancia.

Alvin sabía, con una certidumbre que sobrepasaba toda lógica, que el bienestar de la raza requería la combinación de ambas culturas; en ese caso, la felicidad importaba poco. Por un momento vislumbró a la humanidad como algo más que el contorno vivo de su propia existencia, y aceptó, sin acobardarse, la infelicidad que algún día provocaría su elección.

Por debajo, el mundo proseguía su eterno girar. Hilvar guardaba silencio, adivinando el estado de ánimo de su amigo. Finalmente, Alvin habló:

—Cuando salí por primera vez de Diaspar no sabía qué buscaba. En otros tiempos, Lys habría sido bastante, y más que eso. Ahora, en cambio, la Tierra me parece demasiado pequeña y sin importancia. Cada descubrimiento me ha planteado incógnitas aún mayores, y me ha abierto horizontes más amplios. Me pregunto dónde terminará esto.

Hilvar nunca había visto a su amigo tan pensativo, y no quiso interrumpir su soliloquio. En los últimos minutos había descubierto muchas cosas en él.

—El robot —continuó Alvin— me dijo que esta nave puede llegar a los Siete Soles en menos de un día, ¿te parece que debo ir?

—¿Crees que puedo detenerte? —preguntó serenamente Hilvar.

—Eso no es una respuesta —replicó Alvin, sonriendo—. ¿Quién sabe qué habrá allá, en el espacio? Tal vez los Invasores han dejado el universo, pero puede haber otras inteligencias hostiles al Hombre.

—¿Por qué? Ésa es una de las cuestiones que nuestros filósofos vienen debatiendo desde hace siglos. Una raza inteligente no tiene por qué mostrarse hostil.

—¿Y los invasores...?

—Constituyen un enigma, lo reconozco. Si fueron realmente malignos, a esta altura deberían haberse destruido entre sí. Y aunque no fuera así...

Hilvar señaló el desierto interminable, y completó su frase:

—En un tiempo tuvimos un Imperio. ¿Qué tenemos ahora que ellos puedan codiciar?

Alvin se sintió algo sorprendido al descubrir que alguien compartía su punto de vista.

—¿Toda tu gente piensa así? —preguntó.

—Sólo una minoría. El común de la gente no se preocupa por eso, pero quizá dirían que si los Invasores desearan realmente destruir la Tierra, lo habrían hecho hace miles de siglos. No creo que nadie les tema.

—En Diaspar las cosas son muy diferentes —dijo Alvin—. Mi gente es muy cobarde. Los aterroriza abandonar la ciudad, y no sé qué ocurrirá cuando sepan que he localizado una nave espacial. A esta altura, Jeserac debe haber informado al Concejo; me gustaría saber qué están haciendo.

—Yo puedo decírtelo. Se preparan para recibir a la primera delegación de Lys. Seranis acaba de anunciármelo.

Alvin volvió a mirar la pantalla. Podía recorrer la distancia entre Lys y Diaspar en

una sola mirada; aunque había alcanzado una de sus metas, aquello parecía ya un asunto de poca importancia. No obstante, los largos siglos de aislamiento estéril llegaban, indudablemente a su fin.

Al saber que había logrado éxito en lo que fuera su misión principal, las últimas dudas desaparecieron de su mente. Había cumplido la misión de su vida, con más rapidez y eficacia de la que esperara. El camino estaba abierto para una aventura que podía ser la última, la más importante.

—¿Vendrás conmigo, Hilvar? —preguntó, con total conciencia de lo que pedía.

—No hay necesidad de preguntarlo, Alvin —respondió su amigo, mirándolo fijamente—; hace ya una hora larga que dije a Seranis y a todos mis amigos que iría contigo...

Cuando alcanzaron mayor altura, Alvin dio al robot las últimas instrucciones. La nave estaba en un punto muerto, tal vez a más de mil kilómetros de la superficie terrestre; ésta ocupaba casi todo el cielo, y se le veía muy poco acogedora. Alvin se preguntó cuántas naves se habrían demorado allí, en el pasado, por un instante, antes de continuar su camino.

Hubo una pausa apreciable, como si el robot estuviera verificando los controles y los circuitos que no habían sido utilizados durante eras geológicas. Se oyó un sonido muy leve, el primero que Alvin escuchaba en una máquina. Era un débil murmullo, que subió rápidamente de octava en octava hasta perderse en el límite del alcance auditivo. No se percibió cambio alguno en el movimiento, pero de pronto notaron que las estrellas pasaban a toda velocidad. Después, la Tierra reapareció y rodó por la pantalla; estaba en una posición un tanto diferente. La nave trataba de orientarse mediante movimientos pendulares, y se mecía en el espacio como la aguja en un compás al señalar el norte. Durante varios minutos el cielo pareció girar y retorcerse en torno a ellos, hasta que el vehículo se detuvo, convertido en un gigantesco proyectil que apuntaba a las estrellas.

En el centro de la pantalla, el gran anillo de los Siete Soles desplegaba su belleza de arcoiris. Aún podía verse parte de la Tierra como un oscuro cuarto creciente recortado contra los dorados y carmesíes del crepúsculo. Alvin comprendió que aquello superaba toda su experiencia. Esperó, aferrado a su asiento, mientras volaban los segundos y los Siete Soles titilaban en la pantalla.

No hubo sonido alguno, sólo un súbito desgarrón que pareció borrar la imagen. Pero la Tierra se desvaneció como si una mano gigantesca la hubiese apartado bruscamente. Estaban solos en el espacio, solos con las estrellas y un sol extrañamente marchito. La Tierra había desaparecido.

Volvió a percibirse la sensación desgarrante, y con ella llegó un levísimo murmullo; los generadores parecían emplear por primera vez una gran parte de su poder. Sin embargo, por un instante todo pareció igual; Alvin notó entonces que el mismo sol había desaparecido: las estrellas se deslizaban lentamente junto a la nave; volvió la vista por un momento, pero nada vio. Hacia atrás, los cielos se habían

desvanecido por completo, borrados por una semiesfera nocturna. Ante su vista, las estrellas desaparecían como chispas caídas en el agua. La nave avanzaba a una velocidad mucho mayor que la de la luz: Alvin comprendió que ya no estaban en el espacio familiar de la Tierra y el Sol.

Cuando el súbito y vertiginoso desgarramiento se dejó sentir por tercera vez, el corazón de Alvin dejó casi de latir. Ese extraño opacamiento de la imagen se había vuelto innegable; por un momento, todo cuanto los rodeaba pareció distorsionarse más allá de todo reconocimiento posible. En un momento de comprensión inexplicable, su mente le reveló el sentido de aquello: *Era real, y la vista no se engañaba*. Sin saber cómo, al pasar a través de la delgada película del Presente, estaba presenciando los cambios que ocurrían en el espacio a su alrededor.

En el mismo instante, el murmullo de los generadores creció hasta convertirse en un rugido que conmovió la nave entera; el sonido fue doblemente impresionante para Alvin, puesto que escuchaba por primera vez el grito de protesta de una máquina. Pronto pasó todo, y el súbito silencio pareció aturdir sus tímpanos. Los grandes generadores habían cumplido con su tarea; ya no serían necesarios hasta el final del viaje. Hacia adelante, las estrellas se encendían en un blanco azulado y se desvanecían en el ultravioleta. Y sin embargo, por alguna magia de la ciencia o de la naturaleza, los Siete Soles eran aún visibles, aunque sus posiciones y colores habían cambiado ligeramente. La nave avanzaba hacia ellos por un túnel de oscuridad, más allá de los límites del espacio y del tiempo, a una velocidad tan elevada que desafiaba toda imaginación.

Era difícil creer que estuvieran volando fuera del Sistema Solar, a una velocidad que, de no ser controlada, los llevaría pronto al corazón de la Galaxia, y hasta el gran vacío extendido más allá. Ni Alvin ni Hilvar podían concebir la verdadera inmensidad del viaje; las grandes sagas de exploración habían cambiado completamente la visión del hombre sobre el universo, y aún entonces, millones de siglos después, las tradiciones antiguas no habían muerto del todo. Según susurraba la leyenda, existió cierta vez una nave capaz de circunnavegar el cosmos entre el amanecer y la noche. Los billones de kilómetros que separaban una estrella de otra, nada significaban para tal velocidad. Para Alvin, este viaje era apenas mayor que su primera excursión hasta Lys, y quizá menos peligroso.

Fue Hilvar quien expresó en alta voz los pensamientos de ambos, al encenderse ante ellos la luz de los Siete Soles.

—Alvin —observó—, esa formación no puede ser natural.

Su compañero asintió.

—Hace años que lo pienso, pero parece demasiado fantástico.

—Tal vez ese sistema no sea obra del hombre —concordó Hilvar—, pero indudablemente ha sido creado por una inteligencia. Ese perfecto círculo de estrellas, todas igualmente brillantes, no puede ser obra de la naturaleza. En el universo visible no hay nada comparable al Sol Central.

—¿Y con qué fin lo habrán creado?

—Oh, se me ocurren varias razones. Tal vez se trata de una señal para que cualquier nave extraña que entre a nuestro universo sepa dónde podrá encontrar vida. Quizá marca el centro de la administración galáctica. O —y por alguna razón se me ocurre que ésta es la verdadera explicación— es, simplemente, la mayor de todas las obras de arte. Pero es tonto especular ahora. En pocas horas más descubriremos la verdad.

«*Descubriremos la verdad*», pensó Alvin; tal vez fuera cierto, pero ¿cuánto llegaría a saber? Resultaba extraño que en ese momento, al abandonar Diaspar y la Tierra misma a una velocidad que superaba toda comprensión, su mente se volviera una vez más a los misterios de su origen. Aunque tal vez no fuera tan sorprendente; había descubierto muchas cosas desde que llegara a Lys por primera vez, pero hasta entonces no había dispuesto de un solo momento para reflexionar con tranquilidad.

No quedaba sino sentarse a esperar; el futuro inmediato estaba bajo el control de la extraordinaria máquina (sin duda uno de los logros supremos de la ingeniería) que los llevaba ya hacia el corazón del universo. Era el momento de reflexionar, lo quisiera o no. Pero antes debía contarle a Hilvar cuanto le había ocurrido desde su precipitada partida, sólo dos días antes.

Su compañero lo escuchó sin comentarios y sin pedir explicaciones; parecía comprender de inmediato cuanto Alvin describía, y no dio muestras de sorpresa al saber del encuentro con la Computadora Central y la operación que ésta había realizado en la mente del robot. Su silencio no se debía a que hubiese perdido la capacidad de asombro, sino a que la historia del pasado estaba llena de maravillas tan grandes como la historia de Alvin.

Cuando éste hubo terminado, dijo:

—Obviamente, cuando la construyeron, la Computadora Central debe haber recibido instrucciones especiales con respecto a ti. A esta altura habrás comprendido ya por qué.

—Creo que sí. Kedron me dio parte de la respuesta al explicarme que los creadores de Diaspar habían tomado medidas para preservarla de la decadencia.

—Opinas que tú y los otros Únicos eran parte de un mecanismo social para evitar el estancamiento completo. De ese modo, los Bufones serían factores de corrección a corto plazo, mientras que los de tu clase lo serían a largo plazo.

Hilvar había expresado la idea mejor de lo que Alvin hubiese podido hacerlo, pero eso no era exactamente lo que él pensaba.

—Creo que la verdad es más complicada. Se diría que en el momento de construir la ciudad hubo un conflicto de opiniones entre quienes querían cerrarla completamente al mundo exterior, y quienes deseaban mantener algunos contactos. Ganó el primer grupo, pero los otros no admitieron la derrota. Creo que Yarlan Zey debe haber sido uno de los líderes, pero no tenía suficiente poder para actuar directamente. Hizo lo que pudo, dejando el subterráneo abierto y asegurándose de

que a largos intervalos surgiera alguien de la casa de creación que no compartiera los temores de todos sus conciudadanos. En realidad, me pregunto...

Alvin se detuvo, y por un momento sus ojos se empañaron, como si se hallara mentalmente muy lejos de aquel lugar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Hilvar.

—Acaba de ocurrírseme: tal vez yo mismo soy Yarlán Zey. Es perfectamente posible. Puede haber alimentado los bancos de memoria con su personalidad, a fin de quebrar el molde de Diaspar antes de que se estableciera con demasiada firmeza. Un día debo descubrir qué pasó con aquellos primeros Únicos; tal vez me ayude a completar el rompecabezas.

—Y Yarlán Zey, o quien haya sido —musitó Hilvar, siguiendo el hilo del pensamiento lógico— dio también instrucciones a la Computadora Central para que ayudara a los Únicos, cuando surgieran.

—Así es. La ironía radica en que yo podría haber conseguido toda la información necesaria directamente de la Computadora Central, sin la ayuda del pobre Kedron. Me habría dicho mucho más de lo que le dijo a él. Pero sin duda me ahorró mucho tiempo, y me enseñó cosas que jamás habría descubierto solo.

—Creo que tu teoría cubre todos los hechos conocidos —dijo Hilvar, con cautela—. Lamentablemente, aún deja abierto el mayor de todos los problemas: el propósito original de Diaspar. ¿Por qué trataba tu pueblo de fingir que el mundo exterior no existía? He ahí una pregunta que me gustaría poder contestar.

—Tengo intenciones de contestarla —replicó Alvin— pero no sé cuándo, ni cómo.

Así, mientras discutían y soñaban, hora a hora, los Siete Soles se iban separando hasta cubrir completamente el extraño túnel nocturno por donde transitaba la nave. Entonces, una a una, las seis estrellas exteriores se desvanecieron en el borde de oscuridad, hasta que sólo quedó el sol central. Si bien ya no estaba totalmente en el espacio por donde ellos navegaban, aún brillaba la luz perlada que la distinguía de las demás estrellas. Su luminosidad crecía lentamente, hasta que al fin dejó de ser un punto convirtiéndose en un disco diminuto. Y éste comenzó a expandirse ante ellos.

Hubo una brevísima advertencia: en un instante, una nota profunda y campanilleante vibró por la cabina. Alvin se aferró al brazo de su asiento, aunque era un gesto totalmente inútil.

Una vez más, los grandes generadores volvieron a la vida; con una brusquedad eneguedora, desaparecieron las estrellas. La nave había vuelto a caer en el espacio, en el universo de soles y planetas, el mundo natural donde nada podía moverse más rápidamente que la luz.

Estaban ya dentro del sistema de los Siete Soles, y el gran anillo de globos coloridos dominaba el cielo. ¡Y qué cielo! Todas las estrellas que les eran conocidas, todas las constelaciones familiares, habían desaparecido. La Vía Láctea no era ya una leve banda lechosa hacia un costado del cielo; estaba en el centro de la creación, y su

gran círculo dividía el universo en dos mitades.

La nave se movía a creciente velocidad hacia el Sol Central, y las seis estrellas restantes del sistema semejaban cuentas de colores dispuestas en torno al cielo. No muy lejos de ellos se divisaban las diminutas chispas de los planetas circundantes; esos mundos debían ser enormes para resultar visibles a tal distancia.

Ahora se distinguía claramente la causa que daba aquel tono nacarado a la luz del sol central. La gran estrella estaba envuelta en un manto gaseoso que suavizaba su radiación, dándole ese color característico. La nébula circundante sólo podía verse indirectamente, y se retorció en formas extrañas que escapaban a la vista. Pero allí estaba, y cuanto más se la miraba, más extensa parecía.

—Y bien, Alvin —dijo Hilvar—, tenemos varios mundos para escoger. ¿O pretendes explorarlos todos?

—Con suerte no será necesario —admitió Alvin—. Si podemos hacer contacto en alguna parte, recibiremos toda la información necesaria. Lo más lógico sería dirigirnos hacia el planeta más grande del sol central.

—A menos que sea demasiado grande. Según me han dicho, algunos planetas son tan grandes que la vida humana no pudo subsistir en ellos; los hombres sucumbían bajó su propio peso.

—Me cuesta creerlo; este sistema me parece totalmente artificial. En todo caso, podremos ver desde el espacio si hay ciudades y edificios.

Hilvar señaló al robot.

—Hasta ahora nos ha solucionado todos los problemas. No olvides que nuestro guía ha estado antes por aquí. Nos está llevando a su casa, y me pregunto qué piensa al respecto.

También Alvin se hacía la misma pregunta algunas veces. Pero ¿acaso tenía sentido imaginar que el robot tendría emociones parecidas a las humanas al regresar al antiguo hogar del Maestro, tras tantas eras?

Durante todo su trato con él, desde que la Computadora Central levantara el bloqueo que lo enmudecía, Alvin no había notado en el robot señas de sentimientos o emociones. Había respondido a todas sus preguntas y obedecido a todas sus órdenes, pero su verdadera personalidad parecía totalmente inaccesible. Sin embargo, Alvin estaba seguro de que tenía una personalidad; de lo contrario él no habría experimentado aquel oscuro sentimiento de culpa que aún lo perturbaba al recordar la trampa que había tendido a la máquina y a su compañero, ahora diseminado.

Aunque había visto falsificar milagros y mentir a sus seguidores, tales inconvenientes no afectaron su lealtad; aún creía en las enseñanzas del Maestro. Como muchos humanos, tenía la facilidad de reconciliar dos series de datos conflictivos.

En ese momento remontaba la línea inmemorial de sus recuerdos hasta su mismo origen. Casi perdida en el resplandor del sol central se veía una pálida chispa de luz, y a su alrededor los centelleos menores de mundos más pequeños. Estaban llegando

al fin del larguísimo viaje. En un rato más podrían saber si había sido en vano.

A unos cuantos millones de kilómetros el planeta al que se iban acercando era ya una hermosa esfera de luz multicolor. La superficie estaba libre de sombras pues, mientras él giraba junto al sol central, las demás estrellas recorrían sus órbitas una a una. Entonces Alvin comprendió claramente el significado de las últimas palabras del Maestro: «Qué hermoso es contemplar las sombras coloridas en los planetas de la luz eterna.»

Estaban ya tan cerca que podían ver continentes, océanos, y una vaga neblina de atmósfera. Sin embargo, sus contornos tenían algo extraño. Pronto notaron que las divisiones entre agua y tierra firme eran curiosamente regulares. Los continentes del planeta no tenían la forma que la naturaleza les habría dado. De cualquier modo, era cosa fácil formar un mundo para quien había construido aquellos soles.

—¡Aquéllos no son océanos! —exclamó Hilvar de pronto—. ¡Mira las marcas que tienen!

Recién cuando el planeta estuvo más próximo, Alvin pudo ver claramente lo que su amigo le indicaba. A lo largo de los bordes continentales se divisaban leves bandas y líneas, bastante más adentro de lo que él había tomado por costas marítimas. La escena lo llenó de súbitas dudas, pues conocía demasiado bien el significado de aquellas líneas. Las había visto una vez en el desierto, en torno a Diaspar; por ello supo que su viaje había sido inútil.

—Ese planeta está tan seco como la Tierra —dijo, con voz inexpresiva—. Sus aguas han desaparecido; esas marcas son los lechos salinos de los antiguos mares.

—No debieron dejar que eso ocurriera —replicó Hilvar—. Creo que, después de todo, hemos llegado demasiado tarde.

Su desaliento era tan amargo que Alvin no se atrevió a decir más, y sólo pudo contemplar en silencio el gran mundo que tenía delante. Con solemne lentitud, el planeta se volvía hacia la nave, mientras su faz les salía majestuosamente al encuentro. Ya se divisaban los edificios; diminutas incrustaciones blancas sembradas por todas partes, salvo en los océanos.

En otros tiempos, ese mundo había sido el centro del Universo. Ahora estaba inmóvil, agotado el aire, desprovista la tierra de las manchas huidizas que revelaban la presencia de vida. Sin embargo, la nave se dirigía intencionalmente hacia el mar de piedra inmóvil, que en el pasado se había unido aquí y allá en grandes olas que desafiaban al cielo.

Finalmente, la nave se detuvo, como si el robot hubiese llegado ya hasta la misma fuente de sus recuerdos. Bajo ellos se erguía una nivea columna de piedra emplazada en el centro de un inmenso anfiteatro de mármol. Alvin aguardó un rato; luego, como la máquina permaneciera inmóvil, le indicó aterrizar al pie de la columna.

Hasta ese momento, Alvin había tenido cierta esperanza de hallar vida en el planeta. Pero al abrir la escotilla esa esperanza se desvaneció instantáneamente.

Nunca, ni siquiera en la desolación de Shalmirane, había encontrado un silencio tan absoluto. En la Tierra se oía siempre algún murmullo de voces, el paso de las criaturas vivientes o el suspiro del viento. Nada de eso existía allí, ni volvería a existir.

—¿Por qué nos trajiste a este lugar? —preguntó Alvin al robot.

Poco le interesaba la respuesta, pero aún lo dominaba el ímpetu de su búsqueda, aunque había perdido ya todo ánimo de proseguirla.

—El Maestro partió desde aquí —replicó el robot.

—Suponía que ésa iba a ser la explicación —dijo Hilvar—. ¿Captas la ironía de todo esto? Huyó de este mundo al caer en desgracia, y ¡mira el monumento que le han construido!

La gran columna de piedra alcanzaba quizá cien veces la altura de un hombre, y estaba inserta en un círculo de metal un poco elevado por sobre el nivel de la planicie. Era liso y carecía de inscripciones. ¿Por cuántos miles de millones de años se habrían reunido allí los discípulos del Maestro para rendirle homenaje? ¿Habrían llegado a saber de su muerte tras el exilio en la lejana Tierra?

Ya no tenía importancia. El Maestro y sus discípulos estaban enterrados por igual en el mismo olvido.

—Vamos afuera —dijo Hilvar, tratando de sacar a Alvin de su estado depresivo—. Hemos recorrido medio universo para ver este lugar. Al menos, tendrías que hacer el esfuerzo de salir fuera de la nave.

A su pesar, Alvin sonrió y salió tras Hilvar por la escotilla. Una vez fuera, se sintieron algo más reanimados. Aunque aquel planeta estuviera muerto, debía contener cosas de interés, muchos signos que les ayudarían a resolver, en parte, el misterio del pasado y a comprender el presente.

El aire era pesado, pero respirable. A pesar de los muchos soles, la temperatura era baja. Sólo el disco blanco del sol central proporcionaba verdadero calor, y éste parecía perder su fuerza al pasar por la nebulosa de gas que rodeaba al astro. Los otros soles ponían una nota de color, aunque no de tibieza.

Bastaron unos minutos para asegurarse de que el obelisco no contenía dato alguno. El inquebrantable material de que estaba construido presentaba evidentes signos de vejez; tenía los bordes redondeados, y el metal sobre el cual se apoyaba había sido desgastado, por el paso de muchas generaciones de discípulos y visitantes. Tal vez ellos eran los últimos seres humanos entre los muchos billones que lo habían contemplado.

Hilvar estaba por sugerir que regresaran a la nave para volar hasta el edificio más cercano, cuando Alvin descubrió una grieta en el piso de mármol del anfiteatro. La siguieron por un trecho considerable, notando que se iba ensanchando; en el tramo final, la abertura era lo bastante amplia como para dar cabida a la pierna de un hombre.

Un momento después se hallaron ante el punto en donde se abría. La superficie de

la pista apisonada formaba una enorme depresión que superaba el kilómetro y medio de longitud. No se requería una gran inteligencia para adivinar su causa. Muchos siglos antes (aunque sin duda largo tiempo después que ese mundo quedara desierto), una inmensa forma cilíndrica se había posado allí, para elevarse una vez más hacia el espacio, dejando el planeta abandonado a sus recuerdos.

¿Quiénes habrían sido? ¿De dónde provenían? Alvin se limitaba a contemplarlo todo, intrigado. Era imposible saber cuántos milenios separaban la llegada de los primeros visitantes de la suya.

En silencio se dirigieron hasta su vehículo (tan pequeño comparado con aquel monstruo que alguna vez ocupara ese lugar), y sobrevolaron lentamente la pista hasta llegar al más importante de los edificios que lo flanqueaban. No bien aterrizaron frente a la puerta ornamentada, Hilvar señaló algo:

—Estos edificios no parecen seguros. Con todas las piedras que han caído allí es un milagro que se mantengan en pie. Si hubiese tormentas en este planeta se habrían derrumbado hace siglos. No creo que sea prudente entrar.

—No voy a hacerlo; enviaré al robot. Él puede moverse con más rapidez que nosotros, y no provocará vibraciones que puedan hacer caer el techo.

Hilvar aprobó esa precaución, pero también insistió en algo que Alvin no había pensado. Antes de que el robot partiera en su misión de reconocimiento, hizo que diera instrucciones al cerebro de la nave, casi tan apto como el suyo, para que al menos ellos pudieran retornar sin problemas a la Tierra si algo le pasaba al piloto.

Les llevó poco tiempo convencerse de que ese planeta no tenía nada que ofrecerles. Juntos observaron largos corredores y pasajes vacíos, cubiertos de polvo, que se reflejaban en la pantalla mientras el robot exploraba los laberintos desiertos. Todo edificio diseñado por seres inteligentes, cualquiera sea la forma de sus cuerpos, debe cumplir con ciertas leyes básicas; después de cierto análisis, hasta las más extrañas formas de arquitectura y diseño dejan de provocar sorpresa, y la mente, fascinada ante la mera repetición, se torna incapaz de absorber mayores impresiones. Según parecía, aquellos edificios habían sido exclusivamente residenciales, y los seres que los habitaran debieron tener aproximadamente el tamaño de un hombre. Bien pudieron haber pertenecido al género humano y aunque muchos cuartos y recintos se adaptaban solamente a seres voladores, no por eso los constructores de la ciudad debían ser necesariamente alados. Pudieron haber utilizado artefactos antigravitatorios individuales; si bien en Diaspar no había trazas de ellos, en otros tiempos habían sido de uso común.

—Alvin —dijo finalmente Hilvar—, podríamos pasar un millón de años explorando estos edificios. Es obvio que, al abandonarlos, sus habitantes retiraron cuidadosamente cuanto objeto de valor contenían. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Qué sugieres? —preguntó Alvin.

—Inspeccionemos una o dos zonas más, para ver si están en las mismas condiciones..., como creo. Después deberíamos echar una mirada sobre los otros

planetas, y aterrizar sólo si alguno parece fundamentalmente distinto, o si notamos algo raro. Es todo lo que podemos hacer, a menos que resolvamos quedarnos aquí por el resto de nuestras vidas.

Era cierto; la finalidad del viaje no era realizar investigaciones arqueológicas sino ponerse en contacto con seres inteligentes. La última, si era realizable, podía lograrse en unos pocos días. La primera requeriría siglos de trabajo por parte de ejércitos enteros de hombres y robots.

Abandonaron el planeta dos horas después, y hacerlo fue todo un placer. En opinión de Alvin, ese mundo de interminables edificios hubiese sido deprimente aunque bullera de vida. No había trazos de parques, ni espacios abiertos donde pudiera haber crecido alguna vegetación. Se trataba de un mundo totalmente estéril, y resultaba difícil imaginar la psicología de los seres que lo habían habitado. Alvin decidió que si el planeta siguiente era idéntico, abandonaría la búsqueda de inmediato, sin más trámite.

Pero no fue así. En realidad, habría sido difícil imaginar mayor contraste.

Ese planeta estaba más cerca del sol, y aun desde el espacio parecía cálido. Estaba parcialmente cubierto de nubes bajas, señal de que había agua en abundancia, aunque no se veían evidencias de océanos. Tampoco había señales de inteligencia; circunvolvieron el planeta dos veces sin notar la presencia de una sola máquina. El globo entero, desde los polos hasta el Ecuador, estaba cubierto por un manto de verde virulento.

—Creo que debemos andar con mucho cuidado —dijo Hilvar—. Este mundo está vivo, y no me gusta el color de esa vegetación. Sería mejor quedarnos en la nave y no abrir la escotilla.

—¿Ni siquiera para enviar al robot?

—No, ni siquiera para eso. Tú no sabes lo que son las enfermedades; mi gente sabe tratarlas, pero estamos a mucha distancia de casa, y puede haber aquí peligros ocultos. Creo que este mundo se ha desbocado. En otros tiempos pudo haber sido un gran jardín, un parque, pero al quedar abandonado, la Naturaleza lo avasalló. Mientras el sistema estuvo habitado debió ser muy distinto.

Alvin no puso en duda la opinión de Hilvar. Había algo siniestro en la anarquía biológica que se extendía bajo la nave, algo opuesto al orden y a la regularidad sobre las que se fundaba la vida en Lys y en Diaspar. En el último billón de años venía librándose allí una batalla incesante, y convenía cuidarse de los sobrevivientes.

Bajaron cautelosamente hacia una amplia llanura; la mera uniformidad de la planicie les planteó un problema inmediato. La llanura estaba bordeada por tierras más altas, completamente cubiertas de árboles, cuya altura sólo podían calcular por adivinación, pues se hallaban cubiertos de apretada maleza, con los troncos virtualmente enterrados en ella.

Muchas criaturas aladas volaban entre las ramas superiores aunque resultaba imposible, dada la velocidad de sus movimientos, determinar si eran aves, insectos o

algo diferente.

De trecho en trecho, un gigante de la selva había logrado trepar unos cuantos metros por sobre sus belicosos vecinos, y éstos, tras formar una breve alianza, lo habían echado abajo, quitándole así la supremacía lograda. Aquella era una guerra silenciosa y demasiado lenta para ser detectada a simple vista; aun así, todo despertaba una sensación sobrecogedora de conflicto implacable y sin misericordia.

Por comparación, la llanura resultaba plácida y rutinaria. Se extendía sin interrupciones hasta el horizonte, cubierta al parecer por un pasto lino y mullido. Aunque descendieron hasta hallarse a quince metros de la superficie, no vieron signos de vida animal, para extrañeza de Hilvar. Tal vez los animales se habían espantado ante su presencia.

Se mantuvieron flotando sobre la pradera, en tanto Alvin trataba de convencer a Hilvar de que no había peligro en abrir la escotilla; éste trató pacientemente de explicarle conceptos tales como los de bacterias, hongos, virus y microbios, pero su compañero no lograba comprenderlos, y mucho menos aplicarlos a sí mismo. Mientras discutían, algo les llamó la atención. La pantalla de visión, que hasta entonces reflejara la jungla, había quedado en blanco.

—¿La apagaste tú? —preguntó Hilvar, adelantándose un paso al pensamiento de Alvin, como de costumbre.

—No —replicó Alvin.

Estremeciéndose, consideró la otra posibilidad e interrogó a su vez al robot:

—¿Has sido tú?

—No —fue la respuesta, como un eco de la suya.

Con un suspiro de alivio, Alvin descartó la idea de que el robot hubiese empezado a actuar bajo su propia voluntad; eso los habría puesto frente a un motín electrónico.

—Y entonces, ¿por qué la pantalla está en blanco? —volvió a preguntar.

—Los receptores de imagen están cubiertos.

—No comprendo —dijo Alvin.

Recordó de inmediato que el robot sólo respondía a órdenes concretas o a las preguntas directas. Recobrándose, agregó:

—¿Qué es lo que cubre los receptores?

—No lo sé.

La parquedad de los robots podía ser a veces tan exasperante como la verborragia de los humanos. Antes de que Alvin pudiera continuar con el interrogatorio, Hilvar intervino.

—Dile que haga subir la nave..., despacio —dijo, con cierta urgencia.

Alvin repitió la orden. Como de costumbre no hubo sensación de movimiento. Luego, lentamente, la imagen volvió a la pantalla de visión, aunque por un momento se la vio opaca y distorsionada. Pero era lo bastante expresiva como para poner fin a toda discusión sobre la posibilidad de aterrizar.

La llanura ya no era plana. Precisamente debajo de la nave se había formado un

montículo, y éste estaba abierto en su parte superior, allí donde la nave lo había desgarrado al liberarse. Grandes pseudopodios se balanceaban torpemente por la abertura, como si trataran de recapturar la presa que acababa de escapar a sus garras. Alvin, horrorizado, alcanzó a divisar un orificio palpitante, en color escarlata, rodeado por tentáculos en forma de látigo, que azotaban el aire al unísono, echando dentro de esa mandíbula todo lo que pasaba a su alcance.

Al verse burlada por su presente víctima, la criatura se hundió lentamente en el suelo. Alvin comprendió recién entonces que la pradera no era sino la espuma de un mar estancado.

—¿Qué era eso? —jadeó.

—Para contestar tendría que bajar a estudiarlo —replicó Hilvar, con indiferencia—. Puede ser alguna especie animal primitiva, tal vez pariente de nuestro amigo de Shalmirane. Por lo visto, no era inteligente; de lo contrario no se le habría ocurrido comer una nave espacial.

Alvin se estremeció, aun sabiendo que el peligro no había sido serio. Se preguntó qué otra cosa podía habitar esa pradera, tan inocente, que parecía una invitación a correr por su mullida superficie.

—Podría pasar años aquí —dijo Hilvar, obviamente fascinado por lo que acababa de ver—. En estas condiciones, la evolución debe haber producido resultados muy interesantes. No sólo la evolución, sino también la involución, puesto que al quedar desierto el planeta retrocedieron las formas de vida más elevadas. A esta altura ya se habrá logrado el equilibrio, y... ¿ya nos vamos?

Lo dijo en un tono quejoso, al ver que el paisaje retrocedía.

—Sí —replicó Alvin—. He visto un mundo carente de vida, y otro con exceso de ella; no sé qué me disgusta más.

Mil quinientos metros más arriba, el planeta les dio una última sorpresa. Encontraron una flotilla de globos enormes y flácidos, que volaban al impulso del viento. En cada envoltura semitransparente se enredaban manojos de zarcillos, formando una especie de maleza invertida. Al parecer, algunas plantas, en el esfuerzo por escapar a los feroces conflictos de la superficie, habían llegado a conquistar el aire. Por un milagro de adaptación, lograban preparar el hidrógeno y almacenarlo en vejigas, para poder elevarse hacia la relativa paz de la atmósfera.

Sin embargo, tampoco allí tenían garantías de seguridad. Sus tallos y hojas colgantes estaban infestados por toda una fauna de arácnidos, que debían sobrevivir flotando a gran altura sobre la superficie del globo, librando en sus islas aéreas la misma batalla universal por la vida. Presumiblemente, de tiempo en tiempo establecerían algún contacto con la Tierra; Alvin vio que uno de los grandes globos se desinflaba súbitamente y caía con la vejiga rota abierta a modo de paracaídas. Se preguntó si se trataba de un accidente o de una parte del ciclo vital de aquellos extraños seres. Mientras viajaban hacia el planeta siguiente Hilvar se quedó dormido. Por alguna razón que el robot no podía explicarles, la nave viajaba a poca velocidad,

al menos en comparación con la rapidez de sus viajes universales. Les llevó casi dos horas alcanzar el mundo que Alvin había elegido como próxima parada, y fue una pequeña sorpresa el demorar tanto en un mero viaje interplanetario.

Al entrar en la atmósfera del planeta, Alvin despertó a su amigo:

—¿Qué te parece eso? —preguntó, señalando la pantalla de visión.

Por debajo se extendía un paisaje desértico en negros y grises. Aunque no presentaba rastros de vegetación ni evidencia alguna de vida, había pruebas indirectas: las colinas bajas y los valles parecían salpicados de hemisferas de formas perfectas, algunas de las cuales constituían esquemas simétricos y complejos.

El último planeta les había enseñado a ser cautos, y tras un cuidadoso estudio de todas las posibilidades, prefirieron detenerse a bastante altura, mientras el robot bajaba a investigar. Por medio de su sistema visual vieron que el robot se acercaba a una de las hemisferas, para detenerse a pocos metros de su superficie lisa y pulida.

No había señales de entrada, y nada indicaba la finalidad de esa estructura. Era bastante grande, y alcanzaba los treinta metros de altura; algunas de las otras tenían aún mayor tamaño. Si se trataba de un edificio, no parecía tener entradas ni salidas.

Tras alguna vacilación, Alvin ordenó al robot que se adelantara y tocara la cúpula. Para su asombro, la máquina se negó a obedecerle. Aquello era un amotinamiento, o al menos a primera vista lo parecía.

—¿Por qué no me obedeces? —preguntó Alvin, una vez repuesto de la sorpresa.

—Está prohibido —fue la respuesta.

—¿Prohibido por quién?

—No lo sé.

—¿Y entonces cómo...? No, cancela eso. ¿La orden ha sido incluida en tu sistema?

—No.

Eso parecía eliminar una posibilidad. Los constructores de aquellas cúpulas podrían ser los mismos que habían armado el robot, incluyendo ese tabú en las instrucciones originales de la máquina.

—¿Cuándo recibiste la orden? —preguntó Alvin.

—Al aterrizar.

Alvin se volvió hacia Hilvar, con la esperanza brillándole en los ojos.

—¡Aquí hay inteligencia! —exclamó—. ¿Puedes percibirla?

—No —respondió Hilvar—. Este mundo me parece tan muerto como el primero que visitamos.

—Iré a reunirme con el robot. Eso que habla con él, puede hacerlo conmigo.

Hilvar no discutió, aunque no parecía muy conforme. Condujeron la nave a tierra, a unos cuantos metros del sitio donde los aguardaba el robot, y abrieron la escotilla.

Alvin sabía que la cerradura no cedería a menos que el cerebro del vehículo comprobara previamente que el aire era respirable. Por un momento pensó que se había deslizado algún error: el aire era demasiado tenue, y no alcanzaba a llenar sus

pulmones. Al aspirar profundamente, comprobó que podía obtener el oxígeno suficiente para sobrevivir, aunque sólo fuera por algunos minutos.

Jadeando profundamente, se dirigieron hacia la pared curva de la enigmática cúpula. Un paso más allá, se detuvieron al unísono, como alcanzados por una misma descarga. Como el tañido de un poderoso gong, un sencillo mensaje había aparecido en sus mentes.

#### PELIGRO. NO ACERCARSE

Eso era todo. No era un mensaje en palabras, sino un pensamiento puro. Alvin tuvo la certeza de que toda criatura, cualquiera fuese su nivel de inteligencia, recibiría el mismo aviso, en la misma forma inequívoca: en lo más profundo de su mente.

Era una advertencia, y no una amenaza. Algo les dijo que no estaba dirigida *contra* ellos, sino para su protección. Parecía decir que allí se guardaba algo intrínsecamente peligroso, y que sus constructores deseaban evitar cualquier daño por inadvertencia.

Alvin e Hilvar retrocedieron varios pasos y se miraron, cada uno esperando que el otro hablara. Hilvar fue el primero en hacerlo.

—Yo tenía razón, Alvin —dijo—. Aquí no hay inteligencia. El aviso es automático; funciona ante la presencia de cualquiera que se aproxime demasiado.

Alvin asintió, agregando:

—¿Qué intentarán proteger? Aquí podría haber edificios o cualquier otra cosa bajo esas cúpulas.

—No hay forma de saberlo, si todas las cúpulas nos ordenan apartarnos. Entre los tres planetas que hemos visitado hay diferencias notables. En el primero, se llevaron todo lo que había; del segundo, partieron sin preocuparse, y en éste se tomaron muchas molestias.

—Tal vez esperaban volver algún día, y querían que todo estuviera listo para ese momento.

—Pero no volvieron... Y ha pasado mucho tiempo.

—Tal vez cambiaron de idea.

Era curioso, pensó Alvin. Tanto él como Hilvar habían empezado a usar inconscientemente la palabra «ellos». Fueran lo que fuesen, su presencia se había dejado sentir fuertemente en el primer planeta, y más aún allí. Ese mundo había sido cuidadosamente envuelto y guardado hasta que volviera a hacer falta.

—Volvamos a la nave —jadeó Alvin—. Aquí no puedo respirar bien.

Tan pronto como se hubo cerrado la escotilla, se sintieron lo bastante tranquilos como para discutir el próximo paso. Si deseaban hacer una investigación amplia, tendrían que probar con muchas cúpulas, en la esperanza de encontrar alguna en la cual pudieran entrar. Si eso fracasaba... Pero Alvin no aceptaría esa posibilidad mientras no hubiera agotado el último recurso.

Debió aceptarla antes de una hora, y en forma mucho más dramática de lo que habría soñado. El robot había descendido en cinco o seis cúpulas, siempre con el mismo resultado. De pronto se hallaron ante una escena completamente fuera de lugar en ese mundo tan ordenado.

Estaban sobre un valle ancho, salpicado de cúpulas misteriosas e impenetrables. El centro presentaba la herida inconfundible de una gran explosión, una explosión que había arrojado escombros a kilómetros de distancia, en todas las direcciones, abriendo un cráter en el terreno.

Y junto al cráter estaban los restos de una nave estelar.

Aterrizaron cerca del escenario de aquella antigua tragedia, y caminaron lentamente, para ahorrar el aliento, hacia el enorme casco roto que se erguía ante ellos. Sólo quedaba una pequeña parte de la nave, ya fuera la popa o la proa; era de presumir que el resto había sido destruido por la explosión. Mientras se acercaban, un pensamiento se iba forjando poco a poco en la mente de Alvin, hasta adquirir la fuerza de la certidumbre.

—Hilvar —dijo, aunque se le hacía difícil hablar mientras caminaba—. Creo que esta nave es la misma que aterrizó en el primer planeta.

Hilvar asintió con la cabeza, sin más derroche de aliento. Él había tenido la misma idea. Aquello parecía una buena lección práctica para los visitantes incautos; ojalá Alvin la tuviera en cuenta.

Al llegar al casco pudieron contemplar el interior de la nave. Era como mirar un edificio enorme partido en dos; techos, pisos y paredes, desgarrados en el sitio de la explosión, presentaban un distorsionado corte del vehículo. ¿Qué extraños seres yacerían muertos entre los restos del vehículo?

—No comprendo —dijo Hilvar, de pronto—. Esta parte de la nave está muy dañada, pero relativamente entera. ¿Dónde está el resto? Tal vez se partió en el espacio, y este pedazo cayó aquí.

Enviaron al robot a explorar los alrededores, y se dedicaron a examinar la zona del desastre. Sólo entonces comprendieron lo ocurrido. Todas las dudas desaparecieron cuando Alvin descubrió la hilera de montículos bajos, cada uno de tres metros de longitud, en la pequeña colina junto a la cual se hallaban los restos.

—Ya veo —musitó Hilvar—; aterrizaron aquí, y no hicieron caso de la advertencia. Eran curiosos, como tú, y trataron de abrir esa cúpula.

Señaló hacia el otro lado del cráter, hacia la concha suave e intacta, donde los desaparecidos regidores de aquel mundo habían guardado sus tesoros. Pero ya no era una cúpula, sino una esfera casi completa, pues la tierra en donde se asentaba había sido barrida por la explosión.

—La nave se estrelló, y muchos de ellos murieron. Sin embargo, lograron hacer algunas reparaciones y volvieron a partir, cortando este sector y deshaciéndose de cuanto no fuera imprescindible. ¡Qué trabajo debió ser!

Alvin lo escuchaba apenas. Se había alejado para observar una curiosa señal, y estaba absorto en su contemplación; era una delgada flecha con un anillo alrededor del cabo. Aunque le resultaba extraña y poco familiar, él era sensible a su mudo y secular mensaje.

Bajo esas piedras podría encontrar al menos la respuesta a una pregunta, pero prefería dejarla sin contestar: aquellas criaturas, cualquiera hubiese sido su naturaleza, se habían ganado el derecho a descansar.

Mientras volvían lentamente a la nave, Alvin susurró algunas palabras que Hilvar

apenas alcanzó a oír:

—Ojalá hayan vuelto a su mundo.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó Hilvar, cuando se encontraron nuevamente en el espacio.

Alvin, pensativo, contemplaba la pantalla.

—¿Te parece que convendría regresar? —preguntó.

—Sería lo más sensato. Quizá la suerte no nos acompañe por mucho tiempo más, y quién sabe qué sorpresas nos esperan en esos otros planetas.

Era la voz de la prudencia y de la cordura; en ese momento, Alvin estaba dispuesto a prestarle mucha más atención de la que le hubiese concedido unos pocos días atrás. Pero el camino recorrido era largo; durante toda su vida había aguardado ese momento, y no volvería atrás mientras quedase tanto por ver.

—Desde este momento permaneceremos a bordo —dijo—, y no tocaremos la superficie. Supongo que con eso estaremos seguros.

Hilvar se encogió de hombros, como si rehusara toda responsabilidad por lo que pudiera ocurrir. Puesto que Alvin comenzaba a dar muestras de alguna cautela, le parecía poco prudente admitir su propio entusiasmo por continuar la exploración, aunque ya había abandonado toda esperanza de hallar vida inteligente entre aquellos planetas.

Un mundo doble apareció ante ellos: se trataba de un gran planeta con un satélite menor. El principal parecía gemelo del segundo planeta que visitaran: estaba envuelto en el mismo manto de color verde enfermizo. No tenía objeto aterrizar allí; ya conocían esa historia.

Alvin acercó la nave a la superficie del satélite; los complejos mecanismos que la protegían anunciaron que allí no había atmósfera, pero la advertencia era superflua. Todas las sombras tenían un borde claro y destacado; no había matices entre luz y sombra. Por primera vez, notaron en ese sistema algo parecido a la noche, ya que sólo uno de los soles más distantes estaba por sobre el horizonte en la zona donde establecieron el primer contacto. El paisaje, bajo aquella luz de color rojo apagado, daba la impresión de estar bañado en sangre.

Sobrevolaron largas cadenas de montañas, tan perfiladas y agudas como en el momento en que surgieran. Aquel mundo no había conocido el cambio ni la decadencia; no sabía de vientos ni de lluvias. No hacían falta circuitos de eternidad para preservar la prístina frescura de los objetos.

Pero si no había atmósfera, no podía haber vida. ¿O sí?

—Por supuesto —dijo Hilvar, cuando Alvin planteó la pregunta—. La idea no tiene nada de absurdo. La vida no puede originarse en el espacio sin aire, pero puede desarrollar formas que sobrevivan sin él. Debe haber ocurrido miles de veces, en cada planeta habitado que haya perdido su atmósfera.

—¿Pero crees que en el vacío puede existir una forma de vida inteligente? ¿No habrían tratado de evitar la pérdida del aire?

—Es posible, siempre que ya tuvieran una inteligencia desarrollada al comenzar el proceso. Pero si la atmósfera se perdió mientras estaban todavía en una etapa primitiva, tenían que adaptarse o perecer. Una vez adaptados, pudieron desarrollar una gran inteligencia. En realidad, la misma fuerza del incentivo pudo forzarlos a ello.

Para Alvin, ese argumento era puramente teórico, en lo que concernía a aquel planeta. No se veía el menor signo de que alguna vez hubiese albergado vida, inteligente o no. Pero en ese caso ¿para qué servía? Había llegado a la certeza de que el sistema múltiple de los Siete Soles era artificial, y ese mundo debía formar parte del gran proyecto. Era posible que lo hubiesen puesto allí sólo con fines ornamentales, para dotar de una luna al cielo de su gigantesco compañero. Pero aun en ese caso le habrían dado alguna utilidad.

—Mira —dijo Hilvar, señalando la pantalla—. Allí, a la derecha.

Alvin cambió el curso de la nave, y el paisaje se inclinó hacia ellos. Las rocas enrojecidas se desdibujaron ante la velocidad del movimiento; en seguida, la imagen se estabilizó. Allá abajo apareció una inconfundible señal de vida.

Inconfundible..., pero también desconcertante. Era un amplio espacio rodeado de esbeltas columnas, separadas entre sí por una distancia de treinta metros, y cada una de unos sesenta de altura. Se perdían en la distancia, menguando en una perspectiva hipnótica, hasta ser devoradas por el lejano horizonte.

Alvin dirigió la nave hacia la derecha y empezó a seguir la hilera de columnas. ¿Qué finalidad habrían cumplido? Dispuestas en una serie uniforme, desfilaban sin interrupción entre montañas y valles. No había señales de que en otros tiempos hubiesen servido de sostén a otro objeto. Eran lisas y pulidas, levemente ahusadas hacia la punta.

En forma bastante abrupta, la hilera cambió su curso en ángulo recto. Antes de que Alvin reaccionara y pudiera modificar la dirección de la nave, habían pasado ya unos cuantos kilómetros.

Las columnas se sucedieron en la misma hilera uniforme a lo largo del paisaje, a intervalos perfectamente regulares, durante otros ciento cincuenta kilómetros, para volver a tomar otro giro en ángulo recto. De seguir así, pronto volverían al punto de partida.

Aquella secuencia interminable los había hipnotizado a tal punto que, cuando algo la interrumpió, pasaron de largo. Sólo varios kilómetros más adelante, Hilvar atinó a lanzar un grito de advertencia. Alvin hizo retroceder la nave, y descendieron lentamente. En tanto volaban en círculos sobre lo que Hilvar había descubierto, una sospecha fantástica empezó a acosarlos, aunque al principio ninguno de ellos se atrevió a expresarla.

Dos de las columnas estaban quebradas cerca de las bases, y yacían sobre las

rocas, allí donde habían caído. Eso no era todo; las dos columnas que enmarcaban la rotura estaban inclinadas hacia adelante, como ante el empuje de una fuerza irresistible.

No había forma de evitar la aterradora conclusión. Alvin comprendió recién entonces qué era aquello; se trataba de algo que viera con frecuencia en Lys, pero hasta ese momento la sorprendente diferencia de escalas le había impedido reconocerlo.

—Hilvar —dijo, atreviéndose apenas a expresar sus pensamientos—, ¿sabes qué es esto?

—Parece increíble, pero hemos estado volando en torno a un corral. Esto es una cerca..., y no ha sido lo bastante resistente.

Alvin dejó escapar esa risa extraña con la que los hombres suelen disimular el temor reverencial.

—La gente no debería criar mascotas —dijo—, a menos que pudiera mantenerlas bajo control.

Hilvar no respondió a esa broma forzada; estaba observando la barricada rota, con el ceño fruncido por el esfuerzo.

—No comprendo —dijo, finalmente—. ¿Dónde pudo haber encontrado comida en un planeta como éste? ¿Y por qué huyó de su corral? Daría cualquier cosa por saber qué clase de animal era.

—Tal vez lo abandonaron aquí —sugirió Alvin—, y huyó al sentirse hambriento. También puede ser que algo lo haya perturbado.

—Bajemos un poco más —dijo Hilvar—. Quiero echar una mirada al terreno.

Hicieron descender la nave casi hasta tocar la roca. Fue entonces cuando notaron que la llanura estaba acribillada por innumerables perforaciones de cuatro o cinco centímetros de diámetro. Sin embargo, más allá de la empalizada, la tierra no presentaba ninguno de aquellos misteriosos hoyos; se detuvieron abruptamente ante la cerca.

—Tienes razón —dijo Hilvar—. Estaba hambriento. Pero no era un animal; sería más adecuado llamarlo planta. La tierra del cercado estaba agotada, y tenía que encontrar alimento en otra parte. Probablemente era muy lento para moverse; tal vez le llevó años echar abajo esos postes.

La imaginación de Alvin completó al momento los detalles que jamás conocerían con certeza. Sin duda, el análisis de Hilvar era básicamente correcto; algún monstruo vegetal, quizá demasiado lento como para que la vista percibiera su avance, había librado contra las barreras que lo detenían una lenta pero implacable batalla. Tal vez estuviera aún con vida, a pesar de los siglos transcurridos, merodeando a voluntad por el planeta. Sin embargo, su búsqueda representaría una tarea ímproba, puesto que haría falta recorrer toda la superficie del globo. Por mera fórmula, los jóvenes inspeccionaron un área de varios kilómetros a la redonda, y localizaron un círculo lleno de hoyos, de unos ciento cincuenta metros de diámetro; obviamente, la criatura

se había detenido allí para alimentarse..., en el caso de que pudiera aplicarse dicho término a un organismo capaz de obtener sus elementos nutritivos de la roca sólida.

En tanto volvían a elevarse en el espacio. Alvin se sintió invadido por una extraña fatiga. Había visto muchas cosas, pero era muy poco lo que comprendía. Todos aquellos planetas contenían muchas maravillas, pero aquello que él buscaba había desaparecido largo tiempo atrás. Sería inútil visitar los otros planetas de los Siete Soles. Aunque hubiese todavía inteligencia en el universo, ¿dónde buscarla? Contempló las estrellas esparcidas como polvo sobre la pantalla de visión, y supo que no bastaría el resto de la eternidad para explorarlas todas.

Lo invadió una sensación de soledad y de opresión como nunca antes la sintiera. Ahora podía comprender el terror que sentían en Diaspar por los grandes espacios del universo, el terror que agrupaba a su pueblo en el microcosmos de la ciudad. Aunque fuera difícil de aceptar, al fin de cuentas tenían razón.

Se volvió hacia Hilvar en busca de apoyo. Pero su compañero estaba de pie, con los puños apretados y una mirada brillante en los ojos. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, como si todos sus sentidos se esforzaran por percibir algo en el vacío que los rodea.

—¿Qué pasa? —preguntó Alvin, ansioso.

Hubo que repetir dos veces la pregunta antes de que Hilvar diera muestras de haberla escuchado. Cuando respondió, aún tenía los ojos fijos en la nada.

—Algo se aproxima —dijo, lentamente—. Algo que no comprendo.

De pronto, Alvin tuvo la sensación de que la cabina se había vuelto muy fría, y la pesadilla ancestral de los Invasores se le presentó con todo su horror. Con un esfuerzo de voluntad que consumió toda su energía, se obligó a dominar el pánico.

—¿Es amigable? —preguntó—. ¿O emprendemos la retirada?

Hilvar no contestó la primera pregunta, pero sí la segunda. Su voz, muy débil, no revelaba alarma ni temor, sino un gran asombro, una vasta curiosidad, como si hubiese tropezado con algo tan sorprendente que toda la ansiedad de Alvin no podía inducirle a responder.

—Es demasiado tarde —dijo—. Ya está aquí.

La galaxia había girado muchas veces sobre sí misma desde que Vanamonde surgiera a la conciencia. Podía recordar muy poco de aquellos primeros milenios y de las criaturas que entonces lo cuidaran. En cambio, tenía muy presente la desolación que sintió cuando se marcharon, dejándolo solo entre las estrellas. Desde entonces había vagado de un sol a otro, desarrollando y acrecentando lentamente sus facultades. Alguna vez había soñado con volver a encontrar a aquellos que le atendieran en su nacimiento; el sueño se había esfumado, pero sin desvanecerse por completo.

En incontables mundos había descubierto las ruinas que la vida dejara tras sí, pero

sólo una vez encontró inteligencia... y huyó despavorido del Sol Negro. Sin embargo, el universo era muy grande, y la búsqueda recién comenzaba.

Por lejos que estuviera en el espacio y en el tiempo, el gran estallido de energía que emanaba del corazón de la galaxia llamaba a Vanamonde a través de incontables años-luz. Era muy distinto de las radiaciones estelares, y había aparecido en su campo de conciencia con la velocidad de un meteoro por un cielo despejado. Se movía hacia él a través del tiempo y del espacio, hacia el momento final de su existencia, desechando a su modo los esquemas muertos e inmóviles del pasado.

Aquella larga forma metálica, con su estructura infinitamente compleja, le resultaba incomprensible, tan extraña como casi todas las cosas del mundo físico. A su alrededor se apretaba aún el aura de poder que lo había lanzado a través del universo, pero eso ya no le interesaba. Cuidadosamente, con la nerviosa delicadeza de una bestia salvaje a punto de alzar el vuelo, trató de alcanzar las dos mentes que acababa de descubrir.

Y supo entonces que su larga búsqueda había terminado.

Alvin tomó a su compañero por los hombros y lo sacudió violentamente, tratando de volverlo a la realidad.

—¡Dime qué es lo que pasa! —suplicó—. ¿Qué debo hacer?

Los ojos de Hilvar abandonaron su expresión abstracta y remota.

—Todavía no comprendo —replicó—. Pero no hay necesidad de asustarse, de eso estoy seguro. Sea lo que sea, no va a hacernos daño. Sólo demuestra... interés.

Alvin estaba a punto de contestar, pero en ese momento lo sobrecogió una sensación distinta a cuantas conocía. Por su cuerpo parecía expandirse una comezón tibia y resplandeciente; duró sólo unos pocos segundos, pero cuando desapareció, algo compartía su mente, coincidiendo con él, como un círculo puede cubrir parcialmente a otro. También sentía a su alcance la mente de Hilvar, igualmente entremezclada con la criatura que descendiera sobre ellos. La sensación no era desagradable, sino extraña, y proporcionó a Alvin su primer contacto con la verdadera telepatía, aquel poder que en su pueblo había alcanzado un grado tal de degeneración que no servía sino para controlar las máquinas.

Alvin, que se había declarado en abierta rebelión ante el intento de Seranis por controlar su mente, no luchó contra esa nueva intrusión. Habría sido inútil; además, comprendía que la criatura, cualquiera que fuese, no era hostil. Se abandonó, pensando que una inteligencia infinitamente mayor que la suya exploraba su alma. Sin embargo, no estaba completamente en lo cierto.

Vanamonde notó al momento que una de esas mentes era más amistosa y accesible que la otra. Las dos estaban azoradas por su presencia, y eso le sorprendió mucho. Era difícil creer que lo hubiesen olvidado; el olvido, como la muerte, caían fuera de la comprensión de Vanamonde.

La comunicación fue muy difícil; muchos de los pensamientos-imágenes de sus mentes eran tan extraños que apenas podía reconocerlos. Al tropezar con el constante cuadro de pánico ante los Invasores, se sintió confundido y algo atemorizado; le recordaba sus propias emociones cuando el Sol Negro entró por primera vez en su campo de conocimiento.

Pero ellos no sabían del Sol Negro, y empezaban a formular sus propias preguntas:

—¿Qué eres?

Dio la única respuesta que podía dar:

—Soy Vanamonde.

Hubo una pausa (¡cuánto demoraban en dar forma a sus pensamientos!), y volvieron a repetir la pregunta. No habían comprendido. Resultaba extraño, puesto que eran los humanos quienes le dieran ese nombre, para conservarlo entre los recuerdos de su nacimiento. Eran sólo unos pocos recuerdos, y comenzaban extrañamente en un mismo instante. Pero tenían la claridad del cristal.

Una vez más, los diminutos pensamientos lucharon por penetrar en su conciencia:

—¿Dónde están los que construyeron los Siete Soles? ¿Qué les ocurrió?

Él no lo sabía, y apenas pudieron creerle. El desencanto le llegó claramente a través del abismo que separaba aquellas mentes de la suya. Pero se mostraron pacientes, y él se sintió feliz de ayudarlos; porque compartían la misma búsqueda, y le brindaban el primer contacto de su vida.

Por tanto tiempo como viviera, Alvin no olvidaría una experiencia tan extraña como aquella conversación silenciosa. Aunque no quisiera admitirlo, era apenas algo más que un mero espectador, ya que la mente de Hilvar se mostraba, en ciertos aspectos, mucho más capaz que la suya. Se limitó a esperar, intrigado, medio aturdido por el torrente de pensamientos que sobrepasaban sus límites de comprensión.

Al fin, Hilvar, bastante pálido y tenso, quebró el contacto y se volvió a su amigo.

—Alvin —dijo, con voz muy cansada—. Aquí hay algo extraño. No acabo de comprenderlo.

Aquello restauró un poco la autoestima de Alvin; debió revelarse en su rostro, porque Hilvar sonrió súbitamente con simpatía.

—No puedo descubrir qué es este... Vanamonde —continuó—. Es una criatura de tremendos conocimientos, pero parece tener muy poca inteligencia. Por supuesto, quizá su mente es tan distinta de la nuestra que escapa a mi comprensión. Sin embargo, no creo que ésa sea la explicación correcta.

—Bueno, ¿qué has descubierto? —preguntó Alvin, con cierta impaciencia—. ¿Sabe algo de los Siete Soles?

Hilvar parecía aún absorto.

—Fueron obra de muchas razas, incluyendo la nuestra —dijo, distraído—. Él puede darme esa clase de datos, pero no parece comprender qué significan. Creo que tiene conciencia del pasado, sin la capacidad de interpretarlo. Todo lo que ha ocurrido

parece confundírsele en el cerebro.

Se detuvo por un momento, pensativo; de pronto, su rostro se iluminó.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo— de un modo u otro, debemos llevar a Vanamonde a la Tierra, para que nuestros filósofos puedan estudiarlo.

—¿No habrá peligro? —preguntó Alvin.

—No —respondió Hilvar, notando lo inusitado de esa cautela—. Vanamonde es dócil. Más aún, parece casi afectuoso.

Y de pronto, Alvin comprendió perfectamente aquello que rondaba su conciencia. Recordó a Krif y a los otros animales que escapaban de continuo, para fastidio o alarma de Hilvar y sus amigos. Y recordó la expedición a Shalmirane (¡qué lejana parecía!), y las investigaciones zoológicas que involucrara.

Hilvar acababa de encontrar una nueva mascota.

—¡Qué inconcebible era esta conferencia hace unos pocos días! —se decía Jeserac.

Los seis delegados de Lys estaban sentados a lo largo de una mesa, ubicada en la parte abierta del semicírculo ocupado por los miembros del Concejo. Era toda una ironía recordar que, hacía muy poco, Alvin había ocupado ese mismo sitio para escuchar la decisión del Concejo, según la cual Diaspar debía ser nuevamente cerrada al mundo. Pero el mundo había irrumpido en la ciudad como venganza..., y no solo, sino con todo el universo.

El Concejo mismo había cambiado. Faltaban por lo menos cinco miembros, que no habían tenido el valor de hacer frente a las nuevas responsabilidades y problemas. Si eran tantos los ciudadanos incapaces de afrontar el primer desafío verdadero en muchos millones de años, estaba a la vista que Diaspar había fracasado. Muchos miles de personas habían huido ya hacia el breve olvido de los Bancos de Memoria, confiando en que, cuando despertaran, la crisis habría sido conjurada y Diaspar sería otra vez la de siempre. Pero se llevarían una desilusión.

Jeserac había sido elegido para llenar una de las plazas vacantes en el Concejo. Aunque estaba algo desacreditado, por su papel como tutor de Alvin, su presencia era obviamente tan esencial que nadie había sugerido su exclusión. Ocupaba un sitio en uno de los extremos de la mesa; esa ubicación gozaba de varias ventajas. Desde allí podía estudiar los perfiles de los visitantes, y ver también las expresiones de sus camaradas, por cierto muy reveladoras.

Sin duda, Alvin tenía razón, y el Concejo iba reconociendo lentamente esa amarga verdad. Los delegados de Lys podían pensar con mayor rapidez que los mejores cerebros de Diaspar. No era ésa su única ventaja, puesto que también gozaban de un alto grado de coordinación, que Jeserac atribuyó a sus facultades telepáticas. Se preguntó si acaso leían los pensamientos de los concejales; pero parecían cumplir con la solemne promesa que había posibilitado esa reunión, y no había razón para dudar de que así fuera.

La conferencia no resultaba muy provechosa; en realidad, Jeserac no lograba siquiera encontrarle sentido. El Concejo, que había aceptado a duras penas la existencia de Lys, parecía aún incapaz de comprender lo que ocurría. Todos sus miembros estaban asustados..., y también los visitantes, tal vez, aunque sabían disimularlo mejor.

Jeserac, por su parte, no experimentaba el terror que había supuesto; conservaba los viejos temores, pero había acabado por hacerles frente. Parte de la temeridad de Alvin (¿o quizás era coraje?) comenzaba a cambiar de aspecto y le abría nuevos horizontes. Aunque la posibilidad de franquear los muros de Diaspar seguía pareciéndole nula, comprendía mejor el impulso que obligara a Alvin a hacerlo.

La pregunta del presidente lo tomó por sorpresa, pero se recobró rápidamente.

—Creo —respondió— que si esta situación no surgió antes, fue sólo por mera casualidad. Sabemos que hubo catorce Únicos antes de Alvin, y su creación debe involucrar algún plan definido. Ese plan, me parece, era asegurar que Lys y Diaspar no permanecieran eternamente separadas. Alvin se ha ocupado de ello; pero también ha hecho algo más, que tal vez nunca figuró en el esquema original. ¿La Computadora Central puede confirmar ese punto?

De inmediato, la voz impersonal replicó:

—Los concejales saben que no puedo revelar las instrucciones dadas por mis creadores.

Jeserac aceptó el suave reproche.

—Cualquiera sea la causa, los hechos son indiscutibles: Alvin ha salido al espacio. Cuando regrese podrán impedirle que vuelva a partir, pero no creo que tengan éxito; para entonces, tal vez haya descubierto muchas cosas. Y si lo que temen ha ocurrido, ninguno de nosotros puede remediarlo. La Tierra está completamente indefensa, tal como lo ha estado por millones de siglos.

Jeserac hizo una pausa y echó una mirada a su alrededor. Todos parecían molestos por sus palabras; pero su intención no era agradar.

—Sin embargo, no veo motivos de alarma. La Tierra no está en mayor peligro que de costumbre. No creo que los Invasores desaten su ira contra nosotros a la mera vista de una sola nave tripulada por dos hombres. Para ser sinceros, deberíamos admitir que los Invasores pudieron haber destruido nuestro mundo hace miles de siglos.

Hubo un silencio de desaprobación. Aquello era una herejía, y el mismo Jeserac lo habría considerado así en otros tiempos.

El presidente interrumpió, frunciendo el ceño:

—¿No dice la leyenda que los Invasores dejaron libre a la Tierra sólo bajo la condición de que los hombres jamás volvieran al espacio? ¿Y acaso no hemos roto esas condiciones?

—Sí, eso dice la leyenda —contestó Jeserac—. Aceptamos muchas cosas sin preguntar, y ésta es una. Sin embargo, no hay pruebas de que eso sea cierto. Me cuesta creer que una cosa tan importante no haya sido registrada en las memorias de la Computadora Central; y allí no hay nada sobre ese pacto. Se lo he preguntado, aunque sólo a través de las máquinas de información. El Concejo podría preguntar directamente.

Jeserac no veía la ventaja de arriesgarse a una segunda admonición por avanzar en territorio prohibido, y esperó la respuesta del presidente.

No llegó. En ese momento, los visitantes de Lys se irguieron en sus asientos, con idéntica expresión de incredulidad y alarma. Parecían escuchar un mensaje volcado en sus oídos por alguna voz lejana.

Los concejales esperaron; la aprensión crecía minuto a minuto, en tanto se desarrollaba la silenciosa conversación. Finalmente, el jefe de la delegación salió del

trance y se volvió hacia el presidente, como para pedir disculpas.

—Acabamos de recibir desde Lys ciertas noticias muy extrañas e inquietantes — dijo.

—¿Acaso Alvin ha regresado?

—No..., Alvin no. Otra cosa.

Alvin se preguntaba, mientras conducía su nave hacia el claro de Airlee, si algún vehículo terrestre habría vuelto antes a la Tierra con una carga semejante. En realidad, Vanamonde no parecía estar ubicado en el espacio físico de la máquina. Durante todo el viaje, no había dado señales de su presencia; Hilvar creía (y su conocimiento del tema era más directo) que sólo la esfera de atención de Vanamonde tenía alguna ubicación determinada. El ser, en sí, no ocupaba lugar en el espacio; quizá tampoco en el tiempo.

Seranis los esperaba con otros cinco senadores. Alvin reconoció a uno de ellos como integrante del grupo que hablara con él en su última visita; los otros dos, según le dijeron, estaban en ese momento en Diaspar. Habría querido saber cómo se desempeñaba la delegación, y cómo reaccionaba la ciudad ante la presencia de los primeros intrusos provenientes del mundo exterior, tras tantos millones de años.

—Según parece, Alvin —dijo secamente Seranis, después de saludar a su hijo—, tienes una facultad especial para descubrir entes extraños. Pero te costará superar tus logros actuales.

Por una vez, fue Alvin el sorprendido.

—¿Quieres decir que Vanamonde ya ha llegado?

—Sí, hace horas. De algún modo, se las compuso para encontrar la ruta que ustedes siguieron al partir; eso es en sí una proeza sorprendente, y da lugar a interesantes problemas filosóficos. Según parece, llegó a Lys en el momento preciso en que ustedes lo descubrieron; por lo visto, es capaz de velocidades infinitas. Pero eso no es todo. En las últimas horas nos ha dado asombrosas clases de historia.

Alvin la miró, asombrado. En seguida comprendió: no era difícil imaginar el impacto que Vanamonde debió causar en ese pueblo, capaz de agudas percepciones y de maravillosas conexiones mentales. Habían reaccionado con asombrosa rapidez. De pronto, imaginó una escena incongruente: Vanamonde, tal vez algo asustado, rodeado por los ansiosos intelectos de Lys.

—¿Han descubierto qué es? —preguntó Alvin.

—Sí, eso fue fácil, aunque todavía no conocemos su origen. Es una mentalidad pura, y sus conocimientos parecen ilimitados. Pero es infantil, en el sentido literal de la palabra.

—¡Por supuesto! —gritó Hilvar—. ¡Debí haberlo adivinado!

Alvin parecía tan confundido que Seranis sintió piedad de él.

—Quiero decir que, aunque Vanamonde tiene una mente colosal, tal vez infinita,

es inmaduro y subdesarrollado. Su inteligencia actual es inferior a la de un ser humano...

Con una sonrisa irónica, agregó:

—...aunque su proceso mental es mucho más veloz, y aprende con gran rapidez. También tiene poderes que no comprendemos todavía. Todo el pasado parece abierto a su mente, en una forma difícil de descubrir. Puede haber utilizado esa habilidad para llegar a la Tierra por el camino trazado por ustedes.

Alvin permaneció en silencio; por primera vez, se sentía sobrepasado. Era innegable que Hilvar había estado acertadísimo al traer a Vanamonde hasta Lys. Y comprendía también que sólo gracias a un inconcebible golpe de fortuna le había sido posible burlar a Seranis; no era cosa que pudiera hacer dos veces en su vida.

—¿Eso significa que Vanamonde es un recién nacido? —preguntó.

—Dentro de su escala, sí. Su edad actual es muy grande, aunque aparentemente menor que la del hombre. Lo extraordinario es que insiste en que *nosotros* lo hemos creado; sin duda, su origen está vinculado con todos los grandes misterios del pasado.

—¿Y qué le están haciendo ahora? —preguntó Hilvar, en un tono ligeramente posesivo.

—Los historiadores del Grevarn lo están interrogando. Tratan de esbozar las líneas principales del pasado, pero la tarea demandará años enteros. Vanamonde puede describir el pasado en detalle, pero no parece comprender lo que ve. Es muy difícil trabajar con él.

Alvin se preguntó cómo era posible que Seranis supiera todo aquello; inmediatamente comprendió que todas las mentes despiertas del país estaban observando el desarrollo de la gran investigación. Se sintió algo orgulloso al saber que había afectado a Lys tan profundamente como a Diaspar, pero también algo frustrado. En aquello había algo que jamás podría compartir ni comprender: el contacto directo entre las mentes humanas le resultaba tan misterioso como la música a un sordo o el color a un ciego. Y en ese momento la gente de Lys cambiaba pensamientos con un ser inimaginablemente extraño, a quien él mismo había traído hasta la Tierra, pero al que jamás podría percibir con los sentidos que poseía.

Él no tenía cabida allí; cuando el interrogatorio terminara, le darían las respuestas. Había abierto las puertas de lo infinito, y ahora sentía respeto, y aun temor, por todo lo que había hecho. En bien de su propia tranquilidad de espíritu, debía regresar al mundo diminuto y familiar de Diaspar, para buscar allí su abrigo, en tanto luchaba a brazo partido con sus sueños y su ambición. Todo aquello encerraba una ironía: quien desafiara a la ciudad a aventurarse entre las estrellas, regresaba a ella como un niño asustado que buscara el regazo de su madre.

La vuelta de Alvin no hizo muy feliz a Diaspar. La ciudad estaba aún convulsionada, como un gigantesco enjambre al que alguien hubiera alborotado con un palo. Subsistía cierta tendencia a rechazar la realidad, pero aquellos que se negaban a admitir la existencia de Lys y del mundo exterior no encontraban ya dónde esconderse. Los bancos de memoria habían dejado de aceptarlos; quienes trataban de permanecer ligados a sus sueños y de buscar refugio en el futuro acudían en vano a la Casa de Creación. La llama disolvente y atérmica se negaba a recibirlos; ya no podrían despertar, despejada la mente, cien mil años más abajo en el río del Tiempo. Ninguna apelación a la Computadora Central servía de nada, y tampoco se explicaban los motivos. Los aspirantes a refugiados regresaban tristemente a la ciudad, para afrontar los problemas de la época.

Alvin aterrizó en la periferia del Parque, no lejos de la Cámara del Concejo. Hasta el último instante no podría saber si era posible introducir la nave en la ciudad, atravesando las pantallas (cualesquiera fuesen) que separaban su cielo del mundo exterior. El firmamento de Diaspar era artificial, como todo lo demás; al menos, parte de él lo era. La noche, con su estrellado recuerdo de cuanto el hombre había perdido, nunca lograba entrar en la ciudad, protegida también contra las tormentas, que a veces cruzaban el desierto y llenaban el cielo de móviles cortinas de arena.

Los guardianes invisibles dejaron entrar a Alvin; al contemplar la ciudad extendida bajo él, supo que había vuelto al hogar. Por muy poderoso que fuera el llamado del universo y de sus misterios, allí había nacido, y a Diaspar pertenecía. Aunque jamás se sintiera satisfecho, siempre regresaría. Para descubrir esa sencilla verdad le había sido necesario llegar al corazón de la galaxia.

Antes de que la nave aterrizara se había reunido ya una multitud. ¿Cómo lo recibirían sus compatriotas? Le fue fácil leer sus expresiones a través de la pantalla de visión, antes de abrir la escotilla. La emoción dominante parecía ser la curiosidad, cosa nueva en Diaspar. A ella se mezclaban la aprensión, y algunos signos inconfundibles de temor. Con cierta melancolía, Alvin se dijo que nadie parecía contento de verlo.

El Concejo, por el contrario, le dio una verdadera bienvenida, aunque no por pura amistad. Era él quien causara la crisis, pero también era el único capaz de dar los datos sobre los cuales debía basarse toda futura política. Escucharon con profunda atención el relato de su vuelo hasta los Siete Soles y de su encuentro con Vanamonde. Hubo de contestar a innumerables preguntas, con una paciencia tal vez sorprendente para quienes lo interrogaban. Pronto descubrió que el pensamiento principal era el temor a los Invasores, aunque ni siquiera hicieron mención a ellos. Por el contrario, demostraron un evidente malestar cuando él abordó directamente el tema.

—Si los Invasores están aún en este Universo —dijo Alvin al Concejo—, sin duda los habría encontrado en el centro exacto. Pero no hay vida inteligente en los

Siete Soles. Ya lo habíamos adivinado antes de que Vanamonde lo confirmara. Creo que los Invasores partieron hace miles de años; por cierto, el mismo Vanamonde, que parece tener al menos la edad de Diaspar, no sabe nada sobre ellos.

—Quiero sugerir algo —dijo súbitamente uno de los concejales—. Vanamonde podría ser un descendiente de los Invasores, en alguna forma que actualmente no podemos comprender. Aunque haya olvidado su origen, eso no significa que no pueda volver a ser peligroso cualquier día.

Hilvar, que estaba presente como mero espectador, habló sin aguardar autorización, con un enojo que Alvin le veía por primera vez.

—Vanamonde ha mirado dentro de mi mente —dijo—, y yo he visto algo de la suya. Mi pueblo ya ha descubierto muchas cosas sobre él, aunque todavía no sepan quien es. De cualquier modo, una cosa es segura: es amigo del hombre, y se sintió feliz al encontrarnos. No tenemos nada que temer de su parte.

Un breve silencio siguió a esa explosión, e Hilvar se relajó con una expresión algo confundida. La tensión que había en la Cámara del Concejo disminuyó visiblemente a partir de ese momento, como si todos los presentes se hubiesen liberado de una sombra. Y, contra todos los supuestos, el Presidente no intentó siquiera reprender a Hilvar por su interrupción.

En el curso del debate, Alvin pudo ver que el Concejo se dividía en tres corrientes de pensamiento. Los conservadores estaban en minoría, pero aún confiaban en invertir la marcha del reloj para restablecer de algún modo el antiguo orden de cosas. Contra toda lógica, se aferraban a la esperanza de que Diaspar y Lys decidieran que lo mejor era olvidarse mutuamente.

Los progresistas eran una minoría igualmente pequeña, pero ya constituía una grata sorpresa que existiera una corriente semejante dentro del Concejo. Aunque no recibían con placer la invasión del mundo exterior, estaban decididos a sacar de ella el mejor partido posible. Algunos llegaban al extremo de sugerir la posibilidad de romper, de algún modo, las barreras psicológicas que durante tanto tiempo encerraran a Diaspar en forma más eficaz que las murallas.

Dentro del Concejo, la mayoría reflejaba la posición de la ciudad; habían adoptado una actitud de vigilante cautela, en tanto esperaban que se delineara el futuro. Comprendían que era imposible trazar planes generales o concretar política alguna mientras la tormenta no hubiese pasado.

Cuando la sesión hubo terminado, Jeserac se reunió con Alvin e Hilvar. Parecía haber cambiado desde el último encuentro (y desde la última separación) allá en la Torre de Loranne, ante el extenso desierto. El cambio no era quizás el que Alvin había esperado, aunque se haría más y más notable en los días siguientes.

Jeserac parecía más joven, como si los fuegos de la vida hubiesen hallado nuevo combustible para arder con más fuerza en sus venas. A pesar de su edad avanzada, se contaba entre quienes aceptaban el desafío que Alvin había presentado a Diaspar.

—Tengo noticias para ti, Alvin —dijo—. Creo que conoces al senador Gerane.

Por un momento, Alvin se sintió confundido; en seguida lo recordó.

—Por supuesto; fue uno de los primeros que conocí en Lys. ¿Es miembro de la delegación?

—Sí. Hemos llegado a intimar bastante. Es un hombre excepcional, y comprende la mente humana en un grado increíble..., aunque, según me ha dicho, en Lys es apenas un principiante. Aprovechando su estadía en Diaspar, ha puesto en marcha un proyecto que te alegrará: quiere analizar la inhibición que nos mantiene dentro de la ciudad, y cree que podrá anularla, una vez descubierta la forma en que nos fue impuesta. Somos aproximadamente unos veinte los que estamos cooperando con él.

—¿Tú entre ellos?

—Sí —respondió Jeserac, con una expresión de acentuada timidez—. No es fácil, y mucho menos agradable. Pero resulta estimulante.

—¿Cómo trabaja?

—Por medio de las Sagas. Ha construido una serie completa, y estudia nuestras reacciones ante ellas. Nunca pensé que a mi edad volvería a las diversiones de la infancia.

—¿Qué son las Sagas? —preguntó Hilvar.

—Mundos imaginarios —explicó Alvin—. Al menos, casi todos son imaginarios, aunque algunos se basen tal vez en hechos históricos. En las células de memoria de la ciudad hay millones de registros semejantes. Puedes elegir cualquier tipo de aventura o de experiencia que desees, y te parecerá completamente real mientras alimentes tu cerebro con esos impulsos.

Y preguntó, volviéndose a Jeserac:

—¿Qué clase de sagas utiliza Gerane?

—En la mayoría, como podrás suponer, el tema es salir de Diaspar. Algunas nos han llevado a nuestras primeras vidas, aproximándonos tanto como es posible a la fundación de la ciudad. Gerane cree que cuanto más nos aproximemos a los orígenes de esa inhibición, más fácil será anularla.

Las noticias dieron nuevo vigor a Alvin. Si había logrado abrir las puertas de Diaspar sólo para descubrir que nadie podía franquearlas, su misión estaría cumplida apenas a medias.

—¿Quieres, sinceramente, salir de Diaspar? —preguntó Hilvar, con sagacidad.

—No —fue la inmediata respuesta—. Me aterroriza la idea. Pero comprendo que es un grave error pensar que sólo Diaspar importa, y la lógica me dice que debo hacer algo para remediar el error. Emocionalmente, todavía soy incapaz de salir de aquí, y tal vez jamás estaré en condiciones de hacerlo. Gerane cree posible que algunos de nosotros aceptemos ir a Lys, y yo quiero ayudarlo con el experimento, aunque la mitad del tiempo estoy deseando que fracase.

Alvin miró a su tutor con más respeto. Ya no descartaba el poder de la sugestión ni subestimaba las fuerzas que pueden obligar a un hombre a actuar en desafío a la lógica. No podía dejar de comparar el tranquilo valor de Jeserac con la aterrorizada

fuga de Kedron hacia el futuro, aunque sus nuevos conocimientos de la naturaleza humana le impedían condenar al Bufón por lo que había hecho.

Sin duda, Gerane lograría su propósito. Jeserac era quizá demasiado anciano para romper las normas de toda una vida, por mucho que deseara empezar de nuevo. Eso no importaba: otros lograrían el éxito, con la hábil ayuda de los psicólogos de Lys. Cuando unos pocos hubiesen descartado ese moho de billones de años, el rescatar a los demás sólo sería cuestión de tiempo.

Se preguntó qué ocurriría con Diaspar —y con Lys— cuando las barreras hubiesen caído. De algún modo debían salvarse los mejores elementos de ambos pueblos, para conducirlos hacia una cultura mejor y más elevada. Era una tarea ímproba, y requeriría toda la sabiduría y la paciencia que los dos grupos pudieran dar.

Ya empezaban a surgir algunas de las dificultades que presentarían los ajustes futuros. Los visitantes de Lys habían rechazado con toda cortesía los alojamientos que se les asignaran, para levantar en cambio sus viviendas provisorias en el medio del Parque, allí donde el paraje les recordaba un poco su país. Hilvar fue la única excepción; aunque no le gustaba habitar una casa de paredes indefinidas y moblaje efímero, aceptó valientemente la hospitalidad de Alvin, bajo la promesa de que no permanecerían allí por mucho tiempo.

Si Hilvar nunca se había sentido solo hasta entonces, en Diaspar conoció la soledad. Esa ciudad era para él más extraña de lo que Lys había sido para Alvin. Se sentía oprimido y sofocado por su infinita complejidad, por las miríadas de extraños que se apretaban en cada palmo de espacio. En Lys conocía a todo el mundo, aunque sólo fuera someramente. Pero no alcanzarían mil vidas para conocer a todos los habitantes de Diaspar; y aunque comprendía que era un sentimiento irracional, aquello lo deprimía un poco. Sólo su lealtad hacia Alvin pudo obligarlo a permanecer en un mundo que no tenía nada en común con el suyo.

Con frecuencia intentaba analizar sus sentimientos hacia Alvin. Aquella amistad surgía de la misma fuente que inspiraba su simpatía por cualquier criatura pequeña y luchadora. Eso habría desconcertado a quienes consideraban a Alvin como una persona voluntariosa, empecinada y egocéntrica, que no necesitaba el afecto de nadie ni era capaz de devolver el que le ofrecían.

Hilvar lo conocía mejor; lo había comprendido instintivamente desde el comienzo. Alvin era un explorador, y todos los exploradores buscan algo que han perdido. Rara vez lo encuentran, y en esos casos suelen hallar en el triunfo menos satisfacción que en la búsqueda.

Qué buscaba Alvin, Hilvar no lo sabía. Lo arrastraban fuerzas puestas en movimiento muchos milenios antes, por los hombres geniales que planificaran Diaspar con tan perversa habilidad, o por los hombres, más geniales aún, que se habían opuesto a ellos. Como todo ser humano, era hasta cierto punto una máquina, y sus actos estaban predeterminados por su herencia. Eso no disminuía la necesidad de comprensión y simpatía, ni lo inmunizaba contra la soledad o la frustración. Sus

mismos compatriotas lo consideraban una criatura incomprensible, y de a ratos habrían preferido olvidar los sentimientos que compartieran con él. Sólo un extranjero, proveniente de un medio totalmente distinto, había podido ver en él a un ser humano.

Desde su llegada a Diaspar, Hilvar conoció en pocos días a más gente de la que había visto en toda su vida. A fuerza de ser presentado a tantas personas, llegó a no reconocer a nadie. Debido a la misma aglomeración, los habitantes de la ciudad mantenían una reserva difícil de quebrar. La única vida privada que conocían era la de la mente, y se aferraban a ella aun mientras cumplían con las interminables actividades sociales de la ciudad. Hilvar los compadecía; comprendía, no obstante, que ellos no necesitaban de su simpatía, puesto que no tenían noción alguna de cuanto les faltaba: el cálido sentimiento de comunidad, la seguridad de pertenecer a un grupo que unía a todos en la sociedad telepática de Lys. En realidad, aunque eran demasiado corteses para demostrarlo, casi todos aquellos que hablaban con él lo compadecían, como si su existencia fuera increíblemente aburrida y difícil.

En cuanto a Eriston y Etania, los guardianes de Alvin, los descartó prontamente, considerándolos gentiles nulidades, totalmente aturdidas. Lo confundía el hecho de que Alvin se refiriera a ellos como su padre y su madre, puesto que en Lys aquellas palabras retenían aún el antiguo significado biológico. Le requería un constante esfuerzo de imaginación el recordar que las leyes de la vida y de la muerte habían sido eliminadas por los constructores de Diaspar; en ciertas oportunidades, Hilvar tenía la sensación de que la ciudad estaba vacía, a pesar de toda su actividad, puesto que en ella no había niños.

¿Qué ocurriría con Diaspar, ahora que el largo aislamiento había concluido? A su criterio, los diasparinos deberían destruir los bancos de memoria que los mantuvieran esclavizados durante tantos siglos. Por milagrosos que fueran (tal vez el triunfo supremo de la ciencia) eran el producto de una cultura enferma, una cultura atemorizada por muchas cosas. Algunos de esos terrores tenían bases reales; otros, en cambio, sólo arraigaban en la imaginación. Hilvar conocía en parte el esquema que iba surgiendo al explorar la mente de Vanamonde. En unos pocos días, Diaspar lo sabría también, y descubriría que gran parte de su pasado era sólo un mito.

Sin embargo, si se destruían los bancos de memoria, en mil años más la ciudad habría muerto, ya que sus habitantes habían perdido la facultad de reproducirse. Tal era el dilema a afrontar, pero Hilvar había vislumbrado una posible solución. Los problemas técnicos siempre podían resolverse, y su pueblo era experto en ciencias biológicas. Si Diaspar lo deseaba, podía volverse atrás lo hecho.

En primer lugar, empero, era necesario que la ciudad descubriera lo que había perdido. Su educación llevaría muchos años, tal vez siglos enteros. Pero ya estaba en marcha; muy pronto, el impacto de la primera lección conmovería profundamente a Diaspar, como lo hiciera el contacto con la otra ciudad.

También conmovería a Lys. Porque, a pesar de sus diferencias, ambas culturas

compartían las mismas raíces y las mismas ilusiones. Ambas ganarían en salud cuando pudieran observar, con calma y firmeza, el pasado que habían perdido.

El anfiteatro estaba diseñado para dar cabida a toda la población de Diaspar, y entre sus diez millones de asientos no había uno libre. Alvin, que contemplaba la gran curva desde su punto de observación, en lo alto de la pendiente, recordó inevitablemente a Shalmirane. Los dos cráteres tenían la misma forma y casi el mismo tamaño. El cráter de Shalmirane, atestado de gente, habría resultado muy parecido a éste.

Sin embargo, había una diferencia fundamental. El gran cuenco de Shalmirane existía; el anfiteatro no. Era sólo una fantasmagoría, un esquema de cargas electrónicas guardadas en la memoria de la Computadora Central, hasta que llegaba el momento de utilizarlo. Alvin sabía que, en realidad, se hallaba en su habitación, como todos los presentes. Mientras no tratara de moverse de su sitio, la ilusión era perfecta. Se podía creer que Diaspar había sido eliminada, y que todos sus habitantes estaban reunidos en esa enorme concavidad.

Era la primera vez en mil años que Diaspar se detenía para permitir una asistencia masiva a la Gran Asamblea. Alvin sabía que también en Lys se estaba realizando una reunión equivalente. Allá sería un encuentro mental, tan imaginario como el de Diaspar, pero igualmente real en apariencia.

Hasta donde llegaba su vista, podía reconocer la mayor parte de los rostros que lo rodeaban. Toda la atención estaba concentrada en el pequeño escenario circular abierto trescientos metros más abajo, a una distancia de un kilómetro y medio. Era difícil creer que pudiera verse algo desde tal distancia, pero Alvin sabía que, al comenzar el discurso, podría ver y escuchar cuanto ocurriera con tanta claridad como cualquier otro de los concurrentes.

Una especie de neblina apareció en el escenario, y se materializó en la figura de Callitrax; era el jefe del grupo que había tomado a su cargo la reconstrucción del pasado, a partir de la información que Vanamonde trajera a la Tierra. Había sido una labor estupenda, casi imposible, y no sólo por la inmensidad del tiempo involucrado. Alvin, ayudado por los poderes mentales de Hilvar, había logrado echar sólo un vistazo a la mente de aquel extraño ser que descubrieran..., o que los descubriera a ellos. Los pensamientos de Vanamonde le parecieron tan carentes de sentido como un millar de voces gritando al unísono en una caverna enorme y poblada de ecos. Empero, los hombres de Lys pudieron desentrañarlos y registrarlos para su minucioso análisis. Se decía también (aunque Hilvar no lo negaba ni lo afirmaba) que lo descubierto apenas guardaba alguna similitud con la historia aceptada por la raza humana durante un billón de años.

Callitrax empezó a hablar. Para Alvin, como para todos los habitantes de Diaspar, su voz clara y precisa parecía provenir de algún punto muy cercano. Así como la geometría de un sueño desafía a la lógica sin sorprender a quien sueña, así Alvin se encontró junto a Callitrax, aunque seguía ocupando su puesto en lo alto del anfiteatro.

La paradoja no lo preocupó; se limitó a aceptarla sin preguntas, como todos los poderes sobre el tiempo y el espacio que la ciencia había puesto en sus manos.

Brevemente, Callitrax revisó la historia de la raza, en su versión comúnmente aceptada. Se refirió a las civilizaciones del Alba, a sus pueblos desconocidos, que no habían dejado tras de sí más que un puñado de grandes nombres y a las difusas leyendas del Imperio. Desde el mismo comienzo, según decía la historia, el hombre ambicionó las estrellas, y por último las alcanzó. Durante millones de años conquistó la galaxia entera, extendiendo su influjo a todos los sistemas. Y de pronto, los invasores surgieron de la oscuridad, desde los límites del universo, para quitarle cuanto había obtenido.

La retirada hacia el sistema solar había sido amarga, y debió durar muchos milenios. La Tierra misma se salvó a duras penas, gracias a las batallas fabulosas que se libraron en torno a Shalmirane. Cuando todo terminó, el hombre no tenía sino sus recuerdos y el mundo en el que había nacido.

Desde entonces, todo lo demás había sido un largo camino descendente. Como una ironía final, la raza que ambicionara regir todo el universo abandonó la mayor parte de su propio mundo, para recluirse en las dos culturas aisladas de Lys y Diaspar, oasis de vida en un desierto que los aislaba tan efectivamente como los abismos interestelares.

En este punto de su repaso, Callitrax se detuvo; Alvin, y cuantos presenciaban la asamblea, tuvieron la sensación de que el historiador los miraba directamente, con una mirada sabia, testigo de cosas que aun entonces no podían creer por completo.

—Así dicen —continuó Callitrax— las leyendas que hemos aceptado desde el principio de nuestras crónicas. Ahora debo decirles que son falsas, detalle por detalle. *Tan falsas que ni siquiera ahora podemos conciliarlas con la verdad.*

Dejó que sus palabras produjeran su efecto en el público. Luego habló lenta y cautelosamente, para revelar a Lys y a Diaspar el conocimiento obtenido de la mente de Vanamonde.

Ni siquiera era cierto que el hombre hubiese llegado a las estrellas. Su pequeño imperio estaba limitado por las órbitas de Plutón y Perséfone, puesto que el espacio galáctico era una barrera infranqueable para sus medios. Toda su civilización se apiñaba en torno al sol, y era todavía muy reciente cuando el cosmos vino a ella.

El impacto debió ser tremendo. A pesar de sus fracasos, el hombre nunca había puesto en duda que llegaría a conquistar las profundidades del espacio. Además, creía que en el universo podía encontrar poderes iguales a los suyos, pero no superiores. Supo entonces que ambas creencias eran erróneas, y que allá, entre las estrellas, había intelectos mucho más poderosos que el suyo. Por muchos siglos, al principio en las naves de otras razas y más tarde en máquinas construidas a partir de técnicas prestadas, el hombre había explorado la galaxia. Por doquier descubrió culturas al alcance de su comprensión, pero no de su poder; a veces, encontró también inteligencias que pronto superarían su entendimiento.

El «shock» fue tremendo, pero sirvió para probar el carácter de la raza. Más triste, infinitamente más sabio, el hombre regresó al sistema solar para meditar sobre el conocimiento adquirido. Aceptaría el reto. Lentamente, desarrolló un plan que le dio más confianza en el futuro.

En otros tiempos, las ciencias físicas habían interesado mucho a la humanidad. Se volcó entonces más apasionadamente que nunca a la genética y al estudio de la mente. Cualquiera fuese el costo, llegaría a los límites de su evolución.

El gran experimento había consumido todas las energías de la raza durante millones de años. Todo aquel sacrificio, aquel empeño, fueron sólo unas pocas palabras en el discurso de Callitrax. Así, el hombre alcanzó su mayor victoria: derrotó la enfermedad. Si lo deseaba, podía vivir eternamente, y al dominar la telepatía tenía a su disposición el más sutil de todos los poderes.

Estaba listo para volver a salir, confiado en sus propios recursos, hacia los grandes espacios de la galaxia. Se encontraría en un pie de igualdad con las razas de aquellos mundos ante quienes se sintiera humillado en otros tiempos. Y jugaría un papel importante en la historia del Universo.

Todo aquello se llevó a cabo. Las leyendas del imperio llegaban desde aquella época, tal vez la más rica de toda la historia. Había sido un imperio de muchas razas, pero ése era un detalle olvidado en la tragedia de su final.

El imperio duró al menos un millón de años. Tal vez conoció crisis y hasta guerras, pero todo eso se perdió en el vertiginoso avance de las grandes razas hacia la madurez.

Callitrax observó:

—Para nosotros debe ser un motivo de orgullo el papel que nuestros antepasados jugaron en esta historia. Aunque habían alcanzado la cumbre de la cultura no perdieron su iniciativa. A partir de este momento debemos manejarnos con simples conjeturas y no con hechos probados, pero, según parece, fue la raza humana la que inspiró y dirigió los experimentos que marcaron al mismo tiempo, la coronación y la caída del Imperio.

«Tales ensayos parecían basarse en esta filosofía: el contacto con otras especies había demostrado al hombre que la imagen del cosmos dependía de las características físicas de cada raza, y de los órganos sensoriales con que estuviera equipada. Se arguyó que, en ese caso sólo una mente libre de tales limitaciones podía obtener una verdadera imagen del universo; en resumen, una mente pura. Ese concepto formaba parte de casi todas las religiones antiguas; parece extraño que una idea carente de todo origen racional terminara por convertirse en una de las grandes metas de la ciencia.

»En el universo natural, nunca se había descubierto una inteligencia incorpórea; por lo tanto, el Imperio se abocó a su creación. Hemos olvidado, entre muchas otras cosas, los conocimientos y las técnicas que lo hicieron posible. Los científicos del Imperio controlaban todas las fuerzas de la naturaleza, todos los secretos del tiempo y

del espacio. Así como nuestra mente es el subproducto de una intrincadísima disposición de células cerebrales, ligadas por la red del sistema nervioso así el cerebro buscado por ellos era el resultado de componentes inmateriales, vinculados por el espacio mismo. Tal cerebro, si se le puede llamar así, debería operar en base a energías eléctricas, o quizá por fuerzas más poderosas; se vería así completamente libre de la tiranía de la materia. Podría funcionar a mucha mayor velocidad que cualquier inteligencia orgánica, y perdurar mientras quedara un ergio de energía libre en el Universo, sin que sus poderes tuvieran límites. Una vez creado, desarrollaría potencialidades que ni siquiera sus creadores podían prever.

»Impulsado principalmente por la experiencia adquirida en su propia evolución, el hombre sugirió que se intentara la creación de esos seres. Era el mayor desafío con que se enfrentara la inteligencia universal, y sólo fue aceptada tras siglos de debate. Todas las razas de la galaxia se unieron para lograrlo.

»Más de un millón de años habrían de transcurrir entre el sueño y la realidad. Las civilizaciones surgieron y volvieron a desaparecer; una y otra vez, el milenario empeño de los mundos acabó en el fracaso. Pero la meta jamás fue olvidada. Algún día conoceremos toda la historia de esa proeza, la más esforzada de toda la historia. Por el momento, sólo sabemos que terminó en un desastre casi fatal para toda la galaxia.

»La mente de Vanamonde se rehúsa a recordar esa etapa. Es un corto período que le está vedado, aunque, a nuestro criterio, sólo se debe a sus propios temores. Su comienzo coincide con el momento más glorioso del imperio, en tensa expectativa ante la inminencia del éxito. Abarca unos pocos milenios. Lo cierra la imagen de un imperio destruido; las estrellas mismas se ven mortecinas, como si hubiesen perdido parte de su energía. Sobre la galaxia pende una mortaja de terror, un terror vinculado a cierto nombre; la “Mente Loca”.

»No es difícil adivinar lo que ocurrió en ese corto período. La inteligencia pura fue creada, pero resultó demente, o, según otros datos, implacablemente hostil a la materia. Durante siglos asoló el Universo hasta que ciertas fuerzas que no podemos imaginar lograron ponerla bajo control. Cualquiera haya sido el arma utilizada por el Imperio en aquella situación extrema, agotó los recursos de las estrellas. De entre los recuerdos de aquel conflicto surgen algunas de las leyendas sobre los Invasores. Pero, a su debido tiempo me extenderé sobre ese tema.

»La Mente Loca no podía ser destruida, puesto que era inmortal. Se la condujo a los límites de la galaxia, y allí se la mantuvo cautiva por medios que no conocemos. Su prisión era un extraño astro artificial conocido como el Sol Negro; allí permanece todavía. Cuando el Sol Negro perezca, volverá a quedar libre. Cuánto tiempo pasará antes de que eso ocurra, no hay modo de saberlo.»

En este punto, Callitrax calló, como perdido en sus propios pensamientos, inconsciente por completo de que todo el mundo tenía los ojos fijos en él. Durante aquella larga pausa, Alvin observó a la multitud agrupada a su alrededor, tratando de

adivinar cómo habían recibido aquella revelación, aquella nueva amenaza que debía reemplazar al mito de los Invasores. En su mayor parte parecían petrificados por la incredulidad; estaban luchando por descartar su falso pasado, pero la realidad que lo suplantaba les parecía aún más extraña e inaceptable.

Callitrax retomó el hilo de su relato, describiendo con voz más serena y controlada, los últimos días del Imperio. Ante el panorama desplegado por él, Alvin se dijo que ésa era la época en la cual le hubiera gustado vivir un periodo de aventuras, de coraje impávido y altivo; el coraje capaz de arrancar la victoria de entre los dientes del desastre.

—Aunque la galaxia había sido devastada por la Mente Loca, los recursos del Imperio eran todavía enormes y su espíritu estaba intacto. Con una valentía merecedora de toda nuestra admiración, retomaron el gran experimento, en busca de la falla que causara la catástrofe. Naturalmente, había muchos que se oponían a la tarea prediciendo nuevos desastres, pero estaban en minoría. El proyecto prosiguió; con la experiencia obtenida a tan alto costo, esta vez llegó a buen fin.

«La nueva raza tenía una inteligencia potencial inmensurable; pero era completamente infantil. No sabemos si así lo quisieron sus creadores, aunque parecen haberlo considerado inevitable. Harían falta millones de años para que llegara a la madurez, y nada podía acelerar el proceso. Vanamonde fue la primera de esas mentes; debe haber otras en la galaxia, pero creemos que son sólo unas pocas, ya que él nunca encontró a ninguno de sus compañeros.

»La creación de mentalidades puras fue un gran triunfo de la civilización galáctica; en esa empresa, el hombre jugó una parte importante, y quizá decisiva. Si no me he referido a la Tierra en sí, es porque su historia representa sólo un hilo diminuto en el enorme tapiz. Privado siempre de sus espíritus más aventureros, nuestro planeta se había vuelto inevitablemente conservador y hacia el final se oponía a los científicos que crearon a Vanamonde. Por cierto, no le cupo ninguna participación en el acto final.

»La obra del Imperio estaba terminada. Los hombres de esa era contemplaron las estrellas cuya energía habían agotado en la desesperada defensa, y tomaron una decisión. Dejarían la galaxia a Vanamonde.

»Este punto entraña un misterio. Un misterio que tal vez jamás resolvamos, porque Vanamonde no puede ayudarnos. Sólo sabemos que el Imperio se puso en contacto con... algo, algo muy extraño y muy importante, allá en la curva del cosmos, en el otro extremo del espacio. Ignoramos lo que fue, pero su atracción debe haber sido inmensamente fuerte y promisoria. En muy poco tiempo, nuestros antecesores y sus congéneres partieron en un viaje que no podemos trazar. Los pensamientos de Vanamonde parecen limitados a los confines de la galaxia, pero a través de su mente hemos observado los comienzos de esa aventura colosal y misteriosa. Ésta es la imagen que hemos reconstruido; ahora vamos a retroceder más de un billón de años en el pasado...»

*Como pálido reflejo de sus pasadas glorias, la lenta rueda giratoria de la galaxia pendía en la nada. Lucía en toda su extensión los grandes huecos abiertos por la Mente Loca, heridas que las estrellas errantes llenarían con el correr de los siglos. Pero jamás restaurarían el resplandor perdido.*

*El hombre se preparaba para abandonar su universo, como tanto tiempo antes había abandonado su mundo. Y no sólo el hombre, sino otro millar de razas que habían trabajado con él en la formación del Imperio. Todas se habían reunido allí, en el límite de la galaxia, frente al enorme vacío que los separaba de la meta, adonde sólo llegarían milenios después.*

*Constituían una flota ante la cual toda imaginación sucumbía. Los buques-insignia eran soles, planetas los navíos más pequeños. Todo un racimo globular, con sus sistemas solares y sus innumerables mundos, iba a lanzarse hacia el infinito.*

*La larga línea de fuego penetró en el corazón del universo, saltando de estrella en estrella. En un momento, un millar de soles pereció, alimentando con sus energías la silueta monstruosa que había desgarrado el eje de la galaxia, y se retiraba ya hacia los abismos...*

«Así, el Imperio abandonó nuestro Universo, para buscar su destino en otra parte. Cuando sus herederos, las mentalidades puras, hubiesen alcanzado un desarrollo completo, podrían regresar. Pero ese día estaba aún muy lejano.

»En líneas someras, tal es la historia de la civilización galáctica. Nuestra propia historia, que nos parece tan importante, no es más que un epílogo tardío y trivial, aunque tan complejo que no hemos podido desentrañar sus detalles. Según parece, muchas de las razas más antiguas y menos aventuradas se rehusaron a abandonar sus hogares; entre ellas estaba la de nuestros antepasados. Casi todas cayeron en la decadencia, y al presente se han extinguido, aunque tal vez sobrevivan unas pocas. Nuestro propio mundo escapó a duras penas a ese mismo destino. Durante los Siglos de Transición (que en realidad fueron millones de años) el conocimiento del pasado se perdió, o se lo destruyó deliberadamente. Aunque parezca difícil de creer, la última posibilidad es la más probable. Por muchos milenios, el hombre se hundió en un barbarismo supersticioso, aunque científico, durante el cual distorsionó la historia para librarse de toda sensación de impotencia y fracaso. Las leyendas de los Invasores son completamente falsas, aunque la desesperada lucha contra la Mente Loca haya contribuido en parte a forjarlas. Sólo el desasosiego espiritual obligó a nuestros antepasados a regresar a la Tierra.

»Cuando hicimos este descubrimiento, nos encontramos en Lys ante una incógnita. La batalla de Shalmirane nunca se produjo; sin embargo, Shalmirane existió, y existe todavía. Más aún, fue una de las más grandes armas destructivas jamás construidas.

»Nos llevó mucho tiempo resolver el enigma, pero la respuesta, una vez que la encontramos, era muy simple. Hace mucho tiempo, nuestra Tierra tenía un solo satélite gigantesco, la Luna. En la lucha entre las mareas y la gravedad, la Luna

comenzó a caer, y se hizo necesario destruirla. Shalmirane fue construida con ese propósito, y en torno a su empleo se tejieron las leyendas que todos conocemos.»

Callitrax dirigió a su público una sonrisa ligeramente irónica.

—En nuestro pasado hay muchas leyendas semejantes, en parte ciertas, en parte falsas, y otras paradojas que aún no hemos resuelto. Sin embargo, esos problemas pertenecen al campo de los psicólogos y no al del historiador. Ni siquiera se puede confiar por completo en los registros de la Computadora Central, puesto que muestran evidencias claras de haber sido alterados en tiempos muy remotos.

«De la Tierra, sólo Diaspar y Lys sobrevivieron al período de decadencia: Diaspar, gracias a la perfección de sus máquinas; Lys, debido a su aislamiento parcial y a las inusitadas facultades mentales de su gente. Pero por mucho que ambas culturas hayan luchado para recuperar su nivel óptimo, están viciadas por los temores y mitos que recibieron en herencia.

»Esos temores ya no deben acosarnos. No es mi deber, como historiador, predecir el futuro, sino observar e interpretar el pasado. Pero su enseñanza es evidente; hemos vivido por demasiado tiempo sin contacto con la realidad, y ahora ha llegado el momento de reconstruir nuestra existencia.»

Jeserac caminaba pensativo por algunas calles de Diaspar que le eran desconocidas. En realidad, apenas podía reconocer esa ciudad, tan diferente era de la que cobijara todas sus vidas. Sin embargo, sabía que era Diaspar, sin preguntarse cómo lo sabía.

Las calles eran angostas, los edificios más bajos..., y el Parque había desaparecido. Es decir, aún no existía. Aquella era Diaspar antes del cambio, la Diaspar abierta al mundo y al universo. Sobre la ciudad, enmarañados jirones de nubes salpicaban un cielo en azul claro; los vientos de aquella Tierra, joven aún, las retorcían y modificaban a su antojo.

Por encima de las nubes pasaban viajeros más corpóreos. A muchos kilómetros de altura por sobre la ciudad, las naves que unían a Diaspar con el mundo exterior iban y venían en sus constantes tareas, tejiendo un encaje en el firmamento con sus calladas estelas. Jeserac contempló durante largo tiempo los misterios y las maravillas del cielo abierto, y por un momento el temor se abatió sobre él. Se sintió desnudo e indefenso, consciente de que esa pacífica cúpula azul no era sino una delgadísima corteza; más allá estaba el espacio, con todos sus enigmas y sus amenazas.

El temor no pudo doblegar su voluntad. Una parte de su mente le decía que toda aquella experiencia no era sino un sueño, y que un sueño no podía hacerle daño. Transitaría por él saboreando todo lo que le aportara, hasta que pudiera despertar una vez más en la ciudad familiar.

Caminaba por el centro de Diaspar, hacia el sitio donde, en su propia época, se erguía la Tumba de Yarlán Zey. En aquella antigua ciudad no había tumba alguna, sino un edificio bajo y circular, al que conducían varias entradas en arcos. Un hombre le esperaba junto a una de esas puertas.

Aunque el asombro debió haberlo sobrecogido, ya nada podía sorprenderlo. Por alguna razón, le pareció natural encontrarse cara a cara con el arquitecto de Diaspar.

—Supongo que me reconoce —dijo Yarlán Zey.

—Por supuesto; he visto mil veces su estatua. Usted es Yarlán Zey, y ésta es Diaspar, tal como era hace un billón de años. Sé que estoy soñando, y que ninguno de nosotros está aquí.

—Entonces no tiene por qué alarmarse ante cualquier cosa que ocurra. Sígame, y recuerde que nada puede hacerle daño, puesto que en cuanto lo desee despertará en Diaspar, en su propia época.

Obediente, Jeserac siguió a Yarlán Zey hacia el interior del edificio; su mente era una esponja receptiva y sin discernimiento. Algún recuerdo, o el eco de un recuerdo, adelantó lo que iba a ocurrir; en otros tiempos habría huido aterrorizado. Sin embargo, en ese momento no sentía temor. Estaba protegido, no sólo por la certeza de que la experiencia no era real, sino también por la presencia de Yarlán Zey, que actuaba como un talismán contra cualquier peligro.

Unas pocas personas descendían hacia las profundidades del edificio por los caminos deslizantes; ya solos, se detuvieron en silencio frente a un largo cilindro surcado de líneas; Jeserac sabía que podía llevarlo fuera de la ciudad; en otros tiempos, ese viaje hubiera aniquilado su integridad mental. Cuando su guía le señaló la puerta abierta, dudó sólo un momento en el umbral y en seguida lo transpuso.

—¿Ve usted? —dijo Yarlan Zey, sonriente—. Ahora tranquilícese, y recuerde que está a salvo; nada puede pasarle.

Jeserac lo aceptó. La entrada del túnel se deslizó hacia él, y la máquina en la cual viajaba comenzó a ganar velocidad, ahondando las profundidades de la tierra. Él sintió apenas un estremecimiento de aprensión. Todos sus temores quedaron olvidados ante la oportunidad de hablar con esa figura casi mítica.

—¿No le parece extraño —comenzó Yarlan Zey— que hayamos tratado de enterrarnos en la Tierra, a pesar de tener los cielos abiertos? Éste es el comienzo de la enfermedad cuya culminación ha visto usted en su época. La humanidad está tratando de esconderse; tiene miedo del espacio, y pronto habrá cerrado todas las puertas que lleven al universo.

—Pero he visto naves espaciales en el cielo de Diaspar —dijo Jeserac.

—No estarán allí por mucho tiempo. Hemos perdido el contacto con las estrellas, y pronto los mismos planetas quedarán desiertos. Nos llevó miles de años preparar el viaje hacia el exterior, pero en unos pocos siglos regresamos, y en pocos siglos más habremos abandonado la mayor parte de la Tierra.

—¿Por qué lo hicimos? —inquirió Jeserac, aunque conocía la respuesta.

—Necesitábamos una protección contra dos temores: la muerte y el espacio. Éramos un pueblo enfermo, y no queríamos saber nada con el Universo; por lo tanto, fingimos que no existía. Habíamos visto el caos que devastó las estrellas, y ansiábamos paz y estabilidad. Por eso Diaspar tuvo que cerrarse, para que nada nuevo entrara en ella.

«Diseñamos la ciudad que usted conoce, e inventamos un pasado falso para ocultar nuestra cobardía. Oh, no fuimos los primeros en hacerlo, pero sí los primeros en llevar las cosas a tal límite. Y modificamos el espíritu humano, privándolo de toda ambición y de las pasiones más poderosas, para que se contentara con el mundo que poseía.

»Nos llevó mil años construir la ciudad y todas sus máquinas. Cuando cada uno de nosotros completaba su tarea, limpiábamos su memoria, implantábamos un cuidadoso esquema de recuerdos falsos y conservábamos su identidad en los circuitos de Diaspar, hasta que llegara el momento de volverlo a la vida.

»Así llegó el día en que no quedaba un hombre vivo en Diaspar; sólo existía la Computadora Central, que obedecía las órdenes impuestas por nosotros y controlaba los bancos de memoria en los que dormíamos. Nadie había tenido contacto con el pasado. Y así, en ese punto, comenzó la historia.

»Después, uno por uno, en una secuencia predeterminada, se nos extrajo de los

circuitos de memoria para volver a darnos un cuerpo. Tal como una máquina recién construida inicia su marcha, Diaspar comenzó a realizar las tareas para las que había sido diseñada.

»Sin embargo, algunos de nosotros tuvimos dudas desde el mismo comienzo. La eternidad era muy larga; reconocíamos los riesgos que implicaba aislarse completamente del Universo sin dejar salida. No podíamos desafiar los deseos de nuestra cultura, y por eso trabajamos en secreto, estableciendo las modificaciones que nos parecieron necesarias.

»Los Únicos fueron invención nuestra. Aparecerían a largos intervalos; si las circunstancias lo permitían, descubrirían fuera de Diaspar cualquier cosa que valiera la pena. Nunca imaginamos que pasaría tanto tiempo antes de que uno de ellos tuviera éxito, pero tampoco imaginamos que ese éxito sería tan grande...»

A pesar de la suspensión de las facultades críticas que involucra todo sueño, Jeserac se preguntó cómo era posible que Yarlán Zey hablara con tanto conocimiento de cosas que habían ocurrido un billón de años después de su propia época. Era muy confuso... No sabía siquiera en qué parte del tiempo o del espacio se encontraba.

El viaje llegaba a su fin; las paredes del túnel interrumpieron su vertiginoso paso. Yarlán Zey empezó a hablar con una urgencia y una autoridad que hasta el momento no había demostrado.

—El pasado ha concluido; hicimos nuestro trabajo, para bien o para mal, y hemos terminado con eso. Cuando usted fue creado, Jeserac, se le inculcó el temor al mundo exterior, y la compulsión de permanecer dentro de la ciudad, común a todos los habitantes de Diaspar. Ahora sabe que ese temor carecía de fundamentos, que le fue impuesto artificialmente. Yo, Yarlán Zey, se lo inculqué, y ahora lo libero de ese compromiso. ¿Comprende?

Con esas últimas palabras, la voz de Yarlán Zey se hizo más y más potente, hasta que pareció retumbar en el espacio. El vehículo subterráneo en donde estaban se tornó confuso y tembló en torno a Jeserac, como si el sueño se aproximara al final. Sin embargo, mientras la visión se desvanecía, pudo oír aún la voz imperiosa atronándole el cerebro:

—Ya no tiene miedo, Jeserac. *Ya no tiene miedo.*

Luchó por despertarse, como un buzo que se abriera paso desde las profundidades del océano hasta la superficie del mar. Yarlán Zey había desaparecido. En un extraño interregno, oyó voces conocidas, pero imposibles de identificar, que le dirigían palabras de aliento, y se sintió apoyado por manos amigas. Entonces, como en una súbita aurora, la realidad volvió a él.

Abrió los ojos para encontrarse con Alvin, Hilvar y Gerane, que lo miraban ansiosos, de pie ante él. No les prestó atención. Estaba demasiado absorto en las maravillas que descubría ante sí: el panorama de bosques y ríos, la bóveda azul del cielo abierto.

Estaba en Lys, y no tenía miedo.

Nadie lo perturbó; dejaron que ese momento atemporal se grabara en su mente. Por último, cuando se hubo asegurado de que todo aquello era real, se volvió hacia sus compañeros.

—Gracias, Gerane —dijo—. Nunca creí que tuviera éxito.

El psicólogo, que parecía muy satisfecho de sí mismo, estaba haciendo pequeños ajustes a una maquinita que pendía en el aire, a su lado.

—En algunos momentos nos tuvo sobre ascuas —admitió—. Una o dos veces empezó a hacer preguntas que no podíamos contestar lógicamente, y temí verme obligado a interrumpir la secuencia.

—En el caso de que Yarlán Zey no me hubiese convencido, ¿qué habría hecho usted?

—Lo habríamos mantenido inconsciente para llevarlo otra vez a Diaspar; allí habría despertado naturalmente, sin saber siquiera que había estado en Lys.

—¿Y esa imagen de Yarlán Zey que me inspiraron? ¿Cuánto de lo que dijo era verdad?

—La mayor parte, según creo. Me interesaba mucho que mi pequeña saga fuera convincente, y no que fuera históricamente cierta; pero Callitrax la había examinado y no le encontró errores. Por cierto, está de acuerdo con todo lo que sabemos sobre Yarlán Zey y los orígenes de Diaspar.

—Entonces —dijo Alvin—, ahora podemos abrir del todo la ciudad. Tal vez tardemos bastante, pero con el tiempo lograremos neutralizar esos temores para que todos puedan salir de Diaspar si lo desean.

—Llevará mucho tiempo —dijo secamente Gerane—. Y no olvides que Lys no es lo bastante grande como para cobijar a varios millones de habitantes, si toda la ciudad decide mudarse aquí. No me parece probable, pero podría suceder.

—El problema se resolverá solo —observó Alvin—. Lys es pequeña, pero el mundo es amplio. ¿Por qué debemos dejárselo al desierto?

—Así que todavía sigues soñando, Alvin —comentó Jeserac, con una sonrisa—. Me preguntaba qué otra cosa podrías emprender.

Alvin no respondió; esa pregunta lo había torturado insistentemente en las últimas semanas. El grupo bajó por la colina, en dirección a Airlee; él los siguió a algunos pasos de distancia, perdido en sus pensamientos. ¿Acaso los siglos venideros no serían sino un largo anticlímax?

La respuesta estaba en sus propias manos. Había cumplido con su destino. Ahora, tal vez podría comenzar a vivir.

Hay una extraña melancolía en las metas alcanzadas, en el conocimiento de que se ha satisfecho un prolongado deseo; la vida debe dirigirse entonces hacia nuevos fines. Alvin conoció esa tristeza mientras vagaba solo por los bosques y las praderas de Lys. Ni siquiera Hilvar lo acompañaba, puesto que en ciertos momentos un hombre debe apartarse hasta de sus más íntimos amigos.

Sus vagabundeos no carecían de rumbo, aunque nunca sabía qué aldea sería su puerto siguiente. No buscaba ningún sitio en especial, sino un estado de ánimo, una influencia; en realidad, una forma de vida. Diaspar ya no lo necesitaba; los fermentos que introdujera en la ciudad trabajaban rápidamente, y nada podía hacer para acelerar o retardar los cambios que se sucedían allí.

También esa tierra placentera sufriría alteraciones. Con frecuencia se preguntaba si no habría sido un error abrir el antiguo camino entre las dos culturas, en su insaciable deseo de satisfacer su propia curiosidad. De cualquier modo, era mejor que Lys supiera la verdad; también, como Diaspar, había sido fundada sobre temores y falsedades.

A veces se preguntaba qué forma tomaría la nueva sociedad. Creía que Diaspar escaparía de la prisión de los bancos de memoria para restaurar nuevamente el ciclo de vida y muerte. Hilvar, por su parte, estaba seguro de ello, aunque sus propuestas eran demasiado técnicas para la comprensión de Alvin. Quizá volvería el tiempo en que el amor, en Diaspar, no fuera completamente estéril.

Tal vez era eso lo que siempre le había faltado, lo que tanto buscara. Para entonces había aprendido que, aun cuando el poder, la ambición y la curiosidad han sido satisfechos, el corazón mantiene sus deseos. Nadie vive, en realidad, mientras no alcanza esa síntesis de amor y deseo, que él ni siquiera había sospechado que existiera antes de llegar a Lys.

Había recorrido los planetas de los Siete Soles, el primer hombre tras un billón de años. Sin embargo, eso importaba poco. A veces pensaba que daría gustoso todos sus triunfos si le fuera dado escuchar el llanto de un niño recién nacido y saberlo suyo.

En Lys podría encontrar lo que buscaba; su gente era cálida y comprensiva, cualidades que faltaban en Diaspar. Pero antes de poder descansar, antes de lograr la paz, debía tomar una decisión.

El destino le había puesto el poder en las manos, y aún lo poseía. En otros tiempos buscó y aceptó con entusiasmo esa responsabilidad, pero había aprendido que no tendría paz mientras cargara con ella. Sin embargo, no podía malgastarla; equivaldría a traicionar la confianza depositada en él.

Había llegado a una aldea de diminutos canales, al borde de un amplio lago. Allí tomó la decisión. Las casas coloridas, que parecían flotar ancladas entre el suave oleaje, constituían una escena de belleza casi irreal. Allí abundaba la vida, el calor y la comodidad que había echado de menos entre la desolada grandeza de los Siete

Soles.

Algún día, la humanidad volvería a estar lista para lanzarse hacia las estrellas. Qué capítulo escribiría allí, Alvin no podía saberlo. No era cosa suya; su futuro estaba aquí, sobre la Tierra.

Pero antes de volver la espalda al cosmos, haría un último viaje.

Alvin controló el ascenso de su nave. La ciudad estaba demasiado lejos para reconocerla como obra humana; sólo era visible la curva del planeta. Pudo ver la línea del crepúsculo, a miles de kilómetros de distancia, en su marcha infinita a través del desierto. Arriba a su entorno, las estrellas brillaban aún, a pesar de la gloria perdida.

Hilvar y Jeserac guardaban silencio; sólo podían suponer los motivos que impulsaran a Alvin a ese nuevo vuelo, y a pedirles que lo acompañaran. Nadie tenía deseos de hablar; mientras, el panorama desolado se extendía bajo ellos. Su vacuidad los oprimía, y Jeserac sintió un súbito enojo contra los hombres del pasado, que habían dejado morir la belleza terrestre por mero descuido.

Ojalá Alvin estuviera en lo cierto al soñar que todo podía cambiarse. El poder y el conocimiento existían aún; sólo hacía falta esperar a que la voluntad invirtiera la marcha de los siglos y volviera a llenar los océanos. El agua seguía allí, en los profundos escondrijos de la Tierra; si era necesario, podrían construirse plantas de transmutación para fabricarla.

Quedaba mucho por hacer en los años venideros. Jeserac sabía que se encontraba entre dos épocas: a su alrededor podía sentir el pulso de la humanidad que retomaba su prisa. Había grandes problemas a afrontar, pero Diaspar lo haría. El rehacer del pasado demandaría siglos, pero al final el hombre recobraría casi todo cuanto había perdido.

Y sin embargo, ¿podía acaso recuperarlo todo? Parecía difícil que la galaxia fuera reconquistada; y aunque eso se lograra, ¿para qué serviría?

Alvin interrumpió sus meditaciones, y Jeserac se volvió.

—Quería que vieras esto —dijo Alvin, serenamente—. Tal vez no tengas otra oportunidad.

—¿No vas a abandonar la Tierra?

—No, ya no quiero nada del espacio. Aunque hubiese alguna civilización en la galaxia, no creo que valiera el esfuerzo de encontrarla. Hay mucho para hacer aquí, ahora sé que éste es mi hogar, y no volveré a dejarlo.

Mientras contemplaba los grandes desiertos, sus ojos penetraban hasta las aguas que los barrenan mil años después. El hombre acababa de redescubrir su mundo, y lo embellecería mientras viviera en él. Y después...

—No estamos listos para salir a las estrellas, y pasara mucho tiempo antes de que podamos afrontar nuevamente el desafío. Me he preguntado qué hacer con esta nave;

si la dejo aquí, en la Tierra, siempre sentiré la tentación de usarla, y no tendré paz de espíritu. Sin embargo, no puedo destruirla; tengo la impresión de que me fue dada en custodia, y debo usarla para beneficio de la humanidad.

«Por lo tanto, he decidido mandarla fuera de la galaxia con el robot a los controles, para descubrir que ocurrió con nuestros antepasados; y, si es posible, que los indujo a partir. Debe haber sido algo maravilloso, si fueron capaces de abandonar tanto para ir en su busca.

»El robot no se cansará, por muy largo que sea el viaje. Un día, nuestros primos recibirán mi mensaje, y sabrán que los esperamos aquí, en la Tierra. Retornaran, y confío en que entonces seamos dignos de ellos, por muy grandes que hayan llegado a ser.»

Alvin guardó silencio, mientras contemplaba el futuro al que había dado forma, pero que jamás podría ver. Mientras el hombre reconstruyera su mundo, la nave cruzaría las tinieblas entre las galaxias, y regresaría en algún momento, en los miles de años venideros. Tal vez él estuviera aún allí para recibirlos; en el caso contrario, se daba igualmente por conforme.

—Creo que es atinado —dijo Jeserac.

En ese momento, por última vez, lo asaltó un eco del antiguo temor.

—Supón —agregó— que la nave establece contacto con algo que no quisiéramos conocer.

De inmediato reconoció la fuente de su ansiedad, y su voz se desvaneció en una sonrisa tímida y culpable, que borró el último fantasma de los Invasores.

Pero Alvin lo tomó más en serio de lo que esperaba.

—Olvidas —dijo— que Vanamonde pronto estará en condiciones de ayudarnos. No sabemos qué facultades posee, pero la gente de Lys cree que sus posibilidades son ilimitadas. ¿Verdad, Hilvar?

Hilvar no respondió de inmediato. Por cierto, Vanamonde era el otro gran enigma, el signo de interrogación que se cerniría sobre el futuro de la humanidad mientras ésta permaneciera sobre la Tierra. Parecía seguro que la evolución de Vanamonde hacia la conciencia estaba siendo acelerada por el contacto con los filósofos de Lys, que ponían grandes esperanzas en la cooperación con el superintelecto, y creían poder acortar los milenios que demandaría su desarrollo natural.

—No estoy seguro —confesó el joven—. Por alguna razón, no creo que podamos esperar gran cosa de Vanamonde. Ahora podemos ayudarlo, pero sólo seremos un breve incidente en la duración total de su vida. No creo que su destino final tenga algo que ver con nosotros realmente.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Alvin, mirándolo con sorpresa.

—No puedo explicarlo —dijo Hilvar—. Es sólo una intuición.

Pudo haber dicho algo más, pero guardó silencio. Esos temas eran imposibles de comunicar, y aunque Alvin no se habría reído de su sueño, no quería discutirlo siquiera con él.

Era más que un sueño, de eso estaba seguro, y rondaría eternamente su memoria. Por alguna causa había echado raíces en su mente, durante el contacto indescriptible y único que tuviera con Vanamonde. ¿Acaso el mismo Vanamonde sabía cuál debía ser su solitario destino?

Algún día, las energías del Sol Negro se agotarían, y soltaría a su prisionero. Entonces, hacia el final del Universo, mientras el tiempo mismo se aproximaba a su término, Vanamonde y la Mente Loca deberían enfrentarse entre los restos de las estrellas.

Aquel conflicto podía bajar el telón de la Creación misma. Sin embargo, no tenía nada que ver con el hombre, y éste no conocería jamás el resultado...

—¡Miren! —dijo Alvin, de pronto—. Eso es lo que quería mostrarles. ¿Comprenden lo que significa?

La nave estaba ya sobre el polo, y el planeta era una perfecta hemisfera. Al bajar la vista hacia la franja crepuscular, Jeserac e Hilvar pudieron ver en el mismo instante el amanecer y el ocaso, en los extremos opuestos del mundo. El simbolismo era tan perfecto, tan efectivo, que ese momento se les grabó para siempre.

*En este Universo la noche ha caído; las sombras se alargan hacia el Levante que quizá no conocerá otro amanecer. Pero en otra parte las estrellas son jóvenes todavía y la luz de la mañana brilla aún. Y a lo largo del sendero ya recorrido el Hombre caminará otra vez.*

Londres, septiembre de 1954

S. S. Himalaya

Sídney, marzo de 1955